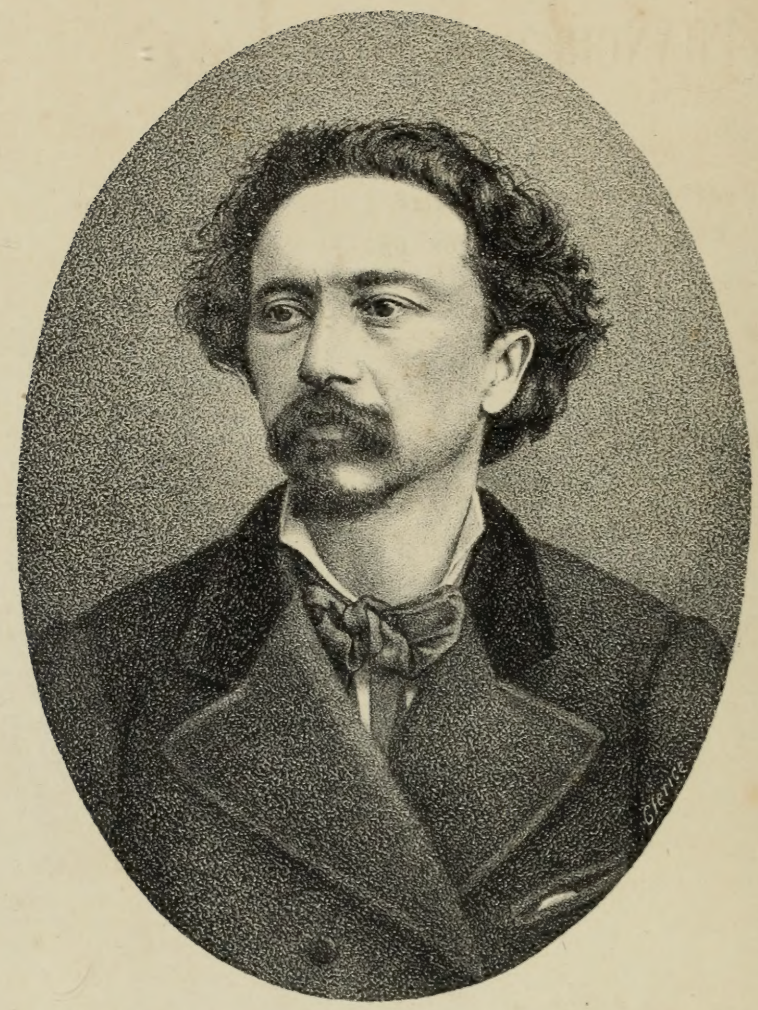
3 1761 06993769 6

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/obrasdramticas00fern

60



OBRAS DRAMÁTICAS

DE

FRANCISCO F. FERNANDEZ

MIEMBRO DE LA ACADEMIA ARGENTINA
Y DE OTRAS SOCIEDADES LITERARIAS, Y JEFE DE LA INSPECCION
GENERAL DE EDUCACION DE LA REPÚBLICA

Nueva edicion aumentada con dos dramas, con un prólogo del sabio italiano Dr. D. Matías Calandrelli y otro del aventajado poeta argentino D. Martin García Merou

---

BUENOS AIRES

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE MAYO, CALLE PERÚ 115

1881

LIBRARY
OCT 15 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

PQ
7797
F3 A19
1881

JUICIOS CRÍTICOS

DEL DOCTOR DON MATIAS CALANDRELLI

I

Cuando la prensa diaria no se conocia aún por árbitro de las letras, las ciencias y hasta del honor y el porvenir humanos, dirigian las costumbres la poesía dramática y la novela. Pintaba ésta las pasiones que ennoblecen y las que degradan, el vicio y la virtud, las buenas y malas costumbres que circulan por la sociedad y la familia, como la sangre por las arterias y las venas. Hasta diríase que representaba la novela las épocas de transicion entre un mundo de ideas que se disipa y un mundo de ideas creado por el soplo del progreso humano, latente en las capas sociales, vivificador, incesante. Ejemplo Boccaccio. Exhalan sus novelas el alma del siglo XV, que como águila se cierne sobre las tinieblas de la Edad Media. La sonrisa mordaz del novelista florentino ahuyenta del espíritu vulgar la pesadilla y el terror, originados en él por la falta de conocimientos y la astucia de los engañadores. Lástima que Boccaccio pasa en sus novelas los lindes que la religion y la moral imponen al hombre, y que se consideran criterio legítimo de la mision educadora de la novela. Ejemplo Cervantes. Á la loca costumbre de una literatura vana, fantástica, artificial, sustituyó la realidad de la vida bajo todas sus faces que palpitan en la civilizacion del siglo XVI. La poesía dramática, y especialmente la comedia, de que por el momento me ocu-

po, fué por su parte, aún en sus orígenes, árbitra y dueña de las artes y las ciencias, la política y la literatura.

II

Érase el siglo V (a. c.). Vencido en Salamina el último resto de la expedicion de los persas, el espíritu griego se reconcentró en Aténas, y, desviado del furor bélico que por luengos años lo dominára, concretóse á los productos de la ciencia y del arte, entrando en el mundo de las ideas con el mismo ahinco que manifestára en rechazar las poderosas invasiones de sus enemigos. Valiente en los campos de batalla, no ménos valiente fué Aténas en penetrar lo más recóndito del saber humano. Mas, como los gérmenes de la vida se desarrollan paralelamente con los de la muerte, de igual manera se desenvolvian en la civilizacion ateniense los principios certeros de una próxima disolucion social. Veíase Sócrates al lado de Protágoras, la literatura al lado de la retórica, Arístides al lado de Cleon, Demóstenes, el más abnegado de los patriotas atenienses, al lado de Esquines, el esclavizador de su patria y el más descarado vendedor de su propia libertad. Extendia más y más sus raíces en la sociedad el elemento corruptor del espíritu literario y científico, y el pueblo, que en toda época achacosa de la historia ha seguido doctrinas que más halagan sus pasiones, inclinóse obsequioso ante los demagogos, que con la derecha ofrecíanle oro y con la izquierda el arma con que hiriera de muerte la olímpica majestad de las leyes, á cuyo amparo habíase desarrollado la brillante época de Pericles. ¿Quién pudiera entónces dominar la muchedumbre embravecida é incitada por la inmunidad y el amparo de los caudillos más ricos y más encumbrados de Aténas?

Un comediógrafo. Aristófanes.

III

En ninguna época de la historia ha prestado la literatura más servicios á la humanidad que la comedia de Aristófanes á la sociedad ateniense. Alzóse este gigante sobre todos sus contemporáneos, y penetrado de la fe que vivifica é ilumina, propúsose convertir el teatro en tribuna. La época favorecia sus designios. El amor convertido en placer bajo y sensual; la moral, que, trasformada en negocio, variaba segun las escuelas y los sistemas de los sofistas, impugnándose ó aceptándose sus principios por interes y especulacion mercantil; los puestos públicos asaltados por gente inepta y turbulenta; la majestad de la religion, refugio de las almas nobles y severas, ultrajada por especuladores que convertian la conciencia de los crédulos y la ingenuidad del vulgo en fuente perenne de recursos pecuniarios; los demagogos aferrados á las revueltas y las guerras civiles como medio de ganancia y bienestar: hé aquí el blanco á que Aristófanes apuntaba con mano firme y certera y bajo la inspiracion del mayor genio satírico que se haya cernido jamas en la hermosa Patria de Pericles.

IV

Ni su propósito fué inferior á su triunfo. Deshizo en *Los Caballeros* la proterva arrogancia de Cleon, hiriendo de muerte la demagogía, con presentarla en toda su desnudez á los ojos del pueblo; rebajó el orgullo de los literatos vulgares en *Las Ranas*, manifestando con gusto exquisito en la crítica y el arte, dones con que la naturaleza había profusamente adornado el espíritu de los atenienses; destruyó en *Las Nubes* el poder de los sofistas poniendo de relieve la maña y astucia con que los ignorantes extraviaban la inteligencia de la juventud, ávida de penetrar los supremos principios de la ciencia; rebajó en *Los Acarnanios* la impudente pre-

suncion de los pisaverdes que incitaban al pueblo á la guerra y á las revueltas con el fin directo de lucirse con sus penachos y escudos y que, en los dias de prueba, desertaban las filas para gozar tranquila y reposadamente las afeminadas delicias del hogar; estigmatizó en *Las Avispas* la manía de los atenienses por los pleitos y los procesos, y asestó el golpe de muerte á los leguleyos, entónces y en todo tiempo la más sensible de las plagas sociales; corrigió las costumbres algo licenciosas de las mujeres en *Las Thesmoforiazusen*, manifestando el puesto que les señalan el honor y la decencia, la religion y la moral....

V

Tal fué el prodigio de la poesía dramática en lo antiguo. El pueblo, guiado por ella á mayores destinos, fué ilustrado en todos los ramos del saber, adquiriendo conocimientos certeros en las prácticas de la vida, en el gobierno, en la política, en la administracion, en el arte, en la literatura y en la ciencia. La mision de la poesía dramática no pudo ser más sublime; pero al propio tiempo Aristófanes fué arrastrado por las costumbres de la misma sociedad á quien educára, á términos de donde se apartan ofendidas la moral y la decencia, ley suprema en toda obra literaria que tienda á civilizar la sociedad en que se produce.

¡Tan hondas eran las raíces que habia echado en la sociedad ateniense el vicio con todos los matices de una escala descendente!

VI

La misma mision educadora, aunque con medios diferentes, se proponen en nuestros dias la literatura y el arte. La poesía dramática no ha descendido del puesto que en todo tiempo ha ocupado, á pesar de la evolucion

que ha sufrido el campo de las ideas que en la escena ha adquirido vida y movimiento. Los dramas de don Francisco F. Fernandez, que siguen á estas líneas, nos indicarán el rumbo nuevo que los poetas dramáticos han impreso á este poderoso factor de la educacion del pueblo. Ellos son: *Monteagudo, El Sol de Mayo, Clorinda, El Borracho, Solané* y *El Genio de América.*

VII

El drama antiguo expresa la influencia de la ciega fuerza del destino en las acciones humanas.

La religion es la síntesis de la vida, á cuyo soplo se desvanecé la libertad y la fuerza de los héroes, impotentes para luchar contra una predestinacion fatal que los arrastra al delito y al crímen. Edipo, el más criminal de los hombres, es sinembargo el más inocente de los criminales. Su vida, que llena de admiracion y espanto á toda la Grecia, arrastrada por un poder irresistible, corre á extinguirse súbitamente en el bosque de Colona. Miraban los griegos estas catástrofes subitáneas é inexplicables bajo un terror religioso, que despertaba en ellos los sentimientos más acendrados de compasion hácia las víctimas de aquel poder incomprensible y funesto. Convertíase el teatro en templo, la escena en escuela de filosofía fatalista. El más venerando sacerdote de aquel templo fué Esquilo, á la vez que el más profundo de los trágicos griegos. Ante este concepto de la vida, el individuo desaparecia, absorbido por una fuerza invisible que á su antojo obligábale á seguir la senda que anteriormente le trazára. Era el individuo objeto de compasion y de lástima, más que de enojo, en presencia de sus más repugnantes delitos. Tales eran los protagonistas del drama griego.

VIII

Shakespeare fué el primer poeta dramático que reconociera en el hombre los efectos de la libertad, considerándolo dueño de sus acciones, sometido al solo imperio de sus resoluciones y ajeno de la influencia del prodigio, factor único de la catástrofe en la tragedia griega. Hamlet debe á su carácter, á su temperamento, á su educacion, á su voluntad el largo giro de los episodios que median entre la revelacion del asesinato de su padre y el último drama de su existencia. Árbitro de la vida y la muerte, flaquea ante un problema que la voluntad resuelve con sólo un movimiento, y no pudiendo desatar el nudo de la vida, lo corta como Alejandro el nudo de Gordion. El destino cambia de aspecto y de naturaleza en Shakespeare. No es la fuerza ciega que se impone á los dioses y á la humanidad, que predestina á grandes ó á fatales sucesos; que obliga á la voluntad, que, árbitro de toda libertad, imprime el movimiento á fuerzas creadas é increadas. Baja del cielo á la tierra y confúndese con los fantasmas del vulgo. El destino en Shakespeare es el brujo, el mágico, el hechicero. Tomando forma humana y mezclándose con la humanidad, el destino pierde su prestigio y aparece cual simple creacion fantástica de inteligencias calenturientas. El sentimiento de la libertad toma en Shakespeare su puesto y el hombre se ve dueño de su suerte y capaz de destruir con su albedrío todos los encantos del pseudo-destino.

IX

Este sentimiento de la libertad es más intenso en Schiller. Protagonista favorito de sus dramas es la juventud que corre ingenua por el sendero de la vida en pos de su ideal, y manifiesta toda la fuerza de su vigor que la naturaleza le prodiga. La única culpa de

los protagonistas de Schiller, consiste en ignorar las trapizondas de la vida, las intrigas de los bribones, las calumnias de los infames, las bajezas de los ruines. Ingenuos en un mundo de maña y de astucia, confian demasiado en la palabra y las acciones de los hombres, que so pretexto de proteccion ó auxilio, siembran la ruina y la muerte y aprovechan la sencillez de la juventud ávida de emociones, confiada en la palabra del anciano y el caballero, y encaminada á un porvenir cuyos senderos desconoce. Tal fué la suerte de *don Cárlos*, *Tecla* y *Cárlos Moor*. Este mismo concepto de la vida se halla desenvuelto en los dramas italianos, franceses y españoles. En ellos, el protagonista es el hombre, dueño de sí mismo, de sus pasiones y sus sentimientos, de su felicidad y su desgracia; en el drama griego el protagonista es el destino, que con sus rayos mata de improviso inocentes y reos, ancianos y niños.

X

De este concepto están penetrados los dramas del señor Fernandez. Vivamente impresionado por el sentimiento de la libertad, el teatro de Fernandez es la América; sus protagonistas los héroes de la Independencia, los americanos de acendrado patriotismo; su ideal el progreso de este suelo privilegiado por la naturaleza; sus argumentos las hazañas de los patriotas; sus escenas las vicisitudes de una vida atormentada por los vaivenes de la política y por el amor á la patria. En este vasto ambiente se desenvuelven las titánicas luchas de la Independencia, dramas que viven majestuosos en la historia y la conciencia del autor. Los héroes de estas luchas aparecen con toda su lozanía en los dramas de Fernandez. Vencedores ó vencidos nunca desmienten el carácter noble y elevado del hidalgo, el amor abnegado á la patria, la resignacion sublime de los caidos, el heroismo del desinteres, la perseverancia en la pro-

secucion del fin, el orgullo del demócrata, la nobleza de su linaje.

Si alguna flaqueza humana aparece en los actos de sus protagonistas, se revela ya como efecto espontáneo de una naturaleza llena de vida, ya como producto inmediato de un arranque patriótico, ya como revelacion de sufrimientos comprimidos en sus almas por larga serie de años y avivados por bajezas rastreras de sus enemigos. Tal es el corazon humano, que se manifiesta en toda su desnudez tanto en los hombres mas desarrollados como en los ménos aptos para dirigir la suerte de las sociedades humanas!

XI

Un mártir del amor á la patria es Monteagudo. La única idea que embarga toda su existencia es la formacion de una república sud-americana; pensamiento atrevido, en cuya realizacion únicamente prevee la felicidad de América. Templado en las amarguras de la intriga, el destierro, la calumnia y las persecuciones, trueca su idea primitiva en la de una confederacion de los Estados hispano-americanos. Estas fluctuaciones entre una vasta república y una confederacion de las secciones sud-americanas, revelan el trabajo lento y oculto que ha sufrido su espíritu en el estudio de los pueblos de América. Su ánimo varonil no desfallece ni en las mayores calamidades que le atraviesan el camino. Todo lo sacrifica á la patria, hasta las conveniencias sociales y caballerosas que ligan á los hombres entre sí con vínculos sagrados é imperecederos. Azota el rostro del visconde de Campoverde por haberle éste ofrecido la corona en nombre del pueblo peruano.

Verdad es que en aquel acto rastrero vislumbra Monteagudo una intriga y un ardid infames, y poseido de un santo furor patriótico, desciende de la elevacion desapasionada y apacible en que viven los hombres de

temple heróico. La resignacion, virtud sublime que acompaña á los caidos, vacila á veces en Monteagudo. « Estoy fatigado de sufrir, exclama; pero llevaré la cruz « hasta el Gólgota. Espero todavía vivir algunos años « para salir de este mundo con la satisfaccion de no « haber vivido en vano.» Reconoce, sinembargo, su impotencia. « Soy solo en Lima contra tres siglos de « ignorancia y servidumbre, solo contra toda la anti- « gua España con su inquisicion y sus reyes.» Siente por el pueblo un aprecio íntimo, aunque reconoce á algunos de sus hijos como víctimas del oro, el engaño, la corrupcion y la impostura; pero no los acusa ni aún ante su actitud amenazadora que le obliga al destierro. Odia la nobleza rastrera, libertina que se levanta sobre las ruinas de los caidos y ahoga toda aspiracion generosa de almas independientes. Manifiéstase superior á sus enemigos en los instantes supremos; superioridad reconocida por los que afilaban el puñal para herirle por la espalda. Á la intimacion del Cabildo, se muestra superior á sí mismo. Acepta el destierro con elevada abnegacion. Sus enemigos comprenden que el *anguis* de sus ideas *latet in herba*. Temen su palabra como soplo vivificador de las concitaciones populares, motor principal de las revoluciones que rompen las cadenas de la esclavitud, remachadas por el peso de una larga serie de años. No sabe callar en ciertos momentos bastante delicados. Echa al rostro de los peruanos todo el bien que les ha hecho, presentándolo como antítesis vengadora á los ojos de los instrumentos de la tiranía que veian en él al mayor enemigo de sus tenebrosas intrigas, y á los del pueblo comprometido en prestarles su apoyo en acto tan denigrante y cruel. Verdad es que para Monteagudo el verdadero pueblo no es el que vive de las migajas que se desprenden de las mesas de los poderosos caudillos de una clase social que medra á favor de la ignorancia y el embrutecimiento de las ínfimas clases, de las intrigas y el envilecimiento de los hombres cuya altura proyecta ancha sombra en los que carecen de honradez, de acendradas prendas de patrio-

tismo y de desarrollo en sus facultades morales. El pueblo de Monteagudo es el que derramó su sangre con el propósito de que «el leon de Castilla no volviese ja-« mas á ser enarbolado en sus estandartes.» En medio de los mayores contrastes políticos no desdeña las caricias del amor. Monteagudo en presencia de Paula vuélvese Hércules á los piés de Onfale. Ante el rostro fascinador de Cristina siéntese poderosamente atraido. Estos pasajes rápidos de la cumbre de las ideas al abismo de las pasiones hacen de Monteagudo un carácter heróico é infantil á la vez. Mezcla de amor y odio, altanería y mansedumbre, atrevimiento y desfallecimiento, amenazas y súplicas, ilusiones y desengaños, triunfos y derrotas, representa Monteagudo todo lo sublime de la vida humana bajo las diferentes faces en que se manifiesta en la apacible tranquilidad del hogar, en la borrascosa atmósfera de la política y en las hipócritas conveniencias sociales. Tal es el *Monteagudo* de Fernandez.

XII

El Sol de Mayo es un drama lleno de vida y de accion. En su título se trasparenta todo su fondo. Este episodio tan singular á la vez que tan heróico, el cual se destaca sublime en medio de todos los demas de las guerras de la Independencia, ha sido tratado con interes y predileccion por el señor Fernandez. Encarnan la accion principal del enredo el marques de Loreto, Cárlos Liniers y María. Remata la accion del desenredo el cacique Carul. La accion libertadora de los hijos de América tiene un tinte sublime, con un *crescendo* de matices que recuerda el ideal de la epopeya, sensibilizado en personajes templados en los mayores martirios, en almas nobles y pundonorosas. Cárlos es superior á su destino. Ante la horca levantada para él, preséntase sereno é impasible. Ningun vínculo terrenal despierta en él la necesidad de su existencia. La

patria es el único astro luminoso en el cielo de su porvenir, al que tributa el culto más fervoroso que haya embargado jamás la mente de un creyente político. Proscripto vuelve á su patria á la víspera del gran acontecimiento. Desde ese instante la idea de libertad se vuelve gigante en su imaginacion; y el amor, único sentimiento que en él se convierte en pasion, domina su corazon indomable y atrevido. María, su esposa, ha contraido segundas nupcias con don Juan de Cisneros en la certeza de ser viuda de su primer esposo. Este hecho, fatal para todo hombre, toma proporciones colosales en el de Cárlos, el cual, desde el conocimiento de este enlace, representa un carácter sublime. Sin perder la serenidad inherente al acontecimiento, aumenta sus fuerzas, y, reconocido el sacrificio de las intenciones puras y nobles de su esposa, convierte su desden fugitivo en el más acendrado amor de esposo. Este episodio hábilmente vinculado con la accion principal, comunica al drama un interes creciente. Dos corazones, momentáneamente separados por ideas contrarias, se estrechan íntimamente por una corriente análoga de sentimientos, desviados de su antiguo camino por circunstancias independientes de su voluntad. Comienza desde aquel instante el desarrollo de dos fuerzas concentradas, y homogéneas, cuyo objeto es reunir sus almas en la libertad de la patria. Cárlos y María se vuelven dos genios. En ellos converge toda la a cion de los personajes del drama. Dominan ellos solos la escena, desagradablemente impresionados por el carácter y las ideas esclavizadoras del marques de Loreto. Hay en el drama dos ideales que se encuentran para chocarse con estrépito, esclavitud y libertad. Encarnan ésta Cárlos y María; representa aquélla el marques de Loreto.

Estas fuerzas en el último acto del drama se acentúan siempre más hasta que en la última escena el genio de la libertad, en alas de los rayos del *Sol de Mayo*, anuncia al mundo la independencia tan deseada de los hijos de América.

XIII

La Musa del señor Fernandez gusta con predileccion de ideas de libertad, patria é independencia, creando tipos para representarlas, que rivalizan con los héroes del clasicismo griego y latino. La mujer americana, llámese Nusta, María, Paula, Cristina, Mica, Genoveva, es un tipo *sui generis* de los dramas del señor Fernandez. Engrandecida noblemente en el martirio, manifiéstase como ideal sombrío en las escenas de terror, elevado en los percances de la lucha, noble en circunstancias tiernas y delicadas, heróico en los esfuerzos sublimes de la reconquista de su libertad. Exagerado casi siempre el carácter de la mujer americana en los dramas de Fernandez, nunca, sinembargo, pierde su altivez nativa, ni la frescura de su ideal. Contiénese en los límites de su naturaleza noble, tierna, apasionada, heróica, guerrera, intransigente, fiel, casta, prudente, valerosa. Cristina y Paula, rivales en amor, confunden sus odios en un abrazo de cariño por la salvacion de Monteagudo, en quien se cifra la salud de América. Desaparece la mujer ante el ideal de la patria, como en el corazon de Cristina se borra la pasion por la nobleza ante el carácter digno de Paula, de origen humilde, pero de temple sublime. La Ñusta es el ideal del Inca, que representa la raza indígena cifrada en éste, y que, volando al traves de los siglos, se coloca en frente del progreso europeo como expresion sintética del desarrollo progresivo de la libertad, la ciencia y las artes confundidas en el supremo abrazo de la humanidad cobijada por el cristianismo. María es una mezcla confusa de amor y odio, humildad y altanería. Tan presto manifiesta el carácter suave y apasionado que particulariza el corazon de la viuda, templado en el martirio y el sufrimiento, como aparenta el borrascoso estallido de un corazon contrariado largo tiempo en sus aspiraciones y deseos. Arrodíllase ante una imágen

con la misma facilidad con que arrebata un puñal ó para herirse de muerte ó para amenazar la existencia de sus enemigos. Serena ante el martirio, vuélvese furia infernal en presencia de la salvacion de la vida de su esposo y de la libertad de su patria. Estos arranques inesperados, contrarios, imposibles á veces, ponen de relieve toda la vasta serie de movimientos de que es capaz el ánimo de la mujer colocado en condiciones diversas, opuestas, contradictorias, y en todo tiempo explotado por novelistas y poetas, con todos los colores literarios de que abundan la poesía y la prosa.

XIV

Solané es el tipo del paisano perseguido y calumniado, que no hallando justicia en los magistrados, por no perder éstos el favor de la gente acomodada, apela al recurso de la fuerza, pretendiendo hacerse justicia con su puñal. Hábiles argentinos han trazado con mano maestra el carácter altivo y noble, á la vez que funesto, del legendario *gaucho*, del pundonoroso y leal paisano. Fijándose bien en el espíritu de Solané, se observa cierto fondo de bondad paulatinamente borrado por la mano del tiempo empapada en accidentes desgraciados. La regeneracion del gaucho para servirse de él como de instrumento de sus venganzas personales, la bandera religiosa para cobijar con ella sus crímenes misteriosos forman el barniz de la máscara que oculta á un hombre terrible. Hiprócrita, astuto, inteligente, fuerte, valiente, tiene todas las dotes de un hombre extraordinario para fascinar á los paisanos francos y leales y llevarlos á la gloria como al martirio.

El amor no satisfecho, las súplicas desoidas, el linaje despreciado, la indiferencia de los magistrados, las pretensiones á puestos superiores á las fuerzas propias son, en diferentes épocas, los móviles principales de su vida singular de crímenes y horrores. Sabido es su fin y las maldiciones que arrancó á las viudas y á las ino-

centes criaturas que contempláran el umbral de sus hogares enrojecido con la sangre de sus padres y sus hermanos! El tipo ha sido tomado de lo vivo. La fiereza salvaje de Solané en los momentos de cólera, y la serena tranquilidad de su carácter, han sido expresados de una manera artística y verdaderamente dramática. En esta produccion no dañan las ideas exageradas; sirven, al contrario, para llevarnos á la verdad, pues, si á veces la imaginacion exagera en más, suele, por el contrario, minorar el valor de las hazañas en hombres cuyo tipo créese extinguido ó forjado por poetas cuyas creaciones no preocupan ya la calculada y positiva imaginacion de nuestros contemporáneos. Un *Solané* en nuestros dias y en una nacion civilizada, es algo raro y creible sólo en la ficcion de la escena.

XV

Quisiera extender más mis reflexiones, pero temo fatigar á mis lectores. Los dramas del señor Fernandez están vaciados en un mismo molde. La uniformidad en la manera de enredar y desenredar la accion, la circunstancia obligada del amor, siempre puro, hermanado con los episodios casi siempre trágicos, las ideas de patria, libertad, religion, fe, creencias, usos y costumbres sociales que encarnan los personajes de sus dramas, el tinte político y patriótico que adorna los discursos, palabras y acciones de sus protagonistas distinguen y caracterizan al autor en todas sus composiciones. Esto revela la completa uniformidad de sus ideas en todo el tiempo que ha mediado entre la primera y la última de sus producciones. Raro es encontrar en un escritor dos años de vida intelectual uniforme. El que estudia y se asimila las ideas ajenas va desechando continuamente los restos de sus preocupaciones y conocimientos antiguos. Operan las ideas nuevas en la mente como la vegetacion en algunas plantas que no se despojan de sus hojas secas y envejecidas sino á condicion

de revestir sus ramas de un ropaje más verde y lozano. El estado estacionario de la Musa del señor Fernandez revela dos hechos: la fijeza del plan para todos sus dramas; la composicion continua, sin interrupcion, inmediata de sus producciones, ó, lo que es lo mismo, la concepcion simultánea de diferentes producciones á la vez. Esta misma calidad se advierte en las *Comedias de Moratin,* estudiadas, calculadas, medidas y concebidas con el mismo criterio, vestidas de las mismas formas, engalanadas con frases idénticas, empapadas en el mismo espíritu que las anima. Esta manera de pensar y escribir, que en algunos obedece á instintos de simetría y de órden, es en otros producto calculado de monótona y fria concepcion. Paréceme que Fernandez ha sido llevado por su natural tendencia á la uniformidad de sus obras, obedeciendo sin duda á la ordenada uniformidad de sus ideas.

XVI

Tal es para mí el señor Fernandez y tales son sus producciones.

Cuando la República Argentina cuente con una escuela de autores dramáticos, saludará en el señor Fernandez al inteligente y laborioso escritor que señalára á sus contemporáneos el teatro y la escena, como escuela más eficaz de educacion y moral, de ilustracion y amor á la familia, á la sociedad y á la patria.

Buenos Aires, Enero 30 de 1881.

M. Calandrelli.

DE DON MARTIN GARCÍA MEROU

El aplauso con que han sido recibidos la mayor parte de los dramas contenidos en la presente coleccion, y los juicios favorables y espontáneos que han merecido de la prensa argentina y extranjera, podian ahorrarnos toda palabra encomiástica al frente de estas páginas, que, escritas en el trascurso de una vida tempestuosa y agitada, se presentan con el doble atractivo de la originalidad que les ha impreso su sello, y el entusiasmo que las ha inspirado, en esa edad en que la imaginacion creadora encuentra estrechos todos los horizontes para su vuelo atrevido.

La vida del señor Fernandez presenta un cuadro tan vivo como interesante de las agitaciones á que son arrastrados los hombres que nacen en épocas turbulentas. Á los catorce años entra en el Colegio del Uruguay para abandonarlo poco tiempo despues y abrazar la carrera de las armas, que ha ocupado una gran parte de su tiempo. En 1860 vuelve á las antiguas aulas que habia dejado cuatro años ántes, en calidad de Profesor y Prefecto del Establecimiento. En 1861 parte nuevamente impulsado por el amor de la gloria para presentarse en el ejército de la Confederacion. Despues de Pavon, funda y redacta *El Soldado Entreriano*, y desde entónces se engolfa de lleno en la politica á que lo arrastran un corazon impetuoso y una imaginacion exaltada, envueltos desde temprano en la vorágine de las tormentas populares. Desde entónces hasta el presente se le ve sucesivamente redactando diarios, fundando *El Porvenir*, con Andrade, el *Obrero Nacional*, *El Proscrito*, etc., etc.; poniendosu espada y su perso-

na al servicio de las causas que abrazaba, ocupando puestos de importancia y consideracion; alcanzando hasta el grado de Teniente Coronel de milicias y desempeñando una cátedra de Historia en el Colegio Nacional de esta ciudad.

Como se ve, en esta lucha de todos los dias, en este combate de todas las horas, en este vértigo continuo, muy poco espacio ha dejado el señor Fernandez para el cultivo de las letras.

Sus obras han sido pensadas en medio de la accion y escritas en los campamentos.

En ellas se encuentra la viveza de un espíritu ardoroso y el fuego de un corazon entusiasta, sin la correccion fria del artista que pone á su obra sobre el yunque y la modela en la fragua hasta quitarle todas las rugosidades que puedan herir las epidermis delicadas. Dejan descubrir ámplios horizontes iluminados por uno que otro relámpago. Parecen una de esas selvas exuberantes donde todavía no ha penetrado el hacha del desmonte y que guardan en su seno las emanaciones de flores desconocidas, pero grandiosas en su agreste belleza y en su salvaje magnitud. Su principal mérito deriva del lujo imaginativo, que á veces se desborda, pero que, en ocasiones, reviste formas elocuentes y brillantes arranques.

Más de una vez nos hemos preguntado á qué causa responde nuestra carencia de obras poéticas, en general, y con especialidad de dramáticas. El teatro nacional apénas cuenta con una que otra pieza original de verdadero mérito. Se dejó sentir hace poco una pequeña reaccion; pero el estancamiento no ha cesado por eso. Nuestras costumbres se pierden, y quizá sea esta una de las causas del hecho señalado. El cosmopolitismo todo lo invade, y el drama, espejo de la vida real con sus luchas y sus triunfos, con sus goces y sus desencantos, se asfixia en una atmósfera enrarecida y plega sus alas sobre la tierra infecunda. Si los que aparecen en la escena literaria tienen pocos modelos que seguir en el género lírico, ménos encuentran en el dramático, y

se ven obligados á marchar sin apoyo en una senda desconocida. Son, por eso, sus ensayos más meritorios y dignos del estímulo general.

Todo hombre que escribe, ha dicho Víctor Hugo, escribe un libro. Ese libro es él. Augusto Vaquerie, discípulo del gran maestro, ha añadido: «El que traduce un pensamiento en personajes y en accion, escribe un drama. El poeta dramático trasfigura sus sueños en realidades. Su cerebro crea ideas que se mueven y hablan. Piensa hombres.» Hé aquí la grandeza de este género expresada en cortas pero profundas líneas. El teatro antiguo tomaba sus héroes de la leyenda y los presentaba en una escena gigantesca. Sus dolores eran materiales: Prometeo amarrado por Vulcano, la Fuerza y la Violencia; Orestes huyendo de Délfos á Áténas perseguido por las Euméaides; Hércules muriendo consumido por la túnica de Neso; Ayax enloquecido por Minerva; Antígona luchando por la sepultura de Polínice; Penteo despedazado por su madre y Rhesus por Diómedes y Ulíses. Hé ahí los cuadros que cruzan en aquel escenario enorme donde tenian cabida todas las grandezas y la explosion de todas las barbaries.

Hablando de drama, no puede dejar de nombrarse á Shakespeare. Él es el verdadero genio de la escena. Es tan poeta como filósofo. Rompe de un golpe todos los misterios del alma; penetra y comprende mejor que nadie esos arcanos de la conciencia del hombre, que nunca se conocen bastante. Se levanta de una especialidad limitada hasta la pintura de la humanidad en su conjunto múltiple y ondulante. Sus personajes son caractéres, como los de Molière son tipos.

Giraba el drama en el círculo restringido de los argumentos clásicos cuando el advenimiento del romanticismo le dió un nuevo impulso y abrió á su vista horizontes desconocidos. Pero, como era de esperarse en un período de combate, las cualidades de los autores se exageraron, y pocos resisten á una crítica juiciosa é imparcial. Nació el drama histórico, el drama de invencion pura, el drama de costumbres y de caractéres,

el drama de intriga y por último el drama judicial. Bien pronto, sinembargo, los caractéres históricos se hicieron absurdos, la fantasía franqueó todos los límites de lo posible y se llegó á lo inverosímil; lo lúgubre y lo horrible entró como elemento de emocion; las complicaciones se convirtieron en enigmas. El exceso siempre está cerca de los principios y nada es más fácil que caer en él cuando no se marcha con seguridad en la senda del arte.

El drama, empero, con las alternativas que han señalado su advenimiento en todas las épocas y todas las sociedades, tiene su raiz en las tradiciones populares como en las costumbres modernas. Es indudablemente el género que ofrece más dificultades, pero el más noble en que puede ensayar sus fuerzas un poeta de nuestros dias, porque en él se mezclan y confunden los elementos trágicos y los caprichos cómicos, y se forma el cuadro de la naturaleza moral y el cuadro de la vida social, en sus detalles de virtud y vicio, de miseria ó grandeza, para despertar en nuestro ánimo todas las emociones que pueden inspirar los vaivenes de una vida sencilla ó complicada, llena de calma ó combatida por mil tempestades contrarias.

Considerados en su conjunto, los dramas del Sr. Fernandez merecen por más de un concepto llamar la atencion pública. Hay en ellos algo que no se encuentra en la generalidad de nuestros escritores: una personalidad vigorosamente acentuada, un desbordamiento espontáneo de la fantasía que evoca creaciones y caractéres más ó ménos reales. De aquí sus cualidades. El lujo de la forma con que se presenta el pensamiento audaz, los arranques líricos que en ellos abundan, la exuberancia de vida y de pasion que respiran, causan al espíritu las impresiones más vivas y duraderas. Y no se nos hable de algunos detalles que el crítico podria censurar. Las obras literarias dotadas de un valor propio resisten á todas las pruebas, porque aun despojadas de los atavíos del artificio, ó contrariando algunas disposiciones del arte,

queda materia suficiente para despertar el interes ó el aprecio. Escribir cuando se siente con viveza, cuando el espíritu palpita sacudido por todas las ráfagas de la inspiracion y todos los efluvios de la armonía, trasladar al papel el fruto de los pensamientos que se han ido acumulando en la soledad, cuando la vida ha presentado panoramas sombríos, cuando el hombre ha tenido que perder sus mejores años en esa lucha por la existencia que la suerte reserva á sus hijos escogidos, es hablar á la humanidad el lenguaje de sus penas y sus alegrías, de sus vacilaciones y sus esperanzas, es presentar sus títulos á la simpatía de todos los que combaten y á la confraternidad de todos los que piensan. *L'art ne fait que des vers; le cœur seul est poëte!....*

Las ideas sociales y filosóficas del autor de este libro, no obedecen á un sistema ni son el fruto de penosas especulaciones. La exageracion lo arrebata fuera del mundo real y lo engolfa en la idealidad pura. Pero la fantasía que crea bellas formas é imágenes es lente poco fiel para examinar las leyes y los fenómenos de la vida. Fernandez anhela el triunfo de la verdad en abstracto, la glorificacion del derecho y la justicia; ha obedecido al impulso de intensiones sinceras al vestir el traje revolucionario como al hacerse eco de propagandas exaltadas en religion. Pero la verdad no ha sido para él el fruto de corteza amarga cuya posesion no se alcanza sino despues de fatigantes pruebas; ha querido posesionarse de ella sin volver la vista atras, y en la mitad de su carrera sin descanso en pos del fantasma de sus deseos, mil veces el desencanto habrá empañado el cristal fosforescente de su pensamiento. La imaginacion como reina de un mundo ilimitado, suele tener sus caprichos, y con bastante frecuencia invade terrenos que le están vedados. ¿Será esta una razon para atacar y proscribir en nombre de la crítica á aquellos de sus adoradores que no la encierren con mano firme dentro de sus límites naturales? Por nuestra parte, salvando aquellos puntos en

que divergimos radicalmente de ideas con el autor, hacemos justicia á la leal intencion de sus aspiraciones, y nos complacemos en reconocer, ya que no el acierto, la elevacion de sus miras espiritualistas y sus votos de felicidad social.

Estas obras serán interesantes para la juventud. Necesitamos propender hoy más que nunca al desarrollo de las letras patrias, y son dignos de ayuda y estímulo los que, segun dice un poeta, se presentan, no como los héroes de Homero, proclamando su genealogía y alabando su valor, sino como aquellos paladines de la Edad Media que luchaban con la vicera del casco calada, y sólo despues de la victoria mostraban al pueblo sus blasones. Una vida de lucha y de labor está encerrada en estas páginas, porque su autor ha seguido el destino de todos los que nacen con aspiraciones en la mente y sentimientos en el corazon. Él tambien,—y no es este uno de sus menores méritos,—recuerda aquel cuento de que nos habla Heine, en que una madrastra implacable, al notar que las lágrimas de su hijo se convertian en perlas, azotaba al niño sin piedad para amontonar un tesoro. Esa madrastra es la existencia, para todas las almas ávidas de luz y apasionadas por la belleza y el arte!

Febrero de 1881.

M. García Merou.

MONTEAGUDO

DRAMA AMERICANO HISTÓRICO

EN TRES ACTOS

PERSONAJES

MONTEAGUDO
CRISTINA, *hija del*
MARQUÉS DE VELAZQUEZ
PAULA, *hermana de*
JORGE
VIZCONDE DE CAMPO VERDE
GOMEZ (*tipo del maricon*)
UN UGIER
DOS CAMPECINAS
UN SACERDOTE (*personaje mudo*)
CORTEJOS Y TAPADAS
MÁSCARAS—GENTE DEL PUEBLO
OFICIALES Y SOLDADOS

La escena pasa en Lima : El primero y segundo acto en la noche del 6 *de Julio de* 1822; *y el tercer acto en la noche del* 28 *de Enero de* 1825.

MONTEAGUDO

ACTO PRIMERO

Estensos y frondosos jardines del palacio del Marqués de Velazquez, iluminados por faroles de colores, y adornados con enramadas, fuentes y estátuas, destacándose de entre estas la de Cárlos V —Por entre los árboles y arbustos percíbese la fachada interior del palacio, fantásticamente decorado con juegos de luces—Entre el palacio y la estátua de Cárlos V, un gran arco triunfal, en cuyo frontis se lée esta inscripcion: «¡INDEPENDENCIA PERUANA, 6 de JULIO DE 1821!»—Al alzarse el telon, y durante todo el acto, en las situaciones que se acotan, la orquesta del palacio dejará oir los compases cadenciosos del baile.

ESCENA PRIMERA

Los convidados invaden los jardines, unos con disfraz, otros sin él—TAPADAS seguidas de sus CORTEJOS, estos sin disfraz, cruzan rápidas la escena, esquivando los impertinentes galanteos de aquellos—GOMEZ, al pié de una estátua de Vénus, aspirando con afeminada embriaguez un gran ramo de flores, interrumpiéndose solo para dirijir serviles saludos á las TAPADAS, quienes no se dignan contestarlos—Despues la MARQUESA CRISTINA, régiamente vestida, por su lujo, aparece por la izquierda apoyada, con desgano pero con urbanidad, en el brazo del VIZCONDE DE CAMPO VERDE, en cuyo pecho se ostentan tres condecoraciones.

CORTEJO 1º
(A la tapada primera)

¡Oh! válame el cielo! Tapada hermosa...

TAPADA 1ª
(Al cortejo primero)

Dale! qué charla de gerigonza.

CORTEJO 1º
(A la tapada primera)

Soy el satélite, que en tu carrera
arrastras, Vénus, de noche y dia.

TAPADA 1ª
(Al cortejo primero)

Amor no entiende de astronomía.
(Se vá)

CORTEJO 2º
(A la tapada segunda)

Ojos de cielo, que á medias brillan.

TAPADA 2ª
(Al cortejo segundo)

Si mas brilláran, te cegarian.

CORTEJO 2º
(A la tapada segunda)

Muera mil veces en sus hogueras!

TAPADA 2ª
(Al cortejo segundo)

¡Bonita fuera la chamusquina!
Ya el Santo Oficio se fué de Lima.
(Se vá)

CORTEJO 3º
(A la tapada tercera)

¡Ingrata dueña!

TAPADA 3ª

(ap.) ¡Jesus qué posma!

CORTEJO 3º

(ap. ¡Al fin! ya cede! mi triunfo es cierto!*)*

TAPADA 3ª
(Al cortejo tercero)

Siempre he sido sorda para un sopenco.
(ap. ¡Ay Monteagudo!*)*
(Se vá.)

CORTEJO 3º

¡Buen desenlace!
Vete! que si una puerta se cierra,
es ya sabido que ciento se abren.

GOMEZ
(Saliendo, á otra tapada)

Sol y rocío de mis amores!

TAPADA 4ª
(A Gomez)

Guardo mi riego para otras flores.

GOMEZ
(A la tapada cuarta)

Oh! detente, escucha!...

TAPADA 4ª
(A Gomez)

¡Huá!.. lindo antojo...
Tengo escardillo para el abrojo.

GOMEZ
(mohino)

Hoy los realistas andamos de capa caida. A esos intrusos de Argentinos les ha entrado por hacerse libertadores de todo el mundo... ¡insurgentes mas baladrones!... Al férreo tropel de su aventurera soldadesca, abuyentáronse del limeño paraiso las deidades voluptuosas; en cambio, una austera filosofía, que todo lo invierte con sus principios, y todo lo condena con sus moralejas, ha llevado su demoledor ariete hasta nivelar con los plebeyos á las mas antiguas noblezas... ¡Me llama el... no sé cómo; y me ha mandado cabar sepulturas, mezclado entre los mulatos! ¡Oh! pero la que se le arma á ese moderno Quijote! Dice que es época de labor; que hay que reconstruir esta sociedad, prematuramente envejecida, educándola para sus nuevos destinos... Hola... Cristina! la hija del poderoso Marqués de Velazquez... ¡parece una reina!... Se apoya en el brazo de mi amigo el de Campo Verde... ¡Cosa bien singular! ántes de la irrupcion de los Vándalos de allende los Andes, se daba por un hecho el matrimonio de esos dos prototipos de nuestra alta nobleza... Los dejaré solos, y cumpliendo instrucciones del Vizconde iré á esperarla al salon... Si no entra apoyada en mi brazo, me dijo, que la Tapada que os sirve la entregue con misterio este bi-

llete, observando el efecto que le produzca.. Qué otra intriguilla iré á desempeñar ahora...

(Al partir dirije rendidos saludos á la Marquesa, sin lograr que se los devuelva.)

ESCENA SEGUNDA

CRISTINA Y EL VISCONDE DE CAMPO VERDE

CRISTINA

Ciertamente, Vizconde; pero cuando mas elevadas ideas se poseen del matrimonio, entónces, sobre la sociedad y la familia, sobre el orgullo humano, la fortuna y el blason, debe solo escucharse la ardiente voluntad del cariño.

VIZCONDE

Esos principios pertenecen al programa filosófico, Marquesa, del Ministro Monteagudo. *(Cristina se contrae lijeramente.)* Ah! no contento con haber hecho tabla rasa de una sociedad de tres siglos de existencia, ese reformador iluso, se atreve tambien á los religiosos sentimientos del hogar, sancionados por Dios!

CRISTINA

¡Y sin embargo, mis doctrinas son el credo de la conciencia universal: el mismo Dios que invocais las revela á los humanos séres, como inmutable ley de su destino, y hoy ya las consagra el Evangelio Americano!

VIZCONDE

Ya veis, Marquesa: filosofais á lo Monteagudo: y perorais con su vehemente elocuencia. De la entrada de los Argentinos datan las utopias idealistas.

CRISTINA

Los hombres y los sucesos representan la palabra: las ideas provienen de un orígen mas elevado: la Conquista no pudo ahogarlas bajo los escombros del trono Incano; y no han podido morir en las viriles razas de la América, ni bajo el peso de una prolongada y enervante servidumbre!

VIZCONDE

No es posible formular de manera mas acerba y mas hiriente, la censura de nuestra respetable monarquía! Y no os apercibís, Marquesa, que al deshonrarla y derribar el culto santo que ella consagra, deshonrais tambien las creencias de vuestro padre!

CRISTINA

Señor Vizconde: nunca á juicio entré con el autor de mi existencia,... no tan inexorable, sin embargo, como os encuentro á vos.

VIZCONDE

(*ap.*—¡Oh!)

CRISTINA

Por lo demás, yo soy Limeña, y el programa liberal, que ya flamea sobre el pendon de la realeza antigua, concede á la mujer el derecho de pensar sin restricciones, el derecho de amar sin cicerone, y el de servir la patria dignamente!

VIZCONDE

¡Ah! ¿Y no es la diadema del monarca la que ese falso republicano araña en las tinieblas de su mente?

CRISTINA

Calumnias de bandería, insidiosamente propaladas por la intriga al servicio de la ambicion!

VIZCONDE

Os lo probaré esta noche misma!

CRISTINA

Entónces, yo despreciaria á Monteagudo! ¿Y qué quereis vosotros los realistas? la corona! la corona, que tres siglos hace habeis ceñido para azotar cruelmente á los Peruanos! la corona, que en Suipacha con Balcarce, en Tucuman y Salta con Belgrano, con San Martin, en San Lorenzo, en Chacabuco y Maipo, os arrancaron las intrépidas legiones Argentinas! la corona, en fin, que pretenden reconquistar para contemplarla vengativos entre olas de sangre republicana!

VIZCONDE

¡Marquesa!... Ah! pero, al ménos, no le defendereis cómo hombre, porque, ese arcángel fascinador con frecuencia arrastra vencido sus brillantes álas sobre el polvo de la tierra!

CRISTINA

No lo sé; pero, si es que cae, sabe levantarse; y entónces, lo que á los ojos de la vulgaridad es una debilidad y una derrota, á los de Dios es una virtud y una victoría!

VIZCONDE

Digna defensa del varonil ideal que la inspira!

CRISTINA

(Ap. ¡Cielos!)—Perdonad; hemos prolongado inconvenientemente la entrevista: os suplicaria me condujeseis al salon: el baile ha principiado y estamos en el palacio de mi padre.

VIZCONDE

¡Oh! Cristina! os he penetrado, al fin! y cuan-

do vuestro impropio desbordamiento me hace adivinar mas de lo que me es permitido conocer, no encuentro manera de conciliar vuestros principios austeros con vuestra apología de Monteagudo!

CRISTINA

(Con ira soberana)

¡Vizconde de Campo Verde! no os espongais á que en adelante, las mugeres de Lima aprendan á castigar en el rostro de los malos caballeros, la calumnia y la osadía!

(Se aleja—El Vizconde la sigue; pero, para ella contestarle, apénas se detendrá un instante.)

VIZCONDE

Disculpad mis locos celos.

CRISTINA

Bien: os entrego á vuestra propia conciencia. Quedaos.

(Se vá por la avenida de la estátua de Cárlos V.)

ESCENA TERCERA

EL VIZCONDE

(Con sangrienta y vengativa rabia la contempla alejarse; y despues de pronunciadas las primeras palabras del siguiente parlamento, baja á la escena.)

¡Encantadora y orgullosa cortesana!...¡ te perderé!... Y en cuanto á Monteagudo, á ese Dios sin Olimpo, á ese rey sin corona, que, como un fantasma se levanta en mi camino... ¡morirá!... ¡Oh! le ama, sí, le ama con esa pasion vehemente y silenciosa, que se apodera del alma hasta la tumba! ¡Ah! pero Monteagudo tambien adora, y no es se-

guramente á la Marquesa sinó á Paula... he ahí el eje de mi intriga... todo lo desenlazaré de un solo golpe!... hiriendo á Monteagudo, me vengo de Cristina y me abro paso hasta Paula...en último caso, el rapto para ésta y el puñal para él... al fin de la jornada... ¡la corona!

ESCENA CUARTA

El Vizconde y Gomez; éste por el foro derecho

GOMEZ

En el jardin, me dijo... ah! aquí está.

VIZCONDE

¿Y bien Gomez?

GOMEZ

He cumplido exactamente cuanto me encargasteis; la Tapada, como siempre, fué hábil.

VIZCONDE

¿Y...?

GOMEZ

La Marquesita palidece...

VIZCONDE

(ap.—¡Bien!)

GOMEZ

Sus ojos chispean; al nácar sucede el arrebol en su semblante; y, nerviosa, radiante de dicha, se lan-

za, cual desatado torbellino, entre la concurrencia, y desaparece como un cometa.

VIZCONDE

(*ap.*—¡Vendrá!) ¿Y Paula?

GOMEZ

Aún no he adquirido certeza de sus relaciones con Monteagudo, enclaustrada como vive en la quinta de su hermano, un agricultor sencillote, pero no un palurdo enteramente. He derramado el oro sin eficacia...

VIZCONDE

(*ap.*—¡Oh!) Pero, Monteagudo ha penetrado en la quinta algunas noches, y Jorge, ese hermano de Paula, ha hecho lo propio en casa de Monteagudo: vos me lo habeis dicho.

GOMEZ

Cierto, ilustre Vizconde; pero, como vos atribuiais esas nocturnas entrevistas á juegos de estratégia política...

VIZCONDE

(*ap* —Todo cabe: bajo el velo de aparentes amores, trabajos de zapa...) Mas, la carta le fué entregada á Paula?

GOMEZ

Con toda seguridad.

VIZCONDE

(*ap.*—Sabré, pues, lo cierto de esos misteriosos amores.)

GOMEZ

Me he estrellado con insuperables inconvenientes pues todos por allí adoran á esa divina muger de dulce y melancólico semblante.

VIZCONDE

(ap.—¿Quién, sinó Paula, hubiera podido echizar un alma y una imaginacion como la de Monteagudo? Esa es mi prueba!)... Decid al Marqués de Velazquez, que le suplico me conceda unos instantes, ahora mismo, aquí, al pié de la estátua de Cárlos V. Y vos, listo para la ovacion.

GOMEZ

Todo lo tengo preparado; la corona le deslumbrará. *(ap.*—De seguro, conquisto el Ministerio...)

(Se vá por el foro derecho.)

ESCENA QUINTA

VIZCONDE—Luego MARQUES DE VELAZQUEZ, por la avenida de la estátua

VIZCONDE

Sí; le deslumbrará, ó penetraré ese oscuro pliegue de su alma; y pues para todo estoy preparado, esta noche misma desenlazaré las dos acciones del drama: la del amor y la de la política. Demos el último toque á este diabólico organismo, que durante largas veladas vengo elaborando... el Marqués es lobo viejo... como buen jesuita, es artero, sutil y receloso; posée el valor de la cobardía, pero carece de la prudencia del valor...sé por donde atacarle.

(Se ha sentado caviloso tras de un arbusto, distante de la estátua—Aparece el Marqués, al pié de ésta; caviloso, y justificando la pintura que de él acaba de concluir el Vizconde.)

MARQUES

...Cualquiera que sea el resultado de la ovacion: me serviré de los ódios de Sanchez Carrion y de la desenfrenada ambicion del Vizconde.

(Queda pensativo)

VIZCONDE

La deshonra de la hija le perjudicará, y tanto él como ella, buscarán en mi matrimonio una pronta rehabilitacion. Los despechados celos de Sanchez me servirán á su tiempo.

MAQUES

En fin, veremos.

(El Vizconde resuelto y satisfecho, levantándose, para ir al sitio de la estátua.)

VIZCONDE

¡Ah! ¡todo por amor á la diadema!

MARQUES

(Frotándose satisfecho las manos)

Espero en Dios que aquí la calce...

(Ciñéndose la frente con la mano—Ambos se encuentran en el medio de la escena.)

VIZCONDE

Señor Marqués!

MARQUES

Señor Vizconde, mi grande amigo!

VIZCONDE

Os agradezco sobremanera que hayais acudido..

MARQUES

Por vos, iria al infierno...

VIZCONDE

Me correspondeis...

MARQUES

¡Hablad, Vizconde!...

VIZCONDE

Desnuda mi alma de ambiciones...

MARQES

(ap.—Ya...)

VIZCONDE

Y dispuesto á todo sacrificio, á todo; he debido proponeros el complemento de nuestro plan, y como quien dice, haceros conocer la reserva.

MARQUES

Me vuelvo todo oídos para escucharos.

VIZCONDE

Verificado el análisis de la situacion, y calculado casi con precision matemática el porvenir, os propuse...

MARQUES

Este baile: en los salones para la alta clase; en el patio de la caballeriza, para la chusma Peruana: la ovacion...

VIZCONDE

¿Y si falta? Tratándose de un hombre como Monteagudo, toda precaucion es poca, una hora de vacilacion es un riesgo mortal.

MARQUES

(*ap.*—¡Cierto!...)

VIZCONDE

(*ap.*—Se alarma.) Desde 1810, los ejércitos realistas, se diezman, se estinguen; y la reciente victoria de Pichincha, obtenida por un general de Bolivar, nos quita toda esperanza de reconquistar el trono por las armas.

MARQUES

Entra, sin embargo, en lo probable, que esos dos jigantes triunfadores, San Martin y Bolivar, se destruyan; ó al ménos, que superando, como creo, la abnegacion del uno á la ambicion del otro, quede solo Bolivar en el escenario de la revolucion.

VIZCONDE

Pero, aún en el peor caso, la espada de Sucre, retemplada con el triunfo de Pichincha, y la sobe-

rana inspiracion del Ministro Monteagudo, terminarian la obra de San Martin y de Bolivar.

MARQUES
(Rascándose la mejilla)

Cierto... Pero... que no le temeis á Bolivar? se eregirá en Dictador de Colombia, del Alto y Bajo Perú.

VIZCONDE

Bolivar se perderá entónces: es un génio, pero desordenado; un héroe, pero no un Estadista: sin San Martin, queda sin prudencia; sin Monteagudo, carece de inspiracion, de ciencia y de arte de buen gobierno: los tres formarian una trinidad formidable, olímpica. Minada, pues, la estátua de Bolivar, se desplomará á un débil soplo, y el porvenir la mirará tendida en la llanura al pié del Chimborazo. Apresurémosnos á la caida del Ministro, por cualquier medio, aprovechando las efervescencias de esta noche, que desde luego pasaremos á preparar.

MARQUES

¿Pero, cómo?...

VIZCONDE

Las personalidades mas conspícuas del Cabildo y del ejército, que ahí se aturden en la danza olvidados de la Patria...

MARQUES

¿Eh?...

VIZCONDE

...Ya son mios!

MARQUES

¿Qué decís?

VIZCONDE

Están comprados. Encargaos vos del Gefe del Gobierno, vuestro amigo el Marqués de Torre-Tagle: es débil y corrompido: si acepta nuestra alianza, le revelaré el medio.

MARQUES

No, no se debe todavia iniciar en el secreto. Pero, el Cabildo, el ejército y el pueblo... contais con que se prestarán?

VIZCONDE

El ejército, Marqués, no es mas que un fusil en manos de la consigna: y la consigna es el gobierno; y el gobierno es el Director, el rey, cualquiera, con tal de que pague y dé galones. El pueblo continúa durmiendo su profundo sueño, narcotizado siempre por el espíritu de la monarquía. Bien lo sabeis: hasta esa gente, que presume tantas ínfulas, no busca sinó un pretexto para ser egoista, para ser cobarde. En el Cabildo encontrareis, respecto del pueblo, mas altos grados de intelectual desarrollo; pero el mismo corazon, enervado y decrépito.

MARQUES

Es exacto: una seca esponja por entrañas, sin sangre y sin fibras, solo activa cuando tiene que absorver.

VIZCONDE

Nuevo Savonarola, Monteagudo es una roca, pero sola en medio de la corrupcion. Tal es la razon de no haber querido aplicar de lleno todas sus teorias del 89, que proclamaba el año *diez* en Buenos Aires. El filósofo es el matemático de la conciencia humana: tiene fórmulas precisas; naturalista profundo del corazon, descubre la ley y explica los fenómenos mas inestricables. Creedlo: conozco á esas turbas brillantes de la ilustracion: celosas mas de las formas que de las ideas, como todo pretencioso de cultura, pero sin moralidad, veleidosas y chillonas, aunque las oigais vocear teorías democráticas y liberales, el pueblo y el ejército y el Cabildo, llevarán á Monteagudo hasta la hoguera.

MARQUES

Pero, fuera de Lima, la reaccion acaso levante la cabeza...

VIZCONDE

Para volverla á su polvo de abyeccion, cuento con las bayonetas del gobierno y con la vanidad y el egoismo de la sociedad. Conceded libertad á Lima, hacedla el corazon y el cerebro del Perú; dadla pan y toros, y Lima os entregará sus arcas, su prensa y sus legiones, para que forjeis los grillos de los demás pueblos, cuyos dioses podeis traer amarrados á nuestro sangriento carro, al panteon inviolable de la capital. Decid á Lima, que fuera de su civilizado recinto no existen sinó bárbaros, caudillos rudos que comen niños vivos; decidla que la mision de un pueblo culto es someter esos salvajes á su religion política, y Lima lanzará sus ejércitos á despedazar los pueblos, como se lanzan lobos á devorar rebaños; y cuando regresen con las fauces ensangrentadas, royendo aún los últimos huesos de sus víctimas, Lima llevará los chacales á la coronacion del Capitolio!

(Jorge aparece por el foro izquierdo, y al notar en el Marqués y el Vizconde, retrocede y se oculta tras de un arbusto.)

MARQUES

Voy á hablar á Torre-Tagle.

VIZCONDE

Mientras tanto, yo prepararé la ovacion, pues la hora se acerca. (*Se estrechan las manos*). Os garanto el éxito de mi plan.

MARQUES

(Al irse)

(*ap.*—Sacaré la brasa por su mano.)

VIZCONDE

(*ap.*—El zorro está cojido.)

(Se van, uno por la avenida de la estátua, y el otro por la del foro derecho.)

ESCENA SEXTA

JORGE—En seguida PAULA, ésta con saya y manto, leyendo un billete con sombría desesperacion.

JORGE
(Viéndolos alejarse)

¡Y quieren que Bernardo no los trate mal! siempre maquinando por volvernos á la cadena!

PAULA

¡Envenenada delacion!...(*leyendo*) « A las doce de la noche, cerca de la estátua de Cárlos V...» ¡Dios mio! ¿De dónde saqué fuerzas, para obedecer á este anónimo infernal?

JORGE
(Volviendo del foro)

Dale! yo te digo, Paula, que todo eso es una intriga: me lo asegura el corazon.

PAULA

¡Y yo una muger oscura, huérfana y sin nombre!

JORGE

Eso de sin nombre no es del todo cierto, hermana. Nuestra madre, víctima de aquel á quien amó, puso el nombre de tu padre en aquel pliego cerrado, que guardo en mi baul. Bien claro me dijo: «El dia que Paula se case, que abra este pliego y adquirirá un apellido ilustre.»

PAULA

Pero qué me importa, Jorge, de todos los palacios de la tierra, si Monteagudo no me ama?

JORGE

Que no te ama! y apénas puede, se larga á la quinta á leerte versos, cual si fuera un chiquillo... ¡un hombre como él!

PAULA

Aunque jamás pisára en la quinta, pero que nunca llegára a conocer su olvido!

JORGE

¿Volvemos á...? Si no te ha hecho su muger, es porque todavia no puede ser eso; pero te lo ha jurado ¿estamos? Mira... álguien viene... vámosnos, que no son aún las doce... no sé por qué te he obedecido trayéndote á este berengenal... Vamos...

PAULA

Corazon! cuánto sufres!

(Se van por el foro izquierdo)

ESCENA SÉPTIMA

MONTEAGUDO

(Por el foro derecho, con secreta pesadumbre—Trae un billete en la mano)

¡Dónde encontraré la paz!... como al Dante, tambien me arrojarán del templo! (*Se sienta*,

fatigado y triste.) ¡Blanca mansion rodeada de arboledas, cuándo serás el santuario inviolable de mi dicha! Al pensar en tí, mi Paula, ningun perfume aspiro de estos billetes misteriosos... El ideal doquiera me arrebata y me subyuga, sí; pero contigo, Paula mia, ninguna muger puede compararse!... Con todo, seamos galantes y agradecidos; esperemos.

VOCES

¡Viva don Bernardo de Monteagudo! ¡Viva!

(Monteagudo como despertando, se pone de pié, radiante)

MONTEAGUDO

¡Me aclaman! *(algo sombrio y caviloso)* ¿Y por qué, pues, hace un momento he oído en la multitud una voz, sorda y recelosa como la cobardía, llamarme déspota?...(*irguiendo la cabeza*) Peruanos! ¿pretendeis acaso la libertad ó la licencia? la república democrática del 89, cuando de vuestra servidumbre aún no han logrado despertaros los múltiples clarines de la victoria? ¡Oh, hermanos mios! porque no he querido volveros á la esclavitud bajo los esplendores engañosos de una corona disfrazada con el gorro frígio, es que aún no os he entregado á la fiebre de ese purísimo ideal, que yo sueño desde el Plata! ¡Ah! os veo dudar de los beneficios de la luz, y fuera una infamia volveros á las tinieblas para siempre! (*Queda pensativo*) Si... tal es la naturaleza humana: la revelacion de la historia corrobora la revelacion filosófica: son los efectos de la costumbre adquirida en el vasallaje: estrañan la sombra abrumadora de casas-matas... estrañan hasta la sociedad del reptil, que allí agitaba sordamente sus anillos, mientras ellos, mansos esclavos, lamian sus hierros, remojados con amargas lágrimas! ¡Ah, Peruanos! ¿os irrita acaso, que sobre las ruinas de la imquisicion haya edificado un templo, para la educacion de vuestros hijos?... ¡Oh! pero yo calumnio al pueblo, calumnio al hombre,

calumnio á Dios!... Deliro: mi fantasía, excitada por la llama del porvenir, que arde en mi mente, se forja solo fantasmas, contemplados al través de esa gota de acíbar, que hierve en el fondo de mi corazon! Deliro, sí: tamaña ingratitud de parte del pueblo, fuera mas negra, que la que llevó á Arístides al destierro! Peruanos: los que os infaman son los realistas; sí, os pierden esos eternos enemigos de vuestro reposo! ¡Oh! ¡realistas! plantas ponzoñosas, que germinais al soplo del infierno!... ¡no me precipiteis!... (*Intentando partir*)

VOCES
(En el palacio)

¡Viva el noble apóstol Americano, don Bernardo Monteagudo! ¡Viva!

MONTEAGUDO
(Como fascinado por una encantadora vision)

¡Qué embriagador y deslumbrante te ciernes sobre mi cabeza, grandioso pensamiento de República Sud-Americana!... ¡Gloria bellísima! ¡yo te amo! ¡Ven, sí, á arrullarme ahora, fantástica deidad, que escapando siempre á mi deseo, aún no he podido suspenderme de tus lábios en un beso infinito! ¡Libertad! ¡América! ¡evangelio sagrado del derecho! ¡yo os amo, caros objetos de mi corazon!
(Se enjuga las lágrimas, que ha dejado libremente desprenderse de sus ojos)

VOCES
(en el palacio)

¡Viva Monteagudo y el ilustre Marqués de Velazquez! ¡Viva!
(Monteagudo se estremece de ira, y encarándose lleno de majestad á las voces, exclama:)

MONTEAGUDO

¡¡Malvados!!... ¿Por qué en vuestras aclamaciones me asociais al Marqués de Velazquez? ¿Qué de comun hallais entre ese solapado realista y el decidido tribuno de la independencia? ¡Vulgares am-

biciosos, que apénas teneis alientos para arrastraros al pié de la estátua de la gloria, y allí lamer famélicos, el manto del poder! Comprendo, sicofantas rastreros! os proponeis que el pueblo vea enlazado el nombre del tribuno Argentino, al de sus antiguos tiranos, como dos conspiradores contra su libertad! Sin duda con el mismo insidioso objeto han dado este baile! ¿pero, por qué he asistido yo? Ah! invocaron los arteros el aniversario de la independencia! Mas, ignoran toda la grandeza del alma de Monteagudo! ¿En qué me detengo? ¡voy á confundirles! (*Dá algunos pasos y se detiene al percibir á Cristina*) La Marquesa!... ¿Seria ella la del billete?... Venir en estos momentos...

ESCENA OCTAVA

MONTEAGUDO y CRISTINA—Despues el VISCONDE y GOMEZ

CRISTINA

(*ap.*—Me esperaba!)

(Se saludan, ambos turbados, pero por distintos motivos)

MONTEAGUDO

Marquesa...

CRISTINA

Perdonad... os encuentro agitado. (*ap.*—No sé qué decir...)

MONTEAGUDO

(*ap.*—¿O será un instrumento?) Inspíranme un

alto concepto vuestra delicadeza y buen criterio, señora, para que pueda sospechar en vos á un procurador de los intereses realistas.

CRISTINA

(Con estrañeza dolorosa y suave reconvencion)

Monteagudo!...

MONTEAGUDO

Disculpadme agresion tan indigna de mi carácter y de lo que mereceis; pero sospecho tanto de la sinceridad de esas ovaciones, en esta situacion tan excepcional para el Perú...

(El Vizconde y Gomez aparecen tras de unos arbustos, observan un instante á Monteagudo y Cristina, y parten)

CRISTINA

Agena á la intriga del realismo, si no es para combatirla, como Limeña y como vuestra amiga, permitidme recordaros, que la primera vez que me visteis, fué arrojando laureles á los victoriosos en Maipo.

(Monteagudo, arrepentido, se transforma, y se siente influenciado por el glorioso recuerdo)

MONTEAGUDO

Es verdad! y desde entónces nació en mi alma un profundo sentimiento de cariñosa amistad, que el trato íntimo y vuestras prendas tan distinguidas han gradualmente acrecentado!

CRISTINA

¡Ah! ¿por qué, pues, vacilais? ¡Dios mio! ¿qué mas he podido hacer?... he acudido...

MONTEAGUDO

(*ap.*—No comprendo...)

CRISTINA

¡Oh! á través del velo del rubor, que yo no fuí dueña de impedir apareciera en mi semblante, alguna vez, vos habeis podido decifrar en el fondo de

mi alma esa palabra secreta, que un dia debe pronunciarse, como la voluntad de un destino inexorable!

(Monteagudo, emocionado, pero vacilante)

MONTEAGUDO

Cristina...

CRISTINA

Ya veis! ¡qué juzgarian de mí, Monteagudo, los que no conocieran la historia de mis lágrimas y de mi corazon!

MONTEAGUDO

¡Oh! callad!... ¡Y qué hermosura, viril á la vez que tierna, os concede el entusiasmo de un afecto tan sublime! ¡pareceis la Diosa soberana de la libertad! ¡así la he acariciado en mis sueños!

CRISTINA

¡Bernardo!

MONTEAGUDO

Pero... ¿qué puede hacer Monteagudo por la divina muger, que le honra así con su cariño?

CRISTINA

(ap.—¡Oh! me ha citado, y parece que le violento...) Pero... yo me aturdo... una lucha inexplicable se desencadena recóndita en vuestro pecho, que llena de ansiedad mi corazon!

MONTEAGUDO

Cristina... no querais comprenderme! Lucho, sí, lo confieso: sentimientos acallados bajo la severa voz de mi conciencia, vuelven á alzarse indefinibles pero poderosos, á vuestro mágico acento!...

(Instintivamente se han tomado las manos—Monteagudo continúa revelando vaguedad y vacilacion en su amor, pero, á la vez impotencia en su voluntad—Cristina no quiere comprender sinó lo que se armoniza con su impetuosa pasion y contempla á Monteagudo con éxtasis delicioso, casto pero ardiente)

CTISTINA

Seguid!

MONTEAGUDO

No sé yo mismo explicarme... es un sentimiento misterioso... ideal y volcánico, como el amor!

CRISTINA

¡Oh! decid, por piedad que es el amor mismo! ¡Hasta dónde quereis que lleve el culto de este cariño supremo! Pero, si nada puede impedirnos formar el indisoluble lazo de nuestros juramentos?...

MONTEAGUDO

(*ap.*—¡Oh!)

CRISTINA

Pronunciad de una vez ese voto solemne, que en vano tratais de ahogar en vuestros lábios!...

MONTEAGUDO

¡Oh, Cristina!... por favor!

(Cristina pronunciará las siguientes palabras con voz dulce, suave, temblorosa, apasionada y como en un extásis celeste)

CRISTINA

Mirad! el ángel del misterio ha tendido un pálio de estrellas sobre nuestras cabezas, para que Dios bendiga nuestro voto eterno... la noche es apacible; sobre el florido altar de estos jardines arden con el fuego oculto, pebeteros cargados de perfumes, bajo las álas flotantes del génio de los himeneos inmortales... y siento que su arpa invisible responde á las armonías de la noche y de nuestros corazones!...

MONTEAGUDO

(Muy bajo, dulcísimo, enagenado)

Cristina!...

CRISTINA

Pronunciad, Monteagudo, esa palabra, embria-

gadora como la melodía de los sueños, y el casto beso del alma la sellará para siempre!
(Monteagudo, en armonía con el estado de Cristina, ha rodeado su cintura y la contempla con éxtasis)

MONTEAGUDO

¡Qué sublime eres!

CRISTINA

¡Cielos!
(Desprendiéndose de Monteagudo al ver á Paula)

ESCENA NOVENA

Dichos y Paula y Jorge, por el foro izquierdo, la primera precediendo al segundo—Casi simultáneamente que Paula, el Marques, por el foro derecho, con recato—Un instante despues, el Vizconde y Gomez, seguidos por Convidados y Gente del Pueblo, ésta con achones encendidos, por la avenida de la estátua de Cárlos V—Al ver Paula á Cristina, exhala un grito desgarrador y cae desmayada, á tiempo que llega Jorge, que hincando una rodilla puede sostenerla: esto sucede al terminar el Marqués sus palabras «me lavo las manos»—Al oir el Marqués el grito de Paula y esclamacion de Monteagudo, retrocede confuso y avergonzado—Cristina al ver á Paula y al comprender que es la amante de Monteagudo, se yergue celosa, sin ruborizarse, como desafiándola; pero se avergüenza al verse sorprendida por su padre.

MARQUES
(Tras de un arbusto)

(*ap.*—Me lavo las manos.)

PAULA

¡¡Ah!!

MONTEAGUDO

¡Paula!

MARQUES

¡Mi hija!

CRISTINA

(*ap.*—¡Padre!)

(En este mismo instante, y á tiempo como para comprender la situacion, avanzan Gomez y el Vizconde hasta Monteagudo; Gomez dobla una rodilla, y en una bandeja presenta á Monteagudo una corona real, en cuyo momento dice el Vizconde:)

VIZCONDE

¡En nombre del pueblo Peruano!

(Monteagudo toma la corona, la pisa con olímpico desprecio, é inflamado de suprema ira, dá un bofeton al Vizconde)

MONTEAGUDO

¡Por insultador de la soberanía del pueblo!

TODOS

¡Oh!

(Todos quedan como petrificados; pero espresando los sentimientos propios de su respectiva situacion---CUADRO.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un salon-oficina en el Palacio de Gobierno, adornado con gran lujo: gran puerta al fondo, que aparecerá cerrada, y dos laterales á cada lado, que se supone comunican: las de la derecha con el jardin y las de la izquierda con otras interiores. Es de noche y la escena se encuentra alumbrada por tres candelabros ds tres luces, colocados sobre dos mesas de arrimo y sobre una de escribanía.

ESCENA PRIMERA

MONTEAGUDO

Viste el mismo traje, un tanto desaliñado. Rendido por la fatiga, el sueño lo ha tomado en medio del trabajo, en esta actitud: la mano izquierda estendida sobre un libro de derecho público, abierto para consultar; en la mano derecha que aún conserva la pluma con que ha estado escribiendo, apoya la frente. JORGE aparece cautelosamente por una de las puertas de la izquierda que olvida cerrar. En los primeros momentos no se apercibe de Monteagudo.

JORGE

Al volver en sí la ha vencido el sueño; buena señal, segun dijo el Doctor; la ceremonia la acabará de... Ah! él tambien duerme. Ponerse al trabajo en seguida de lo que acaba de pasar en el baile! qué hombre de hierro... parece que sueña...

MONTEAGUDO
(Levantándose bruscamente)

¡Calumniadores!... (*Despierta y se levanta*) Jorge... soñaba... Bajo los inquietos torbellinos de la fiebre, se ha apoderado de mí esta negra pesadilla, la libertad cercada de peligros... contra un cír-

culo de hipócritas y traidores ambiciosos, yo la defendia desesperadamente... á uno de ellos le marqué en la cara con indeleble sello de infamia... sí; al Vizconde... luego, un puñal que me clavaban en la espalda!... (*riendo sin carcajada*) ¡Qué preocupacion tan vulgar es la de atribuir al sueño profética infalibilidad! Me has sorprendido durmiendo, Jorge: me ruborizo de ello.

JORGE

Sin embargo, vá á matarte el trabajo, Bernardo.

MONTEAGUDO

No lo creas, Jorge, en tanto no se apague de un soplo la llama que arde en el cerebro y corazon de Monteagudo.

JORGE

Barrunto que algo extraordinario, que yo no entiendo, debe sostenerte, sí, pero... en esta noche habrás dormido solo un cuarto de hora.

MONTEAGUDO

¿Podia yo adivinar si el cielo iba á concederme mas que esta noche, para servir los traicionados intereses de la Patria?

JORGE

Siempre me dices cosas, que penetran mi alma de Peruano, y no me permiten replicar. Pero yo con seis horas diarias de trabajo en la quinta, sostengo á mi hermana, hago ahorros para casarme y alivio necesidades de otros. ¿Por qué he de comprometer mi salud trabajando ocho horas? Esto es lo que yo digo.

MONTEAGUDO

Tú cumples tu destino, noble Jorge, que es el límite del deber humano; pero ¿es mi mision igual á la tuya? la razon y la conciencia no imponen otra

tarea al pensador, al ministro, al soldado libre de un pueblo? ¿Debo de creerme digno de la satisfaccion que acompaña al hombre en la tierra, si he de concretarme á cumplir esos deberes, que bastan solo para la conservacion de mi puesto y de mi fama? Aunque á esto se redujera la mezquina tarea del presente y la rutinera mision conservadora del pasado ¿cómo podria aspirar al glorioso título de apóstol del porvenir? Adherirse á los raidos harapos del pasado, como Felipe II en la agonía, á las inútiles cortinas de su lecho!... Rastrear como el insecto la limitada grieta del presente, sin sacudir jamás las álas en los espacios anchurosos de la luz!... ¿Sabes tú cuanta fruiccion sublima nuestra mente, en medio de las inspiraciones del bien, y cuando, como una cruz de martirio ó como un lábaro de combate, abrazamos el sagrado ideal del porvenir? ¡Y es tan bello el que yo contemplo estático, ciñendo como una aureola eterna la altiva frente de la América!... ¡Ay! luego tú no reflexionas, Jorge, que soy yo solo en Lima contra tres siglos de ignorancia y servidumbre, solo contra toda la antigua España, con su inquisicion y sus reyes... ¡inquisidion y reyes! pesadas argollas del galeote republicano, que á Padilla ahogaron en el campo sangriento de Villalar; argollas que hoy oprimen la garganta del noble apostolado de la misma España!

JORGE

¡La España! ah! la España, Bernardo!...

MONTEAGUDO

No confundas las ideas y las entidades, con los hombres y con las usurpaciones; España es nuestra madre, España es nuestra hermana en la obra de la libértad, que es la mision ineludible de todos los hombres, de todos los pueblos, de todas las razas. Desde la primitiva España hasta la inmortal España del año *ocho*, nos ha enseñado á preferir la muerte á la esclavitud, á espulsar los conquistadores con el hierro y con el fuego, y á bajar á puñala-

das á los reyes, que manchaban el trono á donde los habia exaltado la soberanía Nacional! Esa España no es la que América hoy rechaza sinó la que repudian los mismos Españoles honrados. El Español es generoso, leal, bravo, austero, probo: honrémosnos de poseer su sangre, y con ella sus virtudes. No es esa la España, que hoy pretende negarnos la independencia; la que vencida en los campos de batalla, permanece vencedora en las costumbres, en la funesta supersticion del fanatismo contra la razon, de la esclavitud contra la libertad. Ese es mi enemigo, á cualquiera raza que pertenezca; ese es el mónstruo que no podemos estirpar del hogar Americano. ¿Te parece ahora que he dormido demasiado? ¡Quién sabe lo que me costará el cuarto de hora que he dormido! (*Dá una media hora el reloj, Monteagudo abre el suyo*) Tres y media: me queda aún tiempo para recorrer la ciudad; debe encontrarse agitadísima. Ninguna órden daré á las fuerzas de línea: le tengo horror al sable, cuando no es peleando contra la tiranía.

JORGE

Te acompañaré.

MONTEAGUDO

No; te preciso; preven á Fray José, que lo disponga todo para las ocho. (*Ap.*—Me darán acaso tiempo? ¡Paula mia!)

JORGE

Bernardo: quiero acompañarte: Fray José está ya avisado.

MONTEAGUDO

Aún te confiaré otro cometido. Cuando se trata de un pueblo que nos ha honrado con su confianza, es un crímen retardar un solo instante la marcha de su progreso y bien estar. (*Toma los borradores que he escrito.*) Voy á entregar de paso á mi es-

cribiente estos borradores de decreto; una vez copiados, tu mismo los llevarás á la firma del delegado Marquez de Torre-Tagle, á quien voy á prevenir ahora mismo. Una vez firmados me los traes aquí: no te vengas sin la firma.

Te encargo esta comision, porque el escribiente me fué recomendado hace dos dias por el Vizconde.

JORGE

Bernardo! los Peruanos no te han comprendido.!

MONTEAGUDO

¡Ay! acaso no me haga justicia completa ni la posteridad!

(Se vá por la derecha)

ESCENA SEGUNDA

JORGE Y PAULA

JORGE

Si yo con mi vida pudiera duplicar la suya! Mientras ese espía de escribiente copia los papeles, velaré á Paula.

(Vá á entrar al cuarto de Paula cuando esta sale)

PAULA

¡Ah! Jorge!.... Pero cómo es que me encuentro aquí, en el Palacio de Gobierno? ¡Dios mio! yo aquí!

JORGE

Apostemos á que es el escribiente soplon quien te lo ha dicho? Calma! te diré... propiamente en el palacio de gobierno, no; sino en un departamento reservado, donde Bernardo trabaja fuera de horas de oficina.

PAULA

¿Pero por qué no estamos en nuestra quintita? que tenemos que hacer aquí nosotros?

JORGE

Cuantas preguntas! Claro que tú no eres empleado, pero, te lo esplicaré en otro momento; mira, ya estarán copiados unos decretos, que me encargó Bernardo.

PAULA

Espera! pero no me contestas Jorge?

JORGE

Es que.....Bueno: una infame intriga nos llevó en mal hora á los jardines.....

PAULA

¡Oh! que imprudencia cometí.

JORGE

Claro; imprudencia.

PAULA

Aquella mujer me robaba el cariño de Bernardo, Jorge!

JORGE

Con mujer ó sin mujer, fué imprudencia; sí, porqué hay cosas que parece que son y no son; y otras, que no son y parece que son; y lo mas acertado es que las mujeres se queden tranquilas dentro de sus casas.

PAULA

¡Si tú amáras!

JORGE

Como un rabioso amo á Nicolasa, bien lo sabes; pero no seria justo que nos atormentáramos con dudas, despues de haber jurado querernos siempre. Los celos obligan á la víctima á tomar la calle del medio, á desesperarse, á ahorcarse de un clavo. Pero, vamos al asunto: tu te desmayastes; en tal estado ¿se te habia de conducir al palacio de tu rival?

PAULA

¡Oh! no! no! allí no! á otra casa, á cualquiera parte.....

JORGE

Bueno: esta fué una de esas cualesquiera partes. ¡A esas horas! Esto era lo mas cerca y lo mas escusado. Tambien aquello fué un infierno; y yo no queria separarme de Bernardo en toda esta noche; se lo manifesté asi y me contestó:» sobre todo Jorge, en la soledad de la quinta Paula podria ser objeto de alguna venganza sangrienta. Toma, pues, estas dos llaves: la del fondo de los jardines, y la de mis oficinas, que tú conoces; el escribiente habita, como sabes, en ese departamento, pero no te sentirá. Lleva allí á Paula, mientras voy yo por el médico.» ¿Te parece natural encontrarte en palacio? Bernardo no hace nada mal hecho. Mira, voy por esos papeles, que urgen. A mas, á otro asuntillo, que te volverá loca de alegría..... es en balde, no me sacarás ni una palabra: es una sorpresa. Con que hasta un rato..... te digo que es una sorpresa!.....

(Se vá por la puerta de la derecha, dejándola abierta)

ESCENA TERCERA

PAULA — luego CRISTINA

(Paula, abre el medallon que lleva al cuello, y lo besa con frenesí)

PAULA

Mi cabeza se inflama en el ardiente torbellino de la fiebre...! ¡Qué noche, Dios mio!..... Quisiera abandonar cuanto ántes este sítio; mé oprime su atmósfera.... siento el pecho henchido de suspiros, y no puedo llorar!....¡oh, madre, madre mía!..... *(se desploma en un sillon desesperada, y permanece así unos instantes, oculto el rostro entre las manos; luego se levanta, estremeciéndose ante repentinos terrores que asaltan su imajinacion.)* ¡Que soledad tan pavorosa envuelve esos jardines! no sé que soplo glacial recorre mis venas.....¡Ah mi quintita tranquila y venturosa, blando nido de alegres esperanzas! *(Vá á cerrar la puerta, y al ejecutarlo, retrocede espantada al ver á Cristina.)* ¡Ah! *(ap.*—Esa enlutada.....¡el fantasma que me estremecia!....)

CRISTINA.

(ap.—¡Ella es!.... no me engañó el escribiente).

(Cierra la puerta y contempla, muda, celosa, con rabia á Paula, que habia ido á refugiarse á un ángulo opuesto del salon, anonadada de vergüenza y de vago terror—Cristina interrumpe el silencio con una carcajada de doloroso despecho, y se quita el velo que cubria su rostro).

PAULA

(*ap.*—¡oh! ella! qué vergüenza.)

MARQUESA

¡La gobernadora del Perú!

PAULA
(Suplicante)

¡Señora!....

MARQUESA

¡Manchando el recinto de la ley la querida de Monteagudo!

PAULA
(Mas suplicante)

¡Señora!

MARQUESA

La dama oficial!

PAULA

¡Oh Dios! me calumnian! ¡me calumnian!
(Paula ha caido á los piés de la Marquesa)

MARQUESA

¡Al crímen agregais el cinismo de las mujeres de vuestra clase!

PAULA
(abrazándole las rodillas con angustia.)

No, señora, no señora! me han traido aquí sin yo saberlo... no he vuelto á ver mas á Bernardo!

MARQUESA

¡Bernardo le llamais todavia!

(Se aleja bruscamente, de suerte que Paula, falta de apoyo cae, exhalando un grito de humillacion. Asi permanece).

MARQUESA

¡Tal es vuestro puesto ante la Marquesa de Velazquez! ¡Plebeya! mujer impura! anonadaos así bajo el peso de vuestro propio envilecimiento!

(Paula se levanta lentamente, y se iergue con el orgullo de su dignidad ofendida, apártase los cabellos, que han caido sobre el rostro, mostrando un semblante bañado por las lágrimas, puro, se-

reno, iluminado enérjicamente por la magestad del decoro; quiere hablar y se ahoga; lucha con esta impotencia, y al pronunciar el siguiente ruego, prorrumpe en llanto, cubriéndose el rostro con las manos.]

PAULA

¡¡Por piedad!!

MARQUESA

¡No hay piedad, no puede haberla para la mujer que me roba el corazon de Monteagudo! ¡oh! si le amárais como yo! si fuérais capaz de la adoracion sublime, que como una inspiracion, como un grito poderoso se alza del fondo de mi alma!..... yo os diría entónces;..... yo probaría amar tanto á Monteagudo como para deciros: renunciemos las dos á sus caricias! ¡Ah! pero puede ser capaz de este heroismo una mujer como vos?

PAULA

¡Oh! si! si! Ah, señora! lo he amado mas, mucho mas que á mi misma! Yo he dejado de ir á la tumba de mi madre por esperarle, y rompí la reliquia de la sagrada cruz que llevaba al cuello, para colocar el retrato de Monteagudo, mi único ideal, mi único soberano, mi único Dios!

MARQUESA

¡Oh! me irritais con ese inmenso amor, que es cual el amor que me abrasa las entrañas. Pero no, vos no le habeis amado con la necesidad fatal, incontrastable, con que Dios anuncía á una mujer grande la revelacion de *ese verbo* sublime de la existencia. El os ha deslumbrado con su posicion y su talento, os ha enloquecido con su palabra, os ha vencido y os ha anonadado bajo el rayo de sus ojos. Yo le amé sin el estímulo de la esperanza, y le amo mas ahora en medio del tormento del imposible!

PAULA

¡Oh! Cómo os lo podría esplicar, señora! Yo no

sé que dulce misterio fué la cuna de este afecto, abnegado, grandioso. Monteagudo no se parece á ningun hombre de la tierra, señora; y os perdono vuestra insensata idolatría, porque no se le puede conocer sin sentirse el alma para siempre embriagada por un soplo divino. ¡Oh! no he sacrificado, no, á los intereses de la vanidad, ni cedido á una seduccion intencional de parte de ese hombre sublime. Escuchad: yo hubiera podido unir su brillante nombre á mi oscuro nombre, y lanzarme con él en el carro de su gloria, á los espacios del gran mundo; pero he preferido su misterioso amor en la soledad profunda de los bosques, ante cuyas áras de flores, una noche inolvidable, teniendo á Dios por sacerdote y á la luna por antorcha, nos juramos un eterno desposorio!

MARQUESA

¡Oh! callad, que os perdeis!

PAULA

Yo no amaba la existencia ántes de conocerle; ignoraba esa fruiccion del cielo que exalta ó hace languidecer el alma, cuando se llena con el aroma de otra alma; cuando en alas de un ósculo inefable, y en medio de no sé que secretas armonías, esas dos almas remontan las ásperas montañas de la tierra, para cernirse ambas en el seno de las supremas delicias! Desde entónces amé la vida, tuve horror á la muerte,! ¡oh! morir! Yo no quiero morir si é queda en el mundo! ¡Yo no quiero morir! yo no quiero morir en la horrible desesperacion!

MARQUESA

(sacando un puñalito)

¡Desgraciada! habeis concitado los torbellinos de mi cólera! Vos sospechábais que mis celos necesitarian una víctima!

(Paula, en los primeros momentos retrocede aterrada, pero reaccionando virilmente, dá unos pasos hácia adelante, cae de rodillas con la sublime resolucion del mártir por su fé, y descubriéndose el seno, se presenta sonriendo al puñal.)

PAULA

¡Herid! vuestro puñal cortará el hilo de dos existencias!

MARQUESA

(Inclinándose sobre Paula)

No! cortará solo la vuestra, porque Monteagudo me ama!

PAULA

(Se inmuta, se oprime el corazon como herida de un dolor agudísimo.)

PAULA

¡¡Oh!!

(La Marquesa, dibujando una triunfante sonrisa, pero sin poder ocultar con ella el despecho celoso y desenfrenado que la devora,)

MARQUESA

(ap.—¡Esto vale mas que una puñalada!)

PAULA

(Desgarrada y suplicante)

¡Es imposible, señora! ¡Yo le he visto á mis piés en extasis de amores, doblar, pálido de emocion, la frente al desprenderse de mis labios la suprema frase ¡te amo! ¡tuya, eternamente tuya!

MARQUESA

Morirás! morirás! ¡no hay compasion para tí!

PAULA

¡Pero decidme que él me ama, que me habeis engañado!

MARQUESA

(Asiéndola de una mano y sacudiéndola con rabia)

Monteagudo te ha mentido! vive solo para mí! me

lo ha jurado cien veces esta noche misma en mis jardines!

PAULA

(Desesperada)

¡Hiere pues!

MARQUESA

(Levantando el puñal para herir)

Si, morirás!... y él encontrará frios esos labios donde palpitaron sus caricias ardientes!

PAULA

(En el colmo de la desesperacion y la angustia.)

¡¡Matadme!!

(Levanta el puñal, para descargar el golpe, y al oir las voces de fuera, se le escapa el arma, con espanto.)

ESCENA CUARTA

Dichos y el Marquez de Velazquez, el Vizconde de Campo Verde y Gomez, fuera, en las puertas del jardin donde oyen voces tumultuosas.

GOMEZ

(Al pronunciar laMar queza su última palabra.)

Derribad la puerta....

MARQUESA

¡Gomez! me ha vendido al Vizconde!

MARQUEZ

¡Derribadla!

MARQUESA

¡Cielos! mi padre!

(Sacuden la puerta. Paula se ha colocado rápidamente delante de Cristina, como sirviéndola de escudo, á la vez que la empuja hácia las puertas de la izquierda)

PAULA

Por allí!

MARQUESA

No! la salvacion no la recibiré de vos!

PAULA

Perdeis á Monteagudo!

MARQUESA

¿Que decis?

PAULA

Los realistas se creerán afrentados en la hija del Marquez de Velazquez..... escapaos por Dios!

MARQUESA

¡Quereis humillarme!.....

PAULA

¡Oh! como quereis que os aborrezca si le amais tanto! Salvaos, por el cielo! por Monteagudo!

MARQUESA

Bien! venid vos tambien.

PAULA

Yo lo haré por otra puerta ... volad!

(Se ha operado una revolucion radical en Cristina, despues de una lucha sorda y formidable, entre su orgullo y su amor; vence esto último) Mientras tanto y en medio de las voces amenazantes de los de afuera, ámbas mujeres han llegado á la puerta de la izquierda, Cristina, decidida á huir, contempla un instante con indecible

cariño fraternal á Paula, la besa con tierna gratitud en la frente, y parte. Paula cierra la puerta y se coloca de espaldas, delante de esta, esclamando:)

PAULA

(Con tristeza profunda.)

¡¡Ay! Este beso del ángel ha estendido sobre mi alma el hielo del sepulcro!

(Enjuga sus lágrimas; se serena; adquiere cierta varonil magestad, cruzándose de brazos; las puertas del jardin ceden, penetrando por ellas el Marquez y los demas)—Entrando.

MARQUEZ

¡La mataré!.... Ah!... pero esa no es Cristina, Vizconde...

(este interroga á Gomez)

GOMEZ

El escribiente me juró haberla visto entrar.....

PAULA

¡He ahí á los caballeros atisvando la honra de las mujeres!

VIZCONDE

(alzando del suelo el puñal de Cristina)

(*ap.* –La prueba!)

(lo guarda)

MARQUEZ

(*ap.*—Sus facciones, su voz; que recuerdo!)

GOMEZ

(*ap.*—Monteagudo!)

VIZCONDE Y MARQUÉS

(retrocediendo)

(*ap.*—¡Él!

ESCENA QUINTA

Dichos y MONTEAGUDO por la segunda puerta de la izquierda

MONTEAGUDO

¡Que rastrera y cobarde villanía!! os hace dignos de ser arrojados por los balcones! *(El Marquez intenta balbucear una disculpa, mientras Gomez no oculta su temor y el Vizconde su humillacion y su despecho)* Ni una palabra!....¡os lo perdonaré todo, si en adelante la tierra de vuestros hijos os debe una sola accion generosa! ¡Idos!

VIZCONDE

(ap.—¡Hasta dentro de media hora republicano altivo!

[Parten aborchonados. Comienza á amanecer, Monteagudo mirándolos alejarse con alto desprecio.]

MONTEAGUDO

¡Mis enemigos! pretenden insurreccionar á Lima! ¡oh, América! tambien el martirio bendijera en vuestras aras; pero quien os amará mas que yo!

(Media pausa)

ESCENA SESTA

MONTEAGUDO y PAULA. Está ahogada por un llanto convulsivo, tendiendo las manos hácia Monteagudo, que aun no ha podido fijarse en ella, prorrumpe, al fin, con voz debilitada y agonizante:)

PAULA

¡Adios!

(Monteagudo vuelve la vista hácia ella, y comprendiéndolo todo, corre á detenerla, la toma de las manos y las cubre de besos, sin poder pronunciar una palabra; al fin consigue hablar y esclama:)

MONTEAGUDO

¡Paula! ¡Paula! único y eterno amor de mi vida!

(Paula se desprende suavemente de los brazos de su amante y desfallecida se desploma en el sillon inmediato.)

PAULA

¡Por que me has engañado!

MONTEAGUDO

(Cayendo á sus piés, y tomándola una mano entre las suyas)

¡No me digas eso! Eres la perfumada guirnalda, que en mis sueños de porvenir tranquilo, me ofrece borrar las huellas, que un destino implacable ha impreso en mi marchita frente. ¡Bésame!

(Paula besa con suavísima dulzura y sagrada uncion los cabellos de Monteagudo, y le contempla con lágrimas.)

PAULA

¡Y aunque no me ames!

MONTEAGUDO

Pero no llores! No sé como esplicarte mi conducta!..... soy un misterio para mí mismo..... pero mira..... no soy culpable..... ¡te juro que

te amo!..... Escucha: la causa de la libertad permitió que entrara á Lima para una nueva revelacion; el político solia desaparecer bajo las tinieblas del hombre, atormentado por las dudas del sepulcro; pero te conocí, y las puertas del sepulcro me parecieron las de la inmortalidad de las almas; los ideales del apóstol ciñeronme entónces la diadema del ángel!

(Paula tiende una mano sobre el cuello de Monteagudo, magnetizada, y comienza á contemplarle y á sonreirle con éxtasis, pero mezclado de cierta vaga tristeza.)

PAULA

¡Y aunque me engañes! bajo el tíbio soplo de tu aliento, bajo los esplendores de tus ojos, y asida de tu mano, se puede bajar al sepulcro, llevando ya en el alma el paraiso, dueño incomparable!

(Se oye una campanilla)

MONTEAGUDO

¡Ah! ¡ven! Dios nos llama ánte sus aras de flores, para ungir nuestras frentes y ofrecernos la dulce realidad de las sagradas promesas!

PAULA

Tu palabra es una suave cadencia, Bernardo.

(La conduce á la puerta del fondo y sin desprenderse de su mano dice:)

MONTEAGUDO

Hace un año, al entrar en Lima el Ejército Libertador, una mujer del pueblo se habre paso por entre la multitud, y ofrece arrebatada dos coronas de laurel; la una al héroe de los Andes, la otra al apóstol de la idea en 1810, quien, desde ese instante, concibió la ilusion de retribuir á la patricia por su corona de laurel ofrecida en nombre de la libertad, una corona de asahares en nombre del amor. Monteagudo vá á cumplir su voto.

(Empuja la puerta, que se abre completamente, apareciendo un altar, y un sacerdote, que toma de sus aras una corona de desposada y la presenta en actitud de colocarla en la cabeza de Paula.)

PAULA

(cayendo en los brazos de Monteagudo)

¡Bernardo! eres un gran corazon!

(Monteagudo la conduce al piè del altar donde ámbos se arrodillan. En el mismo instante llegan de afuera tumultuosas voces de pueblo amotinado, seguidas de tiros y ruidos de armas.)

VOCES

¡Abajo Monteagudo! ¡muera!

PAULA

(estrechando, á Monteagudo)

Dios! mio ¡huye! Bernardo! huye! te matarán, mi bien!

MONTEAGUDO

No! déjame!

(Cierra la puerta.)

ESCENA SETIMA

El Marquez, el Vizconde, Gomez,—Dos oficiales, y gente del pueblo—Todos armados.—En seguida Monteagudo.

UN REALISTA

¡Abajo el mason, el atéo, el libertino!

PUEBLO

¡Abajo! muera!

OTRO REALISTA

¡A la hoguera el renegado!

(Aparece Monteagudo por el fondo, deteniéndose á dos pasos de a puerta: trae al cuello la insignia masónica del grado 33. Al aparecer, los amotinados se replegan en dos grupos; el pueblo á la izquierda y los demás á la derecha, completamente dominados por la magestad de Monteagudo.)

VIZCONDE

(ap.—¡Cobardes! me habría perdido si solo hubiera fiado en ellos!)

MARQUEZ

(ap.—Insignia masónica grado 33!....)

MONTEAGUDO

¡Y bien! que es lo que busca esta chusma, disciplinada por el oro de sus antiguos verdugos? Que pretenden todavía los que la acaudillan, para hacerla servir á su propia servidumbre?

VIZCONDE

(con arrogancia)

El pueblo!. . .

MONTEAGUDO

Quien, como vos, ha permitido que otro hombre le estampe su mano en la mejilla, no puede invocar sin mancharla, la augusta soberanía del pueblo!

MARQUEZ

(ap.—Ganémos tiempo.) Ilustre Monteagudo.....

MONTEAGUDO

Tampoco puede dirijir la palabra á un caballero quien ha merecido la merced de no haber sido arrojado por mis criados desde un balcon de palacio. Y vosotros, ¿porqué inclinais la cabeza? Levantadla! el pueblo no la dobla jamás sino ante la ley que emana de sus propios derechos? ¿Pero sois acaso la personificacion de una sola idea de la noble patria Peruana? ¡Tambien veo chilenos en el motin contra un soldado de las legiones argentinas, que fueron á lavar la afrenta de Rancagua! Ah! pero estos no son chilenos que los declararia traidores si los viera atentando contra el compañero de San Martin!

———

ESCENA OCTAVA

Dichos—Un ugier del Cabildo con un pliego, que entrega á Monteagudo—luego Jorge con otros pliegos.

VIZCONDE

(ap.—¡El es!)

MARQUEZ

(ap.—¡Si será!)

MONTEAGUDO

(Despues de leer el pliego)

El Cabildo me destierra, y el Director provisorio, Marquez de Torre Tagle, traidor á la amistad y á su puesto, me pide con lágrimas hipócritas, que me someta ¡oh! él sabe bien, que ahora mismo no me costaría la corona imperial, sino el trabajo de un cincelador! *(Se cienta y escribe interrumpiéndose.)* ¡Que maldad! me niegan el derecho de la defensa.... el derecho que yo mismo he fundado!

(Se nota en el pueblo sensacion favorable para Monteagudo.)

MARQUEZ

(ap.—Ya tiene de su parte á esa chusma.)

MONTEAGUDO

(Cerrando y entregando el pliego al Ugier, que parte)

Lo comprendo! si me permitieran defenderme, confundiria á esos calumniadores de la libetdad! Y es hoy que me destierran! ayer era el aniversario de la independencia Peruana! ¡Qué dirá la posteridad de tamaña ingratitud!

JORGE

(Entrando y poniendo en manos de Monteagudo los papeles)

Recien logro que firme.

MONTEAGUDO

Me lo esplico ¡qué importa darle glorias á un muerto! Peruanos! Ese Ugier ha llevado mi renuncia. Pero ántes de marchar al destierro, desde donde elevaré mi Manifiesto á la Nacion, decid á vuestros compatriotas, que mientras la traicion y la intriga en funesto consorcio fermentaba en contra de la causa pública, el desterrado se privaba del sueño y del descanso, por servir á la Patria, en cuyo nombre se le condena sin oirle! Aqui teneis las pruebas de aspirar á la dictadura! En nombre de los principios, que desde la tribuna y en los campos de batalla, he defendido como soldado y como periodista, desde el Plata hasta el Rimac he levantado de vuestras frentes el estigma oprobioso del esclavo. He decretado, que la educacion y no el hierro volviera al seno de la familia política á vuestros hermanos los hijos nómadas de la sierra y del desierto. Yo he congregado en la plaza de la Independencia á vuestros hijos, para que al apuntar el sol de los Incas, saludáran todos los años las imperecederas conquistas de la libertad y la justicia, entre los cánticos del himno sagrado de la patria; bajo el emblema glorioso de la Nacion. Yo he colocado la piedra angular de las escuelas y bibliotecas, donde las generaciones iran, en nombre del derecho de la República, á descifrar la clave del presente y á despejar la incógnita del porvenir. ¿Qué mas? ¿á quien se le deben los reglamentos de justicia y administracion? ¿quién ha fundado vuestro banco de crédito? ¿quién convocó al Congreso constituyente? ¿Quién os levantó la pena del látigo, que gemia sobre vuestras espaldas durante tres siglos; y quien ha libertado á las generaciones venideras de la deshonra eterna decla-

rando intrascendental la pena de infamia, como la de azotes? Interrogad, Peruanos, á ese augusto monumento de la Plaza de Lima, conmemorativo de vuestros juramentos de independencia..... y él os responderá, cuando yo marche al destierro, pobre pero engrandecido por el sacrificio, por el trabajo y por la injusticia cobarde, el hijo de Tucuman!..... Peruanos!» marcho al ostracismo con el consuelo, de que el leon de Castilla no volverá jamás á ser enarbolado en nuestros estandartes.» (1)

PUEBLO

¡Quedaos!

MONTEAGUDO

La ley lo manda, ¡Adios!

VIZCONDE

(á Gomez)

El himno de triunfo!

(Gomez sale.)

El pueblo, consternado, tiende las manos á Monteagudo como para deternerle. Paula aparece delante del altar y le tiende los brazos con amor.)

PAULA

¡¡Bernardo!!

MONTEAGUDO

(Precipitándose en los brazos de Paula)

¡¡Esposa!!

VIZCONDE

(*ap.*—¡Lima! ¡eres mi sierva.)

PUEBLO

¡Viva Monteagudo! ¡viva!)

(1 Histórico.

El pueblo se abalanza á las puertas de la capilla—Monteagudo se desprende de los brazos de Paula, y con embriaguez de gloria va á caer en los del pu eblo, esclamando:

MONTEAGUDO

¡¡Hermanos!!

PUEBLO

¡Viva Monteagudo! ¡viva!

Paula cae de rodillas al pié del altar, elevando sus manos a cielo

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Gran patio y jardin de una casa frente á la iglesia de San Juan Bautista. Entre dos pabellones laterales un gran cobertizo de parras, tapizado en el exterior por enredaderas, adornado con jarrones de flores en los ángulos internos, y bancos rústicos á los costados. Dos arcadas de salida al fondo; y en medio de estas una tarima con tres gradas cubiertas de pétalos de flores: sobre la tarima un sillon rústico, superado por un docel de tules blancos festoneado con cintas de flores azules; y bajo del docel, á poca altura del sillon, la corona de azahares del segundo acto. Del centro del emparrado pende una araña de madera, vestida de laurel. Por las arcadas se percibe un jardin con arboledas. Es la noche del 28 de Enero de 1825.

ESCENA PRIMERA

Al alzarse el telon aparecen varias CAMPESINAS dando el último toque al arreglo del recinto. Una serenata de guitarras, panderetas y flautas cruza á lo léjos, en el momento que se marca; entónces las campesinas se aglomeran en las arcadas á escuchar.

CAMPESINA 1ª.

No se quejarán los novios, por cierto. El covertizo está como una gloria. Con todo, la quinta ha sido mejor arreglada para la fiesta de mañana.... allí vivirán los novios... Escucha...es la serenata preparada por unos amigos de las quintas.... Monteagudo vendrá aqui á las doce, que es la hora del casamiento; yo estoy en el secreto....

CORO DE LA SERENATA

Felices los que aman.
Y esperan amando;
Y se unen dichosos
Al fin de los años,.

(Se repite la estrofa, alejándose en seguida el rumor del canto.)

CAMPESINA 2ª.

La fiesta va á estar como unas páscuas:

CAMPESINA 1ª.

De aquí pasaremos á la quinta.... como la iglesia de San Juan Bautista está en frente, calle por medio, habrá querido Don Bernardo casarse aquí en la ciudad y no en la quinta de Jorge y Paula.

CAMPESINA 2ª.

¿Sabes no ha convidado á ninguno de esos grandes señores?

CAMPESINA 1ª.

Ni por pienso, mujer! quiere que todo sea entre nosotras las de las quintas; está aburrido de ese infierno de gente de copete; ¿no oistes lo que hoy le decia á Paula?

CAMPESINA 2ª.

¡Que bueno es este Don Bernardo!

CAMPESINA 1ª.

Tal para cual, porqué Paula es un encanto!

CAMPESINA 2ª.

¿Pero has visto que sorpresa? quien ni soñó que fuera su novio? un hombre tan grande! Y luego, nunca se le ha visto en la casa de Paula.

CAMPESINA 1ª.

Y que me cuentas con eso? no lo he ni maliciado yo, que soy como hermana con ella.... y á mas tu

sabes.... novia de Jorge. Allá, cuando el destierro, ya estaba listo todo, pero quedó en agua de borrajas, porqué huyó del altar el sacerdote! Y los realistas tenian ya listo el coche, en que lo desterraron. Pero al separarse de Paula le dijo: al fin serás mi esposa, aunque sea en la vejez ó á las puertas del sepulcro.

CAMPESINA 2ª.

Pues vá á cumplir su palabra.

CAMPESINA 1ª.

Pero, mujer! ¡no te acuerdas que tenemos que arreglar las mesas, para los mozos invitados! no tardarán en venir con Jorge, que fué á buscarlos á las quintas.

CAMPESINA 2ª.

Bien dices. Vamos.

CAMPESINA 1ª.

Ay! todos los dias ruego á Dios, que Jorge me saque de penas! figurate: ocho años de novios!

CAMPESINA 2ª.

Jesús! qué aguante!

CAMPESINA 1ª.

Mira: hay hombres tan ariscos, que ni con pega pega ....

(Salen por la derecha.)

———

ESCENA SEGUNDA

Paula, por la izquierda, con una corona de violetas, resedá y pensamientos. Viste traje oscuro; el pelo simplemente recojido arriba y enredado de jazmines.

PAULA

He terminado la corona! él colocó la suya allí, para mi frente de desposada; esta tambien adornará su cabeza. ¡Qué noche tan hermosa y tan llena de dulces misterios! Esa nocturna serenata volverá á enviarnos sus alegres cantares, cuando la dicha nos haya brindado su embriagante néctar. Es un capricho muy propio de su carácter! Ah! mi Bernardo! Yo rasgaré esa sombra fatal que el mundo ha estendido como un crespon fatídico en tu frente! Pero aún no viene! Apénas nos hemos visto una vez, despues de tan larga ausencia! Ah! y vá á encontrarme sin mi vestido blanco, que para esperarle me lo hice hace diez y ocho meses.. Voy á ponérmelo... Con nada puedo comparar la felicidad de obedecerle! Pero ántes he de colocar la corona..... ¿Como haré para que la sorpresa sea mas bella? gusta tanto de las sutilezas de la pasion venturosa! ¡Oh! lo que es en la quinta le reservo un paraiso. ¿Porqué habrá querido que nos casáramos en esta casa?

(Se detiene y medita)

ESCENA TERCERA

Paula y Gomez; luego dos hombres del pueblo, de aspecto siniestro.

GOMEZ

(Al entrar, foro izquierdo)

(ap.—El negro Espinosa dará el golpe á otra ho-

ra, dirijido por el Vizconde y acaso tambien por su amigo Sanchez.)

PAULA

(Dirijiéndose al pabellon de la derecha)

¡Que noche tan hermosa! ¡Y que alegre será la serenata!

GOMEZ

En efecto, hermosa Paula.

PAULA

Ah!.... Gomez!

Paula revelará en esta escena enerjía y repugnancia por Gomez, á la vez cierto vago terror instintivo.

GOMEZ

Como que vá á ofreceros una corona nobiliaria.

PAULA

Os supliqué que no me volviérais á ver, y os dije que no queria escuchar nada relacionado conmigo.

GOMEZ

Pero, como esto se relaciona con mi amigo Monteagudo.

PAULA

¡Con Monteagudo, señor Gomez! Ah!...no! mentis! ningun interés amistoso puede moveros hácia él. Todavia le perseguis: vuelve del destierro sin ódios contra sus enemigos: os perdona, porque es grande, pero vosotros!....

GOMEZ

Es asunto grave, muy grave, Paula.

PAULA

Ya lo comprendo! Solo asi os permitiria abusar de mis sentimientos. ¿Es esto noble? no quiero detenerme á clasificarlo!

(Quiere irse)

GOMEZ

Decid lo que que querais; pero puede que de vos dependa la vida del antiguo Ministro!

PAULA

(ap.—¡Dios mio!) Hablad entónces. *(ap.*—Es algun lazo?)

GOMEZ

Ya sabeis que el Vizconde de Campo Verde se consume en un amor voraz por vos.....

PAULA

Lo sospechaba! la torpe infamia de siempre! Contando con la impunidad, porque él se hallaba ausente, es la segunda vez que pretendeis.....¡Oh! es el colmo de la obra de una alma libertina! Las intrigas de aquella noche funesta, su destierro, las lágrimas que han quemado mis ojos.....todo provino de la infernal arteria de ese corazon sin calor, de ese tenebroso espíritu, llamado Vizconde de Campo Verde.

GOMEZ

(ap.—Tendré que robarla entónces.)

PAULA

Y bien! os rechacé con todo la enerjía de este amor inmenso, que una vez sola he sentido por un hombre!

GOMEZ

En nada, pues, estimais su existencia?

PAULA

¡Que cobarde disyuntiva! la deshonra para mí ó el puñal para él! Pero, cómo os continúa cegando vuestra propia miseria, cuando creeis que él me perdonaría alguna vez la debilidad de desarmar su asesinos á precio de una sola de mis caricias?

GOMEZ

La vida es lo primero!

PAULA

¡¡Oh!!..... salid!

GOMEZ

(ap.—Empleemos el remedio heróico.)
(Tose disimuladamente en el dintel de la arcada izquierda)

PAULA

Pronto! salid!

GOMEZ

Voy á salir; pero, apesar de vuestras moralejas, me acompañareis.

PAULA

¡¿Qué decis?!

GOMEZ

Para el débil no hay otro derecho que la voluntad del mas fuerte: llevadle.

ESCENA CUARTA

DICHS y los DOS BANDIDOS, que se precipitan sobre Paula, trabándo con ella una lucha desesperada. Luego un UGIER con DOS SOLDADOS armados.

PAULA

¡¡Cielos!! ¡infames! ¡socorro! ¡Jorge! socorro!

(Gomez contempla sonriendo esta lucha, Paula ha sido arrastrada hasta la arcada izquierda.)

GOMEZ

(*ap.*—La esperaré en el coche.)

(Dá un paso para salir, pero en el dintel de la arcada izquierda se presenta el Ugier. Los bandidos y Gomez retroceden amedrentados hácia la izquierda; y Paula dá un paso hácia la derecha; y refiriéndose á Gomez, con lástima, esclama.)

PAULA

¡Desgraciado!

(Se vá por la derecha. Los soldados han penetrado en la esceua hácia la derecha, quedando el Ugier al frente de ellos.)

UGIER

Al fin os hallo, Gomez: se os ha visto anoche rodear la quinta de Jorge, con esos bandidos: y hace una hora acechar esta casa, desde el muro del templo de San Juan Bautista, á unas varas de aquí. El Marquez de Velazquez indicó fundadamente al Libertador, que se os debia prender y procesar, en la seguridad de que algun plan tenebroso contra Monteagudo fraguábais, obedeciendo al Vizconde.

GOMEZ

¡Jesús! (*Cae á los piés del Ugier.*) ¡Perdon! es cierto. . . . . el Vizconde. . . ¡oh! no soy yo el que ejecutaré ese crímen. . . . . es el torero, el negro Espinosa, frente á esa iglesia de San Juan Bautista.

UGIER

¡Habla miserable! ¡qué crímen es ese! . . .

GOMEZ

Matar á Monteagudo! . . .

UGIER

¡Infames!

GOMEZ

¡Perdon!

UGIER

Asesinarle á él! ¡Marchad! *(ap.*—Avisaré á Bolivar en el acto y volveré en seguida.)—Llevadles de una vez! ¡oh! que ejemplar castigo espera á los realistas! Monteagudo conocia á Lima y á sus antiguos amos!

(Los soldados se han apoderado de Gomez y de los bandidos y parten por la arcada del foro; Gomez, desesperado resiste pasivamente á los soldados.)

GOMEZ

(Ya fuera de escena)

¡Perdon!

PAULA

(Saliendo y corriendo hasta el foro)

¡Perdonadles, señor Ugier! ¡perdonadles! y *(baja á la escena)* ¡Oh! debo ocultar á todos el suceso.... Que en esta noche, ni ódios ni disgustos se mezclen á nuestras alegrias. ¡Infelices! ¡que será de ellos! ¡oh! Bolivar no me negará su libertad pidiéndosela por medio de Bernardo! ¡Qué mejores arras de himeneo que la generosidad y el perdon!

ESCENA QUINTA

PAULA; JORGE y CAMPESINOS que á este acompañan, Jorge trae una cesta llena de comestibles; otros traen botellas de licor, guitarras y panderetas.—En los sombreros ostentan ramos de flores silvestres.—En el jardin se ha oido el preludio de las guitarras.

JORGE

(Por el foro derecho)

(ap.—¿Qué ruido seria ese?)... Aquí tienes, Paula

á nuestros amigos: son convidados: todos te quieren como á la niña de sus ojos, lo mismo que á Bernardo.

(Murmullo de aprobacion en los campesinos.)

PAULA

Gracias, amigos mios! Ya lo sabeis: en Monteagudo tendreis el mismo cariño que Jorge y yo os profesamos.

(Los mismos murmullos.)

JORGE

Bueno! ahora á divertirse! Por allá andarán las muchachas arreglándolo todo; recreaos con ellas; yo me reuniré en seguida. Ya os dije que Bernardo os permitirá bailar con la novia; él no es afecto al zangoloteo, salvo á los de máscaras. *(ap.*—Ah.... maldito recuerdo! Yo no sé. . . . pero, apesar de todo, siento no sé que tristeza. . .)

(Los campesinos han cambiado saludos con Paula, y salen.)

CAMPESINOS

(Fuera)

¡¡¡Viva Monteagudo! ¡Viva!

PAULA

¡Cuan venturosa me siento, hermano!

JORGE

Si, lo creo, yo tambien.

PAULA

¿No le has visto? porqué no ha venido ya?

JORGE

Pero tú crees que en todo puede hacer su gusto! Vendrá en seguida, porque á las diez lo espera un amigo para no sé qué; á las once, si, ya lo tendrás á tu disposicion; y al venir el dia nos marcharemos á la quinta, y continuará allí la fiesta por una semana; me lo ha dicho él mismo.

PAULA

¡Cuando vivirá tranquilo á mi lado! Desde Chuquisaca al Plata, desde el Plata á Chile, al Perú, Guayaquil y Paraná! ¡que via-crucis tan vertiginosa y terrible ha atravezado! Cuando sonará sobre mi seno la hora de su descanso!

JORGE

(Con misterio)

Es que hay grandes novedades en Lima! no te alarmes; al contrario, se ha librado de tres enemigos: el Vizconde, el Marquez y Gomez, á los cuales el Libertador les sigue la pista por aquello que hicieron con Monteagudo. . . .

PAULA

¡Dios los tenga de su mano!

JORGE

Los chacales se devoran unos á otros, como él dice; oye: El Marquez tendrá un duelo con el Vizconde, porqué le oyó murmurar de Cristina, asi, como diciendo que era dama de Monteagudo; por supuesto, una infame calumnia: Tambien entraba un puñal encontrado en palacio.

PAULA

(ap.—¡Cielos!)

JORGE

Bernardo ya sabe estos chismes. La rábia de Marquez fué, sobre todo, porqué la calumnia del Vizconde desbarataba no sé que plan de matrimonio entre la Marquesita con Sanchez Carrion, secretario de Bolivar, segun me dijo el sirviente del cura. . . no me acuerdo bien; pero es un barullo de los demonios, en el cual la política se mezcla á los amores. Como,!. . . . ¿no te has vestido?

PAULA

Voy á hacerlo; me avisarás cuanto llegue Bernardo.

JORGE

En el acto.

PAULA
(Volviendo de la puerta)

No te olvides.

JORGE

No, mujer. *(Paula se vá.)* Daré un vistazo por allá! ¡ah!. . . . . él llega.

ESCENA SESTA

JORGE, luego MONTEAGUDO. JORGE se retira al fondo.

MONTEAGUDO
(Preocupado)

¿Que nuevo designio de los odios del Vizconde y Sanchez Carrion pretenderá revelarme ese anónimo singular? Pero, porqué me persiguen todavía? ahora que no tomo parte activa en la política? Ayer conferencié largamente con Bolivar sobre mi proyecto de confederacion; al escucharlo, ví formarse en su entrecejo una honda arruga. ¿qué propósito ó qué nueva calumnia contra Monteagudo encerrará ese abismo?. . . . me despedí de él, y la arruga no habia desaparecido!. . . . . Las tinieblas me cercan, y pare-

ce que pretendieran empujarme hácia la tumba. Pensemos en la patria hasta el último momento. Bolivar, querrá ceñir la diadema imperial, y mira en mí un obstáculo? No lo creo; él mismo me ha traido del destierro; soy su candidato para el futuro Congreso de Panamá!. . . . . Pienso que la monarquía temporaría y muy templada acaso salvára á este país sin preparacion, aun para una forma mas perfecta de gobierno. Pero sus proyectos parece que se tocan en algunas puntos con los de Napoleon; acaso él desearia llevar á la Presidencia de las Repúblicas á sus generales, gobernándolos desde una quinta en el corazon de América? Esto es la absorcion y la pérdida de la independencia. . . . . ¡Oh! son los pueblos que labran su propio destino.'.. Me desespero en mi impotencia contra la realidad de las cosas!. . . . Debo convencerme: no es aun posible la democracia pura en este país. No hay civilizacion, no hay riqueza ni industria; no está aun arraigado en los Peruanos el sentimiento de la dignidad humana, ciudadela del derecho. . . . . sienten la fiebre, pero no los alumbra aún la razon. . . . no encontré nunca ciudadanos capaces de comprender y realizar aquel dogma, ni en el gobierno ni en el pueblo. « Es necesario concluir de todo, que las relaciones « que existen entre amos y esclavos, entre razas que « se detestan y entre hombres que forman tantas « subdivisiones sociales cuantas modificaciones hay « en su color, son enteramente incompatibles. » (1) con los sueños que alimento, hoy como ayer, de una perfecta democracia. Ah! pero ese es el ideal lejítimo . . . . . démosle hoy la espalda para arrodillarnos mañana al pié de sus inmortales aras! Es un rodeo, nada mas. . . . . los pensadores lo quieren así. . . . pero guiemos al pueblo, rompamos la bruma que oculta esa estrella polar de sus destinos. . . .

(1) Histórico.

que comprenda la democracia, para que la ame tambien con la inteligencia. . . . . Estoy fatigado de sufrir, pero llevaré la cruz hasta el Gólgota. . . « Es-
« pero todavía vivir algunos años, para salir de este
« mundo con la satisfaccion de no haber vivido en
« vano. » (1)

(Jorge adelanta hasta Monteagudo.)

JORGE

Te interrumpo. . . . . comprendo que tendrás siempre cosas serías en la cabeza; pero. . . esta noche. . y luego, como ahora no eres sino un particular en Lima, de lo cual me alegro. . . . y á mas, como nos has prometido descansar entre nosotros, que, aunque no somos gente grande, te comprendemos y te amamos. . .

MONTEAGUDO

¡Oh, mi buen hermano! Cerrado mi corazon para la alta clase, donde solo encuentro ambiciosos desmedidos, rastreros émulos y egoistas helados, siento la necesidad de desahogarme con los corazones sencillos y nobles como el tuyo. Sí, deseo el descanso, reparar entre vosotros mis fuerzas gastadas sobre el yunque de tantos desengaños, y en la lucha cruel que he aceptado en todas partes. . . . Pero, la ley de mi destino es misteriosa, tremenda. . . . . no podré contrarestarla; me impele por los oscuros rumbos que la providencia me ha marcado. ¡Quisiera realizar mis ideales políticos y no encuentro la forma real, porque esa forma es el pueblo, y en balde he luchado por prepararlo, por medio de mi propaganda incesante, de mis discursos y preámbulos de mis decretos; y, ó no me entienden ó no tienen corazon. Pero, los perfiles sombríos se borran en mi espíritu y vuelve la fe á envolverme en sus claridades! Escucha, Jorge: desde el Alto Perú hasta Buenos Aires,

---

[1] Histórico.

y desde el Plata hasta el Rimac, entre las olas revolucionarias de los clubs, ó en medio del fragor de la batalla, mientras temblaban de cólera los déspotas; ya en el destierro apurando la copa del martirio; ya en los floridos valles tucumanos, sobre el regazo de mi santa madre!. . . . en todas partes me ha acariciado un sueño, como un arcángel de fuego flotando sobre las doradas brumas de un bello porvenir. Es aun mi sueño en política, como Paula es mi sueño en amor. Hoy le concibo bajo la forma de una hermosa vision: el pacto federal, entre los estados Hispano-Americanos. ¿Lo realizaré? Debo morir al intentar darle vida como todos los obreros al pié de su obra, como Cristo al pié de su cruz, como San Martin al terminar la emancipacion de un Mundo?

JORGE

Ya ves, pues, lo que le han traido sus afanes.

MONTEAGUDO

¡Qué patriota tan abnegado, qué alma tan grande! En el corazon de San Martin caben dos corazones de Bolivar! Y, sin embargo! cuán jigante es este colombiano!

JORGE

Yo te digo que. . . . . .

MONTEAGUDO

Paula viene.

JORGE

Bueno; voy á buscar el documento aquel que nos revelará cual es su padre. Lo traeré y lo abrirémos ántes de que salgas. Vuelvo.

(Se va por el foro derecho.)

ESCENA SÈPTIMA

PAULA y MONTEAGUDO.—Se abrazan y toman asiento en uno de los bancos —Paula viste un ámplio saco blanco festoneado de encajes, sujeto á la cintura por una cinto con las fajas de la bandera argentina (azules y blancas). Monteagudo besa el ceñidor.

PAULA

Amor mio!

MONTEAGUDO

¡Mi Paula!

PAULA

Cuanto has tardado, mi dueño!

MONTEAGUDO

He venido solo para calmar tu ansiedad: tengo necesidad de dejar terminado un asunto; pero demoraré solo minutos. El párroco de San Juan Bautista espera nuestro aviso.

PAULA

Tú sabes que para amarte, no necesito del título consagrado de esposa; pero tuya por la sancion social y religiosa, podré seguirte á todas partes, estar á tu lado á todas horas, mi bien!

MONTEAGUDO

Paula! no podrá el cielo depararme mayor recompensa que tu amor, por tanto que he sufrido. Mirad: estoy lleno de canas y de arrugas.

PAULA

Es la sagrada aureola del génio, del apóstol y del mártir!

MONTEAGUDO

Encantadora criatura! me convierto en un adolescente á tu lado! mándame morir ahora mismo á tus piés, para tener la dicha de obedecerte. Pero morir es poco. La muerte no es sino una sombra que pasa.

PAULA

Yo no quiero que vuelvas á entrar en la accion tumultuosa de la política, que ni una corona ofrece á los mártires, miéntras que á los mas arteros y sin corazon los alza al poder; toda vez que sepan engañar ó asestar un sablazo.

MONTEAGUDO

Te lo he prometido; seré solo apóstol desde el oscuro rincon de mi gabinete; mi última jornada terminará en el Congreso de Panamá; volveré para morir en tus brazos. Impórtame poco de la injusticia y del premio, porque tu me prometes y me concedes la apoteósis de un amor grandioso y ardiente!

PAULA

En estos años de ausencia me he consagrado á prepararte el retiro de nuestra quinta, para hacerte allí el mas feliz de los hombres!

MONTEAGUDO

Te escucho con éxtasis cuando me haces tan deliciosa promesa. Tus palabras parecen el blando y sonoro ritmo de esas avecillas confidentes, que sobre nuestra silenciosa enramada, y en noche de nevada luna, vienen á arrullar nuestros sueños con la dulce nota del misterioso epitalamio. Has formado un Eden al proscripto peregrino, y tú, mi bien, que eres el ángel, velas á la puerta de su lecho de rosa!

PAULA

Calla, querido mio. . . . alguien llega. . . . . No tardes, Bernardo!

(Este la besa en la mano y ambos se levantan.)

JORGE

(Entrando con un pliego cerrado)

Aquí está el documento, ábrele.

MONTEAGUDO

(Leyendo el pliego)

« El Marques de Velazquez os dirá quien es el hombre á quien en la tierra le perdonaré mi desgracia, á quien en el cielo tendré que perdonarle mi muerte. »

JORGE

¡El Marques!

PAULA

¡Es singular! oh! tendré, acaso un padre que nos bendiga!

JORGE

Le buscaré ahora mismo y le exigiré que me lo revele. Vamos.

(Jorge sale con Monteagudo.)

PAULA

[En la puerta]

No prolongues mi ansiedad! *(Despues de partir llamándole)* ¡Bernardo! *(Este vuelve, ella muy despacio)* Piensa en mí!

MONTEAGUDO

¡Siempre, vida mia!

PAULA

¡Vuelve pronto!

MONTEAGUDO

¡Te lo juro, y para no separarnos jamás!

[Se vá Monteagudo, y Paula despues de seguirle con la vista, baja á la escena]

ESCENA OCTAVA

PAULA

¡Oh, sí! no nos separaremos jamás! ¡jamás! Yo le ataré á mi existencia con tan dulces lazos, que no los romperá ni con la muerte; serán indestructibles aun ante el mismo Libertador Bolivar! Felizmente Bernardo no es ya sino un hombre; Dios le abre las puertas del descanso en el solitario albergue de nuestra quinta, á cuya puerta seré, como él dice, el ángel de su dicha á todas horas!

ESCENA NOVENA

Dichos y Cristina, que entra por el foro derecho, conducida asta la entrada por un campesino, el cual desaparece en seguida.

MARQUESA

[Entrando azorada y angustiosa]

¡Paula! salvadle! su vida peligra!

PAULA

¡ Monteagudo!

MARQUESA

Escuchad: desde el regreso de Monteagudo á Lima, los nobles, dirijidos por el Vizconde y mi padre, (*muy despacio*) estrecharon mas sus relaciones, no cesando de tener frecuentes entrevistas. Me habló una vez mi padre de que Sanchez Carrion, favorito de Bolivar, acaso solicitaria mi mano, y me encomió las ventajas que le reportaria ese enlace, con el secretario del Libertador. Yo rechacé con enerjía semejante proposicion, manifestándole por el contrario, mi propósito irrevocable de entrar á un convento. Se enfureció hasta negarme la palabra durante un mes; á tal punto, que para volverme su paternal cariño, fué preciso que me viera á las puertas de la muerte; si; porque la tristeza se apoderó de mi alma en un grado mortal. «Bien me aseguraron el Vizconde y otros amigos, me dijo,—que habias entregado tu existencia á ese incansable enemigo de la corona; pero yo cortaré el mal por la raiz» Ay! ignoraba mi padre que ese velado designio de muerte contra el proscripto, heria tambien á su hija. No volvió á hablarme mas de esto. Pero, regresó Monteagudo del destierro, y Sanchez Carrion y el Vizconde reanudan sus sigilosas entrevistas; desde ese momento me constituí en una sombra de ellos; y anoche, serian las dos de la mañana, sentí parar un coche á la puerta de nuestro palacio: mi corazon latió con violencia; y movida por un instinto irresistible, me vestí precipitadamente y fuí á observar: eran el Vizconde y otro, en quien creí reconocer á Sanchez Carrion. Mi padre en persona los recibió en la puerta; juntos penetraron en el jardin hasta la glorieta. Descalza y sigilosamente me deslicé por entre los arbustos hasta muy inmediato á la glorieta y en frases entrecortadas por el viento, logro sorprender planes infernales contra Monteagudo! Sanchez me ha

dicho, esclamó el Vizconde: «Si vuelve á Lima, el mejor servicio hecho á la patria es atravesar con un puñal el corazon de ese traidor» (6)

PAULA

¡Oh, Dios mio!

CRISTINA

Hoy todo el dia no he sido dueña de un minuto para avisárselo. Logro salir esta noche, voy á su casa, no le encuentro; me dirijo á vuestra quinta, y supe allí que aquí estaría.

PAULA

Pero ese plan diabólico, ¿cuándo intentarán ejecutarlo?

CRISTINA

No lo pude oir; pero será una noche, cuando se retire de casa de Bolivar. . . .

PAULA

Oh! Amigos mios! ¡amigos mios! Venid! ¡no me oirán! Corramos, señora! pronto!

[Paula corre por la arcada del foro derecho, y ántes de llegar, el Vizconde se precipita sobre ella desde la izquierda, la detiene, y trayéndola al centro de la escena, esclama.]

VIZCONDE

Silencio, desgraciada!

---

(6) Histórico.

ESCENA DÉCIMA

DICHOS y el VIZCONDE con un HOMBRE vestido como la alta clase, de negro, pero cuyo rostro como el del Vizconde trae cubierto por un antifaz. Dicho personaje no entra de lleno en la escena, permaneciendo bajo de la arcada, medio oculto por las sombras Apénas se presente Monteagudo desaparecerá hácia el fondo. El Vizconde no se ha arrancado el antifaz hasta que arrastra, á Paula, al término de la escena Ha encanecido y muestra la palidez y el enflaquecimiento que producen las pasiones.

PAULA

¡ Cielos !

CRISTINA

¡ El !

PAULA

¡ Cristina !
(Esta intenta salir)

VIZCONDE
(á Cristina)

Si dais una voz la mataré.

CRISTINA

¡¡ Horror !!

PAULA

¡ Corred ! que le van á asesinar.

CRISTINA

¡ Hombres sin corazon ! infames ! ¡ Dejadme morir, pero salvadle ! por el cielo !

(Aturdida, desesperada, maquinalmente vuelve Cristina á intentar salir, y el enmascarado avanza y la detiene.)

VIZCONDE

¡Es inútil!

CRISTINA

¡Hombres de antifás! cobardes,! *(Vuelve á la escena rabiosa, desesperada)* ¡Os reconozco, alma emponzoñada por las mas odiosas pasiones!

PAULA

Por piedad no le mateis!

VIZCONDE

¡Al fin os tengo frente á mí, Marquesa de Velazquez! y á vos, Paula, prenda tambien de mi venganza; estais, pues, en mis manos! . . .

CRISTINA

¡Verguenza y fatalidad!

VIZCONDE

La Providencia os pone en mi camino, ángeles malditos de mis insomnios sin trégua!

CRISTINA

Sacrílego! insensato! Invocais la Providencia, que puede pulverizaros en este instante!

PAULA

¡Oh! no le mateis á él, no le mateis! os lo pido por vuestra madre!

VIZCONDE

No, no tengo madre, no tengo sino venganza que ejercer ahora!

CRISTINA

¡Cómo esperar entónces de un corazon que no tiene un latido para la madre, que no la contempla en la mansion eterna, con la mirada fija en las accio-

nes del hijo, con el alma atormentada al verlo correr en pos de la iniquidad!

VIZCONDE

¡Es inútil! Hace tres años que os mezclais ámbas con mi sangre, y circulais en mi cerebro como un veneno ardiente! He encanecido, he enflaquecido, devorando ese jugo mortal de la venganza irritada! mi palidez sombría es la huella que ha dejado en mi conciencia este pensamiento abrasador, al cruzar por ella, como la sombra del abismo. . . .!

PAULA

(Retorciéndose en la angustia)

¡No hay, pues, esperanza!

CRISTINA

(Con desesperacion, pero cada vez mas viril, en proporcíon de su indignacion)

¡Un rayo para este satanás!

VIZCONDE

No me herirá, criatura maldita de mi existencia! El rayo partirá, mas no del cielo sino de mi corazon! Se viene fundiendo desde aquella noche funesta del 22 de Junio de 1822 cuando en vuestros jardines, vos y vuestro amante humillaron la altivez del Vizconde de Campo Verde! ¡Insensatos, que despertasteis al leon de su sueño profundo!

CRISTINA

¡A la pantera! al lobo! al infusorio del fango!

VIZCONDE

[Con terrible y amarga ironía]

Pero él!. . . . ¡Oh! saboreo en este instante el dolor, que vá á consumiros, hermosas deidades, que me arrojasteis de vuestras grutas azules! El puñal está afilado!

PAULA

¡Dios mio!

VIZCONDE

Oh! un torero; un negro. . . no erró jamás su brazo ejercitado y vigoroso, cuando se le designó una víctima!

CRISTINA Y PAULA

¡¡ Oh!!

PAULA

¡ Pero. . . . por quien os lo pediré! qué quereis! ¡ tomad mi vida! ¡ ensayad en mi todos los tormentos que vuestros enojos sean capaces de inventar!. .

VIZCONDE

¡ No hay esperanza, no, para nadie!

CRISTINA

¡Esto es horrible, Dios mio! *(gritando)* ¡ Jorge! . . Jorge!. . . .

VIZCONDE

La algazara de los campesinos apagará vuestros acentos! . . . Jorge no está; oculto yo en las sombras de la arboleda, le he visto salir. . . . el Ugier se encontrará ahora con el Dictador, para lanzarse luego en busca mia, vendido por vuestro padre, ese realista traidor, ese jesuita artero, y solapado. . . . pero no me hallarán, no; Y cuando corran aquí, será demasiado tarde! Mirad! el templo de San Juan Bautista se destaca en la tiniebla, y ved al negro que va á ejecutar mi venganza al pié de la gradería del átrio!

PAULA

¡¡¡ Cielos!!!

Cristina y Paula intentan salir, dando voces.

PAULA

¡ Jorge! ¡ Jorge! ¡ todos! ¡ venid, por el cielo!

[El Vizconde vuelve, se apodera de Cristina y el enmascarado de Paula, ámbas mugeres luchan por desasirse.

VIZCONDE

Ahí está Espinosa, á dos pasos de aquí, en la calle, con la pupila inyectada de sangre. . . . le acecha, le seguirá como una sombra . . . . y le matará! ¡¡le matará sin misericordia!!

PAULA Y CRISTINA

¡¡Oh Dios!!

PAULA

¡Socorro! venid! todos!

VIZCONDE

[Arrastrando á Paula]

Nos seguireis. . . . ¡os entregaré su cadáver y habré cumplido mi mision!

CRISTINA

¡Soltadme! ¡hombres viles!

VIZCONDE

¡Venid!

Monteagudo, que se supone ha oido estas voces, y corrido en pos de elas, se presenta en la arcada central, lo que obliga á aquellos á dejar llibre á Paula y Cristina. Paula se precipita al lado de Monteagudo y rodéalo con su brazo; y Cristina se coloca naturalmente al otro lado.]

ESCENA UNDÉCIMA

DICHOS y MONTEAGUDO, trayendo este unos papeles arrollados.

CRISTINA

[Al aparecer Monteagudo]

¡Monteagudo!

PAULA

¡Bernardo!

VIZCONDE

¡¡Infierno!!

[El Vizconde, durante esta escena, muestra con audacia toda su altivez y despechadas pasiones. El enmascarado desaparece con paso rápido y cauteloso sin ser notado.]

MONTEAGUDO

[Despues de media pausa]

Me perseguireis, pues, hasta en mi último asilo!

VIZCONDE

¡Traidor á la misma causa de la República y de la democracia, que jurásteis! Sanchez Carrion os lo enrostra y ha logrado felizmente haceros odiar del pueblo Peruano!

MONTEAGUDO

¡Carrion! ¿Porqué es el nombre de un americano el que viene á turbar ahora mi existencia? ¿Demócrata insensato ó sicofanta del dogma popular! Inteligencia sin elevacion ó alma ofuscada, que se revuelve entre el círculo estrecho de rastreras pasiones! ¡O no sabe amar la democracia ó no ha comprendido á Monteagudo!

VIZCONDE

¡Y vuestras declaraciones monárquicas?

MONTEAGUDO

Sí! se han constituido en sabuesos de las frases, que una fatal necesidad, pone en boca de los estadistas de una época, como un rodeo preciso para llegar al bien! ¡Vulgares ó pigmeos zapadores de la política, tomais la frase sin penetrar el propósito elocuentemente revelado por los hechos notorios. Ah! pero es ya indudable, que la justicia velará mi reputacion en todos los momentos solemnes de mi vida

pública! Sí! Hace tres años que pulvericé las calumnias del realismo; y tengo aquí *(mostrando los papeles)* los medios de pulverizar las calumnias populares, sujestionadas cobardemente por los demagogos inconcientes, falsos amigos de las instituciones democráticas, que jamás, ni en estos momentos amaron con tanto entusiasmo como el apóstol argentino!

VIZCONDE

¡Justificaciones mentidas!

MONTEAGUDO

Son reales y sinceras como las de 1822! Es el proyecto de una confederacion americana, á cuya sombra, defendida su independencia contra confabulaciones monarquistas, preparen los pueblos la necesariamente paulatina elaboracion de aquel ideal. ¡Diy vino ideal! En la Paz y Chuquisaca, en el Plata - el Perú le he calentado en mi corazon y en mi espíritu; pero ¡ay! no he podido hacerle comprender, para que le amen y le rindan el culto que merece, Ah! pero llegará el dia, en que la griteria bruta que me condena, se apague en la tumba del tiempo y, entonces, dueña de la clave de mis actos internos, la posteridad levante su voz para justificar al que supo trabajar por los destinos de la patria y la gloria de la humanidad! Idos, Vizconde, no tengo odios, no los quiero tener, para que cuando la muerte me sorprenda, pueda volver sin mancha mi alma á su inmortal oríjen.

[En este momento vuelve el enmascarado.]

VIZCONDE

¡No! ¡nuestros destinos se rechazan!

Saca un puñal, haciendo lo mismo el enmascarado.

MONTEAGUDO

¡Malvado!

PAULA Y CRISTINA

¡¡Oh!!

(Cristina sale precipitadamente por la derecha.)

VIZCONDE

Le aguzo desde aquella noche que por vuestra fatalidad, pusisteis la mano en mi rostro!

(Monteagudo saca su puñal.)

MONTEAGUDO

¡Como estampé mi mano en vuestra mejilla, ahora deberia poner mi puñal en vuestro corazon envenenado! ¡Ah! ¡Otro mas!. . . . ¡tu debes ser Carrion! ¡cobardes!. . . . Os haré entregar á la Justicia. . . . *(Sale unos pasos fuera)*. . . . ¡Jorge!. . . .

(El Vizconde intenta precipitarse sobre Monteagudo, y Paula se interpone con sublime coraje.)

PAULA

¡Atras, sicario!

MONTEAGUDO

(Dando un grito ahogado de muerte)

¡¡Ah!! ¡Paula!. . . .

PAULA

(Precipitándose á la puerta)

¡Cielos!

(Monteagudo en ese instante entra herido de muerte, y asido do Paula y entre las convulsiones de la agonia, cae cadáver en el centre de la escena, esclamando:)

MONTEAGUDO

¡¡¡América!!!. . . .

ESCENA DUODÉCIMA

DICHOS; CRISTINA y JORGE, seguidos de campecinos, entrando asoradamente por la derecha. El Vizconde se ha unido al que se supone Carrion, en la izquierda. Un negro se dibuja en el vacio del arco tras de Monteagudo. El puñal ha quedado en la herida.

TODOS

¡¡¡Ah!!!

VIZCONDE

(ap.—¡Bien!)

CRISTINA

¡¡¡Asesinos!!!

(Monteagudo ha caido en brazos de Paula, que vencida por el peso del cuerpo inanimado de su amante, inca una rodilla, de modo que la cabeza de este queda reclinada sobre el seno de Paula. El negro y el enmascarado desaparecen.)

PAULA

¡Bernardo!

ESCENA DÉCIMA TERCERA

DICHOS y el MARQUES. En seguida el Ugier con soldados armados, que permanecen en el dintel del arco central. Al entrar el Marques, Jorge se precipita robre él, le ase de una mano y le dice con solemne acento:

JORGE

¡Y bien, realista!

MARQUES

Cual es vuestra hermana!

JORGE

Paula.

MARQUES

¡Hija mia!

CRISTINA Y ALDEANOS

(ap.—¡Su hija!)

JORGE

(Arrojándole de sí con violencia)

¡Dios tenga piedad de tu alma!

VIZCONDE

(ap.—Mi venganza es cumplida!)

(Paula está anonadada, llorando á sollozos, con la faz puesta sobre la cabeza del cadáver. El Marques ha caido de rodillas, parece la estatua del remordimiento. Consternacion general, ménos en el Vizconde, que sonrie como un Luzbel. Su aptitud es como para salir.)

CRISTINA

¡Mártires! os espera la apoteósis de la inmortalidad del amor! ¡Subid!

(Dice esto, elevando los ojos y las manos al cielo, cayendo al mismo tiempo de rodillas. El Vizconde vá á salir y retrocede al ver al Ugier.)

VIZCONDE

(ap.—¡¡Estoy perdido!!)

UGIER

(Al entrar)

¡Era verdad! *(acercándose al cadáver, incando una rodilla y arrancando el puñal de la herida; se pone de pié y presentando el puñal!)* Mártir! os espera la apoteósis de la inmortalidad del apóstol! ¡Subid!

(Al decir el Ugier «subid,» señala un punto del horizonte. Con religioso respeto cae de rodillas, incluso el Vizconde. En este instante se oye en la calle la misma serenata del principio del acto, y canta:)

Felices aquellos,
Que amando se casan;
Y al cielo se elevan
Amando sus almas.

(Se repite)

(Telon lento, al principiar el canto.)

FIN DEL DRAMA

EL SOL DE MAYO

DRAMA ALEGÓRICO

EN CUATRO ACTOS

PERSONAJES

MARIA	24	AÑOS
ANDREA	28	»
MARQUESA DE LORETO	50	»
CÁRLOS LINIERS	30	»
CAPITAN GUILLERMO FLORES	26	»
MARQUES DE LORETO	35	»
LAPEÑA	40	»
DON JUAN DE CISNEROS	30	»
ENRIQUE	12	»
CACIQUE CARUL	50	»
ALFEREZ		
OIDOR 1°. *(personajes mudos)*		
SACERDOTE « «		
VERDUGO		
PATRIOTAS		
SOLDADOS DEL VIREI		
INDIOS DE AMBOS SEXOS		

La accion pasa en un palacio de las afueras de Buenos Aires: principia á la caida de la tarde del 24 de Mayo de 1810, y termina al apuntar el sol del dia siguiente.

EL SOL DE MAYO

ACTO PRIMERO

La escena representa uno de los salones de la quinta-palacio de los Marqueses de Loreto, adornado con severo lujo: Puertas laterales y al fondo.

ESCENA PRIMERA

ANDREA, por la derecha, trayendo dos candelabros encendidos, que coloca en las mesas.—Despues ENRIQUE, por el fondo.

ANDREA

Maria! viuda infortunada! fatal estrella alumbró tu cuna americana!

ENRIQUE

(Entrando)

Por las fechas de Carul! ¡Ah! ¡si encontrára á Lapeña!. . . . Andrea. . . .

ANDREA

Enriquito?. . . . parece que lloras?

ENRIQUE

¡De rabia! ¿lo entiendes? no de dolor. Lapeña! Lapeña! Lapeña es. . . . Lapeña es espía y es verdugo á sueldo del Marques? estás?. . . Bien dicen que tiene el alma como el caño de la chimenea: negra y profunda. . . .

ANDREA

Pero? que te pasa?

ENRIQUE

¡Oh!. . . . Como es ayuda de cámara del Marques de Loreto, no cesa de insultar á los americanos; sobre todo á los indios. Hace un momento que hablando con ese estúpido de Alferez, que tambien te hace arrumacos, prometía colgarse mañana una docena de los buenos patriotas, que en la ciudad depusieron al virrei. Volviéndose á mí, me dijo: « Indiecito! serás como tus padres!. . . . pero látigo « habrá!. . . . lo mismo que para esa otra india (Lo « decia por tí), que se desdeña de ser mi mujer, la « muy canalla. » A tales insultos no pude contenerme, Andrea; y, como el pícaro estaba sentado, precipitándome sobre él, lo derribé y lo sacudí fuertemente de los cabellos. . . . En esos momentos llega el Marqués, de hácia el parque de sauces de la ribera, y. . . . me dió un latigazo!. . . . ¡Un latigazo, Andrea, asestado, sobre el rostro de la América! ¿No lo comprendes así?. . . . el Sargento me lo dijo, ardiendo de rabia! Mira. . . .

(Se desabrocha su especie de jubon, y saca un pequeño puñalito de entre las ropas, muéstraselo á Andrea con recato, y con tono simuladamente trágico y de sorda amenaza, dice:)

Hé aquí lo que guardo para Lapeña!. . . . para el inglés, para el francés. . . . ¡para toda la Europa, si es necesario, en nombre de la América insultada!

ANDREA

¡Oh! ¿por qué alimentas esas ideas?

ENRIQUE

Nada me digas! ¡Ah! no te hubieran ultrajado, buena Andrea, á hallarse aquí y no en Montevideo mi Capitan Guillermo!

ANDREA

(Con reprimido amor)

(*ap.*— ¡Guillermo!. . . .)

ENRIQUE

Porque él te quiere mucho, Andrea.

ANDREA

(*ap.*—Ah!)

ENRIQUE

Como te quiere su hermana doña Maria; ambos llevan su apellido Americano de Elores. . . .

ANDREA

No pronuncies ese nombre!

(Vá á observar á la puerta.)

ENRIQUE

Ya! como el de Liniers, el de Flores es aquí un apellido condenado, ¿Sabes una cosa? Por una casualidad he oido todo de la boca de la misma Marquesa, en un altercado violento que tuvo con su hijo el Marques. Escucha:

ANDREA

Calla! . . .

ENRIQUE

Es una curiosa historia! La Marquesa, viuda ya de su primer marido, el viejo Marques de Loreto, fué llevada cautiva á la tribu de Carul. . . .

ANDREA

(*ap.*—Carul! . .) Silencio. . . .

ENRIQUE

Porqué? El intrépido Cacique, descendiente de aquella belicosa tribu Querandí que infundió el espanto al fundador de esta ciudad de Buenos Aires, el noble Carul, trató á la Marquesa como á una soberana. Dos años despues fué rescatada por el General Flores, con cuyo hermano casó mas tarde la Marquesa, en la capilla de esta misma quinta, propiedad del General y regalada á su hermano. Entónces volvió el lujo para la arruinada casa de Loreto. De ese matrimonio de la Marquesa con el hermano del Genoral Flores, nacieron doña Maria y mi capitan don Guillermo. El Marques de Loreto, es hijo del primer matrimonio de la Marquesa; hace recien un año que vino de España á Buenos Aires, sin mas fortuna que sus medias de seda descoloridas, y sin embargo, es el soberano absoluto de la casa! que, con el resto de la fortuna, son la herencia de doña Maria y de don Guillermo Flores! ¡El latigazo aun me escuece el corazon! . . .

(Andrea vuelve de la puerta del foro, á donde á ido ha observar.)

ANDREA

¿Pero tú no sabes, pobre niño, que estos sscretos matan como un veneno?

ENRIQUE

Oye lo mejor: Nosotros, tú y yo, Andrea, somos de esa indomable y guerrera tribu de Carul. ¿Pero cómo nos hallamos en este palacio, formando la servidumbre? Por las fechas de Carul! Lo he oido: el Marques nos hizo robar de la tolderia, y si no hubiera sido por doña Maria y el Capitan Guillermo, que se encargaron de nosotros, no seríamos mas afortunados que esos miserables indios, que mueren en las inmundas caballerizas de los . . . . civilizadores crstianos, dueños de América.

ANDDREA

Ni una palabra de todo esto, Enriquito. . . . .

ENRIQUE

Sí; pero . . . . el latigazo! . . . .

ANDREA

(*ap.*—¡ El Marques! y Lapeña.)

ENRIQUE

(*ap.*—Dios los junta. . . . .)

(El Marques aparece y se detiene un instante en la puerta del foro, seguido de Lapeña, que permanece en el dintel mientras aquel avanza lentamente. El Marques con una imperativa mirada despide á Andrea y á Enrique, los cuales obedecen; pero el segundo con enfrenado enojo, y envolviendo á Lapeña en otra mirada de desprecio. El Marques continua la lectura de los pliegos que trae entre manos. Lapeña viste traje de montar á caballo, cubierto con el polvo del camino. El ha seguido á los indios con sangrienta mirada. El Marques ha tomado asiento y engolgolfádose en la lectura de los pliegos.)

ESCENA SEGUNDA

EL MARQUES Y LAPEÑA.

LAPEÑA

(*ap.*—Solo á hierro se puede abatir la altaneria de esta raza salvaje de la Pampa!.)

MARQUES

Lapeña? Haz trasmitido al pie de la letra mis Instruciones á Alzaga y demas amigos de Buenos Aires?

LAPEÑA

Al pié de la letra, Exmo señor.

MARQUES

¿Que el cañonazo seria al apuntar el sol de mañana, 25 de Mayo?

LAPEÑA

Asi lo previne Exelentisimo. A mas, he propalado con éxito entre los Españoles monarquistas, que sus vidas se encuentran amenazadas, por un movimiento á mano armada:, que con tal objeto estallará esta noche, dirigido por Belgrano, Saavedra, Monteagudo, etc.

MARQUES

Mi hábil maniobra: Depuesto Cisnero como virrei, lo restablezco como Presídente de una Junta de Gobierno, segun lo quieren los criollos. Pero, como es verosímil que se aperciban del estratajema, es lógico que trataran de reaccionar á mano armada. . . .

LAPEÑA

Todos los Españoles monarquistas lo créen así, y esperan solo la señal del cañonazo, que les habeis prevenido, para dar principio á la San Bartolomé, segun vuestro sensato plan. La muchedumbre. . .

MARQUES

Sí, Lapeña; me has comprendido perfectamente. . la muchedumbre se lanzará sobre el palacio del virrei, sin ella sospechar el móvil oculto que la mueve, que soy yo; la razon que invoca, que es mi ambicion; el fin que me propongo, que es coronarme. . . . La muchedumbre mata al virrei. . . .

LAPEÑA

Yo estare entre la muchedumbre. . . .

MARQUES

En tonces me apodero del cetro para vengarle, y á fé que le vengaremos ejemplarmente, mi buen La-

peña. . . . despues. . . . un oscuro lacayo sacado de Ceuta, bien puede hacerse un gentilhombre de Cámara del Emperador Loreto I.

LAPEÑA

¡Señor!

MARQUES

Dime: ¿está todo listo en este palacio?. . . .

LAPEÑA

Exelentísimo: lo está desde el 22, desde hace dos dias, esto es, desde que la presion popular impuso el cese del virrei. Los infantes y las dos piezas de artilleria van ya á ocultarse en el parque de sauces; y so pretesto de seguridad para la persona del virrei, que vendrá esta noche á la fiesta del casamiento de su hijo con Doña Maria, he colocado y municionado guardias en los patios.

MARQUES

La fiesta será espléndida. Embriaga bien al populacho americano, Lapeña, ahógale en olas de sangre!. . . . principiando por sus caudillos.

LAPEÑA

Respondo de todo; esa gentuza ha comenzado ya á venir, no bajan de doscientos. . . .

MARQUES

¿Crées que el Comandante del cuerpo de Patricios, Como Saavedra, venga al baile, en nombre de la concordía entre americanos y españoles? ¿Vendrán Moreno, Belgrano y Monteagudo?

LAPEÑA

Al menos acojieron con mucha cordialidad la invitacion, que les hice en nombre del señor Cisneros y de su hijo Don Juan.

MARQUES

Como político, no me conocen. Me he mantenido en una bien simulada abstencion. . . . solo Guillermo podria sospechar mis intenciones; pero él se encuentra en Montevideo. . . . le provoqué, esplotando su carácter, para que me despejara el escenario. . . . en cuanto á Cárlos!. . . .

LAPEÑA

Le aseguraré!

(Oprimiendo Lapeña el mango de su puñal.)

MARQUES

(A Lapeña, con sangriento y profundo acento)

MARQUES

Apenas amanezca el sol de mañana, al tiro del cañonazo. . . . ¡¡¡les acuchillas!!!

LAPEÑA

Oh! si! hasta que no quede uno!

(Viendo el Marques que su madre se aproxima, despide á Lapeña.)

ESCENA TERCERA

El marques, despues la marquesa, que entrará por la derecha.

MARQUES

(Afectando indiferente serenidad.)

Madre.

MARQUESA

Perdona, Antonio . . . . vengo con una nueva, que

puede contrariarte: Guillermo acaba de llegar de Montevideo: está aquí.

MARQUES

Guillermo aquí, madre! en estos momentos? ¡Oh! vendrá á tomar parte en la revolucion armada que se susurra? . . .

MARQUESA

No puedo dar crédito á esas cavilaciones de Lapeña; pero, como sea, juzgo que tu hermano Guillermo no trae siniestros propósitos, puesto que no ha entrado en la ciudad y se ha desembarcado aquí mismo, por el parque de sauces.

MARQUES

(*ap.*—Por el parque de sauees! Habrá hablado con su ayo el Sargento . . , .) Vendrá entónces el jóven capitan á oponerse al casamiento de su hermana Maria con el hijo del virrei.

MARQUESA

Te garanto que ignora por completo ese casamiento.

MARQUES

Entónces, y como va á celebrarse dentro de breves minutos, impedid, madre, que Guillermo hable con Maria.

MARQUESA

Pondré los medios. Pero, tratalo bien, Antonio, es tu hermano, le he llevado tambien en mi seno¡

MARQUES

Os complaceré; pero, no perdais tiempo, madre, os lo suplico.

MARQUESA

Voy . , . sé su hermano (*ap.*—¡Dios mío! que negros presentimientos oprimen mi corazon en esta noche!)

(Parte por el foro.)

MARQUES

¡Oh¡ se hará la boda aun á despecho del infierno!
(Parte por la izquierda.)

ESCENA CUARTA

GUILLERMO por el fondo, vestido elegantemente de Capitan.—Despues, ANDREA, por la derecha Ambos se aman en silencio con ardiente, callado y respetuoso amor.

GUILLERMO

Pero, Antonio . . . . madre acaba de decirme que aquí le dejaba . . . . Andrea!

ANDREA

! Señor ! . . .
(Estrechándose las manos, ambos ruborizados y tímidos.)

GUILLERMO

No me trates asi, cual si fuera tu señor! puesto que ya hace dos dias que se ha escrito en nuestros corazones el grandioso prólogo de la libertad Americana!

ANDREA

Maria tiene vivo interés de hablaros; esperadla aquí.

GUILLERMO

Andrea. . . . acabo de llegar de Montevideo, y antes de verme con Monteagudo y French, que me llaman con premura, he querido venir á esta quinta,

santuario de flores, donde mi alma recibió la primera caricia. . . ,

(Andrea, como suplicándole silencio, con suavisima ternura, palpitante.)

ANDREA

¡Callad!. . . .

(Se vá; y ya en la puerta hay entre ambos un rápido y mudo coloquio de amor, de un amor que rebosa, que pugna por derramarse; que apenas se contiene.—Parte, Andrea, como aturdida, y Guillermo la contempla con éxtasis.)

GUILLERMO

(Al contemplarla.

Qué hermosura tan viril, á la vez que tan tierna! ¡Oh, hija de América! siento por tí inesplicable afecto, tímido y dulce como el seno de la vírgen de los altares, grande como el latido rencóndito del mar! Cuando quiero confesártelo todo, enmudezco, y no sé que misteriosa voz me manda arrodillarme y levantar la frente al cielo

---

ESCENA QUINTA

(Guillermo y Maria, lujosamente vestida; por la derecha, precipitadamente.)

MARIA

Hermano mio.

GUILLERMO

Pero. . . . . traes los ojos enrojecidos . . . lágrimas . . . ¿Porqué? ¿no vas á unirte al hijo del virei Cisneros? ¡Ah, Maria!

MARIA

¡Oh! no merezco tu reproche, Guillermo! Ah! ignoras la dura presion que Antonio ha ejercido sobre mi voluntad, el cobarde espionaje sobre mis acciones . . . . ¿qué digo? sobre mi concieneia! Pero, al menos, no vestiré el traje de novía, que él hizo sagrado!

GUILLERMO

Sí! cuan digno era Cárlos de nuestro cariño como de nuestro respeto! Qué magnánimo corazon! ¿Qué has hecho para honrar su memoría?

(Lapaña sin ser apercibido, cruza por la penumbra de la puerta de fondo, lanzando una solapada y siniestra mirada á Guillermo y Maria.—Esta lleva á Guillermo con misterioso recelo à un ángulo del salon.)

MARIA

Escucha, hermano mio: Declaré al Marques mi resolucion de no pertenecer á hombreninguno. Guardó silencio. . . . ¡oh! el siniestro silencio de la nube de su entrecejo, era mortal como el arco del salvaje! . . Una noche, con acento helado y penetrante, —«Si rechasas al hijo del virei, me dijo, yo no podré impedir que sus amigos se venguen en tu hermano, como en tu esposo vengaron los mismos criollos las traiciones de Liniers!»

GUILLERMO

¡Miente! Impenetrable misterio, que Dios aclarará en un dia, envuelve el asesinato de Cárlos; pero no fué, no, una venganza política! y menos cierto es ann, que haya sido perpetrado por sus compatriotas!

MARIA

No levantes la voz!

GLILLERMO

Con qué mi hermano te amenazaba con asesinarme!

MARIA

Pasos!

(Se separa de Guillermo.)

ESCENA SESTA

Dichos y el MARQUES, la MARQUESA, DON JUAN, LAPEÑA; mas atras y cuya posicion conservan, ANDRRA y ENRIQUE.—El Marques, adelantándose al entrar, usará con Guillermo un tono seremonioso.)

MARQUES

Guillermo!

GUILLERMO

Hermano!

DON JUAN

(Entrando de bracete con la Marquesa.)

Si he de manifestar con franqueza mi opinion, señora Marquesa, lo que es el sano pueblo Español desea tan de veras la libertad é indepéndencio de estas colonias, como desea barrer la península de la plaga de franceses que la humillan y la talan.

MARQUES

Don Juan, os presento á mi hijo el Capitan Guillermo, hermano de la que dentro de unos instantes va á ser vuestra esposa.

DON JUAN

(Inclinándose.)

Esos, para mi tan caros títulos, unidos al respetable nombre de vuestro padre, obligan, caballero, mi amistad, que os la ofrezco dicidida, prometiendo labrar la dicha de la mas buena y mas bella de las criaturas.

(Se dirijen el uno hácia el otro. y se estrechan las manos, volviendo á su anterior posicion.)

GUILLERMO

Gracias, don Juan: acepto con fé las garantias de vuestras protestas y nobles calidades.

(Don Juan se inclina.)

DON JUAN

La invasion inglesa os ofréció la oportunidad de revelaros digno heredero del valor de vuestro tio, el ilurtre americano General Flores.

GUILLERMO

En justicia debo reivindicar toda la gloria para este heróico pueblo de Buenos Aires: españoles y criollos fraternizaron en la jornada, y espero que el porvenir mantenga unidos á los unos y á los otros: la causa de América es la causa de la humanidad.

MARQUES

(Interrumpiendo.)

Pasaremos al oratorio, si os parece.

(Maria se estremece.)

DON JUAN

¡Oh! cuanto antes.

MARQUES

Maria?. . . .

MARIA

Como os plazca.

(Maria acepta el brazo que le ofrece don Juan, y se dirijen á la puerta de la derecha.—El Marques da el suyo á la Marquesa y siguen á don Juan; en seguido Lapeña, Andrea, Guillermo y finalmente Enrique. Con escepcinn de don Juan, todos parecen doblegados bajo el peso de sombrios pensamientos.)

ENRIQUE

(Al salir.)

Esto parece un duelo . . .tan callados y tan tristes!

ESCENA SÉPTIMA

CARLOS, por la izquierda. — Viste chaqueton de pieles, pantalon ancho, dentro de unas botas tambien de pieles: gran poncho pampa al hombro, sombrero de paja con anchas alas, sombreando una larga y rizada cabellera; barba poblada; un rico puñal aprisionado á la cintura por una faja pampa.—Cárlos acaba de verificar un largo viaje por esta llanura.—Despues MARIA.

CARLOS

Enrique mismo no me ha reconocido . . . nadie me ha visto entrar: Dios está con América . . .

(Se oyen las pausadas armonias de un órgano religioso y se estremece.)

Ese órgano en la capilla!. . . ¿porqué me habré estremecido? . . . en los palacios hay siempre causas para estremecerse! Creo no haberme equivocado sobre la oportunidad . . . ¡providencial coincidencia! . . . . . este salon corresponde al cuarto de Andrea, en el departamento de Maria, y permanece solitario en las noches de saraos . . . He tenido que aventurar un billete á Andrea . . . suerte fué dar con Enri-

quito; el mismo rostro de su padre! ¿pero, porqué lloraba en aquel apartado sitio? . . . yo soy un misterio de la tumba; el misterio tenebroso precede también mis pasos . . . tiemblo, no por mis venganzas personales, que incidentalmente se mezclan en este drama . . . ¡tiemblo por la Patria! La mision está erizada de peligros, pero era necesario; las cartas de Monteagudo! sublimes cartas! me indujeron á este aventurado pero oportuno golpe.

Sí, los prosélitos del virei van á la revolucion, acaso han resuelto para esta noche un San Bartolomé, segun opinan Monteagudo y Belgrano.

(Cesa el órgano.)

Carul con sus indios tomarán parte. Es lógico que la América indígena intervenga en su emancipacion!. . . El Marques de Loreto . . ¡el Marques de Loreto!. . . . ¡Oh! es urgente cuando menos neutralizar los elementos del realismo, cuyo oculto arsenal es esta quinta. Andrea y Maria me servirán con eficacia. ¡Noche solemne! en vuestro seno, al calor de tantos corazones, se está incubando al gérmen de los grandes destinos de un Continente, que el sol de Mayo alumbrará en la frente del apostolado del Plata! . . .

(Un momento antes ha cesado el órgano.—Maria entra precipitadamente como perseguido por un fantasma.—Cárlos se ha plegado á un ángulo.)

MARIA

¡Dios mio! ¡Dios mio! y le ví delante, severo y terrible! . . . . su imágen ensangrentada parecia flotar sobre las nubes de incienso! . . . ¡no me maldigas, no me maldigas! ¡me han sacrificado! me han sacrificado!

(Cae de rodillas, cubriendose el rostro con el pañuelo)

CARLOS

Maria! . . . .

(Maria incorporándose; y al ver á Carlos intentando detenerlo y huir.)

MARIA

¡ Gran Dios ! ¡tambien me persigue aquí ! . . .

CARLOS

Soy tu Carlos, tu esposo !

MARIA

No puede ser ! no puede ser ! . . .

(Carlos se ha ido aproximando lentamente, indeciso, agitado, casi aturdido.)

CARLOS

Sí, adorada Maria ! el puñal no logró su inícuo propósito ! . . .

MARIA

No ! tu no eres mas que un espectro ! Aparta, aparta, sombra vengativa ! . . ¿ escuchas ? están gritándome del negro abismo : « ¡ perjura ! ¡ perjura ! » ¡ ten piedad de mí ! ¡ no me abandones ! ¡ no me abandones !

(Loca, desesperada, anonadada y suplicante, cae sin sentidos en brazos de Cárlos.)

GARLOS

(*ap.*—¿ Qué misterio es este, que me envuelve el corazon como las espirales de una serpiente de fuego!)

ESCENA OCTAVA

DICHOS y ANDREA; luego ENRIQUE

ANDREA

¡Don Carlos! Ah! ocultaos allí en mi cuarto, ó estais perdido!

(Toma á Maria de brazos de Carlos, la cual comienza á volver en si.)

CARLOS

¡Oh! . . . Pero, vuelve, Andrea; te necesito ahora mismo . . . .

(Enrique entra azorado.)

ENRIQUE

Pronto! que vienen! . . .

ANDREA

¡Entrad, don Carlos!

(Este entra al cuarto de la derecha.)

ESCENA NOVENA

ANDREA—MARIA—Luego el MARQUEZ y LAPEÑA

ANDREA

(A Maria despacio

Silencio! que hieres de muerte su cabeza! . . .

MARIA

¡Dios mio! . . .

MARQUES

¡Era él! ¡Vamos! . . .

(Van ásalir. Al llegar á la puerta del fondo retroceden confundidos, ante el Marques y Lapeña que aparecen en el dintel; hosco y terrible el Marques; descompuesto Lapeña. Estos personajes por su inmovilidad parecen un grupo de estatuas, que hablan, sin embargo, con mucha elocuencia. En medio de este silencio se oye el monótono y lejano canto de los centinelas.)

CENTINELA 1°

¡Centinela alerta! . . .

CENTINELA 2°

(Mas distante)

¡Alerta!

CENTINELA 3°

(Mas distante aun)

¡Alerta está! . . .

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Habitacion lujosa de Maria

ESCENA PRIMERA

CÁRLOE y ANDREA. Oyese con intérvalos la música y algazara de la fiesta.

CÁRLOS

¡Cómo ha cambiado todo en esta casa!. . . . hasta ella!

ANDREA

Volveis á recriminarla! si supierais cuánto sufre! cuánto ha sufrido!

CARLOS

¡A mí me hablas de sufrimientos!

ANDREA

¡Oh! María vendrá, sí, no lo dudeis, Don Cárlos. . . .

CÁRLOS

Vendrá!. . . .

ANDREA

La prudencia la impone el disimulo, porque se

trata de vuestra cabeza, Don Cárlos; el mismo Don Guillermo. . . .

CÁRLOS

¡Guillermo! ¿se encuentra pues, aquí?

ANDREA

Hace pocas horas llegó de Montevideo.

CÁRLOS

¡Oh! Llámale, Andrea! Si mi vida no estuviera ligada á compromisos tan solemnes, yo entraria á esa ruidosa zambra de los Marqueses, para ejecutar mi justa veuganza! Pero siento aquí algo mas poderoso que la tempestad de la pasion, concitada por el perjurio de una mujer, amada hasta la ídolatria; es algo que levanta en peso á las nacionos, que inflama al héroe y al apostol: Si, Andrea, mañana es el dia de los libres, y cada minuto que pasa, resuena en el pecho del patriota, como en el de los esclavos el pausado limar de sus cadenas!

[Andrea, emocionada virilmente.)

ANDREA

¡Qué decis!

CARLOS

Y verás á tus hermanos del desierto, que han querido compartir conmigo los peligros.

ANDREA

Ah! bien!

CÁRLOS

Vienen capitaneados por Carul, formidable y hermoso vástago de aquellos Querandies, espanto de los Conquistadores. Corre, Andrea, que Guillermo venga inmediatamente. . . .

ANDREA

Vendrá, señor: ¿Pero porqué no habeis permanecido en mí habitacion?

CÁRLOS

¡Ay! tenia necesidad de contemplar esta estancia de María, llena aun del perfume de mis eternas ilusiones! del melodioso murmullo de sus besos! ahora, música triste de los recuerdos que fueron!

(Oculta sus lágrimas y entra al cuarto de Andrea, que se supone á la izquierda.

ESCENA SEGUNDA

ANDREA—Despues GUILLERMO

ANDREA

Le he escuchado y un nuevo soplo, vagamente sentido hasta ahora, hincha mi seno. . . . parece que el pampero se arremolina dentro de mi, y que con la espiral tremenda de la tromba me levanta al espacio, donde me recibe la corte de los íncas envueltos en sus imperiales mantos! ¡Ah! por ventura no bulle ahora en mis artérias la sangre de los reyes, sacrificados en el Anahuac y en Cajamarca? ¡Guillermo! tu aliento mezclase tambien á esta tempestad que se desata!. . . ¡El!. . . .

(Guillermo aparece en el dintel de la puerta del fondo, dirijiendo sus ojos hácia donde se supone que pasa el sarao.)

GUILLERMO

Es esta la última noche! Las farsas groseras de este dia, en que el virei derrocado sube á la presidencia de la Junta del pueblo, no puede durar por mas

tiempo! *(entrando sin ver á Andrea)* Libertad! razon! sois hijas del cielo, lábaros de esperanza, eternas lámparas de la conciencia humana, que no ha podido apagar el soplo helado de los siglos . . . : cómo, pues, ley divina del mundo, podriais desaparecer de la pupila marchita de la América!

ANDREA

No hables tan alto . . . .

GUILLERMO

Pero ¿qué sucede en esta casa? Siento que me oprime algo como la pesadumbre de un misterio formidable: entre su sombra espesa palpita un íncubo sangriento!

ANDREA

Capitan, entrad á esa habitacion. Alli os espera un hombre, el espíritu colosal de unz raza destinada á la victoria.

(Ambos se encuentran celestialmente transfigurados por el heroismo y el amor.)

GUILLERMO

Andrea! ¡Andrea! te circunda la inspiracion de la pitonisa!

(Se toman irresistiblemente las manos y se contemplan.)

ANDREA

¡Guillermo!

(Este cayendo de rodillas; arrebatado por el éstaxis del amor y de la patria.)

GUILLERMO

India! genio de la libertad! ángel del amor sublime!

ANDREA

¿Qué haceis? Levantad.

(Poniendo rápidamente una mano sabre el pecho de Guillermo como queriendo impedir el desborde de la pasion.)

GUILLERMO

La patria lo quiere! Dios lo bendice!

(Toma la mano de Andrea, que no osa besar. Andre arrebatada, inclinándose, y con acento eterno y profundo.)

ANDREA

Sí! te amo!

GUILLERMO

(Levantándose)

Canto del cielo!

(Besa la mano de Andrea y se precipita en el cuarto de la izquierda)

ANDREA

¡Ahora os encuentro mas grande! oh Dios de los cristianos!

(Caé de rodillas en accion de gracia. Luego echa á llorar. Un instante despues se levanta sobresaltada, al ver entrar á Maria.)

ESCENA TERCERA

ANDREA y MARIA, que entra anciosa y acongojada.

MARIA

Y Carlos, Andrea? donde está? ¡Ay! vá á despreciarme, Andrea, vá á despreciarme!

(Cae en brazos de Andrea.)

ANDREA

No dudes de sus sentimientos magnánimos. Pero aun no le reveles tu matrimonio con don Juan.

MARIA

¡Oh! Andrea! seria para él como una puñalada!

ANDREA

Serenaos, confia en Dios.

MARIA

Qué otro consuelo me resta!

LAPEÑA

Mientras él habla con Guillermo, conviene que vuelvas al salon y tomes algunas precauciones para que no sigan tus pasos.

MARIA

¡Oh, si, pero díle que en seguida volveré á su lado!
(Andrea la conduce hasta la puerta.)

ANDREA

¡Cálmate y obra discretamente, pobre Maria!
[Maria parte.]

ESCENA CUARTA

ANDREA—GUILLERMO y CÁRLOS

CÁRLOS

La algazara del festin favorece nuestro intento. Habla al viejo sargento; fué tu ayo, te quiere como á un hijo; sobre todo, es un verdadero criollo. Si esta noche pierden los patriotas la esperanza de sostituir la Junta monárquica de hoy con otra verdade-

ramente republicana, no lo dudes, Belgrano, Monteagudo y demas amigos, darán el golpe armado, único medio de evitar una nueva esclavitud. De cualquier modo, ello es necesario: la actitud del Marqués no deja dudas: esos soldados en acecho, el afan de embriagar á la muchedumbre, las invitaciones del virei á algunos patriotas de la ciudad para esta fiesta, segun me informas. . . . Sí, obremos que pocas horas nos quedan: No olvides: la hora es al apuntar el sol; y la señal convenida con Carul, el tiro de un cañonazo.

GUILLERMO

Descuida: el martirio ó la victoria, hermano mio!

(Se estrechan las manos.)

CÁRLOS

¡Patria, libertad ó muerte!

(Parte Guillermo por la derecha.)

ANDREA

Don Cárlos, va á llegar; sed clemente, señor, con quien os ama.

(Se va por el fondo.)

CÁRLOS

¡Clemente, sí, porque si fuera justo! . . .

ESCENA QUINTA

CÁRLOS y MARÍA; ésta por la derecha.—Se oye la música del baile, pero mas distante que en el acto anterior.—María se presenta sin poder pronunciar una palabra; corre ansiosa á echarse en brazos de Cárlos, y se detiene anonadada ante la actitud fria de éste. Pausa —Llorosa y temblando de dolor cae á los piés de aquél, tendiéndole las manos suplicante y prorrumpiendo, al fin, en esta conmovedora esclamacion:

MARÍA

¡Perdóname!

CÁRLOS

(Con amargura)

Ah! es cierto, pues, que sois culpable! Levantad, señora,. . . . ¿por qué os postrais de hinojos ante un errante proscripto? Levantad.

MARÍA

Escúchame por favor!

CÁRLOS

Mujer!. . . . Hace un momento, fascinadora y riente entre los giros de la danza, arrastraba en torno suyo á la rancia nobleza de la monarquía!. . . . vedla ahora. . . . á los piés de un empolvado mensajero de las pampas!. . . .

(Se aleja de María, y ésta se incorpora, y le sigue con angustiosa ansiedad).

MARÍA

¡Oh! No apagues aquella blanca aurora que esmaltó los sueños de nuestra dichosa fantasía!. . . .

CÁRLOS

¿Y qué habeis hecho de esos sueños? ¡Callad!

MARÍA

¡Oh! cómo quieres que ahogue el grito del dolor! Ya que te recobro, que no eres, Cárlos mio, una sombra del sepulcro, no condenes al silencio este amor infinito, que fundió nuestras dos existencias en una sola!

(Cárlos la ase de una mano con violencia, y con profundo acento de amargo reproche, le dice)

CÁRLOS

Escucha y responde á tu juez! Una noche. . . . era en esta misma estancia; la vírgen desposada, ceñida aún su frente de azucenas con el azahar simbólico, juraba á su jóven compañero conservar indeleble su memoria. (*María le suplica que calle.*) Cuan bella estábais! el ángel de los dulces misterios de himeneo nos envolvia en el esplendor de sus alas! . . . Un silencio profundo reinaba en la alcoba, sagrada aún por las emanaciones del incienso místico, que se desprendia de tu blanco velo, agitado sobre mis cabellos por el soplo del amor celeste! . . . el genio de los mas castos deleites se cernia sobre el pabellon de flores de nuestro lecho, y acordes de una música incomparable adormecian nuestras almas en venturosos éxtasis. . . .

MARÍA

¡Oh, tormento! mayor que mi delito!

CÁRLOS

Penetrabamos en el santuario y las nupciales alegrías fueron turbadas! En la casa paterna, un anciano. . . .

MARÍA

¡Padre mio! . . .

CÁRLOS

Se retorcia entre las convulsiones mortales de un veneno. Volamos allí. . . . tu velo flotaba en la noche como un presagio, y azotaba mi rostro, como el crespon la losa del sepulcro en las noches de tempestad. . . . Yo me estreché á tí estremecido, ceñí tu cintura con mi brazo. . . . tú temblabas como la hoja del árbol sobre el abismo. . . . Derrepente, dos hombres cubiertos por un antifaz, salen de improviso, se lanzan sobre nosotros, y uno de ellos clava en mi cuerpo un puñal. ¿Lo recordais, señora?

MARÍA

Yo manché mis vestidos con tu sangre, abrazada á tu cuerpo exánime.

CÁRLOS

Un grupo de indios, capitaneados por Carul, ocultos entre los matorrales vecinos, acometen á los asesinos, obligándolos á la fuga, cuando iban á repetir la traidora puñalada. Y bien? cuál fué despues vuestra conducta?

MARÍA

¿Pero qué quieres decir, Cárlos?

CÁRLOS

Que la esposa guardó silencio sobre tan alevoso crímen. . . .

MARÍA

¡Dios mio! ¡Y no te lo han dicho Guillermo y Andrea! He estado loca, Cárlos, loca, encerrada en mis habitaciones, devorada por la fiebre, consumida por el insomnio de tu recuerdo inolvidable!

CÁRLOS

¡Oh! pero vuelvo aquí, y en vez de los colores de la viudez, los de una cortesana dibujan vuestras bellas formas. . . .

MARÍA

Te lo diré todo, todo! . . .

CÁRLOS

No! que los celos que me despedazan me lo están gritando! Y he vivido en la esperanza! ¡iluso de mí! . . . ¿Sabeis lo que es vivir en la esperanza? iba á apurar su cristalina copa, y el perjurio la quiebra en mis sedientos labios! . . .

MARÍA

¡Mira mis lágrimas de amor!

CÁRLOS

¿No las vertisteis tambien sobre el altar bendito cuando pronunciábais el solemne *sí* de nuestra union eterna? ¡Yo las bebi, y pareciéronme el verbo de la felicidad inmortal!

MARÍA

¡Ah! ¡mira si te amo!

(María en el colmo de la desesperacion, ha arrancado el puñal de la cintura de Cárlos, y se hiere. Cárlos, pasando súbitamente al arrepentimiento, á la piedad y al amor, la detiene y puede evitar que se hiera mortalmente)

CÁRLOS

¡María!

MARÍA

(Debilitada, besando con frenesí la mano de Cárlos)

Cárlos!. . . .

(Cae sin sentidos al pavimento, escapándose de los brazos de Cárlos que intenta sostenerla. En el mismo instante se oyen pasos. Cárlos se pone de pié.)

ESCENA SEXTA

DICHOS y el MARQUÉS—DON JUAN—LAPEÑA y SOLDADOS armados

DON JUAN

¡Ella!. . . .

MARQUÉS

¡Lapeña! ¡soldados!

(Lapeña, puñal en mano, y los soldados van á precipitarse sobre Cárlos.)

CÁRLOS

¡Ira de Dios! ¡estoy desarmado!!

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Una prision con puertas laterales y al fondo: la de la izquierda da al calabozo de Cárlos; la de la derecha sirve al Marqués; y la del fondo, con verja, descubre, á travez de la oscuridad, grupos de soldados en un vasto patio, y mas allá un parque de sauces á las orillas del Rio de la Plata. En la escena, á la derecha, una tarima con gradería; sobre ésta una mesa con tapete rojo, en la que arde una luz, de las doce que contienen dos candelabros. Se oye la música á intervalos; pero casi apagada.

ESCENA PRIMERA

CÁRLOS, meditabundo y sombrío—Despues la MARQUESA

CÁRLOS

Sí, no debo demorar esta revelacion,. . . . quién sabe lo que nos espera en esta aciaga noche!. . , . la Marquesa. . . .

MARQUESA

Cárlos, hijo mio. . . . puedo creer en que vives? *(Le abraza con frialdad)* Cuando por Guillermo recibí vuestro llamado, un sudor frio bañó mi frente. . . .

CÁRLOS

(ap.—Se turba!. . . .) Señora, la suerte. . . . ó la desgracia quiso que no muriera.

MARQUESA

Contadme. . . .

CÁRLOS

Dejemos en paz la historia de los muertos. . . .

MARQUESA

Es que yo. . . . puedo empeñarm e con el Marqués, y éste con el virei. . . .

CÁRLOS

Con el Presidente de la Junta popular. . . . No hablemos de eso: estoy convencido de que continuaré siendo un estorbo para el Marqués. Os he llamado para un grave asunto, que directamente os atañe. . . . *(ap.*—Palidece!. . . .*)* Cuando asaltaron los indios vuestra quinta. . . .

MARQUESA

Cárlos!

CÁRLOS

Un cacique, dotado de esa viril belleza y soberana magestad de la raza Querandí. . . ¡era imposible dejar de amarle!

MARQUESA

Cesad!

CÁRLOS

Ese cacique, Carul, y yo, somos los únicos poseedores de este secreto. . . . Es inútil referiros, cómo fué que Carul intentó en vano rescatar de manos del Marqués, dos hijos que, poco despues de vuestro rescate, le fueron arrebatados de sustolderías, Andrea y Enrique. . . . Tales propósitos le trajeron aquella noche horrible, en que la providencia le colocó en el mismo sitio, á cuadras de esta quinta, en que yo estuve á punto de ser asesinado. . . .

MARQUESA

Cuánto sufri creyendo vuestra muerte!

CÁRLOS

Enrique, vuestro paje, es hijo de una india, familia de caciques, y Andrea, que ha servido vuestros banquetes, como una sierva, y que ha devorado las injurias del último de vuestros lacayos. . . .

MARQUESA
(Agitadísima)

Concluye!. . . .

CÁRLOS

Es vuestra hija, Marquesa.

MARQUESA

¡Lo creo! ¡lo sentia!

CÁRLOS

Carul os devuelve una hija; que Enrique, pues, torne á los brazos de su padre.

(Se aleja.)

MARQUESA

Lo haré así, te lo juro! Pero vuestra situacion. . . .

CÁRLOS

Basta, señora, que álguien puede oir alguna frase que os comprometa: ahora soy el árbol de la sombra maldita.

(Entra á la prision de la izquierda.)

MARQUESA

Se va sin oirme. . . . tiene razon! ha comprendido mis vacilaciones. . . . se va á cometer un crímen y no puedo impedirlo; recobro una hija que lloré perdida, y la luz apuntar á un borron en mi frente al lado de mis besos maternales! Este es el don de la grandeza!

(Se va por el foro.)

ESCENA SEGUNDA

ENRIQUE por la derecha, segundo término, con recado de escribir, que coloca sobre la mesa, y enciende las demas luces.

ENRIQUE

Son cosas que no entiendo. . . . Guardias en los patios; el Marqués y Lapeña en movimiento; la señora María con una herida en el seno, presa de la fiebre y de los delirios. . . . ¿Pero por qué acusan á ese desconocido? . . . miente Lapeña, de que ha pretendido, por medio del capitan Guillermo, seducir al sargento y á otros. . . . Ojalá fuera así: ah! el latigazo! el latigazo! . . .

ESCENA TERCERA

ENRIQUE, que ya ha descendido de la tarima, y ANDREA por foro derecho, entrando apresuradamente—Enrique adopta en esta escena un talante militar, pero sin ridiculez, aunque olvidándose algunas veces de su papel.

ANDREA

Enriquito! te buscaba con ansiedad.

ENRIQUE

Y me encuentras, de pié como un romano! Acor-

dándome estaba de esos pobres presos acusados de sedicion. . . . Mira: desearia sacrificarme en favor de ellos, ¡ por las flechas de Carul !

ANDREA

¡ Ah ! los salvaríais ? . . .

ENRIQUE

Como hay Dios; ¡ por Jesucristo !

ANDREA

Hidalga resolucion ! eres un valiente ! Pues bien, hagamos alianza, y el desconocido nos deberá el aire que respire !

ENRIQUE
(Recapacitando)

El desconocido. . . . ¡Ira de Dios ! la cosa es arriesgada. . . .

ANDREA

La audacia fué la pasion de los grandes capitanes. Te ofrezco todos mis besos. . . . toma el primero.— (*Lo besa en los cabellos.*)

ENRIQUE

¡ Con este beso me siento con brios, hasta para sacudir de las melenas al leon de las Españas ! Pero, escucha. . . . la verdad es que es cosa seria eso de salvar al desconocido. . . .

ANDREA

Al salvarle, libertas tambien al capitan Guillermo.

ENRIQUE

¿¡Mi capitan preso?! ¡ Dios de Dios! ¡ por Jesucristo! *(esgrimiendo el puñalito.)* ¡ Pluguiera á Satanás, para que no quedaras vírgen, hoja de Toledo ! Y claro es que los ahorcarán, sí, á los dos ! . . . no es esto ? al desconocido ya le han levantado. . . .

ANDREA

—¡La horca!

ENRIQUE

(Arrepentido de su indiscrecion)

—¡Qué! ¿no lo sabias?

ANDREA

—¡La horca! ¡Oh! Enrique, no vaciles, por Dios! En el gabinete de María te espero, ven cuanto ántes!

(Se va desesperada.)

ENRIQUE

En seguida! he empeñado mi palabra, y aunque la vida me cueste! Ah! ¡y qué ejemplarmente vengaré mi latigazo! ¡Con mil de á caballo, que van á hablar las historias!

(Se va por la derecha.)

ESCENA CUARTA

LAPEÑA y el ALFÉREZ con SOLDADOS, que apostan en las puertas, dejando abierta la del fondo, que les ha franqueado el paso.

LAPEÑA

Vuestras cabezas responderán al verdugo de su presa. (*Ap.*—No me ha costado poco convencer al Marqués, de que enterré á don Cárlos. ¿Pero quién habia de atender á tanto con los indios de Carul encima?... Cierto es que le encuentro no sé qué semejanza. . . .

¡ eh ! cavilaciones ! . . . Alférez, listo con el sacerdote y el verdugo para el amanecer. . . . al tiro de un cañonazo. . . . *(Ap.*—La hora de la San Bartolomé ! *al alférez despacio.)* Alférez. . . . ¡¡ sin piedad !!

ALFÉREZ

Comprendo.

LAPEÑA

Recorred las guardias, y listo por si se necesita.— *(El Alférez se va.)—Ap.* –Al capitan Guillermo ! . . un vaso de agua. . . . La noche es negra como las alas del cuervo. . . . ¡ mañana ! ¡ 25 de Mayo de 1810 ! . . . dia de imperecedera recordacion para la América del Sud ! . . .

ESCENA QUINTA

LAPEÑA y el MARQUÉS, éste meditabundo y sombrío.—Despues dos OIDORES.

MARQUÉS

Me digistes que María no soltaba el puñal, con que ese desconocido la hirió ?

LAPEÑA

Ni en los desmayos !

MARQUÉS

(Sacudiendo una mano de Lapeña)

¿ Me juras por la salvacion de tu alma, que aquella noche ! . . .

LAPEÑA

¡ Lo juro, Exelentísimo ! . . .

MARQUÉS

Que arrojastes mi puñal á las olas del Plata ? . . .

LAPEÑA

Sí, Exelentísimo. . . .

MARQUÉS

(Ap.—¿Y dudo aún ? . . sí ! dudo ! ¡Y mi conciencia se estremece por primera vez en la vida ! Llama á los Oidores. *(Lapeña sale por la derecha. A los soldados.)* Despejad las puertas pero no os alejeis. *(Los soldados salen por el fondo, perdiéndose en la oscuridad.)* Un cúmulo de circunstancias se agolpan en tropel á mi mente ofuscada ; y, sin poderla sofocar un solo instante, una voz terrible se alza en mis presentimientos, gritándome sarcástica : « ¡ Ese es Cárlos ! ¡ Cárlos ! » *(Pausa; se limpia el sudor que baña su frente, nublada por el vértigo ; se arregla el trage y lucha por serenarse y calmar su fatiga.)* Bien merece una corona. . . . esta tremenda lucha. . . . con el infierno. . . . con el infierno sería poco. . . . lucho con lo desconocido ! . . . Ya vienen—siento de nuevo. . . . el soplo gigante de la victoria ! *(Se domina; entran los dos Oidores, seguidos de Lapeña, que va á ocupar la puerta del foro. El Marqués indica á aquéllos que ocupen sus sitiales, haciendo él lo propio en el de la izquierda. Cuando ha subido la última grada, ya es completamente dueño de sí mismo.)* Escuso repetiros, señores Oidores, que en tan solemnes momentos debemos ser inexorables : se juegan los destinos de la monarquía ! *(Los Oidores se inclinan asintiendo.)* Me resta preveniros, que el temor del castigo y los propios remordimientos han trastornado la razon del acusado, hasta el punto de hacerlo proferir ridículas calumnias contra mi persona, é

insultos á la autoridad del Exelentísimo virey. (*Ap*— Prevengámonos.) Lapeña; conduce al reo.

(Lapeña obedece; volviendo poco despues con Cárlos. Miéntras tanto el Marqués habla bajo con los Oidores.)

ESCENA SESTA

El Marqués—Oidores—Cárlos y Lapeña. Este se coloca tras de Cárlos á una distancia. El Oidor 2º. hace de secretario. Cárlos se presenta altivo, digno; pero sin soberbia, con la magestad del dolor y de la inocencia resplandeciendo en la frente. Trae una cadena sujeta al pié y á la cintura.)

OIDOR 1º

Vuestro nombre y condicion?

CÁRLOS

Llamadme como querais; para ante la justicia soi un hombre; para ante la América un ciudadano.

OIDOR

¿Edad?

CÁRLOS

He perdido la cuenta. Por mis facciones se me creerá de cincuenta años; por el vigor de mi corazon apénas han pasado treinta inviernos.

OIDOR

¿Sois Americano?

CÁRLOS

Debiais adivinarlo al ver mis cadenas.

OIDOR

Se os acusa primeramente de conspirar contra la corona.

CÁRLOS

Procesad entónces al país entero, que conspira como yo; procesad á la misma España, que se encuentra rebelada contra José Napoleon, cuyas sienes ciñen la corona por abdicacion de vuestro rei. Pero, quién me acusa de ese crímen?

OIDOR

Vuestro asalto furtivo á este palacio, vuestros planes siniestros.

CÁRLOS

(Acentuando la frase)

Sin embargo, fuí preso en una habitacion completamente iluminada, cual si fuera de mi propia casa!

MARQUÉS

El misterio os envolvia; nadie os conoce aquí. . .

CÁRLOS

Eso no es del todo cierto. . . .

MARQUÉS

—Luego vos. . . .

CÁRLOS

Tranquilizaos.

MARQUÉS

(Con intencion)

Usad de prudencia, que de ella depende la seguridad de la cabeza que llevais sobre los hombros.

CÁRLOS

Os hubiérais ahorrado la abvertencia: ¡Oh! estos ojos, acaso ya marchitos, que teneis delante, han

aprendido á sorprender á esos insectos, que duermen en los abismos profundos de ciertas conciencias. . .

MARQUES

(Ap. —¡Maldita incertidumbre!) ¿Y qué oponeis á la declaracion de los soldados, que por el Capitan Guillermo Flores intentsáteis seducir, y que se descubrió el delito, porque Dios vela por la corona?

CÁRLOS

¡Dios!. . . . invocacion sacrílega!. . . . Estais ocostumbrados, señores monarquistas, de todos los países y de todos los siglos, á degradar la religion, utilizando el fanatismo de las masas ignorantes, en favor de la usurpacion y la matanza! No hagais de Dios un instrumento de tiranía, que el hombre no es digno de su artífice, sino á título de la libertad y de la razon!

MARQUES

(A los Oidores)

Os lo dije, es un insurjente de la revolucion Francesa!

CÁRLOS

Pero, ¿cuál es entónces la doctrina del Dios que vela por la corona? ¿es el Dios que la arrebatara de la cabeza de Fernando, para adjudicársela á José Napoleon?

(El Oidor apacigua la cólera del Marques.)

OIDOR

Dejad que insulte. . . . agrava su causa. Pretendeis negar vuestro crímen de rebelion?

CÁRLOS

Al contrario; me apresuro á confesar tan honroso y lejítimo deseo; pero acusaos á vosotros mismos de que, al fin, intente manifestarse, despues de tres centurias contenido en la paciencia fatal de la servidumbre!

OIDOR 2°

(*Ap.*—¡Qué audacia!)

CÁRLOS

Vuestra misma Junta de Sevilla, ántes de disolnerse, confiesa el derecho Americano, elevándonos á la dignidad de hombres libres.—«Desde este dia, dijo, no sois ya los mismos doblegados bajo el yugo, mirados con indiferencia, atormentados por la codicia, mantenidos en la ignorancia; vuestra suerte no pende ya de los ministros, ni de los virreyes, ni de los gobernadores, sino que está en vuestras manos.» Esto fué lo que escribió aquel poder representante de la corona, único orígen de la autoridad de Cisneros. Hace dos dias, que los pueblos del Plata, ejercitando, pues, sus derechos soberanos, votan el cese del virrei y reasumen sus poderes; pero hoy, tratando de anular esta decision popular, con sofismas groseros y arteros manejos, el partido del virrei Cisneros, verdadero enemigo de España, partido de ambiciosos sin amor á su rei, sin respeto á su patria, organiza una Junta de gobierno teniendo por presidente al mismo virrei! ¡qué sangrienta burla para el siervo americano!

OIDOR

El rei Fernando no ha muerto, y la Junta de Sevilla no ha podido hablar en su nombre. . . .

CÁRLOS

Muchas veces, sin embargo, habeis invocado á esa Junta, como representante genuina de la autoridad real, cuando en la desaparicion del rei Español fundábamos los Americanos el derecho á darnos un gobierno propio. . . . ¡Ah! para negarnos independencia, Fernando vive; para vosotros dominar en su nombre, Fernando ha muerto. . . . ¡la política del cinismo, al servicio de la sórdida ambicion y la codicia!

OIDOR

¡Ingratos! ¡Ingratos sois con vuestra madre!

CÁRLOS

¡Ingratos!. . . . Vosotros lo decis, no la infortunada y noble España, hoy en igual situacion que nosotros, tambien como nosotros presa de la usurpacion, víctima del despotismo! Hace dos años, en salvacion de su independencia le llevamos nuestra riqueza y nuestros hijos! Y sus cortesanos, sus reyes, vosotros, no nos habeis concedido todavía en gratitud, sino el derecho de vender el fruto de nuestro sudor, á otros que á los avaros comerciantes de Cádiz! ¡Ingratos!. . . . nosotros, colonos feudales!. . . . Y que ni siquiera somos colonos de la noble y gloriosa España, digna del respeto de las naciones, sino infelices espósitos, entregados á unos cuantos ambiciosos sin freno, que no solo comercian con nuestros tesoros, sino que hasta nos niegan el derecho de propiedad, que es una religion entre los africanos!

(Movimiento de ira en el Marques, aplacado por el Oidor.)

OIDOR

¿Insistis en la manía de creeros con títulos á ser libres?

CÁRLOS

Finalmente, no es con vosotros que tendríamos que discutirlo, sino con José Napoleon, dueño hoy de la Península; puesto que, si por conquista os perteneció la América, tambien por conquista le perteneceria ahora á Napoleon: habeis perdido todo derecho á estas colonias. En último caso, América, como los Hernan Cortés, los Pizarros, sus antiguos dueños, apoyará tambien en la fuerza su derecho; y sobre las ruinas de la antigua dominacion fundará la patria su lejítima soberanía!

MARQUÉS

¡Basta ya! Señores Oidores, haced constar en el

proceso, cuántos absurdrs, heregías é injuriosos desbordes habeis escuchado.

CÁRLOS

Y agregad, si os parece, que todo cuanto he dicho, es el pensamiento íntimo de todo americano, y aún el de aquellos españoles, cuya razon bien inspirada, levantándose sobre las raquíticas preocupaciones, no entienden el amor de la Patria presentarla odiosa y deshonrada, sino justa y noble ante el fallo augusto de la posteridad!

OIDOR

Advertid que sois un acusado! . . .

CÁRLOS

Convertido en acusador: haced tambien constar esto en el proceso: Acusada la América ante el tribunal de sus déspotas, un hijo suyo, en nombre de todos, la defiende ante el criterio de la razon humana y de la conciencia pública!

MARQUÉS

Os habeis hecho indigno de nuestra clemencia, procaz americano!

CÁRLOS

¡Callad! callad, Marquez! sois vos que deberíais pedirme clemencia, por las acusaciones con que voy á confundiros!

(El Marquez habla despacio con los Oidores.)

OIDOR

Entremos al crímen de asesinato, intentado en doña María de Cisneros.

CÁRLOS

(Como herido del rayo)

(*Ap.*—¡De Cisneros! . . .)

OIDOR

Os turbais. . . .

CÁRLOS

(Aturdido)

¿De qué María de Cisneros me hablais? . . .

OIDOR

De la esposa de don Juan de Cisneros.

CÁRLOS

(*Ap.*—¡Hé aquí, pues, el misterio! ¡Valor! me estais abandonando! . . .)

OIDOR

¿No teneis, nada que oponer?

CÁRLOS

(*Ap.*—¿Amor ó remordimiento la impulsó al suicidio? . . .)

OIDOR

Está convicto y tácitamente confeso.

CÁRLOS

(Con resolucion)

(*Ap.*—Se reirian de mi flaqueza! . . . *(impasible.)* Juro que no he osado tocar á esa señora en un cabello, aunque acaso hubiera tenido motivos para. . . .

MARQUES

(*Ap.*—¡Cielos!)

CÁRLOS

(*Ap.*—¡Para matarla!)

OIDOR

Motivos?! . . .

CÁRLOS

¿ Pero cómo pude ser yo el que la hiriera, si el puñal se encontraba en sus manos ?

MARQUES

Ese puñal salió de vuestro cinto . . . .

CÁRLOS

—Ella me lo arrebató.

OIDOR

Tal cosa es de todo punto inverosímil: ¿ Luego el puñal es vuestro ?

CÁRLOS

(Mirando de soslayo á Lapeña)

El puñal pertenece á un asesino. . . .

(Levantándose el Marques, fuera de sí, pálido y tembloroso.)

MARQUÉS

¡ Mentis, calumniador, mentis ! Lapeña! lleva este malvado á su prision, y que al rayar el alba vea yo su cabeza de la horca suspendida !

CÁRLOS

¡ Vos y ese esclavo lo conocen bien ! En su cabo se ve ricamente cincelado el escudo de los Loretos y las iniciales, Marques, de vuestro nombre !

MARQUES

¡ Mentis ! ¡ presentadlo ! ¡ presentadlo !

(Lapeña y soldados se disponian á apoderarse de Cárlos, cuando se presenta María.)

ESCENA SÉPTIMA

DICHOS y MARÍA, apareciendo en el dintel de la puerta del foro, con el puñal alzado en la diestra. Viste un ámplio peinador de terciopelo negro; el cabello lo trae derramado en dos matas sobre el seno; su rostro está palido, y su actitud es rígida, como una estatua—La esclamacion suprema, que su presencia arrancará á todos, debe ser sorda y espresará al mismo tiempo la impresion distinta, que es natural despierte en el fondo del alma de cada personaje. Despues de un brevísimo silencio, que será solemne, se opera una reaccion en el Marques. La actitud de Càrlos al exhalar su «¡AH¡» será estendiendo las manos á María como á una aparicion celeste, al paso que Lapeña la cree un fantasma acusador, y el Marques, una sombra importuna del infierno.

MARÍA

(Apareciendo)

¡Vedle¡

(Una sonrisa fria, pero tremenda, vaga en sus labios, fijando unos ojos acusadores en el Marques.)

TODOS

¡¡Ah!!...

MARQUES

(Ap.—¡Maldicion!)

CÁRLOS

¡María!

(Esta avanza hasta Cárlos á cuyos piés cae de rodillas humildemente, y besa las manos de Cárlos; con respeto y profunda ternura; Cárlos la alza y la recibe en sus brazos con amor)

MARQUÉS

(A Lapeña)

¡Separadles, vive el cielo! ¿Quieres ir á la horca en su lugar?...

MARIA

¡¡A la horca!!

(María ha arrojado un grito infinito de angustia, estraño, desgarrador y como de sonámbula, dominando completamente la situacion. Al proferirlo, se ha desprendido de los brazos de Cárlos y erguídose magnífica é irritada. Sigue un glacial silencio, en medio del cual, las miradas, actitud y movimientos de María, revelan aunque vagamente, el delirio que acaba de asaltarla. Se acerca á Cárlos, lo ciñe con su brazo izquierdo, como escudándolo, y levantando el puñal hácia Lapeña, dice con acento apagado, terrible y sangriento:)

¡Ven! . . . ¡Ven á llevarle!

(Pasea su mirada fulgurante por los Oidores y el Marques, y con frio sarcasmo dice:)

Quién diria, que la débil mano de una mujer es bastante á detener á tantos esbirros!

MARQUÉS

(Con ira)

¡María!

(Esta se acerca á la mesa con actitud soberana, como la reina que sube á su trono para dictar leyes; toma el proceso, lo rompe lentamente y lo arroja á los piés de Cárlos. Miéntras va ejecutando esto, dice:)

MARÍA

Es este. . . . el proceso. . . . que el crímen. . . . ha fraguado. . . . contra la inocencia. . . . el proceso que la usurpacion y el despotismo. . . garabatearon contra la libertad de la América? . . .

MARQUES

¡¡Oh!!

MARÍA

¿Y sobre esta mesa lo habeis escrito, rectos Oidores? Sobre esta mesa, en que mi padre escribió su última voluntad, entre las convulsiones de un veneno?

(Fijando en el Marqués sus atenaceadores ojos.)

MARQUÉS

(*Ap.*—¡Todo lo sabe!)

MARIA

¿Y por qué os poneis pálido, muy poderoso señor Marques de Loreto? ¿Os abandona tan luego ahora, el espeso velo de la hipocrecía, que tanto tiempo ha ocultado en vuestra faz los rastros del crímen?

MARQUÉS

(A los Oidores)

Atraviesa un acceso de locura.

MARÍA

Loca. . . . sí, os hace mas cuenta, que mis palabras salgan de lo labios de una loca, aunque muchas veces, Dios elije á una loca, para fulminar su justicia inexorable!

MARQUES

¡Oh! ¡mirad que!. . . .

MARÍA

Hay locas que se las encierra en jaulas doradas, por especulacion, para luego, ante los altares, ceñirlas una corona de himeneo, manchada con la mentira y el perjurio!

MARQUES

(*Ap.*— ¡Concluyamos!)—Lapeña! llevadle! llevadle!

(María desciende de la tarima y vuelve á escudar á Cárlos.)

MARÍA

¿Llevarle? ¿á dónde? ¿á la horca?... já, já, já, já, já, já, á la horca!... já, já, já!.....

(Pausa—El Marques desciende de la tarima. María vuelve en sí, y corre, desesperada y bañada en lágrimas, á abrazar suplicante las rodillas del Marques.)

MARIA

¡Perdon, Antonio! os he ofendido, soi una calumniadora!—(*Va al pié de la tarima.*) He mentido, señores; el Marques no es criminal; mis imputaciones

son falsas, le he calumniado! *(Vuelve al Marques.)* Concededme su vida, Antonio; vedme á vuestros piés, implorando con lágrimas vuestra clemencia!

MARQUES

(Este la arrastra á un lado, y la dice con furor concentrado y vengativo:)

¡Imprudente! ¡Me pides su existencia! ¡desgraciada! ¡deliras!

(Quiere alejarse; María le sigue.)

MARÍA

Huiré léjos con él, muy léjos de aquí, á una isla ignorada, á cualquier parte.... os lo prometo,, os lo juro; mi silencio, mis riquezas, mi retractacion, todo, todo por su vida, Antonio!

MARQUES

¡¡No quiero!!

(Esto lo dice el Marques con desprecio; y apartándose de María, que queda anonadada, va á hablar con los Oidores. María se alza irritada y con magestad imponente.)

MARÍA

¡Ah! bien, tigre sanginario! ¡monstruo! *(Se reune á Cárlos.)* Nuestras sombras ensangrentadas, unidas al palido espectro de mi padre, van á perseguiros hasta en la hora tremenda de la muerte!! ¡Moriremos, sí, pero no conseguireis que la afrenta selle las puertas de nuestro sepulcro.

(Se estrecha á Cárlos.)

CÁRLOS

¡María!

MARÍA

¡Prepárate para morir, mi dulce amado!

(Lapeña, con los soldados, se apróxima á Cárlos. María levanta el puñal sobre el pecho de éste, procurando sobreponerse al temblor de su brazo.)

CÁRLOS

¡Hiere!

MARÍA

¡Ah!...

(Ha arrojado este grito al ir á ejecutarlo, y cae desmayada en brazos de Cárlos.)

CÁRLOS

(Sublime como Isaias)

¡Déspostas! en nombre de Dios, en nombre de América, os cito para ante el juicio de la historia! (*Cárlos cae de rodillas y besando la frente de María.*) ¡¡Adios!!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Tenebrosa prision.—Puertas laterales y otras al fondo.—Esta es de tres varas de ancho y cinco de altura.—Aparece cerrada.—Por toda luz, arde suspendido del techo un candil—La música de la fiesta continùa; pero solo se percibe hasta que entra don Juan, quien cerrará la puerta.

ESCENA PRIMERA

CÁRLOS, silencioso y abatido, sentado en un banco de cárcel

CÁRLOS

¡Cuántos sueños desvanecidos, oh Patria! . . . ¡qué noche! ¡qué peripecias, fiel ímágen de la vida, trabajo de Sísipo, abismo del Océano, sereno al soplo de la brisa, turbulento á los torbellinos del huracan! . . . Cavilo, me aturdo, me hundo en la sombra! . . . ¡Dios mio! ¿permitireis que se ejecute la matanza con el rebaño Americano? . . . ¡Sin duda creis, Dios grande, Dios justo, que la raza de los Incas aún no ha sufrido bastante para conquistar el porvenir! . . . ¡Imposible! barrera ínconmovible! . . . Sí! imposible! todo perdido! . . . Al no oir el cañonazo convenido, Belgrano suspenderá el movimiento y Carul se alejará. ¡Oh! me agito inútilmente entre las mismas cadenas que he tratado de romper! . . . ¿Por qué, pues, no he sabido matarme? . . Ah! soberano misterio de los altos desígnios! una voz, esa voz que habla siempre en la servidumbre, vibra ahora en lo profundo de mi ser co-

mo una consoladora profecía! . . . que América levantará la frente, y coronada por el laurel, dignificada penetrará en su templo! Yo no sé cómo se cumplen las supremas leyes de la historia, en íntimas concordancias con las eternas armonías. . . . ignoro el derrotero oculto del apostolado y del martirio por los tenebrosos senderos de las revoluciones sociales! Oh! pero ellos existen, el verbo palpita en el seno de la humanidad, y es suya esa voz solemne que me grita sobre el áspero acorde de mis grillos: « América será libre! »

(Al oir el grito de los centinelas, se estremece bruscamente.)

CENTINELA 1°

¡Centinela, alerta!.....

CENTINELA 2°

(Mas léjos)

¡Alerta!.....

CENTINELA 3°

(Mas léjos aún)

¡Alerta está!.....

CÁRLOS

(Alzando los ojos al cielo)

Piadoso Dios! ¡no engañeis á vuestras criaturas, que quieren glorificaros! (*Cae abatido sobre el banco, llenos los ojos de lágrimas.*)

(Pausa)

ESCENA SEGUNDA

CÁRLOS y DON JUAN—Este, por la puerta de la derecha, que hallará abierta. La cierra al entrar, y no se oye mas la música. Don Juan avanza unos pasos al fondo, y desde allí contempla sombríamente á Cárlos, amargo, pero sin ira, pareciendo mas bien una víctima de la misma fatalidad, que un instrumento suyo; tal es la situacion de ánimo que predomina en él durante esta escena.

DON JUAN

(*Ap.*—Tambien él sufre! Infelices americanos! pretenden de ellos un sentimiento contrario á la naturaleza, contrario á la misma voluntad de Dios!... Mas, ¿á qué he venido á este sitio? ¿acaso contemplo en un reo á muerte lo deleznable de la vida y cuán fugaz es la dicha de la tierra ante los inecrustables fallos? No! que me trajeron los celos, cuyo volcan consume mis entrañas! ¡Ah! ¿es la presencia de la tumba, ó el recuerdo de esa mujer perjura lo que embarga sus sentidos?...; opaca estrella, á fe, me trajo á estas riberas!

CÁRLOS

Levantándose

(*Ap.*—Y bien! ¡seamos superiores á la fatalidad!)

(Se levanta con resolucion; pero ve á Don Juan, y sin esperimentar emocion ninguna violenta, vuelve á tomar asiento.)

DON JUAN

(*Ap.*—Ni una palabra. . . . parece que el sepulcro le aisla ya de la tierra!)

CÁRLOS

(*Ap.*—¡Maria! me habrás ya perdonado! ¿que mas

necesito para alijerar mi vuelo en el éter de los inmortales!)

DON JUAN

(Adelantándose)

(ap.—Encaremos el abismo!) Nada os dice mi presencia?

CÁRLOS

(Alzando la cabeza, suspirando con lástima de Don Juan, vuelve á bajarla)

Nada.

DON JUAN

Peró, debeis suponer que algun grave motivo me trae.

CÁRLOS

Os escucho.

DON JUAN

Soy Don Juan de Cisneros.

CÁRLOS

Hablad, Don Juan.

DON JUAN

Nos estrecha y nos separa el vínculo de un formidable misterio, cuya horrible clave vengo á pediros, mejor si la primera cifra es una espada de caballeros!

CÁRLOS

¡La Clave es candente, os abraaaria las entrañas: ne intenteis conocerla!

DON JUAN

De esa negativa solo podria compensarme toda vuestra sangre, vertida gota á gota!

CÁRLOS

En tal caso entendeos con el verdugo.

DON JUAN

¡No, viven los cielos! que os bastireis conmigo!

CÁRLOS

¿Batirnos?. . . . ¿pero por qué, Don Juan?

DON JUAN

¡Os creí un hombre ¡vive Cristo!

CÁRLOS

Callad! si mui pronto voi á ser un cadáver, ¡de qué, pues, tendria miedo? Yo voy á morir, y vos, hombre magnánimo, aun podeis ser útil en la tierra: Me es, pues, sagrada vuestra existencia!

DON JUAN

¡La existencia!

CÁRLOS

(Se enjuga los ojos)

¡Comprendedme, si os queda algo de corazon! ! Oh! á Dios pluguiera arrancármela en un instante! ¡Don Juan, no podreis calcular cuánto sufro!

DON JUAN

¡Porque esa mujer. . . !

CÁRLOS

Ah! no, no! sufro por la suerte de la Patría!

DON JUAN

¡Pero, por favor! ¡una sola palabra!, . . .

CÁRLOS

María es una mártir, Don Juan! Interrogad al Marques sobre los lazos que la unen á mí.

DON JUAN

¡Por Dios que estais engañándome como á un chiquillo! El Marques de Loreto me ha dicho que no os conocia!

CÁRLOS

(Levántandose y acercándose á Don Juan)

Pedid á Doña María de Cisneros que os relate su historia y la de su hermano el Marques de Loreto, indigno de vos, de vuestro padre y de España.

DON JUAN

¡El Marques!. . . .

CÁRLOS

Hacedme el juramento solemne, que paso á pediros, si no os engaño en cuanto habeis oido.

DON JUAN

Os lo juro!

CÁRLOS

Respetad, Don Juan, el desgraciado amor y el sagrado lazo que me únen á una mujer, bella y santa como los ángeles. Yo parto, ella queda en la tierra, y necesita que la dejen llorar tranquila.

(Don Juan estrecha con efusion la mano de Cárlos.)

DON JUAN

(Agitado)

Su nombre. . . .

CÁRLOS

(Con esfuerzo)

Su nombre. . . . sed fuerte!. . . .

DON JUAN

Acabad!

CÁRLOS

Su nombre es. . . .

MARÍA

(Adentro)

¡Cárlos! ¡ esposo mio!

DON JUAN

¡¡Ah!!. . . . Partiré ¡os lo juro!

(Se aleja, colocándose al lado de la puerta, para dejar entrar á María y no ser visto de ella. María se precipita en brazos de Cárlos.)

ESCENA TERCERA

CÁRLOS—MARÍA y ANDREA; éstas de luto y con velo á la cara que echan á la espalda al entrar. Andrea permanece cerca de la puerta.

MARÍA

¡Cárlos!

CÁRLOS

¡Lloras!

MARÍA

¡Ay ¡lloro. . . . de amor lloro. . . . no nos separemos jamas!

CÁRLOS

¡Tú morir!

MARÍA

¡Esposo mio! ¡adorado esposo! ¿¡Y podria vivir sin tí?! ¡vivir sin tí!

CÁRLOS

¡Mi bien! Pero, ¿cómo has podido penetrar en esta prision?

MARÍA

Oye: Apenas volví de mi desmayo, llamé al Mar-

ques para suplicarle me concediera hablarte: Le ofrecí devolverle el puñal. . . . le supliqué. . . . regué sus manos de lágrimas. . . . y, el bárbaro me rechazó!

CÁRLOS

¡Oh!

MARÍA

Le amenacé entónces con revelárselo todo á Don Juan, y cedió.

CÁRLOS

¡Mi María!

MARÍA

Pero el tiempo urje: Enrique y Andrea tienen preparados dos caballos en el fondo de la quinta: partamos, querido, cuanto ántes!

CÁRLOS

¡Oh! es imposible!

MARÍA

¿Qué dices?

CÁRLOS

Sí! esa fuga echaría nn borron sobre el patriota: La causa de América no debe apelar á una cobardía. Sabré, pues, morir como apóstol y como martir!

MARÍA

¡Morir!

CÁRLOS

Sé tú el ángel que la Patria me envia en la hora del sacrificio. Escucha, mi María: Puede aun ser posible la salvacion de los buenos compañeros de la ciudad y del desierto.

MARÍA

Lo que quieras! habla!

CÁRLOS

Escribe ahora mismo á Monteagudo, previniéndole que Guillermo cuenta con algunos soldados en este palacio; que él y tambien los indios de Carul esperan que dén en la ciudad la señal del cañonazo, para obrar sobre esta quinta. Asegúrale la victoria!

MARÍA

Se hará todo, Cárlos: Guillermo me ha informado de tus proyectos; los admiro; eres un hombre sublime! y si egoistas sentimientos me impulsaron á aconsejarte la fuga, avergüénzome ya de semejante vileza! En cualquier caso, acepto tu muerte, y te suplico el favor de acompañarte en ella!

CÁRLOS

¡ Oh digna hija de América ! Diles que si los detiene la consideracion de salvar mi cabeza, los hago responsables ante las generaciones futuras, que en esta suprema noche nos confian sus destinos.

MARÍA

Les escribiré.

CÁRLOS

Enrique conduce la carta á la ciudad; pero quién iria hasta la emboscada de Carul? Oh! ¡todo sería inútil sino prevenimos á ese intrépido Cacique!

(Andrea se adelanta con resolucion, y con bélico acento dice:)

ANDREA

¿Y una hija del desierto no será digna mensajera de la libertad de sus hermanos ?

MARÍA

¡Ah!

CÁRLOS

¡Oh, Patria! vos comunicais aliento de héroes hasta á los pechos femeniles!

ANDREA

Un caballo me llevará á escape hasta Carul ¿dónde esta?

CÁRLOS

Oculto con su tribu en el pequeño valle de José Diez, el lábrador, á salo veinte cuadras de aquì.

ANDREA

Iré sin demora.

CÁRLOS

¿Y no sentian estos pasos?

VOCES DENTRO

¡Viva el Virrei! ¡Viva!

ANDREA

(Alegre)

Oid: es el eco de la bacanal: El cortesano se aturde en el vértigo de la última noche. Lapeña acaba de partir para la ciudad; nada receleis.

CÁRLOS

El lienzo que recibí de Belgrano será enarbolado por Guillermo en la hora del triunfo.

ANDREA

Carul estará aquí á saludarlo!

CÁRLOS

¡La Patria te guie!

(María y Andrea echan el velo, y salen precipitadamente)

ESCENA CUARTA

CÁRLOS

Virrei Baltasar! el Ciro de la libertad se acerca para romper en vuestros labios la última copa! *(Dan las tres)* Y bien! acaso vengan por mí! ¿Qué importa? Darán en la ciudad el cañonazo, y Carul se precipitará sobre esta soldadezca, á la vez que los otros amigos de las afueras de Buenos Aires, que Belgrano y French han preparado. ¡Qué grande es morir por la emancipacion de una raza!

ESCENA QUINTA

CÁRLOS y GUILLERMO. Este por la izquierda.

GUILLERMO

Todo lo sé, Cárlos: Andrea ha partido, y Enrique no tardará en hacerlo. Dentro de dos horas, por el derecho y por las armas, seremos un pueblo, y lo que es mas, un pueblo con soberanía y libertad!

CÁRLOS

Que esta bella y lejítima esperanza no se convierta en fantástico espejismo!. . . .

GUILLERMO

¡No lo será, por cierto! *(tocándose el corazon)* Hé aquí el profeta!

CÁRLOS

Me estremezco de pensar otra cosa!. . . . ¿Pero cómo te han permitido la entrada á este calabozo?

GUILLERMO

Vas á morir. . . . y quiero morir contigo, hermano mio!

CÁRLOS

Tú tambien á la horca!

GUILLERMO

Ese es mi calabozo. *(por el de la izquierda.)* Me hice delatar; pero, como complicado en supuestos crímenes, que á nadie comprometen. Cuando María me previno de tus nuevos planes, ya no habia remedio: con todo, pelearemos á cuerpo desnudo, y alentaremos desde aquí á los indios y soldados en el momento del combate.

CÁRLOS

¡Valiente corazon!

GUILLERMO

Se ha apoderado de mí la fascinacion del ideal, el vértigo de la gloria! Una fuerza invencible une á los correligionarios de las causas jenerosas en la hora suprema del sacrificio. . . . cuando no son sus cuerpos que se abrazan á un solo golpe de la cuchilla, son sus pensamientos, que aun desde un polo al otro polo, de un siglo á otro siglo, se murmuran

en lo recóndito de la conciencia: ¡«muere como yo muero, mártir de la verdad y de la justicia!»

CÁRLOS

Tienes razon! la libertad es una cadena eléctrica entre los hombres, entre la humanidad y Dios! Sí! nuestras cabezas se besarán en el canasto, como las del 89; nuestros espíritus se besarán en las altas esferas, como los inmortales!

(Se abrazan radiantes, Oyense murmullos de voces en la pieza de la derecha.)

GUILLERMO

Esas voces. . . . *(Se precipita en la pieza contigua.)*

CÁRLOS

No sé qué vagos presentimientos. . . . ¡Oh! sería mas horrendo que el infierno!

(Guillermo vuelve.)

GUILLERMO

Lo han tomado, Cárlos, lo han tamado!

CÁRLOS

¡A Enrique! Lapeña que regresaba de la ciudad?..

GUILLERMO

Sí!

CÁRLOS

¡Lo presentia! ¡Ira de Dios! ¿y la carta que conducia?

GUILLERMO

Probablemente la ha tirado. Con una barbarie inquisitorial, Lapeña le punzaba la garganta con el cuchillo, y ni una palabra pudo arrancar de ese bravo indiecito.

CÁRLOS

(Ap.—¡Hijo de Carul!)

GUILLERMO

El ingrato labrador Diez, tambien acaba de llegar denunciando la existencia de los indios de Carul.

CÁRLOS

¡Maldicion! ¡Los sorprenderán! Los sorprenderán, y los matarán como á perros!

GUILLERMO

Al venir el dia subiremos al patíbulo.

(Dan las cuatro y media.)

CÁRLOS

Dentro de una hora. . . . Ah! morir en tan afrentoso suplicio! ¡Un puñal!. . . .

ESCENA SEXTA

DICHOS y MARÍA, que entra silenciosa, angustiosa; pero digna, serena.

MARÍA

La desgracia nos acaba de abrir un abismo.

CÁRLOS

Todo perdido! El cañonazo en la ciudad era la salvacion, todo, porque al oirlo Carul se hubiera lanzado sobre este palacio, y en vez de ser sorprendido, él sorprenderia!

MARÍA

¡Esposo amado! mi propósito era tambien demorar

la ejecucion y precipitar la hora en Buenos Aires; mas no he podido salvarte!

(Cae en sus brazos.)

CÁRLOS

¡Seamos, pues, grandes! Pero tú no puedes presenciar nuestra muerte. . . . es un jénero de suplicio horrible!

GUILLERMO

¡Ah! hermana mia! ¡vete!

(María se desprende de los brazos de Cárlos, y adopta una actitud heróica.)

MARÍA

¡Cómo!. . . . ¿Y creisteis ambos que os iba á dejar morir así, escarnecidos entre las burlas groseras de esa canalla, que se arrastra al pié de la tiranía, y ahulla en derredor de la horca? ¡Oh! no! no!. . . . Mirad mi pálido rostro ya impasible, ni una lágrima cobarde brotan mis ojos! No ignoraba que venía á ver morir republicanos, que no tiemblan sino ante los peligros de la libertad, por la libertad misma; y que si algun otro sentimiento los turba, es el de morir de ignominiosa muerte! ¡Oh! lo sabia muy bien! Y no quise que esas frentes de mártires se inclinaran enrojecidas por la vergüenza ante el oprobioso dogal!

GUILLERMO

¡Hermana!. . . .

(Guillermo y Cárlos se arrodillan, tendiendo las manos á María con heróica ansiedad.)

CÁRLOS

¡Qué, pues, nos traes en esta hora!

MARÍA

La honra!

(María preséntales dos puñales, que habrá sacado de entre las ropas. Aquéllos los besan con alegría y gratitud. En este momento se oye un prolongado y fúnebre redoble de tambor, abriéndose simultáneamente la puerta del fondo, que deja ver una horca, con el verdugo y el sacerdote al pié, rodeados por el populacho y algunos soldados, éstos en alas y con hachones encendidos. Cárlos y Guillermo se ponen de pié, y se encaran con fiereza á aquel aparato. María arroja un grito y se cubre el rostro con horror.)

MARÍA

¡¡Ah!!

EL PREGONERO

(Dentro)

¡Para hacer bien por el alma del que van á ajusticiar!

(Suena un cañonazo en el mismo palacio, que arranca una esclamacion infinita de alegría y de sorpresa en María, Guillermo y Cárlos, y una vaga y siniestra oscilacion en el populacho.)

MARÍA, CÁRLOS y GUILLERMO

¡¡¡Oh!!!

CÁRLOS

El cañonazo! la tiranía se suicida!

ESCENA SEPTIMA

DICHOS y LAPEÑA con el ALFÉREZ, por el fondo—LAPEÑA se dirije al Alférez en el dintel de la puerta, sin mirar al interior de la prision. SACERDOTE.—VERDUGO—PUEBLO.

LAPEÑA

(Al alférez)

La San Bartolomé principiará en la ciudad, apénas

suba á la horca ese insurjente. Despachad, pues, pronto, Alférez.

(Lapeña se va. El Alférez conduce hasta la puerta al sacerdote y penetra en la escena, miéntras el verdugo prepara las cuerdas de la horca. María se interpone entre el Alférez y Cárlos.)

MARÍA

Alférez, un instante.

ALFÉREZ

(Seco)

Es órden del Marques, señora.

MARÍA

Ved que puede costaros la cabeza, sí me desobedeceis·

(María sale precipitadamente.)

CÁRLOS

(A Guillermo, bajo)

¡Qué mortal zozobra!

GUILLERMO

(Idem)

¡Unos minutos mas!. . . .

ESCENA OCTAVA

Dichos, ménos María. Se oye un rumor lejano, vago, pero que irá creciendo y caracterizándose gradualmente como de jente armada—Luego un tambor, que toca á la carga; mas tarde una corneta de indios, seguida de disparos de arcabuz y del fragor de un combate. El sacerdote, el verdugo y populacho, principian por alarmarse, agitarse, y luego dispersarse entre sordas imprecaciones. Miéntras tanto tiene lugar este diálogo):

CÁRLOS

¿Oyes ese lejano rumor?. . . .

GUILLERMO

Sí! sí!. . . .

ALFÉREZ

Vamos, vive Cristo! . . .

GUILLERMO

Mirad, Alférez: no hay ya verdugo para los Americanos!

ALFÉREZ

¡Por Satanás!. . . . Pero habrá espadas para haceros volver á la servidumbre!

VOCES

(Dentro)

¡A las armas! ¡á las armas!

(María, con una espada en la diestra, cruza por delante de la puerta del fondo, proclamando á la muchedumbre.)

MARÍA

[Al cruzar por la puerta, á la muchedumbre]

¡Libertad y Patria!

[De la multitud se alza un murmullo de entusiasmo y la sigue como una oleada.]

GUILLERMO Y CÁRLOS

¡María!

[Han cesado los disparos; pero la lucha continua mas reñida á arma blanca, y ya entre los patios de la izquierda.]

CÁRLOS

¡25 de Mayo de 1810! En nombre de la raza de los Incas y del porvenir de América, yo te saludo!

[Van á lanzarse á la lucha.]

ESCENA NOVENA

DICHOS y el MARQUES, agitado y en el desórden del combatiente, el valor y la altivez siempre en el rostro, penetra por la derecha, y sin fijarse en otro punto, se dirige con ansiedad á la horca; viéndola desierta, vuelve á la escena como el tigre tras de su presa. Despues, LAPEÑA. Mas tarde, CARUL.

MARQUES

¡Traicion infame! . . . . ¡Ah! . . . . ¿conoceis este puñal?. . . . ¡esta vez no os lo arrancarán de vuestra herida los indios de Carul!

LAPEÑA

¡Señor! señor! Arrollábamos ya á los indios cuando un grupo armado de insurgentes llegados de estos alrededores, y otro encabezado por vuestra propia hermana, nos han arrebatado el triunfo. Escapaos, señor.

MARQUES

¡¡¡Maldicion!!! ¡A ellos, Lapeña!

[Pero se lanza rápidamente Cárlos sobre Lapeña y le hiere, cayendo éste cadáver.]

CÁRLOS

¡Asesino!

MARQUES

¡¡Infierno!!

[Guillermo ha atacado al Alférez obligándole á retroceder; tira el Alférez la espada, se arma de su puñal, y en la puerta del foro se han lanzado uno sobre el otro, desapareciendo así confundidos, pero sin resolver la lucha. Cárlos al matar á Lapeña ha vuelto á ponerse en guardia; se lanza el Marques sobre él, debiendo ocupar ambos el centro de la sala]

CÁRLOS

Os perdono. . . . idos. . . .

MARQUES

¡No! ¡viven los cielos!

(Han levantado sus puñales para herirse; pero entra de súbito Carul, armado de un pedazo de flecha.)

CÁRLOS

¡Carul!

(Cárlos hiere mortalmente al Marques y desaparece. El Marques, en las convulsiones de la agonía, va á morir en la puerta de la derecha, al traspasar sus umbrales.)

MARQUES

¡Ah!...

CÁRLOS

¡Oh! ¡Dios le reciba! *(Guillermo clava una bandera azul y blanca en el sitio de la horca.)* ¡Bandera de redencion!

ESCENA DÉCIMA

Dichos y María, Andrea, Enrique, Carul, Patriotas, Indias, Pueblo. Andrea, ricamente vestida de india, entra la primera por el foro, como el arcángel de la guerra y la victoria, trayendo en la diestra una espada y en la izquierda la bandera, que al pasar le habrá entregado Guillermo; mancha su seno la sangre de una herida mortal. —Á la izquierda de Andrea, pero dejándola destacarse al atravesar la escena, viene María; á la derecha Guillermo; Cárlos, Carul y Enrique á la espalda, quedando Enriquito en el medio. Los patriotas é indios, confundidos, forman dos alas, dejando libre el fondo. —Andrea, debilitada pero sin perder la heroicidad olímpica, cae con una rodilla en tierra, lo propio que harán María y Guillermo, la primera para apoyarla en su seno, y el segundo para tomar la diestra de Andrea, al ésta soltar la espada y tender la mano á Guillermo, despues de alzarla al cielo, como diciéndole «Allá te espero». Cárlos, Carul y Enrique permanecen de pié dolorosamente impresionados, lo propio de los demas personajes. Domina un solemne y funeral silencio. Andrea ha entrado en el período de la agonía.

ANDREA

(Con el último esfuerzo)

¡Hermanos!. . . . preferid. . . . la muerte. . . . á la esclavitud!

(Muere. Su cabeza se ha inclinado sobre el brazo izquierdo de María, cubriéndola naturalmente el cuerpo el lienzo de la bandera. Todos ménos Cárlos caen de rodillas. Este se pricipita sobre la espada y la bandera de Andrea, y enarbolando en alto la una, y agitando la otra, en un arrebato sublime, esclama, presentando à los demas sus armas:)

CÁRLOS

Ante el sagrado cadáver de los mártires de la libertad, juremos sobre nuestras espadas defender hasta morir la bandera del 25 de Mayo de 1810!

TODOS

¡¡Juramos!!

(El Sol alumbra el fondo de la escena con intensidad.)

CÁRLOS

¡Bendito seas, sol de Mayo!

(Principian las armonias de un himno, entre una salva de cañonazos. Todos se descubren y un radiante entusiasmo sucede en las fisonomías al fúnebre dolor. Aconcejaria que se prefiriera el Himno patrio de la República donde se represente el drama.)

(Telon muy lento.)

FIN DEL DRAMA

CLORINDA

DRAMA VENECIANO

EN CINCO ACTOS

PERSONAJES

CLORINDA	24	AÑOS
ALCÍDES	20	»
MERI	36	»
EL CORONEL	50	»
ORDÓÑEZ	50	»
BARON DI FIORI *(carácter afeminado)*	20	»
PETRA, JORGE — CAMPESINOS	40	»
ALCALDE AGUILUCHO	60	»
NOBLES		

CAMPESINOS DE AMBOS SEXOS Y DE TODAS EDADES.

La accion de este prólogo pasa en los Pirineos Españoles, á principios del siglo XVIII.

—

El afamado músico Argentino Saturnino F. Beron pone actualmente en música un libreto basado en este drama, compuesto por el mismo señor Fernandez, y traducido por el ilustre escritor italiano D. Matías Calandrelli.

PRÓLOGO

El teatro representa un pintoresco valle de los Pirineos Españoles, encajonado entre altas montañas y regado por arroyos. A la izquierda, bajo de un frondoso árbol, un rústico banco de piedra—Al fondo, sobre una meseta, y media oculta entre los árboles, la casa del Alcalde Aguilucho, adornada como para una fiesta—Al alzarse el telon, aldeanos, vestidos de fiesta y con ramos de flores en los sombreros, bajan las montañas del fondo y entran á la casa del Alcalde—En las montañas de la derecha se oye la corneta de caza de algunos nobles que persiguen un ciervo.

ESCENA PRIMERA

NOBLES, que se pierden en la montaña de la derecha, persiguiendo á un ciervo; y ALDEANOS vestidos de fiesta, con flores en los sombreros, que de las montañas del fondo descienden á casa del Alcalde Aguilucho—Un momento despues, por la izquierda, MERI y el BARON DI FIORI, vestidos de cazadores, el BARON con una corneta de monteria. Despues, JORGE y PETRA, trayendo ésta en brazos una NIÑA de tres años, con un rico medallon al cuello. Desde que aparece, MERI se muestra misterioso y sombrío—Finalmente ORDÓÑEZ.

BARON DI FIORI

¿Tal es vuestro parecer, señor Conde de Meri, mi antiguo protector?

MERI

Sí, Baron di Fiori.

BARON DI FIORI

Sin duda: el sibaritismo es la verdadera filosofía; la mision del hombre en la tierra es hacer de la existencia una orgía continuada hasta que el hálito glacial del sepulcro apague la lámpara. Quiénes deben chancelar el gasto? Los que nacieron plebeyos. Tengo apénas 22 años, y ya veis cuan exacto juicio me he formado de la humanidad.

MERI

Adolescente aun, bello como un Adonis, la fortuna y no la desgracia, se os brindó de pedagoga.

BARON DI FIORI

La fortuna; es cierto: no me he acordado nunca que nací de la plebe de Venecia. Fuísteis mi primer protector. Cuando desaparecísteis de Venecia, como os serví á vos, serví tambien al Duque en ciertos amores; luego el Duque, hastiado de su dama, me casó con ella y hace un año, ya convertido en Baron di Fiori, tuve la nueva fortuna de enviudar, entrando en posesion de una renta fabulosa: Ahora viajo, buscando, por mi sola cuenta, otros lances amorosos. . . . He sido el héroe en mas de diez, sabedlo; y al presente, cuento segura á esa misteriosa Napolitana de sorprendente belleza, que proteje un alcalduelo de estos Pirineos.

MERI

Mui lejos está mi estrella de ser tan brillante como la vuestra.

BARON DI FIORI

Sinembargo, justa fama habeis conquistado en amores; os habeis consumido en sus lances; cierto es que en Venecia os arruinó el juego. . . . Deploro

la situacion pecuniaria que atravezais. . . . Ah! supongo que el ciervo se escapa; perdonad; no pierdo esta ocasion de mostrar á estos rancios hidalgos Españoles, cómo se sigue una pista. . . . hasta un momento, Conde de Meri.

(El Baron sube un pequeño trecho de la montaña, donde toma asiento fatigado. Por otro sendero escusado descienden al valle Jorge y Petra con la niña, deteniéndose con recato tras de un recodo.)

MERI

¡Pertenece á lo nobleza Veneciana de esta época! ¡Se imaginó que podia recurrir á su bolsa!. . . . Y se evade!. . . . ya iré á Venecia! El opulento Coronel, Conde del Valle, está loco por Clorinda. . . . ¡Oh! ¡si diera con la huella de la niña, que aquellos torpes dejaron escapar! Es necesario buscarla aunque sea en el fin del mundo. . . . ¡he leido bien el porvenir!. . . . Mi fortuna está en Clorinda. . . . sigue, pues, sus pasos, Meri; con fe y con audacia volveras á levantarte! *(Se dirije al sendero por donde han descendido Petra y Jorge, y al ver la niña ahoga un grito de sorpresa y malévola alegría) (ap.*—¡Ah!!. . . . ¡de esta vez no escapará!)

(Trepa la montaña y se pierde entre sus sinuosidades.)

PETRA

¡Has visto, Jorge, cómo ese noble ha mirado á Belen? No debimos haber venido.

JORGE

¡Eh!. . . . Ahí está el Sargento Ordóñez. . . . nada le digas tú. *(Llamándolo)* Eh. . . . chist. . . . señor Ordóñez. . . .

ORDÓÑEZ

(Que ha aparecido por la izquierda, pensativo)

¡Jorge!

JORGE

Aquí la traemos. . . .

(Ordóñez corre agitado al parage donde aquéllos se encuentran; y miéntras habla, cubre de besos á Belen.)

ORDÓÑEZ

¿Por qué la habeis expuesto?. . . . ¡Hija mia!. . . . el retrato de mi Laura!. . . . ¡hija mia!

JORGE

Es que. . . . me dió comezon por esta fiesta, que todo el valle y el Alcalde dan á esa muchacha desconocida, que se llama Clorinda. . . . dicen que es un lucero, queria verla pasar, de vuelta de la iglesia. . . . y como no quiero dejar sola á Belen. . .

ORDÓÑEZ

Con todo, Jorge. . . . ¡mi Belen!. . . .

PETRA

(Con misterio)

Sabeis que un noble. . . . no me estes codeando, Jorge. . . . Si, debe saberlo. . . . un noble, con cara de demonio. . . . sí, señor, tenía cara de demonio. . . ese noble pasó por aquí, junto á nosotros, y. . . . la miró de un modo!. . . .

(Jorge ha estado tirando del vestido á Petra, para que no hable.)

ORDÓÑEZ

(Alarmado)

(Ap.—¡Por supuesto! debe ser el mismo! ¡con mil de á caballo!) Volveos, Jorge, inmediatamente. . . . ¡Por Jesucristo! el Coronel viene!. . . . Iré hoy mismo á tu cortijo para darte instrucciones. . . . Idos al momento; tomad otro sendero, que el que trajisteis. . . .

(Los labradores se van y Ordóñez sale al encuentro del Coronel, que avanza de hácia la izquierda.)

ESCENA SEGUNDA

ORDÓÑEZ y el CORONEL—Despues MERI, el BARON DI FIORI y NOBLES. Ni el Coronel ni Ordóñez visten de cazadores.

ORDÓÑEZ

¡ Coronel! Espero que baje á casa del Alcalde, para cumplir vuestro encargo.

CORONEL

Mi buen Sargento: Ya lo ves. . . .he tornado á la adolescencia. . . . sin ella, creo que moriria! Tú sabes que no amé nunca: yo mismo creia que todos mis amores eran para la espada. . ! . Pero; aquí, bajo de ese árbol, la contemplé por vez primera, reclinada sobre el banco de piedra. . . . sus magníficos ojos negros abarcaban el horizonte, y el fuego del Vesubio, á cuyo pié ha nacido, parecia derramarse en su rostro! No es, no, una rústica apacentadora de cabras, y el profundo misterio que la rodea, la hace mas atractiva.

ORDÓÑEZ

En la misma casa del Alcalde sabreis si quiere escucharos. Tened confianza, Coronel.

CORONEL

¡Dios te inspire, mi leal compañero! Los nobles vienen; yo iré en seguida.

(Ordóñez se dirije á casa del Alcalde; y los Cazadores han descendido al valle.)

BARON DI FIORI

(A los nobles)

El rival es burbuja de javon ¡un poetilla, un pin-

tor plebeyo! La verdad es, que, mas que la del ciervo, debemos comprender la caza de esa muchacha, tan tentadora.

MERI

Me dicen que es hija de Nápoles.

BARON DI FIORI

Cierto; de la antigua Parthenope, lecho de flores, donde los dioses han soñado todas las voluptuosidades.

MERI

Con todo; no entro en la liza, nobles caballeros. ¿Y vos, Coronel?

(Lo observa.)

CORONEL

No entiendo otras lides que aquellas en que las frases son pólvora y acero. Sin embargo, si contara con la cooperacion de algun aguerrido paladin. . !

MERI

Soy un lidiador fatigado; pero en testimonio de afecto, pongo á vuestras órdenes mis humildes servicios de escudero.

CORONEL

¡Gracias, Conde amigo!

BARON DI FIORI

Escuchad. . . . se perciben ya las flautas y tamboriles; salen de la iglesia. . . . tomemos, pues, un sitio en la montaña para verla pasar. . . .

NOBLES

Vamos!

(Toman un puesto en una meceta de la montaña. El Coronel se desliza por el fondo, á la izquierda; Meri se queda observando, y esclama)

MERI

(*Ap.*—¡La ama como un niño!)

(Se reune á los caballeros, ocultándose tras del grupo.)

ESCENA TERCERA

DICHOS—y el ALCALDE AGUILUCHO, vestido ridículamente con traje de fiesta. Ha salido del cortijo y se dirije á la escena, precediendo á un corro de muchachos, que tocan una marcha en tamboriles, sin ser acompañados de ningun otro instrumento. Tras de los muchachos vienen CAMPESINOS adultos—En segui la ALCIDES, vestido de trovador, con un clave al costado, suspendido del cuello por un cordon de lana azul; en el clave, una corona de flores; trae tambien un ramo de ellas en el sombrero.

CORRO DE MUCHACHOS

(Desde que salen del cortijo del Alcalde y al son de los tamboriles)

Que viva el Alcalde,
si el vino es debalde;
que viva, que viva
Don Juan Chirinchina.

ALCALDE

¡Basta de música! Os he dicho, recua de burros, que Chirinchina es mi sobrenombre: Yo me llamo Don Juan Aguilucho, Alcalde vitalicio de este valle. .

TODOS

¡Música! ¡música!

(Dan unos golpes de tamboriles. Aparece Alcides, por la izquierda, y adelanta hácia los Campecinos, saludándolos fraternalmente. Los Campesinos levantando al aire sus sombreros, lo aclaman.)

UN CAMPESINO

¡Silencio!. . . . ¡Viva Alcides el poeta de la montaña!

TODOS

¡Viva!

ALCALDE

¿Traes las trovas para la fiesta?

ALCIDES

Sí, mi viejo amigo. . . .

ALCALDE

Así me lo prometísteis. Oid: vuelve ya de la misa.

ESCENA CUARTA

DICHOS y CLORINDA, seguida de un numeroso cortejo de Zagalas, algunas de éstas tañendo flautas, gaitas y panderetas. Todos visten su mejor traje y traen una corona de flores en la cabeza. Clorinda viste de blanco; una banda azul, de seda, ciñe su cuerpo, y entre las manos aprisiona un clave adornado de flores. La música y el primer canto de las zagalas se han oido un momento ántes de aparecer en el sendero de la montaña, que conduce al cortijo del Alcalde. Los nobles seguirán el cortejo cuando éste cruce y se vaya perdiendo en el fondo, siempre por la cima de la montaña—Los Aldeanos desprenden de los sombreros los ramos de flores y los alzan al aire, miéntras cantan, en ovacion á Clorinda.

CORO DE ZAGALAS

[Antes de aparecer]

Eres del cielo
suave arrebol,

ángel divino
de casto omor!

[Aparecen en la montaña. Clorinda saluda con el clave á los campesinos.]

CORO DE ALCIDES Y CAMPESINOS

Eres, Clorinda,
blanca vision,
llama celeste
de dulce amor.

CORO DE ZAGALAS

Decid, mancebos,
trovas de amor,
de nuestros cantos
al grato son;
que allá bendice
por siempre Dios,
votos que salen
del corazon.

[Han ido descendiendo por el fondo, al cortijo del Alcalde, y el grupo de campesinos va á recibirlas, cantando á duo]

CORO DE ZAGALAS Y CAMPESINOS

[Al descender aquéllas al cortijo é ir á su encuentro los campesinos.]

Sí, los bendice,
porque el amor
es la poesía
de su creacion;
porque es la gloria
del mismo Dios
el himno eterno
del casto amor.

[Terminado el canto, se oye el apagado cantabil del baile campestre y se perciben las parejas de Zagalas y campesinos, que, tomados de las manos con respeto, pero tambien con franca é inocente alegría, aparecen y desaparecen en el emparrado del cortijo.]

ESCENA QUINTA

ORDÓÑEZ, por el fondo—Despues. CLORINDA, por la izquierda.

ORDÓÑEZ

¡Con mil lejiones! Ah, Coronel!. . . . vuestra edad no es para esa diosa Napolitana. . . . ¡La Napolitana! en vez de guardadosa de cabras, parece una Duquesa, una emperatriz coronada; y luego, una hermosura que no se puede mirar mucho de frente. Pero. . . . ¡ah, mi Coronel! hay cosas que son contra naturaleza; que es dar contra el aguijon. . . . Funestos presajios me asaltan. . . . ¡Por el apóstol Santiago!. . . . Es necesario volar al cortijo de Jorge y Petra, para que traspongan á mi hija. . . . ¡Vive Cristo! estos señores de palacio. . . .

[Ha desaparecido entre las sinuosidades de las montañas, entrando en el sendero por donde descendieron Jorge y Petra. Clorinda se presenta alternativamente reflexiva, agitada, oprimida, altiva, fastidiada amargada, triste, desconsolada, rabiosa, enérgica, abatida, tierna y amante; manifestando estos sentimientos con la intensidad propia de su carácter volcánico, si bien, no faltando á la verdad cronológica, pues es aun una niña.]

CLORINDA

¡Es inútil! ¡Satan siempre delante! ¡Sobre mi frente el cielo diáfano y tranquilo; pero aquí, el infierno! *(Contemplando con tristeza la fiesta)* ¡Oh, sencillos campesinos, que me endiosais!. . . . *(Sacudiendo con desconsuelo la cabeza)* ¡es inútil!. . . . Alcides, mui dulce trovador! tú puedes innundar de gloria el espacio infinito. . . . ¡Oh! ¿por qué, Dios mio, no ha de llenar entóces el vacío profundo de mi alma!. Valles risueños, encantadores paisages, que él retra-

a en su paleta! mis blancas cabras que apaciento á as faldas de estas verdes montañas, miéntras suena a flauta del pastor inocente!. . . . Yo vine á refugiarme entre vosotros, como la navecilla destrozada por la tormenta. . . . Ah!. . . . *(Transicion brusca á la pasion torrentosa).* Pero tambien aquí me abrasa el profundo volcan que llevo conmigo!. . . . ¡Una corona Condal! ¡mentira felona! ardid impuro! ¡si esos nobles me divinizan es á trueque de mi deshonra! ¡Oh! siempre el mismo escenario. . . . en Nápoles como en España; siempre los mismos actores!. . . . ¡Insensata ambicion! ¡emponzoñada quimera! ¡Mugeres, que en vuestros senos, bajo inocentes vértigos, dejais penetrar á ese áspid, dulce pero de letal veneno: la lisonja! ¡Desgraciadas!

[Queda abatida y profundamente cavilosa.]

ESCENA SEXTA

CLORINDA—y el CORONEL, que se aproxima respetuosamente por la izquierda.

CORONEL

Divina criatura!. . . .

CLORINDA

(Ap.—El Conde!. . . .)

[Se sobresalta; mira en derredor, temiendo que la vean; quiere huir.]

CORONEL

¡Por favor!... Os habrá dicho Ordóñez, que por mi mano os entrego la vida!

CLORINDA

(Con despechada irritacion)

¡Oh....! ya una vez!...) *Se cubre el rostro abochornada, y vuelve á irritarse francamente)* ¡Vosotros los nobles!... ¿y despues?... ¡el despues, incubo traidor oculto tras la cortina de los eternos espejismos!...

CORONEL

Preferiria tu enojo á que dudaras de mi hidalguía y de mi sincera pasion! Acabo de hablar al anciano Alcalde, vuestro padre adoptivo...!Oh el rei mismo os ceñirá la corona condal; y desde entónces brillares en la corte como un astro, porque no hay mujer en la corte que os iguale!

CLORINDA

¡Pérfida tentacion! No; mis locos sueños no quebrantarán esta vez mi voluntad!

CORONEL

¡Que murmurais!

CLORINDA

Ap.) ¡Donde quiera Satan persiguiéndome!)

CORONEL

¡No me entregueís á la muerte!..

CLORINDA

(*Ap.* Sería necesario huir!...

CORONEL

¡Hablad!

CLORINDA

Dentro de una hora, aquí, y os contestaré; pero idos inmediatamente.

(Se aleja como huyendo de un peligro.)

CORONEL

¡ Vendré !

CLORINDA

(Ap.—¡ Si le hubiera visto ! . .)

CORONEL

¡ Y sed clemente !

(Parte por la montaña.)

ESCENA SÉPTIMA

CLORINDA—En seguida ALCIDES, por la izquierda.

CLORINDA

¡Y sin embargo, tengo la voluntad bastante para luchar con esa dorada seduccion. *(Deslumbrada)*. . ¡ Oh ! sin duda he nacido para tí, corona real ! Te contemplo por doquiera suspendida sobre mi cabeza, fascinadora y hermosa como las alas del arcángel ! . . . ¡ Oh, mi Alcides, tierno poeta de las montañas ! ¡S hubieras tú nacido príncipe, ó te pudiera yo ofrecer el olimpo del mundo ! . . . .

ALCIDES

(A la parecer)

Clorinda !

CLORINDA

(Estremeciéndose con vergüenza.)

(*Ap*—¡El!...)

(Ambos se estrechan las manos encontrándose á un paso del banco de piedra.)

ALCIDES

¡Te buscaba, mi dueña! ¿Por qué has abandonado tan pronto la fiesta?..

CLORINDA

Es en la soledad, es sobre estas aras de amor donde el romántico poeta me murmura sus trovas!

(Clorinda se sienta en el banco.)

ALCIDES

[Cayendo á sus piés.]

¡Mi pastorcilla encantadora!

(Apoya el codo en las rodillas de Clorinda, y la contempla con celestial arrobamiento.)

CLORINDA

(Con sinceridad y pasion)

¡Leeme tus versos!.... ¡quisiera oirlos siempre!

ALCIDES

Tú lo mandas!

CLORINDA

(*Ap*— ¡Le amo!...)

ALCIDES

La inspiracion es muy escéntrica; no la tomes á lo serio.

(Leyendo con mucha espresion.

Una noche.. en las orillas
de ese arroyo, el trovador,
sobre su clave lloroso
el cuitado se adurmió:
Entónces de azules grutas

salieron coros de hadas:
De todas la mas divina
besó al mancebo embriagada,
miéntras alegres las otras,
flotando en copos de espuma,
sobre el poeta soplaban
sus abanicos de pluma....
Mas ¡ay! de pronto un fantasma....
espanta á aquella vision!...
sucede noche profunda...
glacial silencio en redor...
Fúnebre luna una lágrima
de aquel juglar alumbró....
¡sudario de su esperanza,
que por siempre se apagó!

CLORINDA

¡Triste profecía! ¡Que esta banda te inspire mas alegres trovas, juglar mio!

(Le ciñe su banda y lo besa en la frente, con verdadero amor.)

ALCIDES

(Fervoroso, y entregándole la corona de su clave)

Si esas son las pesadillas
de los sueños del amor,
con tan mágico amuleto
nada teme el trovador.

CLORINDA

¡Oh! si pudiera darte un trono, mi amante caballero!

ALCIDES

¿Para qué?!.... Eres la vírgen pura de este agreste altar; los bosques te queman su incienso; las aves te modulan sus himnos, é injenuos corazones, que nunca engañan, se arrodillan y te adoran!

CLORINDA

¡Sí! En estas aras colgamos las primeras guirnaldas, empapadas en la miel de nuestros labios!. . .

ALCIDES

¡Ah, Clorinda!. . . . ¡Cuántas amargas lágrimas corren silenciosas en los retretes de la opulencia! ¡Cuántas llagas ocultan sus apósitos de brocato! ¡cuántos gritos de agonía ahogan los bulliciosos saraos de los palacios!

VOCES

[En el cortijo del Alcalde]

¡Viva la bella Clorinda y el poeta de la montaña! ¡Víva!

ALCIDES

[Levantándose]

¡Cómo llenan el alma los aplausos ingenuos de la gente sencilla! Es necesario ir!. . . .

CLORINDA

¡No vayas! quiero escucharte mas!. . . . tu lenguaje es purificador, y se vierte en mi alma, como el rocío celeste sobre el erial abrasado por la llama del incendio!

ALCIDES

¡Vida mia!. . . . es que esos buenos campesinos vendrán á buscarnos. . . .

[El Coronel aparece en la montaña y comienza á descender.]

CLORINDA

(*Ap.*—¡El conde!..) Si! ¡huyamos de aquí! no me dejes un solo instante; defiéndeme contra los importunos . . . (*Clorinda olvida la corona de Alcides al pié del banco.*)

ALCIDES

Pero no vayamos juntos. Llegaré yo primero al

cortijo... ¿Mas, qué tienes? tu seno late extraordinariamente!...

CLORINDA

No es nada... un lijero vahido (*ap*—¡flaqueza!..) Sí, anda tú primero... yo me reuniré á tí en la fiesta....

ALCIDES

¡Adios!

(Se aleja.)

CLORINDA

¡Qué villanía voy á cometer!

(Se cubre el rostro con vergüenza.)

CLORINDA

(*Ap.*—¡Cuánta miseria nutres, ambicion!... Le sacrifico, y, sin embargo... le adoro!...)

CORONEL

¡Clorinda hermosa! he hablado con el Alcalde: Nos acompañará á palacio....

CLORINDA

Pero....

CORONEL

¡Ah! ¡pende de vuestros labios mi destino!...

CLORINDA

No sé qué contestaros.... aun no me resuelvo...

CORONEL

¡Dilatais cruelmente mi agonía!... Pero si vos no habeis nacido para la ruda condicion de cabrera!..

(Aparece un Aldeano tras de la enramada, se sorprende de lo que oye y se aleja precipitadamente hácia el cortijo.)

CLORINDA

¡Oh!... es cierto!... me ahogo aquí, donde, sin

embargo, tendria aire toda la humanidad . .¡ Ni una hora quisiera permanecer en el seno de esta naturaleza selvática, soportando una vida monótona y miserable. Pero, estos pobres campecinos !

CORONEL

¡ Tendreis riquezas para distribuir entre ellos á manos llenas; al mas humilde podrias encumbrarle al pié del trono !

CLORINDA

(*Ap*—¡ Oh, Alcides ! ¡te haré grande de España !)

CORONEL

Partiremos hoy mismo, mi bella soberana!

CLORINDA

(Con escitacion extraordinaria y con misterio)

Bien .... partiremos; ahora mismo; por entre las sinuosidades de la montaña, é ireis á llamar al Alcalde .... esto es una fuga; lo que sea; si, quiero huir; oid: un minuto mas, como para que un solo acento de la fiesta llegue hasta mí, será bastante para volverme á unir á estas rocas, cual nuevo Prometeo . . . fugarme ! ¡ es necesario !. . .

CORONEL

¡Soy vuestro esclavo !

(La besa la mano y dan unos pasos hácia la montaña. Ordóñez se presenta y al mismo tiempo el Baron con los Nobles, por el fondo á tiempo de ver el beso.)

NOBLES

¡ Ah !

(Alcides y el Aldeano aparecen en el banco de piedra; toma aquél la corona, y escucha con suprema ansiedad.)

CORONEL

[A los Nobles]

En la corte tendré el honor de haceros presentar por el rei á la condesa del Valle.

NOBLES

¡Su esposa!

ALCIDES

¡¡¡Dios!!!

(Se ha arrancado la banda, como para tirársela á Clorinda, juntamente con la corona; pero, no tiene valor de hacerlo, las besa con desesperacion y se echa á llorar en brazos del Aldeano, con sollosos ahogados. La corona cae á sus piés. Solo el público debe apercibirse de Alcides.)

ALDEANO

(*Ap.*—¡Mujer al fin!)

(Se presenta Meri por el fondo, de modo que se destaque su figura entre el claro del grupo de Nobles, que ocupará la derecha del fondo, y el del coronel y Clorinda, que ocupará la izquierda.)

CLORINDA

(Con rabia y terror.)

Ap.— ¡Meri! infierno!)

MERI

(Con satánica alegría)

(*Ap.*—¡Me he salvado!)

(Pausa.)

VOCES

(En el cortijo)

¡Viva el feliz poeta de la montaña! ¡Viva!

CLORINDA

(Destrozada pero enérjica)

(*Ap.*—¡Abismo ¡trágame!

(Aconsejo mucha rapidez en este desenlace. El canto de Zagalas suspende de súbito el torrente de ideas y sentimientos desbordado en el alma de todos los personajes.)

CORO DE ZAGALAS

[En el cortijo, y con la misma melodía anterior]

Clorinda hermosa:
permita Dios,

que eternas dichas
os dé el amor.

[Al oir este canto, Clorinda cae de rodillas, anegada en llanto, cubriéndose el rostro de dolor; y los Nobles se sienten impresionados místicamente, apesar suyo, como si escucharan de lo alto una profecía solemne y misteriosa. Esceptuarse el Baron di Fiori, quien, desde minutos ántes se distrae aturdidamente en contemplar una piedrecilla. Ordóñez se muestra abrumado por los presentimientos.]

FIN DEL PRÓLOGO

PERSONAJES

CLORINDA.
ALCIDES.
BELEN.
ORDÓÑEZ.
RIDETTO.
MERI.
BARON DI FIORI.
JORGE.
PETRA.
TRES CAMARERAS.
DOS DISFRAZADOS. (1)
NOBLES—DAMAS—GONDOLEROS.

(1) Con bauta. Consistia este difraz en un dominó, sombrero de tres picos y careta hasta la mitad del rostro)

—

La escena se traslada á Venecia; y han trascurrido doce años.

ACTO SEGUNDO

Salon interior del palacio de Clorinda, adornado con el lujo de la época. Puertas laterales y al fondo. A la derecha un lienzo en el caballete, preparado para el bosquejo de un retrato.

ESCENA PRIMERA

ORDÓÑEZ, por el fondo. Despues RIDETTO

ORDÓÑEZ

¡Vive Dios! que esta vida me es ya insoportable!... ¡Ah, mi viejo compañero! Padre y amigo, todo lo perdí con vos! *(Se enjuga una lágrima)* ¡Con mil de á caballo! bien se lo pronostiqué!... ¡No olvidaré jamas sus palabras—«Soi mui desgraciado, Ordóñez, me dijo. Clorinda es un alma buena, delicada: yo soi un viejo, no me ama, y, sin embargo, se conduce conmigo como una vírgen enamorada. Pero adivino todo el martírio que le cuesta este fingimiento; y la adoro tanto, que sufro por sus pesares mas que por los mios propios. Si muero, no la abandones, sin su consentimiento. «Hace ocho años que cayó apuñaleado en las calles de esta República de

sicarios, y á no ser su recomendacion ya me habria marchado. *(Ridetto, abismado, sombrío, atravieza, la escena, de izquierda á derecha)* Ridetto, él confidente de la Condesa. . . . otro símbolo del misterío y del dolor, acaso tambien del crímen. . . . ¡pero qué palacio Veneciano no guarda lágrimas y terribles misterios!. . . . Vamos á contestarle del pintor. . . ah, ella viene. . . .

[Se vuelve á retirar al fondo.]

ESCENA SEGUNDA

ORDÓÑEZ—CLORINDA por la izquierda, deslumbrante de lujo, y TRES CAMARERAS, arreglándole el trage. Vienen como para salir.

CLORINDA

Basta; dejadme. . . . Mi buen Ordóñez, decid que retiren la góndola.

(Ordóñez sale. Las camareras se miran con inteligencia.)

CAMARERA 1ª

(*Ap.*—Qué chasco para el Dux.) Las fiestas de San Márcos están animadísimas . . . .

CLORINDA

He resuelto no presentarme mas á la sociedad Veneciana. (*Las camareras vuelven á cambiarse otra mirada de estrañeza.*) Estoy fastidiada hasta de mi misma . . . .

(Se nota en Clorinda la tenaz persecucion de un sueño grato, al cual se entrega sin resistencia.)

CAMARERA 2ª

A los treinta años de edad, en la plenitud de la vida y de la hermosura, señora condesa! . . .

CLORINDA

(Suspirando.)

¡Ah! . . . .

CAMARERA 1ª

Cuando la mas alta nobleza de la República se postra á vuestros piés! . . .

CÁMARERA 3ª

El opulento Baron di Fiori, el rostro mas bello que se conoció en la corte, agoniza por merecer vuestra mano . . . .

CLORINDA

[Mas bien hablando consigo misma.]

¡Oh! no existe aquí en Venecia lo que debe llenar un alma de mujer! . . .

CAMARERA 2ª

La nobleza Veneciana . . . .

CLORINDA

Miembros de esa nobleza fueron los que, con un titulado Conde de Meri pactaron el asesinato de mi esposo. Pero la viuda codiciada burló á los sicarios! . . . Sin embargo, debo hacer honorables escepciones . . . (*ap.* Aun necesito precaverme.)

CAMARERA 1ª

El Dux procura en vano disimular el fuego que le abrasa (*ap.*—Me casaré con el viejos Marques de Rivoli. . .) El Dux os entregaria toda Venecia . . .

CLORINDA

El Dux! . . . espiado y despotizado en su propio palacio! la mujer que actualmente le ama, le haria pagar caros sus celos . . . .

CAMARERA 1ª

Sin duda amais á algun hombre, escondido en un rincon de la Europa; pero, si muriera . . .

CLORINDA

Si fuera cierto que yo le amara, ¿habeis podido creer que la muerte romperia ese lazo? Amar es desprenderse de la materia, y, todo espíritu, entrar en el alma del universo, confundirse con Dios! (*fastidiada*) ¡Oh! vosotras no comprendeis esto de la eternidad de la vida, de la inmortalidad del espíritu!

CAMARERA 1ª

¿Y si ese amante hubiera jurado amor á otra muger? . . . . .

[Clorinda se estremece profundamente].

CLORINDA

(*Ap.*—¡Nunca me atreví á mirar ese abismo!. . .)

ESCENA TERCERA

DICHOS y ORDÓÑEZ, por el fondo.

ORDÓÑEZ

Estais obedecida. Me dijisteis que os previniera la hora en que vendria el pintor . . . no tardará, pues va á sonar la una.

CLORINDA

(*Ap.*—Satisfaré el capricho del Baron . . . . estos

nobles serian capaces de impedir mi salida de Venecia. ¡La cobarde camarera me ha herido en el corazon con envènenado estiletti!). Yd á prepararme un traje sencillo: con este pareceré una muñeca en el retrato.

CAMARERA 1ª

[A las otras, al partir]

Cada vez mas estrafalaria . . . .

(Se van por la izquierda)

CLORINDA

(á Ordóñez)

Cuando venga el pintor, hacedle compañia.

(Ordóñez se va)

ESCENA CUARTA

CLORINDA

¡Si amara á otra mujer! . . . ¡Ah, camarera infame! indecorosa meretriz!... ¡jamas puso el infierno en lábios humanos una palabra mas refinadamente cruel!.... Ninguna consideracion me detendrá en Venecia; le buscaré por todos los ámbitos del mundo y . . . ¡Oh, mi sublime amante!... Envalde he pretendido ahogar mis ayes en el estrépito de los palacios.!.. He formado un santuario para la orgía, y allí, bajo la fascinacion de los encantos que fraguó mi fantasía, entre el coro de las odáliscas .... éli siempre el! mas que nunca amado, mas que nunca idealizado!... En el fondo de la copa, no la vergüen-

za, pero si el hastío y el dolor! . . . *(Cae en un sillon, abrumada. El reloj da la una y Clorinda se levanta enjugándose los ojos.)* El pintor y el Baron vendrán . . . . ¡Oh! tener que reir cuando llora el corazon . . . . he aquí el desemlace de la vanidad y de la ambicion de las mugeres! . . . Amor! espiritual, sencillo, casto amor! ¡desgraciada de aquella que quiebre vuestras alas . . . ¡caerá en el abismo! . . . .

(Se va por la izquierda)

ESCENA QUINTA

ALCIDES y ORDÓÑEZ, por el fondo.

ALCIDES

Me encuentro vivamente movido por la curiosidad; y en tanto no se presente la señora condesa, podeis continuar.. Dejásteis ayer la relacion en la parte mas interesante.

(Alcides se sienta.)

ORDÓÑEZ

Ya que lo quereis . . .

ALCIDES

Os escucho.

ORDÓÑEZ

Esa noche... era oscura y tenebrosa . . . *(interrumpiéndose.)* Temo . . . estos palacios oyen para condenar, y ensordecen para herir! . . .

ALCIDES

Lo sé; pero no temais ahora.

ORDÓÑEZ

Sobre el musgo, en una charca de sangre, mezclada ya con la ceniza del incendio, yacian dos cadáveres cubiertos de cuchilladas: eran los campesinos del cortijo . . .

ALCIDES

¡ Desgraciados !

ORDÓÑEZ

Huian tres hombres con máscaras en el rostro; el último llevando en brazos una criatura de cuna . . . . (*interrumpiéndose.*) Si nos escuchara Ridetto . . . .

ALCIDES

Continuad: ¿qué hicisteis ? . .

ORDÓÑEZ

Me precipito sobre el ladron y el cobarde suelta la presa.

ALCIDES

¡Bien, Ordoñez ! . . ¿Indagásteis ? . . ,

ORDÓÑEZ

Tendria la niña un año apénas de edad . . Habia sido arrojada, no se sabe por quien, á las puertas del cortijo. . . . debia pertenecer á gente ilustre, porque solo esa gente abandona los hijos.

ALCIDES

Sí . . .

ORDÓÑEZ

Traía la niña un medallon al cuello, y dentro una carta, prometiendo recuperarla en un dia, cuando desaparecieran las causas que, segun el anónimo, obligaban á cometer tan bárbaro abandono. . . . No me lo explico. . .

serán misterios del alma, que un soldadote no entiende... pero, el escrito enternecia el corazon y mostraba bien patente la huella de las copiosas lágrimas que la madre habia derramado.... ¿pero por qué entónces abandonó á su hija? ¿cómo es que la vanidad pudo mas que la naturaleza y que el deber?...

ALCIDES

Ah, Ordóñez! para ninguna falta debia haber disculpa: la voluntad es soberana, y solo contra el bien no se puede luchar con éxito, porque luchar contra el bien, contra lo bello, es luchar contra Dios; y contra Dios no se puede luchar, Ordóñez!... Pero ¿y la niña?..

ORDÓÑEZ

Desde aquel instante fué mi hija adoptiva. La puse al cuidado de unos labriegos de los Pirineos de nuestra Patria; pero, á éstos los hice cambiar de residencia, por ocultarla á las miradas de cierto Conde de Meri. . . . cavilosidades mias.

ALCIDES

¿Y nada habeis podido inquirir del actual paradero de vuestra hija?

ORDÓÑEZ

Nada. . . . á los pocos dias de casado el Coronel con la Condesa, se le ocurrió á ésta abandonar derrepente á España y fijarse en Francia; entónces escribí á los campesinos, para que se trasladaran allí; pero, ved otra escentricidad: se le ocurre á la Condesa abandonar tambien la quinta de París y pasar á Venecia. Entónces, de aquí de Venecia mando á Paris, á indagar de los campesinos; pero el malvado á quien comisioné, no ha vuelto. . . . probablemente se habrá ido con el dinero que enviaba para el viaje He aquí que estoi en la mas cruel incertidumbre; y, como prometí á mi Coronel no abandonar á la Condesa, en tanto ella no me despidiera, nada puedo hacer personalmente.

ALCIDES

Entónces, os prometo que el precio del retrato que se me ha encargado, será vuestra libertad.

ORDÓÑEZ

(Besando las manos de Alcides)

¡Oh! ¡gracias! ¡gracias!

ALCIDES

El viaje lo haremos juntos, y con esposa, Ordóñez; porque, me caso, y con una bella vírgen pescadora. . .

ORDÓÑEZ

La Condesa!. . . .

ALCIDES

A la caida del sol, en mi estudio. . . . si demoro, esperadme. . . . combinaremos el viaje. . . . Es fiseta de San Márcos, y con la bauta no os reconocerán.

(Ordóñez estrecha la mano de Alcides y parte por el fondo.)

ESCENA SEXTA

ALCIDES—CLORINDA—Despues el BARON DI FIORI—Clorinda viste un traje blanco, sencillo—Al saludarse, se reconocen con Alcides, y la sensacion que ambos esperimentan es tan profunda, múltiple y diversa en los afectos, que necesito dejar su interpretacion al talento del artista, especialmente á la actriz encargada del papel de Clorinda.

CLORINDA

¡¡¡Alcides!!!. . . .

ALCIDES

¡Clorinda!. . . .

(Sucede unos segundos de supremo silencio.)

BARON

(Entrando recien por el fondo, sin apercibirse de la embarazosa situacion de aquéllos)

¡Divina y angelical Condesa!. . . .Ilustre pintor. . Causa del Dux, me ganásteis la delantera.

CLORINDA

(Clorinda que saluda maquinalmente al Baron)

(*Ap.*—¡Valor!)

BARON

Amigo mío: debereis á la bella Condesa vuestra mejor obra; os garanto que con el modelo pasareis, vos y el cuadro, á la posteridad.

CLORINDA

La hipérbole no es siempre una prueba de galantería, Baron

ALCIDES

El Baron se hace eco de la fama, que os encumbra, señora Condesa.

BARON

En España, en Francia, en Italia, á donde el sol de su hermosura apunta, vierte la vida, y con su ausencia deja la noche. . . .

ALCIDES

(*Ap.*—¡Deja el veneno!. . . .)

CLORINDA

No creí que mi sencilla amistad os llevara al fanatismo.

BARON

Juro que cambiaría la forma de gobierno de esta

brillante y feliz República, solo por poderos llamar: mi Emperatriz! . .

CLORINDA

(Violentada y con ironía burlesca)

El Baron di Fiori es la mas genuina encarnacion del estilo amatorio de la alta noblesa.

BARON

(Inclinándose con fatuidad)

¡Gracias!. . . . ¡Oh! el retrato será una creacion seráfica! El primer momento de inspiracion, que pertenece al genio y no al arte, ya está en el lienzo; lo he sorprendido en su gabinete reservado. . . .

CLORINDA

(*Ap.*—¡Si fuera cierto!)

BARON

(A Alcides)

El plebeyo de aprendiz se atrevió á negarme la entrada. . . . por consideraciones á vos, no lo hice moler á palos, y arrojar los huesos al Adriático. . . .

ALCIDES

Os advierto, señor Baron, que es la primera vez, que me cabe el honor de contemplar á la ilustre Condesa. . . .

CLORINDA

¿He tenido, pues, la suerte de que algunos de mis perfiles cruzaran por vuestra celeste intuicion de poeta?. . .

BARON

Es vuestro retrato! Le ofrecí por el cuadro mis rentas de una semana, y rehusó. . . . Ola! aquel

pincel lo conozco. . . . *(fijándose en un cuadro)* justo. . . . el colorido Ticianesco. . . .

(El Baron permanece abstraido en la contemplacion del cuadro—Clorinda, so pretesto de aspirar la fragancia de un ramo de flores, se dirije á la mesa inmediata á Alcides, y le dice en voz baja y con mortal ansiedad.)

CLORINDA

¡Por piedad! ¿me amas?

ALCIDES

(Frio)

No, señora.

CLORINDA

(Con voz ahogada y de agonía)

(Ap.—¡Dios!)

ALCIDES

(Ap.—¿Amarla?. . . . no lo sé!. . . . no quiero preguntármelo!)

CLORINDA

(Contemplando con triste amargura el ramo de flores, y arrojándolo sobre la mesa)

(Ap.—Flores!. . . . teneis espinas!)

BARON

Ah. . . . ¿quereis mis rentas de un año por el cuadro?

ALCIDES

Perdonad. . . . el cuadro no saldrá de mi estudio; é ignoro cuando lo concluiré. . . .

CLORINDA

(Animada)

(Ap.—¡Oh! vuelve, esperanza!)

BARON

Seré franco: tiene un defecto de inspiracion: la divinidad del cuadro no es una Diana cazadora, co-

mo debia haberos presentado, sino una virgen, medio atontada, que pesca en el mar de Venecia. . . . Ah! ¡ya caigo! ¡Por San Márcos! Os tengo en el anzuelo, amigo mio!

CLORINDA

(Ajitada.)

¿Qué decis? . .

BARON

Por supuesto! . . Los poetas y los artistas tienen todos su sueño ó ideal, especie de vision, que desciende hasta ellos, para darles el beso secreto de la inspiracion!

ALCIDES

(*Ap.*—Lo dirá todo! . .)

(La ansiosa ajitacion de Clorinda crece.)

BARON

De un modo casual. . . Desde mi góndola, espiaba yo á la pescadora, lo confieso, para declararle un capricho; en eso os vi venir, señor pintor, y . . . ya veis qué situacion embarazosa hubiera sido . . . . y me dije: respetemos el antojo del pintor amigo . . . . en mí tambien era un antojo, señora condesa . . . . Seguro estoy, que veinticuatro horas despues os cansasteis de la muchacha . . .

CLORINDA

Cuántos circunloquios, Baron! . .

BARON

[Despacio á Clorinda.]

De tarde son las citas, á la plácida sombra de las arboledas, etc . . .

CLORINDA

(*Ap.*—¡Cielos! . .)

BARON

Es una historia muy romántica, como de poeta . . ..

El lienzo está orlado por una banda celeste, donde se ven huellas de lágrimas . . . la cinta es legendaria . .

CLORINDA

(*Ap.*—¿ Es mi banda ? . . ¡moriria feliz bajo su puñal !)

BARON

Caprichos de poeta . . .

ESCENA SÉPTIMA

DICHOS y un CRIADO—Despues ORDÓÑEZ.

CRIADO

(Desde el fondo.)

La jóven jardinera á cuyos padres os dignásteis visitar ayer, viene á ofreceros algunos ramilletes . . .

BARON

Permitidme, condesa ! . . . (*dirijiéndose al criado.*) Condúcela (*el criado sale*). Quiero ofreceros el homenage de mi adoracion.

CLORINDA

(Se inclina.)

(*Ap.*—Le veré solo.) Si no teneis inconveniente, caballero, os señalaré otra hora para principiar el bosquejo . ..

ALCIDES

A vuestras órdenes, condesa.

ORDÓÑEZ

[Presentándose.]

Un desconocido, patron de buque dice ser, deseaba llegar hasta vos; y como se lo impidiera, me ha entregado este billete, agregando: espero en el acto contestacion.

[Entrega el billete.]

CLORINDA

Con vuestro permiso . . . (*Leyendo rápidamente.*) (Puñal contra puñal! la misma frase de muerte! ¡malvado! . .)Es un majadero . . . . no tiene contestacion . . .

ESCENA OCTAVA

DICHOS y el CRIADO con BELEN Despues, MERI. Belen con un canastillo de flores. Al ver á Alcides, queda sorprendida dolorosamente—Ordóñez cree ver una vision—El Baron se apodera distraidamente del canastillo y se pone á elejir un ramillete.

BELEN

(*Ap.* —¡ Él aquí! . . .)

ORDOÑEZ y ALCIDES

(*Ap.*—¡ Belen ! . . .)

[Clorinda, comprendiendo que Alcides y Belen se aman.]

CLORINDA

(*Ap.*—¡ Ah ! y es un ángel !) . .

MERI

[Presentándose en el dintel de la puerta, disfrazado de patron de buque, aludiendo primero á Belen, y clavando despues sus terribles ojos en Clorinda.]

Ap.—Es la niña . . . la seguiré.)

CLORINDA

(Sosteniendo la mirada de Meri.)

(*Ap.*—Me libraré de vos, bandido ! . . . *(Saluda á Alcides; y al partir exclama con venganza sangrienta)* ¡ Ay de la que me robe su amor ! . .)

MERI

(*Ap.*—¡Volveré ! . . .)

BELEN

(Cubriéndose el rostro con el delantal, presa de la desesperacion.)

(*Ap.*—¡Me ha engañado !)

(Mucha viveza en este final y telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La accion de este acto pasa á orillas del mar Adriático—A la derecha y parte del fondo, un jardin y arboledas frutales, rodeando una casita de pescadores, y todo encerrado en una verja rústica, cuya puerta da á la orilla del mar.— A una distancia se percibe parte de la ciudad de Venecia.—Al alzarse el telon se oyen alegres músicas pastoriles y cantos de gondoleros, cuyas barquillas se ven cruzar por el mar tranquilo.

ESCENA PRIMERA

Belen, á orillas del mar, reclinada melancólicamente sobre un tronco de árbol retoñado, tiende una mirada triste hácia el mar, miéntras sostiene apénas, con indiferencia y lascitud, una caña de pescar.

GONDOLERO 1°
(Cruzando el mar.)

La fiesta ha principiado:
oid su dulce son;
los lances misteriosos
nos brinda del amor . . . . .
Así, barquilla mia,
voguemos sin temor . . . . .

BELEN

(Suspirando con triste desconsuelo.)

¡Ay de mí! cuan alegres eran hoy esas festivas músicas del amor dichoso!.... Ahora... ¡ahora!...

GONDOLERO 2º

Venecia es la hechicera
sultana de este mar:
eternos los placeres
la arullan sin cesar .....
Así, barquilla mia,
bogad, vogad, vogad .....

BELEN

(Levantándose.)

¿Pero qué pasa por tí, corazon mio?.. ¿por qué, como hoy, no acompañas con alegres latidos los cantos del gondolero? ... Alcides! ¡ah eres, pues, noble¡ habitabas el palacio de la condesa Clorinda!... Ingrato!. me lo has ocultado .... á mí, que te amo mas que á mis redes y que á mis flores! (*Pausa—se abisma ante una idea sombría...*) Vivir en la plena luz del amor para morir en la eterna sombra del desengaño!... Sin embargo, es la única felicidad que le resta á la abandonada pescadora!.... Pero ¡Dios mio! ¿y para qué morir, si igual tormento sufriré en los cielos!...

(Penetra por la puerta de la verja, y se oculta en el follaje de las arboledas. Deja abierta la puerta.)

ESCENA SEGUNDA

MERI y DOS DISFRAZADOS, los tres con la bautta saltan de una góndola que amarran al tronco del árbol donde estuvo sentada Belen.

MERI

[Sin sacarse el antifaz y dirijiéndose con precauciones á los otros.]

Desde el palacio la seguí, hace dos horas, y aquí entró . . . .(*Ap.*—Mortificante incertidumbre !) ¡Rayo de Júpiter ! . . . . no puedo olvidar vuestra torpeza en España: primero, cuando el incendio del cortijo; despues, en la frontera de Portugal . . . . ya estaría la muchacha en mi poder, y mi fortuna asegurada !

ENMASCARADO 1°

Parece que San Genaro anda en esto, señor conde de Meri . . . .

MERI

Silencio! ahora no soy sino el patron de la goleta Rialto. (*Observa*) observad bien . . . . y veremos si estavez tengo que colgaros de alguna entena . . . . Ah ! . venid . ! . . despacio . . . . (*indica un punto oculto entre los árboles*) . . . . es ella . . . . ¿No es verdad que es ella ? . . . .

ENMASCARADO 2°

Sí, ... así lo creo . . . .

ENMASCARADO 1°

Tiene semejanza. . . .

MERI

¡Os digo que es ella, bergantes !. . . . y esa debe

ser la casa de los labradores . . . . En las fiestas de San Márcos, toda empresa y toda impunidad es perfectamente realizable . . . .

ENMASCARADO 1°

Descuidad . . . .

MERI

(Siniestramente.)

Si es necesario . . . . me entendeis ?. ! . . .

ENMASCARADO 1°

¡ Oh ! si que comprendemos . . . .

MERI

Y á la goleta . . . A nuestro amigo el padre Brusai, que me vea al caer la noche . . . . tú le conduciras; cuidado con tomar una sola gota de aguardiente . . . mañana sereis dueños de la goleta, con dos bolsillos bien llenos por lastre.

ENMASCARADOS

(Besando las manos de Meri.)

¡ Gracias ! ¡Gracias !

MERI

Vamos.

(El enmascarado 1° se dirije al fondo, por la orilla del mar, Meri y el enmascarado 2° entran en la góndola y se alejan.)

ESCENA TERCERA

Belen aparece en el jardin—Clorinda y Ridetto, éste con bautta y aquella con antifaz, salen de una góndola que Ridetto amarra.

CLORINDA

La puerta de la verja está franqueada . . . . sí; le

espera ! el Baron no me engañó ! . . .. Ridetto, sígueme . . . . La sangre se arremolina en derredor de mi cerebro, y las sombras de la muerte pesan sobre mi corazon ! . . . . Ridetto, aleja la góndola y vuelve por el fondo . . . . feliz paloma, que en estos momentos duermes tranquila en tu nido ! ! . . . .

(Entra á la quinta y se oculta en la arboleda, miéntras Ridetto obedece aquellas órdenes.)

BELEN

(Apareciendo cerca de la puerta y mirando al mar.)

¡ Ay ! mi angustiado clamor se pierde en la extension del mar ! . . . . No viene, no viene aun ¡ Oh ! y por qué no viene ! . . . . Mas, yo le condeno sin escucharle . . , . Pobreicllo . . . . acaso soy injusta . . . . ! mil veces me ha jurado cariño en este sitio, repitiendome quí le he salvado de la desesperacion . . . , ¡pero, me duele tanto aquí . . . . y aquí ! . . . . (*Oprimiéndose alternativamente el corazon y la cabeza*) ¡ Oh ! jamas pude imaginarme que existiera esto tan horrible . . . . que me abrasa las entrañas como un tósigo ! . . . .

(Queda pensativa. Clorinda aparece cerca de Belen; al verla retrocede cautelosa y se oculta tras de un árbol. La sorpresa de encontrarla debe expresarse con la alegría contenida, pero profunda del milano al encontrar la presa, buscada con voracidad sangrienta.)

CLORINDA

¡ Ah ! . . . . ¡ella es !

BELEN

(Como saliendo de una pesadilla absurda, y Alzando con éxtasis la frente al cielo, con sencilla conviccion.)

¿ Por qué no ha de amarme, si yo le amo tanto ? como entónces á su voz, á su recuerdo pueden reunirse aquí todas las armonías del universo ? ! . . . . Ese lejano rumor . . . .

CLORINDA

(Sacando una carterita, donde escribe.)

Es necesario que hoy mismo esté en mi palacio . . . .

BELEN

¡¿ Él será ? ¡Oh ! Dios le halla tocado el corazon ! . . .

CLORINDA

No hay tiempo que perder . . . la letra está perfectamente disfrazada . . . . Sí! mio ó tráguenos el abismo á todos ! . . . . Ah ! Ridetto llega . . . (*Va hácia el fondo á encontrarle.*)

ESCENA CUARTA

Belen—Clorinda y Alcides. Este salta de su góndola, que no amarra, indicando preocupacion celosa, y ansiedad de ver á su amada.

ALCIDES

El disfrazado se alejó de aquí . . . . usaba precauciones . . . la góndola era engalonada . . . . Clorinda tambien jugó con mis cándidos sueños ! . . . . No; imposible ! Belen, alma bella, alma inocente.

(Entra por la puerta. Clorinda vuelve á su espionaje.)

BELEN

(Con desconsuelo.)

Ya el rumor pasó . . . sería el de las góndolas que se dirijen á las fiestas . . . .

ALCIDES

¡Belen !

BELEN

(Tendiéndole las manos, que aquél besa con amor.)

¡Alcides ! . . . .

(Belen suelta el llanto silenciosamente.)

ALCIDES

¡Lloras! . . . ¿quién empaña el límpido cristal de esos ojos divinos? . . . . Ah! tú dudas, Belen!

BELEN

(Enjugando el llanto.)

Perdóname . . . . ¿dudar? . . . ¿y por qué?! . . . estando tú así, á mi lado, no tengo valor para dudar . .. Sí; te lo confiezo, me hizo mal aquello . . . .

CLORINDA

(*Ap.*— ¡Celos tiene!)

ALCIDES

Fuí á bosquejar un retrato . . . . ¿no sabes que odio á la nobleza? . . . . me irrita! . . . lujo chocante, despótica soberbia, glorias banales, placeres que hastian . . . ruido dentro de exhautos corazones, estrechos, vacios como burbuja de jabon; miéntras la humanidad llora á las puertas de los palacios, pasea su cadáver en un sucio carromato, . . . ¡y tú, vírgen pura, eres el ángel, la inefable personificacion de los tiernos afectos del alma casta, nunca manchada la frente con el pensamiento terreno! ¡eres la mas perfecta de las mujeres!

CLORINDA

(*Ap.*—Fiebre! me abrasas! . . . .)

BELEN

¡Qué bello es tu lenguaje! Me parece que convertidos en un solo espíritu flotamos en el éter bajo los esplendores divinos! ¡Cuan sublime este amor!. . . . Mira luz de mi alma. . . . ¡la copa de los cielos se está vertiendo aquí!. .. .

(Tocándose el corazon. Va gradualmente entregándose fascinada en brazos de Alcides.)

ALCIDES

¡Incomparable fruiccion del éxtasis! ¡Oh! cuándo

caerá esta mortal corteza que nos envuelve como negra nube! . . . . Pero qué digo?. . . . . el amor brilla, sin embargo, dentro de nosotros como la llama mítica del santuario, y en perfumadas espirales se levanta al cielo, conduciendo el voto profundo de un himeneo inmortal! . . . .

BELEN

¡Te amo con tanta delicia! Yo no sé si eres hermoso, si eres jóven, ... te siento dentro de mí. . . . . eres la sombra azulada que se posa en mis párpados, para transportarme á un sueño de gloria infinita! ¡quisiera vivir eternamente así, prendida á tu cuello, contemplándote con éxtasis profundo, bañada en tu aliento y en la luz de tus ojos! . . . . .

ALCIDES

(Atendiendo alarmado)

Esos pasos. . . .

CLORINDA

(*Ap.*—¡Al fin! . . . . .)

BELEN

(Dando un grito al ver á Jorge y Petra, desprendiéndose de Alcides y cubriéndose el rostro.)

¡Ah! . . . . .

ALCIDES

¡Cielos!

ESCENA QUINTA

DICHOS y PETRA y JORGE. Jorge, demudado por el furor, estruja entre sus manos la hoja de cartera que escribió Clorinda—Despues ORDÓÑEZ.

JORGE

¡Ciégueme un rayo!

ALCIDES

Señor! . . . .

JORGE

¡Callad! menguado! ¡infame!

ALCIDES

(Con respeto)

¡Dios!

BELEN

(Llorosa, abrumada, suplicante, cayendo á los piés de Jorge.)

¡Padre! . . . .

JORGE

(Sacando el puñal para herirla)

¡¡Ramera!! . . . .

(Belen da un grito y cae desmayada. Petra se ha precipitado y se ha asido fuertemente del brazo de Jorge, deteniendo su accion.)

PETRA

¡¡Jorge!! . . . . .

ALCIDES

(Sacando su puñal al mismo tiempo)

¡¡Desgraciado!!

CLORINDA

(Presentándose para impedir que Jorge acometa á Alcides)

(*Ap.*—¡¡Cielos!!)

ORDÓÑEZ

(Precipitándose sobre Belen)

¡¡Hija de mi alma!!

PETRA

¡¡Ordóñez!!

JORGE

(Cayendo de rodillas, doblegado)

¡¡Justicia de Dios!! . . . .

(Alcides ha dejado caer su puñal—Telon rápido—Es inútil prevenir al director de escena sobre la conveniencia de que ésta se desenlace rápida, pero sin confusion, tanto en la formacion del cuadro como en la oportunidad de las exclamaciones.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Gabinete entapizado del Palacio de Clorinda : Gran puerta al foro, comunicando con una galería de mármol, que se prolonga longitudinalmente al fondo, hasta unos salones iluminados á ghiorno. A la izquierda dos puertas con cortinados de terciopelo rojo : una de ellas, como tambien la del foro, sirven para la concurrencia ; la otra se supone da á las habitaciones reservadas de Clorinda—A la derecha otras dos puertas, una secreta entre los tapices y la otra correspondiente á un balcon, que, se supone, da al mar—Es la noche del mismo dia en que han tenido lugar los sucesos anteriores. Hay baile ds máscaras en palacio.

ESCENA PRIMERA

El Dux y una Dama, disfrazados de dominó, penetran por la galería del fondo—Despues el Baron di Fiori, sin antifaz y vestido de Mosquetero, precediendo á otras parejas en traje de fantasía y con antifaz; no todos los caballeros lo usan. Al alzarse el telon se oyen las músicas de los gondoleros, que se suponen cruzan el mar por debajo del balcon—En los salones y galerías del fondo se perciben algunas máscaras.

DUX

Jamas se vió en Venecia un sarao mas espléndido ni mas artísticamente preparado. La condesa es una mujer extraordinaria. . . . .

DAMA

(Con intencion)

¿La creis muy hermosa?

DUX

No tanto, sinembargo, como os encuentro á vos; pero, no se puede negar que es una emperatriz de leyenda. . .

DAMA

(Con mordacidad irónica)

La dualidad de la Fornarina y de Lucrecia Borgia?. .

DUX

Es decir: de los perfiles y los colores simpáticos de esas históricas mujeres.

DAMA

Con todo lo malo de Catalina de Medicis, bajo la careta.

DUX

Capaz de ser tan terrible como la Medicis, si; pero, que aun no lo es. . . .segun dicen.

DAMA

¡La amais, Dux, hasta el punto de no apercibiros de que yo os escucho!. . . .

DUX

(Poniéndole la mano en la boca)

¡Callad!. . . . el Baron di Fiori llega. . . . es uno de los espías, aunque poco temible, que la nobleza pone á mis actos. No tengais celos, Duquesa: os amo tambien por gratitud, porque vuestro marido, gracias á vos, es la garantía de mi poder. Os dejo unos momentos, y ved de desorientar al Baron, por si nos ha conocido. No tengais celos, vida mia!

(La besa en la mano.)

DAMA

Fio en vuestros juramentos! (*Ap.*—Y en que tengo su cabeza en mis manos!)

BARON

(*Ap.*—Me pareció el Dux. . . .)

DAMA

Baron: ya que habeis hecho vuestros tributarios al amor y á la fortuna, protestad contra el torpe caballero que acaba de mostrarme su fastidio.

BARON

(Dándole el brazo)

¡Bella encubierta!. . . . Ah! ved por este balcon, cuan bello está el mar, con sus iluminaciones, sus músicas y sus misterios. Todo invita al placer. . . . ¿Hablabais con el Dux?

DAMA

El Dux es un rejio esclavo, que se revuelve en la jaula de su palacio. Es posible que una dama se ate á su dorada argolla de galeote? (*Se oye lejana la música del baile*) El sarao principia; no hagamos esperar á la Condesa.

BARON

Ah. . . . caballeros y hermosas. ! . . la danza nos llama. . . . fuera de la danza y la mujer, el mundo es un cementerio Egipcio. Os invito. . . .

MÁSCARAS

Vamos.

(Desaparecen por la galería hácia los salones.)

ESCENA SEGUNDA

MERI, por el balcon, vestido de corte y con antifaz—Despues ALCIDES, de dominó sencillo de seda y antifaz.

MERI

(Fatigado)

Difícil ha sido la ascencion *(Dirijiéndose á un gondolero, que se supone al pié del balcon)* Vete Giovanni. . . . Quemo así las naves. . . . La fortuna esquiva me volvió el rostro en España; pero. . . . ¡ pardiez ! que no se me escapará ahora. . . . Belen debe estar en mi goleta. Un disfrazado . . . .

(Se oculta en el balcon.)

ALCIDES

Este debe ser el gabinete que Belen me indica en su carta . . . . sí . . . . á un estremo de la galería, frente á los salones del sarao. . . . me llama ! Aun no habrá podido Ordóñez prevenirla ? ¡ Oh ! la intriga de esta tarde devió ser vuestra, Clorinda, solo de un demonio como vos ! ¡ y, sin embargo, una llamarada de aquellos tiempos suele cruzar por mi alma, como el perfumado aliento del ángel de la noche ! . . . . Pero, Belen no permanecerá dos horas mas en vuestra trampa ! De ese balcon podré observar cuando venga . . . .

ESCENA TERCERA

ALCIDES y CLORINDA. Esta disfrazada con un trage exactamente igual al que usó en el Prólogo, ménos la banda. Al costado pendiente del cuello por un cordon de seda, una cajita de cristal, aro de oro con engarce de esmeraldas, conteniendo la corona que en el Prólogo le regala Alcides. Clorinda entra al dirijirse Alcides al balcon; lo toma de una mano, deecubriéndose. Al entrar ha tirado con violencia de la cortina de la puerta. La música se oye mas apagada.

ALCIDES

¡ Vos ! . . . .

(Instintivamente se desprende de ella con cierta repulsion.)

CLORINDA

Os ví entrar al sarao . . . . y una luminosa intuicion, una irresistible fuerza, que sentía dentro de mí, y que, sinembargo, partia de tí mismo, me ha permitido conocerte, y me ha atado, Alcides, á tus pasos.

ALCIDES

¡Si tuvierais memoria ! . . . ¡ Oh ! dejadme salir !

CLORINDA

Por piedad, Alcides ¡ tu alma noble jamas conoció el rencor ! . . . .

ALCIDES

Nunca lancé mi odio en vuestro camino . . . .

CLORINDA

Lo hubiera deseado ! . . . .

ALCIDES

(Con sarcasmo.)

¿ De qué tampoco tendria que acusaros ? . . . . ¿ ha-

ber apagado en mi alma la candorosa fe de los primeros amores ?. . . . Esto, Condesa, es en el mundo lo que en Venecia. . . un simple episodio en sus bailes de máscaras . . . . lo que un paso trajicómico en el teatro.

CLORINDA

¡ Sarcasmo cruel ! . . . . Yo te amo, Alcides ! ¡ yo te amaba (¡ *arrodillándose y tomándole las manos*) te lo juro de rodillas, entre lágrimas de arrepentimiento. . . .

ALCIDES

Arrepentimiento ! ¡cristiana palabra, sin duda ! quien se arrepiente merece perdon ¿ es eso ? El perdon es tambien una evangélica palabra ! . . . . Yo os lo concedo, señora; levantad.

(La levanta.)

CLORINDA

¡ Oh ! pero el perdon no se concede entre ironías !

ALCIDES

Un tiempo . . . .

CLORINDA

No desgarreis la venda! . . . .

ALCIDES

Quereis que borre el pasado ! teneis razon ! ¡ cuánto horrible os gritaria desde su abismo !

CLORINDA

Lo sé ¡ pero, mira si os he amado !

(Rompe el cordon de la urna de la corona, y se la presenta—Alcides la toma, y la contempla con tristeza)

ALCIDES

¡La marchita corona del poeta ¡ ¡cenizas de aquella edad dichosa ! ¡ de aquellos castos delirios ! ¡ pálida

vislumbre de aquellas blancas auroras en la patria natal! ¡ músicas tristes que venis á llorar sobre las cuerdas de un clave, que no ha vuelto ya á templarse! (*Alcides aparta el rostro, ahogando algunos sollozos. Reacciona á la ira concentrada, arroja á un ángulo la urna, y se dirije á Clorinda, que ha permanecido abrumada bajo el peso de los recuerdos y de las lágrimas de Alcides.* ¡ Me habeis envenenado con tu perfume, flores de sepulcro! . . . . Borrar los recuerdos! imposible! . . . los recuerdos! tempestades que se desencadenan dentro del pecho de la víctima . . . indelebles remordimientos, que marcan para siempre el rostro del verdugo! *(Esto lo dice, señalando el rostro abochornado de Clorinda que suplica, se doblega, se humilla y desgarra,)* Los campesinos os llamaban «ángel de amor» y os unian en sus cantos y en sus votos injenios al «feliz poeta de la montaña»! . . . ¡Mentira, señora! los votos de los campesinos llenaban de pena y quizas de vergüenza el alma de la perjura, que por una diadema condal se vendia á un viejo cortesano!

CLORINDA

¡ Teneis razon! ¡ Pero perdóname, por Dios! ¡Infame fuí; no me lo explico; indigna de tu amor sublime! ¡ y sinembargo, te amaba! ¡ infierno de inexplicables misterios es el corazon humano! . . . . El ángel cae en la cloaca; pero, una brisa del cielo vuelve á mover sus alas, y el ángel sube otra vez á su trono, tan puro como su divino orígen! ¡ Yo te amé, no habia amado jamas, no he vuelto á amar sino á tí solo, te lo juro!

ALCIDES

(Quiere irse)

¡ Falaces protestas!

CLORINDA

(Con enerjía y luego con tierna súplica)

¡Oh! no te iras! no te vayas por compasion ¡ Oye . . . un secreto de mi adolescencia . . . . ¡ Dios mio! . . . .

¡ no ! ¡ no se te puede decir ! . . . ¡ merezco tu perdon, no soy tan criminal como infeliz ! ! . . . . ¡ Si pudieras leerme ! Mira: Al silencio de las altas horas de la noche, descendia por esa puerta secreta; me esperaba una góndola manejada por Ridetto solamente, entraba en ella, y vagaba por la extension del mar solitario, desesperada, loca . . . . . componia cantares con el nombre de Alcides; se los entregaba á los gondoleros, para que fueran á repetirlos cerca de mi barca, donde la aurora me sorprendia soñando en tí ! . . . .

ALCIDES

(Algo conmovido.)

Clorinda . . . .

CLORINDA

Me purifiqué en el dolor y en las lágrimas, y pensé recorrer el mundo, para habitar tu misma tumba, ú ofrecer mi cuello á tu venganza ! ¡ mátame, pero dejate conmover en mi último momento ! . . . .

ALCIDES

(Mas conmovido.)

¡ Callad ! . . . .

CLORINDA

[Con delirio.]

¡ Oh, quiero morir ! . . . . Vestirás mi cadáver con este mismo traje y me ceñirás aquella corona, emblema de un amor no ménos triste que inmortal ! . . . . El ataud será de sándalo, como el de las sultanas. . . .me llevaras tú solo en la barca de Ridetto; me abriras una fosa bajo del banco de piedra en aquel delicioso valle, y me besarás en la frente, al despedir mis despojos para siempre ! . . . .

ALCIDES

[Tomándola una mano con fascinacion, pero desesperado.]

¡ Ah ! ¡la antorcha se apagó ya para siempre ! e santuario yace en tinieblas ! Olvídame !

CLORINDA

¡Primero el martirio! ¡ Oh ! ¡olvidarte! ¡ ese es el único imposible ! Sondea un instante el infierno de mi existencia, ante el recuerdo de tu desventura, devorada por la inapagable sed de tus caricias, en medio del vacío y de la desesperacion de mi alma atormentada ! ¡ y te veo, y te siento, y me abrasas con tus ojos de arcángel ! ¡y me dices que olvide! . . . . No te pido sino que me ames. Te formaré en los Pirineos un albergue mas bello que un paraiso; yo habitaré allí cerca en una choza; y á la tarde iré á la colina para contemplarte en los balcones, con los pinceles en la mano; ó en noches de luna á escuchar de rodillas las canciones del trovador. . . .

ALCIDES

[Se saca el antifaz, ébrio de amor.]

¡ Oh, Clorinda ! , . . .

CLORINDA

Una vez; lo recuerdo. . . . la noche era de diáfana, saturada de aromas y envuelta en celestes misterios; el universo nos rodeaba con todas sus melodías . . . . tus labios se posaron en mi frente; el ángel nos cubrió con sus castas alas, y mis labios se encarnaron, al pasar sobre ellos una brisa de fuego ! . . . .

[Alcides se ha sentido atraido dulcemente por Clorinda, á la cual ya sonrie dulcemente con embriaguez; y al caer en sus brazos, se estremece al oir las siguientes esclamaciones.]

VOCES

(En la galería)

¡Viva la hermosa Belen!

ALCIDES

¡Belen !. . . .

CLORINDA

(Como profiriendo una maldicion)

¡¡Belen !!. . . .

ALCIDES

Es sobre las alas de ese ángel, que el poeta desterrado ha vuelto al cielo. Es mi último amor. Adios!

(Se va por la izquierda.)

CLORINDA

(Como devolviendo el rayo que ha caido sobre su cabeza)

¡¡¡Desgraciados los dos!!!. . . . *(La música y algazara del baile llegan mas animados—Toma la cajita, la besa, cae en un sillon, vencida por el dolor, llora desesperada sobre la corona—Vuelve á la ira; se arranca la corona de flores, que ciñe su cabeza, y los cabellos se desatan sobre sus espaldas, adquiriendo enòtnces una actitud magnífica y tremenda. Va á la puerta del fondo, y llama)* Ridetto!

ESCENA CUARTA

CLORINDA y RIDETTO, que entra

RIDETTO

Nadie se ha aproximado. . . . Pero, ese desórden. . . ¿Qué te sucede, Clorinda? Jamas te ví de esta manera. . . .

CLORINDA

Dime, Ridetto: ¿tendrias piedad con la causa de esta desgarradora agonía, cuyos signos te aterran?

RIDETTO

Soi tu sombra: vivo sujeto á tu mirada, como el

galeote á su cadena. Señala pues la presa: al hombre mas encumbrado, á la mujer mas poderosa de Venecia. . . . el veneno. . . .

CLORINDA

No basta, no, el veneno. . . . tengo tambien su puñal, recojido en la quinta; *(Saca un puñalito de entre sus ropas)* puede servirme. Pero, necesito todavía algo mas desgarrador. . . . *(Se oyen carcajadas de burla en la galería)* Sígueme.

(Clorinda y Ridetto parten por la puerta escusada de la izquierda.)

ESCENA QUINTA

BELEN, por la galería. Viene vestida lujosamente y á la época. Entra como huyendo, llena de sobresaltos y rubores—DESPUES ORDÓÑEZ, disfrazado de dominó, por la puerta secreta—Mas tarde CLORINDA.

BELEN

¡Reid, reid, cortesanos sin decoro! ¡Oh! por qué me persiguen en todas partes esos buitres envueltos en seda?. . . . Lágrimas mias! corred, corred, dulces consuelos, sobre las joyas de la esclava infeliz! *(Llora—Pausa)* ¡Ah, mi casita de la orilla del mar! mi lijera góndola, mis flores y mis peces!. . . . ¡Oh!! aquí yo me moriré falta de aire, de calor y de luz!

ORDÓÑEZ

[Con recato]

¡Belen!. . . .

BELEN

[Corriendo á los brazos de Ordóñez]

¡Padre!

ORDÓÑEZ

[Con mucho misterio]

Ya está todo concertado; pero, es necesario salvarte esta misma noche, sin pérdida de momentos ¡Conozco los palacios de Venecia! ¡Venecia!. . . . ¡conozco á la Condesa! ¡es un gran corazon, pero le tengo miedo! Oye, mi Belen. . . .

[La habla en silencio—Clorinda va á salir de sus habitaciones, y al verlos se detiene ocultándose entre las cortinas.]

CLORINDA

(*Ap.*—¡Ah! si fuera otro amante?. . . . ¡cómo te lo agradeceria, genio de la venganza!. . . .

[Desaparece.]

ORDÓNEZ

Ya veis, el plan es seguro; oponer esta tarde resistencia á la Condesa habria sido perdernos todos. Por aquí vendremos con Jorge y Petra: En prevision toma la llave, para que si es necesario cierres la puerta despues de escapar. . . . ¿Ves?. . . . es una puerta oculta en los tapices; comunica con una escalera que se sumerje en el mar, donde ya espera la barca de Jorge. Dentro de una hora volveré con él y con Petra.

BELEN

¡No tardeis, padre mio! ¡Un fúnebre terror hiela mis venas!

ORDÓÑEZ

¡Son las corrientes de los palacios de Venecia! . . . allí el sarao; en la sala contigua, la muerte! ¡Pero, Dios está en todas partes! Al venir el dia habremos partido para España; ántes de embarcarnos, él, Alcides, te habrá dado su nombre, hija mia!

BELEN

¡Bondadoso cielo!
(Abraza á Ordóñez.)

ESCENA SEXTA

DICHOS y ALCIDES con el BARON. CLORINDA vuelve á aparecer entre las cortinas de la izquierda. El Baron abre las cortinas de la puerta de la galería, en momentos que Belen abraza con efusion á Ordóñez. Finalmente, RIDETTO.

BARON
(A Alcides, con burlona ironía)

Bellísimo grupo para un cuadro!

ALCIDES

(*Ap.*—¡Tambien ella!!. . . .)

CLORINDA

(*Ap.*—Bien, Baron!)
(Se oculta, dejando caer las cortinas—Belen besa las manos de Ordóñez.)

BELEN

¡Cuánto te quiero!

ORDÓÑEZ
(Besándola en la cabeza)

Adios!

BELEN
[Acompañándolo hasta la puerta secreta.]

¡No tardeis!

ORDÓÑEZ

¡ Vendré para no separarnos mas !

[Ordóñez parte. El Baron se aleja riendo, Alcides permanece unos instantes en la puerta, como calcinado.]

BELEN

(*Ap.*— ¡ Adorado mio ! ¡ te volveré á ver ! . . . .)

ALCIDES

(*Ap.*—Será el disfrazado que esta tarde ví alejarse de la puerta de la quinta ? Si ! se han citado para esta noche !

BELEN

(*Ap.*—¡ Ay de mí ! ¡cuánto mal hace una hoja de cartera cuando el anónimo escribe en ella una calumnia !)

ALCIDES

[Avanzando unos pasos con resolucion, y arrancándose el antifaz con rabia.]

¡ Angel sumerjido en el barro ! . . . (*Se detiene* .)No ! se reiria de mis celos ! . . . . Cortesana ! no te veré mas !

[Al dar Alcides el primer paso para salir, Belen vuelve el rostro y lo ve.]

BELEN

[Corriendo á él como á un refugio inesperado; con mucha ternura, riendo y llorando.]

¡ Alcides! . . . . ¡ Bien mio ! . . . . ¡carazon mio ! . . .

ALCIDES

(*Ap.*— ¡ Cómo finge !)

BELEN

[Retrocediendo.]

Pero . . . . ¿ qué desgracia vienes á anunciarme ?. . . .

ALCIDES

(Con sarcasmo burlon y amargo.)

Al contrario; vengo á quemar incienso á la brillante cortesana, nuevo astro en este cielo.

Belen, que no ha entendido la amarga ironía de esas palabras, vuelve ingenuamete á su amante, rodea su cuello y le dice con graciosa y apasionada ternura:]

BELEN

Ah! . . . . no seas zalamero! ¿pero no es verdad, que mas te place verme de pescadora? . . .

ALCIDES

(Riendo despacio con irónica y convulsa sonrisa.)

(*Ap.*—¡ Infame criatura! . . . .)

(La sonrisa de Alcides alumbra y hiere el alma de Belen, como un rayo., Pero, aturdida no se da aun completa cuenta de la situacion.)

BELEN

¡ Dios mio! se rie ¡ tambien de mí!

ALCÍDES

(*Ap.*—Síntesis simbólica de la comedia mundanal: una mujer con careta de ángel!)

BELEN

¡ Pesadilla horrible!! . . . .

ALCIDES

Tal es la vida para los desgraciados! . . . . ¿Quereis que os conduzca al salon, si es que no esperais vuestra pareja? . . . . El baile de máscaras en palacio! ¡ qué bello aturdimiento! ¿ Vamos? (*La quiere tomar de la mano. Belen rechaza la invitacion con movimientos de loca ó de sonámbula. Parece que no ve ni siente sino bajo el vértigo.*) La orgía es el paraíso . . . . embriagarse allí con su copa, y sobre el seno de las voluptuosas odaliscas, entre perfumes y armonías, dormir el sueño eterno . . . . no despertar jamas! . . . . La poesía! burbujita formada en una

lágrima, que el aliento envenenado de una pérfida sirena prende en las pestañas de los niños! . . . . Si eso de amores puros es solo fantasmagoría . . . . los niños se apegan un instante á sus figuritas de plomo . . . . y las rompen, para buscar otras nuevas! (*Riendo con estravío y desgarramiento desesperante.*) Sí . . . .el mundo . . . . es muy divertido . . . . todos rien . . . y cantan . . . . y se aman . . . . ja! ja! ja! ¡y se engañan miserablemente!! ja! ja! ja! . . . .

BELEN

(Cayendo de rodillas á sus piés con suprema angustia.)

¡Hierame tu puñal, por compasion, adorado de mi alma!

ALCIDES

(*Ap.*—¡A tenerlo, la matara!) Levantad! ¿Para esto, pues, me llamaba tu carta empapada en lágrimas?

BELEN

¿Qué carta, Alcides? ¡Voi á volverme loca! . . .

ALCIDES

(Como iluminado de súbito.)

¡Quién era el disfrazado? . . . .

BELEN

(Viendo á Clorinda que se presenta.)

¡La Condesa!

CLORINDA

(Fingiendo sorpresa.)

Ah! . . . . perdonad! . . . . ignoraba . . . .

ALCIDES

(*Ap.*—Aclararé este misterio . . . . (*Saluda ceremoniosa y friamente á Clorinda, y se va—Belen permanece abochornada y dolorida. A pocos pasos, Alcides da voces ahogadas en la galería.*) Cobardes!.. dejadme! . . . .

BELEN

(Queriendo ir en auxilio de Alcides, dando un grito.)

¡ Amor mio !. . . . .

(Clorinda la detiene violentamente de un brazo, con odio airado, y cierra la puerta—Ridetto se ha presentado por la izquierda; y á una indicacion de Clorinda, Belen, desesperada y subyugada, despues de una mirada angustiosa á la puerta secreta, se dirije á las habitaciones de Clorinda, seguida de Ridetto, que se muestra conmovido. Clorinda la contempla alejarse con satánica mirada de triunfo. En seguida va á la puerta secreta, y con un gran alfiler, que se ha desprendido del seno, obstruye el agujero de la llave. Pasa á la puerta de la izquierda, que sirve á la concurrencia y le echa llave—La silenciosa nube, que tal parece Clorinda, desencadena la tempestad, exclamando un ¡ay! profundo.)

ESCENA SÉPTIMA

CLORINDA. Despues MERI

CLORINDA

¡¡ Ay !! . . . . ¡ Rival afortunada !. . . . ¡ Oh ! quién os ha arrojado en mi camino ! . . . . ¡ oh! el furor trunca mi acento ! . . . . estoy ciega, me doy yo misma miedo . . . . mi mente gira en un círculo de llamas y de sombras ! . . . . ¡ y él tambien sufrirá ! sí ! él tambien ! . . . . la armonía funeral que ambos deberán escuchar en la agonía, hará ésta mas horrible, exaltando la sensibilidad hasta la locura del dolor ! ¡Es necesario que sea una armonía desgarradora ! ¡oh ! es el refinamiento de la crueldad ! ¡y sinembargo, no me satisface aun ! . . . . en estos momentos ! cuánta hiel se está derramando en el corazon de los dos ! . . . .

CLORINDA
(Llamando.)

¡ Ridetto !. . . . .

MERI
[Saliendo del balcon, con calma, firmeza y glacial cinismo]

(*Ap.*—Al fin se pone en mis manos.)

CLORINDA
(Viéndole con sorpresa pero sin miedo.)

¡ Meri !

MERI

Desde España no he hecho otra cosa que seguir tu huella . . . . salvo algunas piraterías en los mares que inmortalizó Drake.

CLORINDA

Desde Nápoles no he tenido otro espectro que tú !

MERI

Sin duda: debo parecer un espectro . . . . Mi cerebro es un sepulcro, donde arde tui mágen con la eterna llama del insomnio.

CLORINDA

Malvado ! mi conciencia os repele en nombre de la justicia divina ! . . . .

MERI

¡ Siempre romántica ! . . . .

CLORINDA

¡ Ah ! Recordadlo: yo entraba recien á los doce años: era inocente, era pura, la alegría de mis adorados padres . . . . me educasteis en una filosofía pérfida; infiltrásteis en mis venas la ponzoña de una loca ambicion. . . . y la paloma cayó en las garras del gavilan.... ¡Ah ! yo amaba el cielo, las flores, las sencillas fiestas de los campos . . . . soñaba en todo lo ideal . . . . en el amor, en el amor casto y misterioso del alma ! de-

seaba brillar, pero con la gloria del artista y de la gloria dentro de mi propia satisfaccion, velada por una conciencia tranquila . . . . ¡Oh ! monstruo ! ¡ qué merecerias de la humanidad, si ella os tomara cuenta de esta alma tan bella, que le habeis arrebatado ! . . . . Os invoqué los derechos, que las mismas fieras reconocen . . . . mas cómo, pues, te los reclamaba si habiais pisoteado otros igualmente sagrados: mis derechos á ser honrada ! mis derechos á no sonrojarme de mí misma ! . . . . Ah ! no soy yo la culpable: os amaba entónces con mi primer amor ! Ah! mis ancianos padres no pudieron resistir la desgracia de la hija !

(Llora.)

MERI

Os mandé ofrecer oro abundante. . . .

CLORINDA

(Enjugándose las lágrimas)

¡ Oro para la felicidad perdida ! para el deber violado! para el llanto de la hija parricida ! ¡ miserable ! ¡ canalla ! . . . ¡ Besé la tumba de mi padre, y, huí de Nápoles, no se á dónde, á cualquiera parte, á España. . . . con los ojos preñados de lágrimas, con la ambicion roedora en la mente, el odio en el corazon, el vacío en el alma ! Todo lo bello habia sido mi sueño y mi dicha.... despues, lo bello fué para mí un reproche, una herida mortal ! Al perder mi espíritu, traicionásteis á la humanidad, ofendísteis á tu Dios !

MERI

Todo eso es poesía, Clorinda. La mujer no cuenta con los mismos derechos que el hombre: el hombre abusa, engaña y deshonra á la mujer ; pero, la culpable es la mujer y la gloria del lance se reserva al hombre. Así es la ley social ; no se si es la ley de Dios. Confesad, sinembargo, que si yo desperté ambiciones en la cándida vírgen, lo natural hubiera sido que la plebeya pescadora de Castellamare no diese crédito á las promesas del opulento Conde de Meri !

CLORINDA

¡Cínico!

MERI

Ello es que sois condesa y de las primeras fortunas de esta república: se lo debeis á tu maestro, á mí. Justo era entónces, que en España, casada con aquel coronel llovido del cielo, el maestro os reclamase parte del botin. . . . .

CLORINDA

Lo recuerdo, por vuestra desgracia! Era una noche como esta! . . .

MERI

Sí; curiosa coincidencia: me oculté en el balcon de un gabinete y me presenté á la flamante condesa. . . . precisamente como acabo de hacerlo. . . .

CLORINDA

Levantásteis un puñal sobre mi garganta. . .

MERI

(Saca el puñal y vuelve á guardarlo tranquilo)

Este. . . .

CLORINDA

Arrojé un grito de terror. . . . «El ruido del sarao, me dijísteis, ahoga el grito de las víctimas». . . Pero os engañé, Meri! . . . ¡Me proponíais matar al coronel, para uniros á mí!

MERI

(*Ap.*—Belen estará en mi goleta.) Unirme á vos es tambien lo que vengo á ofreceros ahora.

CLORINDA

¡Idos! (¡*ap.*—Me ahoga la ira!)

(Se aleja con repulsion)

MERI

¿Qué decis? ¿irme? ¡irme, cuando vengo á conseguirlo todo de vos! Recordad mi frase de muerte: «Puñal contra puñal, Condesa»—os dije aquella noche, cuando os ví armada con la daguita de Toledo que usaba el coronel. . . .

CLORINDA

¡Desprecio vuestro puñal ahora!

MERI

Lo creo; pero, ántes de heri te en el cuerpo, te heriré en el alma: mañana sabrá toda Venecia, que fuisteis mi querida!

CLORINDA

¡Ruin! Mañana toda Venecia sabrá que sois un villano irlandes! . . .

MERI

(*Ap.*—Lo sabe!) Ah, lo sabes. . . .

CLORINDA

¡Impostor! He guardado silencio, porque vuestra sangre me era, sinembargo, sagrada.

MERI

(*Ap.*—Audacia. . . .)

CLORINDA

Y un lacayo que asesina á su amo, para robarle el título, no puede ser creido por nadie.

MERI

La declaracion quedaria desvirtuada ante el mundo, por vuestra propia historia.

CLORINDA

¿Y vos? ¿qué probareis?

MERI

Aquí, en mi bolsillo, existen tus preciosas cartas: Perdona que te tutée....son documentos fehacientes. . . .

CLORINDA

¡Oh, sois tan vil como todo eso! . . . ¡ Pues bien! ¡ que sepa Venecia mi pasado!

MERI

¿Y algun secreto amante? . . .

CLORINDA

¿Quién? . . .

MERI

Un antiguo tocador de clave, que hace doce años conocí en los Pirineos Españoles. . . .

CLORINDA

(Dominada)

¡Callad!

MERI

Palidez en el rostro. . . . bandera de parlamento.

CLORINDA

¡Tomad todas mis riquezas!

MERI

Extendamos la escritura.

CLORINDA

De mi puño y letra; venid.

MERI

Ah, no: ninguna mujer se envanecerá de haberme engañado dos veces: La escritura la hará un santo padre, que tengo prevenido.

CLORINDA

(Con repulsion)

¡Unirme á vos! ¡jamas! . . .

MERI

Qué temeridad.

CLORINDA

La nobleza danza en mis salones; sois mi esclavo, miserable!

(Se oye el bullicio de la mascarada.)

MERI

(Tomando todo su aspecto feroz)

¡Este salon está distante; y los tapices ahogarán tu voz!

CLORINDA

(Queriendo precipitarse á la puerta del fondo)

Yo haré que se oíga! . . .

MERI

(Tomándola de la mano izquierda y sacando su puñal)

Tú misma la cerrastes, desgraciada!

CLORINDA

(Luchando)

¡Déjame! . . .

MERI

La Providencia te agarra en tus propias redes! . . .

CLORINDA

¡Malvado! ¡dejadme! . . .

MERI

¡«Puñal contra puñal, condesa!» . . . .

CLORINDA

¡¡Tomad el mio!!

(Clorinda clava su puñal en el pecho de Meri, que va á caer moribundo en la puerta del balcon.)

MERI

¡Ah! . . . Maldita . . . seas! . . Nuestra hija . . . está. . . .

CLORINDA

¡Qué oigo! ¡mi hija! . . . ¿Dónde está? ¡dónde! . .. Meri! . . ¡no murais aun! ¡os perdono! decidme dónde está! . . .

ESCENA OCTAVA

DICHOS—JORGE, PETRA y ORDÓÑEZ, tras de la puerta secreta, tratando de violentar la cerradura.

PETRA

¡Belen! ¡Belen!

CLORINDA

¡Un rayo! . . . ¡hablad, Meri! ¡en nombre de Dios! . . . (*inclinándose sobre el cadáver y sacudiéndolo con furia y desesperacion*) ¡cielos! ¡ha muerto! . . .

ORDÓÑEZ

(Forcejeando la puerta con gran violencia)

¡Abre, Belen! . . .

CLORINDA

¡Infierno! ¡y la echaran abajo! ¡Ah! el mar! . . .

(Arrastra el cadáver al interior del balcon, quedando en la escena unas cartas; se siente el cuerpo que choca en las aguas; Clorinda vuelve y atraviesa precipitadamente la escena, en completo desórden y ensangrentado el traje, y desaparece por la puerta de la izquierda, que sirve á la concurrencia, despues de observar si está solitario el salon con el cual se supone comunica. La puerta secreta ha caido, saltando la cerradura.)

ESCENA NOVENA

DICHOS, ménos CLORINDA—En seguida el BARON y otros NOBLES. DAMAS.

ORDÓÑEZ

(Precipitándose dentro de la sala)

¡Ese puñal! . . . . ¡cartas! . . . ¡sangre! ¡la habrán asesinado!

JORGE y PETRA

¡Qué horror!

NOBLES y DAMAS

(Entrando por la izquierda)

¡Sangre!

ORDÓÑEZ

¡Justicia, señores! ¡han asesinado á mi hija!. . . .

(Tocan en el baile una danza viva é incitante; la del principio del acto; la concurrencia reacciona, se encoje de hombros con indiferencia y como arrepentida de haberse dejado conmover)

BARON

¡Bah! No perdamos la danza, señores; al salon!

TODOS

Al salon.

[Se van. Ordóñez los contempla con llanto y suprema ira, mezclada de desprecio, tristeza y desesperacion]

ORDÓÑEZ

¡Esta es Venecia!

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Mazmorras lóbregas de palacio, sobre el mar—A la derecha una pequeña puerta; otra al fondo, pero ésta de grandes dimensiones; en la ochava de la izquierda, al fondo, una escalera, perforada en el muro, y cuya puerta se alza á un metro del pavimento; otra ventana baja, con reja, en la ochava de la derecha, por la cual se descubrirá vagamente el mar, cruzado por innumerables góndolas iluminadas;—en la escena, un banco de piedra y una lamparilla pendiente de las maderas del techo—Ventana y puertas aparecen cerradas. Al alzarse el telon, reina un profundo silencio. Cuando se abra el calabozo del fondo, se verá en él un pobre altar, y un aparato de martirio.

ESCENA PRIMERA

Clorinda—Aparece silenciosa y sombría en el descanso de la escalera, delante de la puerta, desde donde, ríjida como una estatua, fija una mirada profunda en la puerta de la derecha y en la del fondo—Viste sencillamente un vestido de terciopelo negro, con descote, derramados los cabellos sobre el seno. Desciende lentamente; va á la puerta de la derecha, se arrodilla, llora y se aparta con desesperacion lanzando un suspiro lastimero, y pasea una mirada estraviada en derredor—Despues Alcides, dentro.

CLORINDA

El sarao sigue en mis salones. . . . Estas mazmorras son hondas y de espesos muros. . . . (*siente*

un intenso escalofrío, que la estremece violentamente). . . . el alma misma se hiela en estos lóbregos sepulcros!. . . . La calma es glacial. . . . siento que me ahogo. . . . (*abre la ventana de la derecha y aspira una bocanada de aire*). . . . ¡ah!. . . . (*contemplando con tristeza el mar*). . . . el mar!. . . Qué bello estás, Adriático,. . . . sultan voluptuoso, en medio de tus lánguidas odaliscas!. . . . Las lujosas góndolas, como misteriosas aves de pintado plúmaje, se deslizan en tus aguas serenas, al arrullo de las alegres barcarolas!. . . . ¡Ay! en noches como estas, conducida por mi lijero esquife, entre las líquidas ondas de luz, que los remos sacudian, yo vagaba como una sombra errante del cielo, evocando todos los himnos para escuchar las notas de tu clave, los acentos de tu voz, idolatrado Alcides!. . . . ¡¿Y todo esto tan bello, luz, misterio, cantos, murmullos celestes, sueños de amor, esperanzas de incomparables placeres, debe hundirse, desaparecer en un vacío insondable y tenebroso?! ¿¡Debo morir?!. . . . ¡fatalidad impía!. . . . (*Se aparta de la ventana*) ¡Ah! ¡pero ella!!. . . . ¡Y todo es Alcides para mí. . . . Venecia, Italia. . . . ¡el universo! (*Cae abatida en el banco; y de la prision de la derecha le llegan los vagos y tristes preludios de un clave, con el himno de los coros de campesinos que se cantaron en el prólogo. Al oirlos, Clorinda se estremece, y va entrando en el éxtasis, como por una mágia celeste: su rostro se despeja y la esperanza sonrie en sus labios: Se trasforma en la casta vírgen, que recibe las primeras caricias del amor. Al entrar en el éxtasis, y andando de puntil'as, como una sombra, observa el calabozo del fondo, cual la tímida doncella que necesita asegurarse de que no será sorprendida su primera cita de amor; tranquilizada á este respecto, se aproxima, siempre en puntillas, á la puerta de la derecha y la entreabre apénas—Al escuchar las primeras notas del clave, dice con un acento sagrado y como si repercutiera solo*

dentro de sí misma, y tratando de apagar con la accion todos los ruidos que pudieran venir á turbar la música) ¡Es mi trovador!. . . . ¡Cuánto le adoro!. . . Escuchémosle!. . . . el ave prisionera canta su perdida libertad!

ALCIDES

(Con la misma melodía, que en el prólogo cantaron los campesinos, canta melancólicamente:)

¡Blanca aurora de aquel tiempo
de sencilla fe y de amor!
¡castos sueños venturosos,
que forjára el trovador!

CLORINDA

(Repitiendo)

« ¡Blanca aurora de aquel tiempo
de sencilla fe de amor!
¡castos sueños venturosos,
que forjára el trovador!. . . »

¡Me ama!. . . ¿¡pero por qué, pues, me abandonó hace pocas horas?!. . ¡horrible incertidumbre!. . . (*El clave deja de oirse.*) ¡Alcides! hombre sublime! hasta tu desden es el de un arcángel!. . . Desde el fondo de mi infierno te contemplo en tu gloria, gozándote allí en mi bárbaro suplicio, y, sin embargo, te amo, bendigo tu crueldad y tu venganza!. . . ¡Oh! ¡ni un momento mas esta duda que me desgarra! ¡Ah; Ridetto, ven!

ESCENA SEGUNDA

CLORINDA y RIDETTO; éste por la escalera.

RIDETTO

Algunos curiosos comienzan á hacer pesquisas . . .

CLORINDA

Qué me importa que el escándalo desplome el mundo sobre mí! . . . lo que te he pedido. . . . .

RIDETTO

Aquí tienes el filtro. . .

CLORINDA

(Recibiéndolo)

¡Oh! gracias! encontraste á esa hechicera! Le hubiera dado todo mi palacio por estos infernales tósigos!

RIDETTO

Lo que pide es el corazon de la vírgen. . .

CLORINDA

Se lo darás. . . . Pero, ¿posee las propiedades que deseo? . . . .

RIDETTO

Sí. . . . solo que los efectos no duran sino breves instantes.

CLORINDA

¿Pero, el delirio es profundo y voluptuoso, no despertando sino las dulces imágenes del pasado?

RIDETTO

Esas son las propiedades del filtro.

CLORINDA

(Alegre)

¡Me basta! . . . ¿y el veneno? . . . ¿Por qué palideces? . . .

RIDETTO

¿Para quién es el veneno? . . .

CLORINDA

(Arrebatándole el pomo del veneno)

Lo sabrás, mi buen Ridetto.

RIDETTO

La hechicera pide tambien el corazon del amante. . .

CLORINDA

¡Jamas! Ridetto! ni un átomo! ¡Hechicera maldita! . . . Ridetto. . . . á Dios mismo se lo disputaria!

RIDETTO

¡Ah, Clorinda! huyamos de esta ciudad, abandona á ese hombre desapiadado! . . .

CLORINDA

Pídele al corazon de veinte años que no lata, y fuera eso mas fácil que yo dejarle de amar! ¡Imposible!..... Ah! ¡si pudieses adviinar lo que pasa aquí! . . . ¡mi alma es un infierno, en cuyo antro se desencadenan torbellinos de fuego y torrentes de amargura! Celosa! Clorinda está celosa, ofendida, desesperada! En el horrendo drama de mi vida, despues de la ambicion corruptora y del oropel de las grandezas banales; despues de la intriga y del puñal, necesariamente, el filtro, el veneno, la tumba deberian formar el desenlace! . . . ¡Oh, Dios mio! ¡si él conociese todo cuanto sufro! . . . ¡Oh, Ridetto! . . . el dia que la noble y modesta ambicion del bien, fecundada por un amor puro se apodera

del corazon de la mujer, la mujer es un ángel, es la humanidad encarnada, el intermediario entre el hombre y el cielo; pero, el dia maldito en que la ambicion vanidosa penetra en el seno de esa atolondrada criatura, la mujer, Ridetto, es un monstruo, ménos que eso, un reptil ponzoñoso! . . .

RIDETTO

La voluntad es mas fuerte que el vicio, que el infierno mismo. . . .

CLORINDA

¡Ah! solo el amor puede luchar y vencer! el amor grande y elevado es una fortaleza, es un santuario inviolable: Dios vela sobre sus aras de flores, y el mas humilde, como el mas criminal de los seres, es allí sagrado para el mundo: en el amor se regeneran y se santifican las mujeres; en el amor se agigantan los hombres: es la luz y el aire del universo! Pero. . . . ah! yo me hice indigna de las venturanzas del bello amor, porque le sacrifiqué á pasiones miserables! . . . ¡Ah! ¡aun puedo salvarme! . . . De todos modos, escucha, Ridetto! Mañana abrirás un pliego de pocas líneas, que he dejado sobre mi pupitre de ébano; cumple lo que en él dispongo. (*Le tiende la mano, que Ridetto, de rodillas, baña en lágrimas, y éste se va.*) Si mi hija vive, como Meri moribundo me lo acaba de revelar, ella va á poseer una tercera parte de mi fortuna. . . . lo demas para Ordóñez, para esos pescadores, para la clase mendicante de Nápoles y Venecia, y para aquellos inolvidables campesinos de los Pirineos Españoles!. . . .¡Ridetto no necesita fortuna en el sepulcro! . . .

(Mira alejarse á Ridetto, quien vuelve el rostro en el descancillo de la escalera, y da un mudo adios á Clorinda. Esta se retira al fondo, viendo que Alcides va á salir.)

ESCENA TERCERA

CLORINDA y ALCIDES. Este sale lentamente del calabozo de la derecha. Una larga cadenilla se ata á su cintura por una estremidad, miéntras que por la otra se supone amarrada al muro interior del calabozo. Alcides adelanta hasta donde se lo permite la longitud de la cadena. Su aspecto es melancólico y resignado.

ALCIDES

¡Pérfida estrella! hoy alumbrabas mi dicha, y ahora te apagas en las espesas sombras de mi mazmorra! ¡Sueños de la vida humana! ¡albas risueñas! ¡Ay!. . . vuestra patria no es la tierra. . . . bañareis mi frente en la inmortalidad! (*Pausa.*) Aquellos enmascarados que esta tarde ví alejarse de la quinta. . . . el que la besó en los cabellos. . . . acaso en estos momentos de amargura para mí, ellos se cubren de besos delirantes! ¡Venecia! ¡Venecia! ¡á qué te conocí!

CLORINDA

(Avanzando temerosa)

(*Ap.*—Va á decidirse mi suerte! . . .) Alcides. . . .

ALCIDES

(Retrocediendo al verla)

(*Ap.*—¡Cielos! . . . . ¡cuán desfigurada en un instante!)

CLORINDA

¡Te pasma tu misma obra!

ALCIDES

Me perseguis aun en mi último asilo?!

CLORINDA

Hace doce años á que tu amor arde aquí cómo una antorcha funeral! ¡Tu pasion renace á medida de tu desprecio! ¡lo que mas me impele á la tumba, mas me acerca á tu amor! ¡Fué necesario que te perdiera, para sentir todo lo que te amaba!

ALCIDES

¡El cielo me hace el instrumento de su justicia! ¡El cielo y el infierno luchan en esta última escena! ¡Ah! no satisfecha todavía, por una doble celada del Baron me hundis en este calabozo, despues de herirme mortalmente el alma con el último desengaño!

CLORINDA

(*Ap.*—Tambien sufre celos! . . .)

ALCIDES

Habeis, pues, triunfado, condesa! Sinembargo os engañais en un punto: he aquí mi organismo. que aun vive; pero, os lo aseguro, mi espíritu ha ya alzado su vuelo de estos lodazales. El dolor y el desengaño no infunden el escepticismo: basta una sola hora de séria meditacion para creer en la inmortalidad! ¿Qué buscais, pues, aquí?. . . . mandadme al verdugo, y os deberé algo.

CLORINDA

¡Alma grande! ¡Oh! ¿por qué en este instante supremo encuentro en vos al ángel, en vez de al hombre cobarde y pequeño!. . . . No he venido á amargar tu agonía, no, Alcides, sino á mendigarte una palabra de clemencia, una caricia de amor! una tan sola!. . . .

ALCIDES

¡Amor! tú no penetras sino en las almas castas y en las que se acrisolan en la lucha colosal de los dolores virtuosos!. . . .

CLORINDA

Desde esta tarde en que te volví á ver, no he sido dueña de mí, Alcides. . . . no sé qué he hecho en la horrible locura de mis celos!. . . .

ALCIDES

Celos!. . . .

CLORINDA

¡Hasta del aire que respiras! Mi mente encadenada á tu adorada imágen, mi corazon emponzoñado en la hiel de tu desprecio, amo, odio, me embriaga la ilusion de la dicha que sueño;. . . . el vértigo de los recuerdos y de la venganza me ofuscan y me ahogan!

ALCIDES

Me dais pavor!.

CLORINDA

Una sola palabra y se abrirá el paraíso incomparable que mi ferviente fantasía ha venido preparándote, bien mio! Mira: yo sé que tú me amas y no puedo renunciar á tu amor. . . . Todo está preparado: me he desprendido ya de toda mi fortuna. . . huiremos, muy léjos, á las bellas regiones del Rio de la Plata; habitaremos una casita escondida en aquellos vírgenes bosques, semejante al nido de dos aves compañeras; allí sobre mi cuello reclinarás tu pálida frente, miéntras mi mano se enreda en la plateada madeja de tus cabellos; con un acento que es para mí como las tiernas músicas del harpa, me recitarás tus sentimentales versos. . . . el níveo velo de la luna en el silencio profundo de aquellas soledades, se estenderá sobre nosotros como un pabellon de lánguidos misterios!...

ALCIDES

¡No! jamas!

CLORINDA

¡Por compasion!. .

ALCIDES

¡Deliras! . . las flores se secaron bajo la fiebre de tu ambicion; la antorcha del casto himeneo de las almas, se ha apagado para siempre, al soplo de esa otra mujer, cortesana como vos; como vos, perjura é indigna de uno solo de mis pensamientos! . . ¡las dos, pues, me inspirais aborrecimiento. . . ménos aun que eso. . . . me inspirais desprecio! ¡idos! . . .

CLORINDA

(Anonadada)

¡¡Oh!! . . . ¡Tiembla! . . .

ALCIDES

No os temo. . .

CLORINDA

¡Desgraciado! ¡Si tendieras los ojos á este abismo de horror, dentro del cual has desencadenado al infierno!

ALCIDES

(Con calma profunda)

Lucrecia Borgia: mi resignacion es mas poderosa que vuestra maldad.

CLORINDA

¡Te veré suplicar! . . Escucha: esa mujer aborrecida, causa de mis tormentos, te adora. . . (*Alcides se estremece*) mis celos, aprovechando la inesperada casualidad de hablar con su padre, te la presentaron como infiel. . . .

ALCIDES

(Anonadado)

¡Dios de Dios! Dejadme verla, dejadme oir su acento!.

CLORINDA

Lo que oirás es el chasquido de cada una de sus arterias al desatarse en el tormento fatal! . . .

ALCIDES

¡¿Qué decis, hiena de la Libia!

CLORINDA

Lo que verás es su rostro contraido por la tortura. La verás, sí; pero espirando lentamente á tus piés, entre funerales armonías, que he preparado para que el dolor de ambos y mi crueldad se refinen, se exalten, se hagan mas salvajes!

ALCIDES

¡Clorinda! ¡no sereis tan cruel!

CLORINDA

¡Y aun asi no quedaré satisfecha! . . . (*Alcides intenta romper la cadena.*) ¡Eres mi esclavo!

ALCIDES

¡Matadme! ¡matadme! ¡nunca creí en este infierno!

CLORINDA

¡Ese infierno está en mí!

ALCIDES

¡Favor para ella!

CLORINDA

¡Nunca!. . . . Te concedo la muerte.

ALCIDES

¡Pero Belen! ¡no, no la abandonaré! viéndome será ménos dolorosa su agonía!. . . . ¡Por piedad, Clorinda! ¡Clorinda!

CLORINDA

No irá al tormento. . . .

ALCIDES

¡Te bendigo!

CLORINDA

Elije el jénero de tu muerte; será el mismo de ella: el veneno. . . .

ALCIDES

Si! la muerte pronta! Dadme el pomo!

CLORINDA

(Entregándole el filtro, que Alcides apura con sed)

Apuradlo. . . . *(ap.*—Ya es mio!)

ALCIDES

(Despues de tomarlo)

¡Morir! ¡suprema felicidad!

CLORINDA

De los dos, quien va á ausentarse de la tierra ¡ay! soy yo sola, porque tu amor me falta! Pero ántes, sobre los bordes del sepulcro gozaré la sarcástica felicidad que me cencede un aciago destino!

ALCIDES

(Sintiendo los efectos del filtro; principiando á delirar)

El calor de un seno amante circula por mis venas. . . el mas dulce de los delíquios tiende sus impalpables alas sobre mis párpados. . . ¡qué bella aurora resplandece en mis pupilas! . . bosques, arroyos, doceles de flores, coros celestes. . . . ¿Y tú, gacela mia? ¡cuán hermosa y cuán pura eres, mi Clorinda! *(En el mar preludian una barcarola. . .)* y las músicas te acompañan, al doblar tu ruborosa frente sobre mis labios! ¡Amor! ¡divino amor! ¡alma del universo! . . .

(Clorinda abre el candadito que sujeta la cadena á la cintura de Alcides.)

GONDOLERO

(En el mar canta miéntras tanto)

Mis ensueños se deslizan
sin zozobras ni temor,

entre alegres barcarolas
que me inspira el dulce amor.

CLORINDA

(Ap.—¡Ficcion hermosa! ¡pero en brazos de la muerte!!)

ALCIDES

¡Qué sendero tan áspero. . . . todas las flores se me han deshojado . . . no hallaré, no, aquí en la tierra ese mágico país del cielo, donde la vejetacion tropital es eterna . . . *(besando los cabellos de Clorinda)* ¡y sinembargo, eres tan jóven y tan pura! . . . ese enmascarado, Belen. . . .

CLORINDA

(*Ap.*— ¡Piensa en ella!) ¡Ah! mi amor te devolverá la fe, Alcides mio!

ALCIDES

(Suspirando)

¡Imposible! . . . fáltanme las fuerzas para continuar este sendero de espinas . . . . ¡Mujeres! ¡sois lo mismo todas! . . .

(Se restrega la frente, como si quisiera despertar.)

CLORINDA

(Ap.—¡Y va á volver en sí!...Concluyamos! he creído hacer mas dulce mi muerte, y esta bella mentira acibara el cálix hasta la desesperacion! ¡Vengarme y morir! *(Toma el veneno—Va al muro, oprime un resorte, suena una campana; y vuelve al lado de Alcides. . .)* Alcides! quiero tus caricias! voy á morir! (*Alcides se pone de pié como un sonámbulo.*) ¡Al ménos el último adios! (*Lo abraza. Alcides lleva maquinalmente el brazo á la cintura de Clorinda, y la contempla con vaguedad)* ¡y esa puerta maldita, que no se abre aun!

(Se abre el calabozo del fondo.)

ESCENA CUARTA

CLORINDA—ALCIDES—BELEN, de hinojos ante el altar—y el VERDUGO, éste con el hacha al lado del aparato de decapitacion—Despues dos ENMASCARADOS.

BELEN

(Levantándose)

¡Ya he orado! . . .

ALCIDES

(Besando los cabellos de Clorinda)

¡No quisiera despertar! . . .

BELEN

(Dando el frente y al ver el beso, arrojando un grito desgarrador)

¡¡Ah!! . . .

CLORINDA

(*Ap.*—¡Ese grito me parece una música!)

(Alcides se desprende aturdido de los brazos de Clorinda, y fijándose en Belen, comienza á despertar.)

ALCIDES

Esa mujer. . . . ¡Oh! ¡quisiera despertar! . . .

CLORINDA

(*Ap.*—El veneno circula ya por mi cerebro. . . y le siento descender al corazon! . . .) Huyamos, Alcides!

BELEN

¡Dios mio! . . .

ALCIDES

(Despacio)

Belen. . . . ¿es ella? . . .

BELEN

¡Alcides! . . .

ALCIDES

(Volviendo completamente á la razon)

¡Clorinda! . . . ¡Belen! . . .

(Alcides corre á estrechar á Belen; pero le cierran la entrada dos enmascarados, armados de puñal, volviendo á desaparecer—Belen cae anonadada de rodillas, y Alcides se retuerce en la rabia y la impotencia.)

BELEN

¡Oh! . . .

ALCIDES

¡Maldicion! . . . *(volviéndose á Clorinda en actitud hostil.)* ¡Aborto del crímen!

CLORINDA

¡Desgraciado! una señal de mi pañuelo bastará para que caiga la cabeza de tu amada!

ALCIDES

¡Oh! . . .

CLORINDA

Toma, pues, mi puñal; hiéreme!

(Le arroja el puñal.)

ESCENA QUINTA

DICHOS y RIDETTO. Este desciende la escalera con alguna precipitacion.

RIDETTO

(En voz baja á Clorinda)

¡Todo está descubierto! pero aun es tiempo; por allí. . . .

CLORINDA
(Fuerte)

¡Jamas!

(Hace la señal con el pañuelo, y el verdugo se apodera de Belen.)

BELEN

¡Piedad!

ALCIDES

¡Clorinda!

BELEN

¡Piedad! ¡piedad!

ALCIDES
(Dando un grito)

¡Clorinda! . . .

(Se lanza sobre ella puñal en mano, sin que Clorinda revele ni una contraccion de miedo; por el contrario, descúbrese el seno, sonriendo con placidez.)

ESCENA SEXTA

DICHOS y ORDÓÑEZ, seguido del BARON, NOBLES y DAMAS, por la escalera.

ORDÓÑEZ

(Al aparecer, y precipitándose á la escena, á Alcides, que se detiene)

¡Deteneos! . . . *(á Clorinda)* Vengo á devolveros á vuestra hija. . . .

CLORINDA

¡Mi hija!?

ORDÓÑEZ

(Presentando los objetos)

Estas cartas ensangrentadas. . . Este medallon que ella llevaba al cuello, cuando la encontré bajo las llamas de un incendio. . . .

CLORINDA

¡Ha muerto!

ORDÓÑEZ

No! ¡miradla! . . .

CLORINDA

¡¡¡Hija!!! . . .

BELEN

¡¡¡Madre!!!

(Ambas se precipitan, una en brazos de otra.)

RIDETTO y LOS NOBLES

(Que en este momento han aparecido)

¡Su hija!

(Se oyen las armonías fúnebres)

CLORINDA

Las armonías ¡eran para mí! ¡mis propios actos me castigan! (*cae en agonía, sostenida por Belen.)* El veneno me abrasa. . . .

BELEN

¡Jesus! . . . ¡envenenada!

(Silencio de terror—Clorinda besa con frenesí maternal á Belen, que llora sobre su frente.)

BELEN

¡Madre del alma!

CLORINDA

(Debilitada y con fatiga)

Dios es justiciero. . . Belen, hija mia. . . Alcides. . .

(Llama á éste, que acude y *se inca á su derecha, de modo que Clorinda tiende sus manos sobre las cabezas de ambos, en actitud de bendecirlos*) vuestro perdon. . . sea el ángel. . . que cierre. . . mis ojos. . . sed felices . . . yo . . . os . . . bendigo! . . . (*Muere.*)

BELEN

¡¡¡Madre!!! ¡¡¡madre!!!

(Llora con desesperados sollozos sobre el cadáver.)

TODOS

(Profundamente conmovidos)

¡Ah! . . .

(El verdugo ha caido de rodillas con la frente sobre el tajo. Las armonías no cesan.)

(Telon lento)

FIN DEL DRAMA

EL BORRACHO

DRAMA

EN CUATRO ACTOS

(Este drama, representado con gran éxito en los teatros de Madrid, ha sido tambien traducido al Italiano, de la tercera edicion española.)

PERSONAJES

BERNARDO LACROIX.	50 AÑOS
ANDRES, *(su hijo)*.	25 »
ESTEVAN MOMTALVAN.	90 »
MAGDALENA, *(su hija)*.	18 »
MARQUES DE SAINT-MAURICE.	40 »
MAUVAI, *(Criado de D. Estevan)*. .	
JACOBO, *(Criado de D. Bernardo)*. .	60 »
UN NOTARIO.	
PADRE AMBROSIO (*personaje mudo*). .	
CABALLEROS Y DAMAS.	

La escena pasa en Madrid, por el año de 1800.

EL BORRACHO

ACTO PRIMERO

Gabinete de lectura en casa de D. Estevan, adornado con grave simplicidad y gusto artistico: Un pupitre de mujer, con jarrones de flores, el busto del Petrarca y Alarcon; Un libro de reciente encuadernacion, y reclinado en él el retrato de Andres. Cuadros, libros, mapas, esferas, etc.—Este gabinete, por una gran mampara de cristales, comunica con una galería sobre un extenso jardin, percibiéndose entre sus arbustos y estatuas, la de Apolo.

ESCENA PRIMERA

MAGDALENA—Despues D. ESTEVAN—Aquélla, en el pupitre, escribiendo en un cuadernito tapas de seda color rosa; y D. Estevan, desde la puerta de la mampara, observándola con paternal y festiva sonrisa.

MAGDALENA

(Leyendo para sí lo que acaba de trazar, puntuando y corrijiendo)

Capítulo tercero. . . . y último : la boda. Sumario : Andres á las plantas de Magdalena, en el gabinete

del tálamo nupcial, recita su canto: « A la inmortalidad del amor, por la inmortalidad del espíritu »; y Magdalena ejecuta en el piano su última composicion: « El eterno coloquio de dos almas »—Ah; pero velemos todo esto con el poético misterio. . . . en vez de Andres. . . . Rafael. . . . ¿Por qué no, si el alma de Andres es mucho mas celeste que las vírgenes de Rafael? . En vez de Magdalena. . . . María. . . ! es justo tambien. . . . para un Andres, es decir, para un Rafael, una María, sinónimo de amor profundo, sereno, eminentemente espiritual. . . .Estoy satisfecha.

ESTEVAN

(Entrando)

Perdone la simpática Platoniana. . . .

MAGDALENA

(Turbada)

Padre. . . .

ESTEVAN

[Acercándose al pupitre]

El viejo buho viene á sorprender á la cándida paloma en su mas dulce ocupacion. . . . cuando arregla las blancas plumas de su nido para esperar al suspirado amante. . . .Ah, no admito protestas. Rectifico. . . . no soi un buho. . . . al contrario. . . . en el mismo grado que siento envejecer y secarse esta frágil envoltura, mi espíritu resplandece mas y mas. . . . nunca como ahora tuve mas viva la intuicion del amor de Julieta y de Romeo, tal cual lo has pintado tú y Andres, que es mucho decir, porque han idealizado tanto la pintura, que uno no ve cuerpo allí, sino dos espíritus intangibles sobre la escena eterea del paraíso. Pues bien, esta paradoja de que la vejez del cuerpo rejuvenece el espíritu del poeta que nunca degradó el amor, es un argumento indestructible contra los materialistas; y te lo regalo, como maestro, para tu tésis sobre la simplicidad é inmortalidad del alma, que debes leer en el certémen de familia. En cuanto á las correcciones que acabas de operar en

ese sublime ramancesito, como dirian los franceses, no las encuentro justas: ocultar la personalidad de Andres Lacroix bajo la ficcion de Rafael. . . . ¿por qué esa hipocrecía? El jóven poeta no es ningun borracho, único delito que. . . .

MAGDALENA

Señor. . . .

ESTEVAN

El amor del alma nos acerca tanto á Dios, que las mujeres, en vez de esa ridícula gazmoñería con que lo niegan, deberian confesarlo á boca llena, aunque no lo sintieran. Si la bella romancista, como dicen los franceses, me honrara con la colaboracion, concluiría el capítulo. . . .

MAGDALENA

¿Cómo es que el maestro pide ese honor á la discípula? Ne he tenido otro que vos, desde que salí de las primeras letras. Una tercera parte de mi trajedia «Julieta y Romeo» es vuestra. . . .

ESTEVAN

Y otra tercera parte, de Andres. Escucha el final del poema: Dice ahí: la boda. . . . es el epígrafe del capítulo, ¿no es eso? . . .

MAGDALENA

Sí, padre. . . .

ESTEVAN

Pues voy á escribirlo en dos plumadas, y en conceptos tan tiernos, que ante ellos hallarás pálidas todas las odas de Anacreon. Dicto: «El 10 de Diciembre del señor 1800, á las 9 de la noche, ante toda la nobleza madrileña de pergaminos, y distinguida nobleza del talento, que es la primera nobleza de la tierra, fuera de la nobleza del trabajo honrado, se firmaron los contratos de boda . . .

MAGDALENA

[Levantándose]

(*Ap.*—¡Hoy!)

ESTEVAN

Y, al alba de la misma noche, se velaron en la capilla de familia.

MAGDALENA

(Besando con efusiva gratitud las manos de su padre)

¡Padre mio! ¡padre mio!

ESTEVAN

Queriendo sorprenderte, lo he arreglado todo con el padre de Andres, ¿y sabes que ese chico tiene genio, y mucho? . . . Ah, ah, ah . . . . ahí le tienes, como núm-men inspirador.

MAGDALENA

(Presentándoselo)

Me lo acaba de mandar. El parecido es exacto, y el pincel delicado, admirable. . . . con qué maestría el artista ha sabido velar la expresion de esa vaguedad misteriosa de los poetas, á traves de la cual se adivinan todas las escenas de los cielos!

ESTEVAN

¡Oh! la España triunfará en la pintura. . . . ¡Ola! (*tomando el libro*) y no es poca cosa el pedestal. . . . «La vírgen de los bosques,» la preciosa novela que está causando una revolucion en el mundo literario. . . . . autor anónimo, debe ser frances ¡Oh! los franceses para el idealismo. . . . es decir, la raza latina. . . . ya verás tú lo que vendrá á ser la dramática del porvenir. . . . realismo, sí, pero idealista, fantástico. . . . . La «Vírgen de los Bosques» pasará á la posteridad por el solo mérito de anatematizar tan valientemente el vicio de los licores.

MAGDALENA

Parece que el alma de Andres anima las pájinas de esta incomparable novelita . . . .

ESTEVAN

Romancesca vision de enamorada. . . . ¡Ah! pero ¿y mis usos, mi lectura?

MAGDALENA

Al punto.

(Va á una mesa, toma un librote y vuelve, tomando asiento en un escabel, á los piés de su padre, que habrá ocupado un sillon.)

ESTEVAN

El capítulo V. . . . Gozo cuando veo en la picota á ese repugnante vicio. . . .

MAGDALENA

(Leyendo)

«La borrachez es un vicio feo y. . . .

ESTEVAN

[Interrumpiendo]

A propósito: La embriaguez, dice Plutarco, habita en compañía de la locura y del furor; y Séneca, con exacta profundidad la califica de locura voluntaria. ¡Qué abominable vicio, Magdalena! . . .

MAGDALENA

(*Ap.*—Siempre lo mismo.)

ESTEVAN

Escucha: apénas te cases, dile á Andres que la templanza es madre de la sabiduría. . . .

MAGDALENA

Padre. . . .

ESTEVAN

Ya sé que él y su padre son unos mahometanos. Pero!. . . .

ESCENA SEGUNDA

DICHOS y el criado MAUVAI.

MAUVAI

(Anunciando)

El señor don Bernardo Lacroix y su hijo don Andres...

MAGDALENA

(Ap.—Él!)

MAUVAI

Y el Excelentísimo señor marques de Saint Maurice.

(Don Estevan y Magdalena hacen un signo de disgusto y repugnancia.)

ESTEVAN

(Ap.—No hacia falta. Cuando le veo me acuerdo del borrachon de su hermano, cuyos escándalos causaron la muerte de mi hija Gertrúdis y de mi buena compañera! . .) Condúcelos *(Mauvai sale.)* Lástima que este excelente don Bernardo, se deje frecuentar por él. . . . *(Va á situarse á la puerta de la mampara, miéntras Magdalena guarda el retrato en su seno, el cuadernito en el bolsillo* y la «*Vírgen de los Bosques*» *bajo el recado de escribir)* qué sencillo y majestuoso es el talante de Don Bernardo . . . . la grave y serena inspiracion en su frente . . . un misterio que impone en todo su rostro y su lenguaje . . . . creeria ver á un personaje de Esquilo, si calzara el coturdo y vistiera el manto. . . . Su hijo es tal para cual. . . . Pero. . . . serán mis ojos. . . . Don Bernardo no trae el aplomo de costumbre. . . . claro, el marques lo ha con-

tagiado con su modito frances en el caminar. . . . no entiendo para qué es ese vaiven. . . . le llaman gracia . . todvia en las damas . . .)

ESCENA TERCERA

DICHOS y DON BERNARDO—EL MARQUES de SAINT MAURICE y ANDRES—Mauvai se vuelve de la galería—Magdalena se ha reunido á su padre en la puerta.

ESTEVAN

(Estrechando la mano á los que saluda)

¡ Mi buen amigo Don Bernardo! sabia que no faltaríais á mi cita. . . . . Señor de Saint-Maurice . . . ¡ Mi querido Andres! . . .

(Saludan á Magdalena, y avanzan.)

ANDRES

(A Magdalena, bajo)

¡ Luz de mi alma !

MAGDALENA

(A Andres, bajo, dándole el cuadernito)

¡ Dulce amor mio ! . . . . mi último poema . . .

(Andres le da las gracias con una amorosa mirada, guarda el cuadernito entre el chaleco, y sin aun tomar asiento, todos avanzan: Andres y Magdalena á la extrema derecha. En seguida, formando rueda, don Bernardo; mas á la izquierda el Marqués, un tanto atrás para poder observar á Andres y Magdalena por la espalda de don Bernardo; y don Estevan, despues de cambiar algunas palabras con Mauvai, en la puerta, se reune á ellos, tomando la estrema izquierda. Don Bernardo viene un tanto embriagado; y él no solo comprende su estado, sino que teme se le agrave, ocasionándole la sorda y do-

lorosa lucha que refleja su fisonomía. Sin embargo, solo el Marques y el público conocerán la situacion de don Bernardo. Como se comprende, esta faz del personaje, que es la principal, no puede escribirse, es muda, y su manifestacion corresponde al talento del artista. El escritor apénas debe diseñar un carácter, cuando este se encuentra entre lo sublime y lo ridículo: siendo odioso, repugnante y vulgar en sí mismo, debe inspirar, sinembargo, la compasion tierna y el respeto augusto que inspira la virtud, la honorabilidad y las canas—La precedente explicacion se tendrá en cuenta para todas las escenas análogas, en que se encuentre el mismo personaje.)

BERNARDO

(Al tomar asiento)

(*Ap.*—Mis plantas vacilan. . . .)

MARQUES

(Observando á don Bernardo)

(*Ap.*—Al fin bebió. . . .)

BERNARDO

(*Ap.*—Quisiera sentarme. . . .)

MARQUES

(Observando con despecho á Andres y Magdalena)

(*Ap.*—¡Cándidas criaturas!)

ESTEVAN

(Desde la mampara)

¡Pero, hombre! . . . ¿no habeis tomado asiento? Sentaos. . . .

BERNARDO

(Sentándose con alguna vacilacion y observando con disimulo en derredor.)

(*Ap.*—Dios me ha oído. . . .)

ANDRES

(A Magdalena, bajo)

(*Ap.*—Padre ha apartado los ojos por no interrumpirnos. . . . ¡qué corazon de oro, Magdalena!)

BERNARDO

(*Ap.*—Andres me ha mirado. . . . me pareció el ojo de mi conciencia. . . .)

ESTEVAN

(Reuniéndose)

Habeis sido puntual, mi buen amigo. . . .

(Andres y Magdalena continuan sus mudos coloquios —Han tomado papel y lápiz, y componen versos.)

BERNARDO

Tanto honor. . . .

ESTEVAN

(*Ap.*—Lo noto distraido. . . la emocion.) Estais conmovido; lo comprendo. . . .

BERNARDO

Si; es un evangelio. . . . amo tanto á Andres. . . .

MAGDALENA

(Con entusiasmo á Andres, que acaba de leerle una quintilla improvisada.)

¡Qué ira tan noble! . . . Tienes la misma manía de mi padre. Declámalos. . . .

(Don Estevan, con un gesto pide atencion al Marques y á don Bernardo para escuchar; muestra en esto una cariñosa alegría.—Magdalena y Andres no se aperciben de que los observan.)

ANDRES

(Declamando en voz baja, pero que puede ser oída por los demas.)

Y el estigma indeleble del delito
en sí mismo le puso el alto Juez:
en el fondo de su alma siempre un grito
le persigue llamándole «¡Maldito!
tu razon degradaste en la embriaguez!»

D. ESTEVAN y el MARQUES

¡Muy bien!

BERNARDO

(Desde el principio de la lectura ha prestado una atencion suma, pero suspensa, inquieta y de mortal zozobra, y al final de la quintilla se siente desplomado por una mano invisible, esclamando :)

(Ap.—¡Oh, Dios!)

MAGDALENA y ANDRES

¡Ah! Nos habeis sorprendido. . . .

ESTEVAN

Ya; os creíais en la luna. Pero. . . francamente, en esa quintilla hay reminiscencias muy marcadas de un enérgico capítulo de ese lindísimo romance, como dicen los franceses, la « Vírgen de los Bosques ». . . . aquel contra los borrachos. . . y hasta el estilo tiene sus semejanzas. . . .

MAGDALENA

Convenido, padre. . . . yo tambien se lo acabo de indicar; pero hé aquí la otra quintilla: es Andres pensando, sintiendo y hablando.

ESTEVAN

Lee, Andres. . . .

ANDRES

Señor. . . .

MAGDALENA

(Arrebatándole el papel)

La leeré yo. . . .

(Se pone de pié y declama, dando mayor colorido á la segunda quintilla.)

Y el estigma indeleble del delito
en sí mismo le puso el alto Juez:
en el fondo de su alma siempre un grito
le persigue, llamándole «¡Maldito!
tu razon degradaste en la embriaguez!»

(Mucha atencion de parte de don Bernardo, reflejando una secreta esperanza.)

Mas. Dios unge la frente del precito,
que demanda perdon al alto Juez;

pues entónces la luz del infinito
la razon ilumina del maldito,
y el gusano se hace ángel otra vez!

ESTEVAN

Ese eres tú! bellísimo! *(Don Barnardo mira con alegría y satisfaccion á don Estevan y al Marques.)* Lo sé, amigo don Bernardo: es un espíritu inmaculado. . . . . Hombre: á propósito: conozco la historia horripilante de un Juan Servin, de Marsella. . .

BERNARDO

(Ap.—¡Cielos! . . .)

MARQUES

(*Ap.*—Satanás me ayuda. . . .)

BERNARDO

(Ap.—Quisiera aire. . . .)

ESTEVAN

Era un malvado borrachon. . . .

BERNARDO

[Como hablando consigo mismo]

(*Ap.*—¡Qué afrenta! . . . .) ¿Juan Servin? ¡desgraciado!

ESTEVAN

¡Desgraciado, y mucho! . . . Sus escándalos fueron consumiendo á su buena y bella esposa, que murió al dar á luz el primer hijo. . . . Juan Servin, ó tocado por el dedo de Dios, ó porque habia llegado al colmo de su crueldad, no se detuvo ante el cadáver, y esa noche misma, tomando al recien nacido en brazos, huyó de Marsella, sin que se haya sabido mas de él. . . .

ANDRES

(Indignado)

¡Ah! . . . ese hombre era. . . .

BERNARDO

Calla! calla!

(Esta exclamacion la exhala D. Bernardo con agonía infinita, poniéndose de pié, como tocado por un resorte, y de tal manera, que no acierta á dirijírsela á Andres ó á su sola conciencia, luchando entre el deseo de paralizar la lengua de su hijo y el temor de descubrirse.)

ANDRES

¡Era un miserable!

BERNARDO

(Cayendo en el sillon, como herido por una puñalada)

(Ap.—¡Hijo mio!. . . .)

MARQUES

¡Asqueroso vicio!. . . .

BERNARDO

(Reaccionando por el exceso de su misma vergüenza, dice con dolorosa y humilde indignacion)

Juan Servin era honrado, buen esposo, creedlo. . . Pero, hay otros, señor D. Estevan, que si cruces llevan en el pecho, son salpicadas por el pestífero cieno de las orgías. . . .

(La alusion al Marques es comprendida y causa sensacion profunda: Se ponen de pié todos.)

MARQUES

(Ap.—¡Ira de Dios!)

(Sucede una corta pausa y vuelven á sentarse.)

BERNARDO

Juan Serivn educó á su hijo; y el hijo de Juan Servin es luz entre caballeros. . . .

ESTEVAN

(Con sencillez)

Lo que es eso no decia la historia; verdad es que se interrumpia al llegar la desaparicion de ese infeliz. Ah! no lo olvidaré! tuve yo un yerno!. . . .

MARQUES
(A D. Estevan, aparte)

¡ Don Estevan !. . . .

ESTEVAN

(Ap.—Hombre, y es cierto que. . . .)

BERNARDO

El hijo lo salvó del suicidio y fué prenda de expiacion. . . . El mundo execra á Juan Servin y olvida á Jaime Bomper. . . .

ESTEVAN
(Sorprendido)

¡ Cómo ?. . . .

BERNARDO

¡ Alma grande !. . . . regó con silenciosas lágrimas los zurcos del trabajo ; recuperó su fortuna ; sembró á manos llenas la caridad : le llamaban « la providencia de los pobres ; el hombre justo, el varon fuerte ». .

ESTEVAN

¡Con doble motivo le venero ! ¿ le habeis, pues, conocido ?

BERNARDO
(Volviendo en sí)

Personalmente, no. . . . solo he leido su historia, hasta que naufragó un cierto viaje y arribó á una isla. . . .

ESTEVAN

¡ Justicia del cielo ! es el mismo, Magdalena !. . . . En ese naufragio mi esposa le debió la vida. . . ¿ Cómo fué eso ? ¡ hablad !

BERNARDO

La borrasca desatóse tremenda. . . . parecia que el Océano espiraba en una formidable convulsion. . . . El buque desmantelado, deshecho, crujia próximo á habrir se, entre los gritos de agonía de trescientos pasageros.

TODOS

¡Oh!. . . .

BERNARDO

Bomper se habia colocado al lado de la señora Gertrúdis Argüelles de Montalvan. . . .

MAGDALENA

¡Madre mia!

ESTEVAN

Habia ido á visitar á nuestra hija Gertrúdis, casada con el hermano del Marques; estaba en cinta de Magdalena. . . .

BERNARDO

Bomper, segun dice la historia, traia toda su fortuna en una cajita, repleta de oro y letras sobre Barcelona. . Llegó el momento supremo. . . . el buque se hundió entre el piélago revuelto. . . . Sobre la empinada cresta de una ola gigante, Bomper salió nadando. . . . Con la diestra sostenia á vuestra esposa, con la otra mano la cajita del tesoro. . . .Pero, al fin, los pies de Bomper. . . .

MAGDALENA

¡Dios mio!. . . .

BERNARDO

Sí, Magdalena. . . . los piés de Bomper se cansaron. . . .

ANDRES y MAGDALENA

¡Oh!

BERDARDO

Bomper necesitaba, pues, un brazo para no perecer. . . la cajita era el patrimonio de su hijo, muy niño aun. . . le esperaba la miseria, sin duda, ó trabajar de nuevo, sin éxito quizá. . . . Abandonando á la señora de Montalvan . . . .

ANDRES

Pero Bomper no lo hizo, padre mio, porque en tal caso, desmentia los epítetos de hombre justo, varon fuerte . . . .

BERNARDO

Bomper arrojó al agua su tesoro.

TODOS

(Ménos el Marques.)

¡Sublime!

BERNARDO

Y no sé mas de la historia.

ESTEVAN

Yo sí; la recojí de los mismos labios de mi esposa. Arribaron á una isla: Bomper se constituyó en su esclavo; la salvó del hambre y de la intemperie, como la habia salvado de las olas. Pasó un buque; la embarcó en él, y Bomper se quedó en la isla; fueron inútiles las lágrimas de Gertrúdis. Pero, al separarse, le dió un documento, dirijido á mi, por el cual Bomper adquiria en el seno de nuestra familia derechos tan sagrados como si fuera mi hermano, mí hijo, mi padre: Yo sancioné la voluntad de mi esposa, y aun la encontré corta.

MARQUES

¿Nunca os fué presentado el documento?

ESTEVAN

Jamas. ¡Habrá muerto entre las garras de alguna fiera! . . . .

MAGDALENA Y ANDRES

¡Infeliz!

BERNARDO

(*Ap.*— ¡Vuelve esta pesadez ardiente! . . . .)

MARQUES

(*Ap.*—Media hora mas! . . . .)

ESTEVAN
(A Mauvai.)

Entra.

ESCENA TERCERA

DICHOS y MAUVAI. Entrega una carta á Don Estevan y vuelve á la puerta, cambiando ántes una mirada de inteligencia con el Marques.

MARQUES
(Levantándose)

(*Ap.*—Bribon: sabré utilizarte.)

ESTEVAN

Con vuestro permiso.
(Lee en silencio la carta.)

MARQUES

(*Ap.*—Qué será ello . . . .)
(So pretesto de observar los cuadros, se dirije al fondo.)

BERNARDO

(*Ap.*—Hacia 25 años á que no bebia! . . . .)

MARQUES
(A Mauvai, despacio.)

(*Ap.*—Dentro de dos horas en mi casa.)

MAUVAI
(Lo mismo)

(*Ap.*—No faltaré)

MAGDALENA

(A Andres despacio)

(*Ap.*—La fiesta será pura y espléndida; todos nuestros amigos los artistas y literatos van á concurrir . . .

ANDRES

[Lo mismo]

Va á matarme la dicha ! . . . .

(El Marques vuelve á observar á Don Bernardo.)

BERNARDO

(*Ap.*— ¡ Y he bedido ! . , . ¡ Animo, Bernardo . . . no te han conocido !)

MARQUES

(*Ap.*—Lucha . . . . ¡ lucha inútilmente !)

ESCENA QUINTA

DICHOS ménos MAUVAI

ESTEVAN

(Guardando la carta)

Pues, señor don Bernardo : el notario nos espera para arreglar el contrato matrimonial. De paso tomaremos en el jardin al padre Ambrosio, que velará á los novios en nuestra capilla.

BERNARDO

(Con secreta alegría)

(*Ap.*—Respiro !) Partamos ; cuanto ántes . . . . La

señorita Magdalena. . . . ¿no va á arreglarse? . . . . Andres ¿no tomas los sombreros? . . . (*ap.*—Van á apercibirse! . . .) El señor Marques nos acompañará como testigo. . . .

ESTEVAN

Perdon. Por ahora el asunto es exclusivamente de los dos. . . .

BERNARDO

No entiendo. . . .

ESTEVAN

Los contratos, como sabeis, se firmarán esta noche en mis salones. . . .

BERNARDO

(*Ap.*—Si ántes pudiera conciliar el sueño, por algunas horas! . . .) Sobre las bases. . . .

ESTEVAN

No teneis fortuna, y la mia monta á algunos millones ¿no es eso? . . . Ya os lo decia en mi carta, mi honrado amigo: mi hija no es mercancía; es un alma. Ama, y se casa ó no se casa. Vuestro hijo tampoco es un chalan en la feria humana.

BERNARDO

(*Ap.*—¿Habré propalado algun despropósito?) Me permitireis entónces, que envie á Magdalena un humilde regalo de bodas, y que os ruego no abrais hasta esta noche, en los momentos de firmarse los contratos. . . . .

ESTEVAN

¡Que me place! Precisamente con la misma formalidad iba á ofrecer á Andres mi regalo. . . unos papelotes viejos.

BERNARDO

Papeles tambien es mi regalo.

ESTEVAN

Convenido. Cuando gusteis. . . .

BERNARDO

Honradme, señor. . . . (*ap.*—Lo necesito) con vuestro brazo. . . .

ESTEVAN

Con honor mio. . . . Marques, ya estais invitado. . . . .

(Bernardo se apoya dificilmente en el respaldo de la silla; y al ofrecerle su brazo don Estevan, se ase bruscamente de él, respirando con desahogo.)

BERNARDO

Andres . . . La cajita del regalo está sobre mi pupitre. . . . ve por ella . . . .

ESTEVAN

¿Pero si hay tiempo? . . . ahora se ocupan de versos. . . . y luego él! . . .

BERNARDO

Si, pero. . . como esta noche. . . . es que no quiero confiar eso á un criado. . . . y el tiempo urge. . . (*ap.*—Que no me vea él! . . . todos ménos él! . . .)

(Andres ha tomado el sombrero de don Estevan, y Magdalena el de don Bernardo, entregándoselos. Andres saluda y parte.)

MAGDALENA

(A Andres, despacio, con ansiedad, al partir)

(*Ap.*—¡No tardes, por el cielo!)

BERNARDO

Vamos.

(Parten, conversando á media voz.)

MAGDALENA

(Con inquietud)

(*Ap.*—Sola con este hombre!)

ESCENA SEXTA

El Marques y Magdalena

MARQUES

(*Ap.*—Será la última tentativa.)

MAGDALENA

(Afectando contento y serenidad)

¿Me permitireis que os declame un corto capítulo de la «Vírgen de los Bosques», la novela de moda en el mundo literario?

MARQUES

Perdonad. . . .

MAGDALENA

Ya sabeis que mi vocacion es la carrera de artista trágica. . . .

MARQUES

Constantemente os aplaudo en vuestro teatrito de familia. Pero en este momento. . . .

MAGDALENA

Apelo á vuestra galantería: es un capricho de mujer. . . voy á traer el libro. . . .

(Intenta salir.)

MARQUES

(Deteniéndola)

Ántes oídme. . . .

MAGDALENA

No alcanso. . . . os poneis serio. . . . ¿Os he ofendido?

MARQUES

¡Ah! no quereis escucharme! . . .

MAGDALENA

(Poniéndose grave)

Perdonad. . . .

MARQUES

Ibais á dejar solo al Marques de Saint-Maurice, dando tiempo al regreso de Andres!

MAGDALENA

Marques. . . . apercibios de que fiscalizais mis pensamientos. . .

MARQUES

¡Los adivino, los leo!

MAGDALENA

Y os atreveis á juzgarlos, como otras veces, cuando mi propio padre los supo respetar! Pero, amigo mio. . . . ¿por qué renovar tan desagradables escenas? Inspiraos en los recuerdos plácidos de la primera mujer que amásteis; evocad al cielo, y en el seno de la felicidad de este dia, aceptad, al fin, este lazo de reconciliacion y fraternidad que os ofrezco.

(Le tiende la mano, que el Marques rechaza con despecho.)

MARQUES

Rechazo una proposicion, que me humilla y me despecha! prostergarme por el hijo del arruinado tejedor! ¡Oh! esto es inconcebible en una mujer, que debiera tener una idea exacta de su noble estirpe!

MAGDALENA

¡Marques! . . . . ¡ah, necia y ciega vanidad, que sacrifica el espíritu á un poco de humo perfumado! la tranquilidad profunda y serena bajo de un emparrado humilde á las banales ovaciones de una clase egoista, sin fe, sin amor. . . . y hasta sin afectos de familia!

MARQUES

Estais estraviada, Magdalena: insultais á la sociedad en que vivis, á vuestra propia nobleza. Os dedicais á escribir literatura y á representar tragedias, aunque en vuestro bello teatrito del jardin. . . . ¿qué dirá, pues, la sociedad de vos, si sabe ahora que despreciais al Marques de Saint-Maurice, alta nobleza de Francia, por uno de esos poetas plebeyos, que admitis entre bastidores?

MAGDALENA

(Con severa y mal contenida indignacion.)

¡Cuánta malignidad encierra vuestra traidora amonestacion! . . . . ¡Gracias al cielo, ese rayo ha caido á mis piás, sin tocar mi conciencia! . . . Servir al arte y á las letras . . . amar á una alma grande, á una inteligencia soñadora . . . . he ahí cómo ataco, segun vos, el destino de esa sociedad, que vuestra boca calumnia y empequeñece!

MARQUES

¡Lo repito, Magdalena! . . . .

MAGDALENA

¡Callad! vuestra lengua empaña el nombre familiar de Magdalena, cuando olvida los respetos que se deben á una mujer! . . . .

MARQUES

¡Ah! es que debí llamaros Magdalena de . . . . ¡infierno! Insomnios de rabiosos celos; fiebre quemadora, horrible, esto encierra para Saint-Maurice ese maldito apellido de Lacroix!

MAGDALENA

¡Es natural que el purísimo aliento del poeta os emponzoñe, y que la luz de su bella fantasía hiera vuestras pupilas! . . . .

MARQUES

¡ Le odio, porque le amásteis ! ¡ Y á mí me habeis rechazado !

MAGDALENA

Es verdad, no pude corresponderos: el grito de mi conciencia os repelia: vuestra conducta y esta misma escena me justifican.

MARQUES

Mis estravíos y el haberme constituido una sombra siniestra de vuestras acciones . . . todo fué obra de vuestro desprecio ! . . .

MAGDALENA

¡ Mentira ! os rechacé por soberbio, os desprecié por impuro ! . . . No habia amado aun . , . creia no amar nunca . . . Me aturdia; penetraba en los salones como la mariposa en un escaparate de joyero . . . . ninguna revelacion del cielo habia descendido á mi corazon, para fecundarlo con aquel secreto gérmen de los amores, que nos hace graves y levanta nuestra frente á regiones sublimes, donde no hay oropeles ni vanidades, sino delicadas fruicciones, castos delirios, misteriosa intuicion de la inmortalidad . . . . Vos brillábais en la corte por vuestro título, hasta por la hermosura de vuestras formas estatuarias. El sentimiento del arte me inclinaba vagamente á vos . . . pero ¿ qué es la perfeccion de la materia si dentro del bello fanal se encierra un gusano, en vez de un espíritu ? . . . Os comprendí, Marques . . . y este primer desencanto de la humanidad acaso me hubiera muerto, si á tiempo no aparece el ángel que llamaba en mis sueños . . . . Conocí á Andres, alma inefable . . . .¡ le amé con todo mi ser ! ¡ y rompiendo con la necia hipocrecía, fiando en él, dispuesta á atarme á su destino, aunque no me amara por su parte, le revelé mi secreto, ¡ noble, grande corazon, corazon de verdadero poeta, no me juzgó mal . . . . ¡ me habia comprendido, porque era tan puro como yo ! . . .

MARQUES

¡Me irritais, cargais la nube de mi odio, desgraciada criatura! ¡El mundo puede apagar vuestros sueños!

MAGDALENA

Este amor es verdadero; este amor es santo: vive dentro de mi alma, como el aroma dentro el capullo; ¿qué derecho tiene el mundo, ni mi padre mismo á apagar ese rayo tranquilo que ha encendido Dios para su gloria, y que como una de las tantas antorchas invisibles, guia por entre las tinieblas á la insensata humanidad? Me habria unido á vos, Marques, y no hubiera pasado de un instrumento, de un utensilio de hogar. Pero, amando . . . .cómo se ensancha y se fecundiza el alma! entonces se hace humana; se sublima la mujer, la esposa, la madre: su papel, aun en el desierto, se hace infinito . . . . fuera del amor, el egoismo corroe, enjendra el crímen, nos convierte en fiera . . . . el amor, solo el amor nos incorpora al órden supremo del universo, y polvo un dia en la urna de la tumba, el polvo se hace espíritu y se remonta al cielo!

MARQUES

¡Basta! ¡maldicion! Sí; la orgía y el juego me han consumido! el espíritu es una farsa de los enloquecidos . . . Si existe, reniego de él! Estoi arruinado, la fiebre de poseerte me consume. Mi castillo de Marsella fué á las arcas de los avaros, y pensé entónces en vuestro opulento patrimonio. Hastiado de las hermosuras de la corte, flores artificiales de cera ó monótonas odaliscas, busco en vuestras gracias sencillas el último galvanismo á mi cadáver, devorado por la tísis! . . .

ESCENA SÉPTIMA

DICHOS y ANDRES—Este aparece en la puerta de la mampara y se detiene sorprendido; comprende luego la situacion, y sin ser sentido, adelanta lentamente, sombrío, convulso, sacándose violentamente un guante.

MAGDALENA

(Con suprema repugnancia)

¡Oh!. . . , quisiera!. . . . ¡Sois un miserable !. . . .

MARQUES

(En el colmo del despecho)

Despreciadme! ¡Ira de mí! Pero, la venganza es dulce, sabrosa! Escuchad: la mano del miserable hoy mismo va á marcaros con la deshonra indeleble!. . . .

MAGDALENA

¡Infame! Dios paralizará vuestra lengua!. . . .

MARQUES

No será éntes de revelar á todo Madrid que el padre de Andres Lacroix es el borracho de Marsella Juan Servin!. . . .

MAGDALENA

(Cayendo de rodillas. y exhalando un grito de anonadamiento)

¡¡Ah!

ANDRES

(Dando un paso y arrojando con ira y certeramente el guante al rostro del Marques, que no se conmueve)

¡¡Calumniador!! ¡¡mentis!!

ESCENA OCTAVA

DICHOS—D. ESTEVAN y D. BERNARDO, de bracete, riendo con espansiva satisfaccion, aparecen y se detienen en la puerta de la mampara, en los momentos de arrojar Magdalena el grito.

DON ESTEVAN

(Terminando la frase al presentarse)

Serán muy felices. . . .

BERNARDO

(Poniéndose serio, entreviendo vagamente lo que sucede)

(*Ap.*—¡Qué es esto!. . . .)

DON ESTEVAN

(Aplaudiendo con ingenuidad)

¡Bravo!. . . . (*á D. Bernardo*) Ahí teneis el final del primer acto de la trajedia de Andres, que se dará esta noche. ¿No es verdad que es patético? ¡Y qué bien ejecutado! ¡Bravo al autor y á los artistas!

MARQUES

(Glacial, con sangriento odio y seguridad de la venganza)

(*Ap.*—¡Pobre niño!. . . . ¡le mataré!)

(Dominados par la violencia suprema de la situacion, parece que ninguno se ha apercibido de la llegada de D. Estevan con D. Bernardo. Mantienen, pues, su actitud hasta la caida del telon, como si fuesen un grupo de estatuas.)

(Telon rápido)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Vasto y suntuoso salon en casa de D. Estevan, con escasa iluminacion, hasta la escena de la firma de los contratos, en la cual será espléndida—Gran puerta al fondo, por la cual, al abrirse, se descubre otros salones, tambien lujosamente amueblados—Puertas laterales con blancas colgaduras, como la del fondo—A la derecha, una ancha tarima con gradas, y sobre ella una mesa con ámplio tapete de terciopelo rojo bordado de oro: sobre la mesa escribanía y dos cajitas de ébano, la una con ricas incrustaciones—Apesar de la riqueza y suntuosidad de este salon, le preside un gusto poético en su adorno: muchas flores y espejos; no debe faltar una gran araña en el centro.

ESCENA PRIMERA

ANDRES y MAGDALENA, de bracete, por la derecha—La escena aparece un instante sola—Una lijera nube sombrea la frente de Andres.

MAGDALENA

La negra nube se disipó; el contento rebosa en el rostro de nuestros padres; y apénas se firmen los contratos y tomemos algun refresco, principiará tu tragedia en nuestro teatrito. ¿Con que nos reservabas esta sorpresa, eh? . . . . Causará sensacion, me lo ha asegurado la baronesa Estela, que hace la protagonista . . .

¿Sabes que eres tremendo con los borrachos? . . . Escucha una crítica: el desenlace . . . es contristador.

ANDRES

Es verdadero? . . . .

MAGDALENA

Sin duda: el suicidio del borracho, que deshónra á una familia inocente, es verosímil . . . . pero, en primer lugar, no todo lo verosímil es verdadero. . . .

ANDRES

Ni todo lo verdadero es verosímil. . . .

MAGDALENA

Y en segundo lugar, el realismo en la dramática no debe aceptarse tan descarnado segun la moderna escuela: sobre la belleza real está la ideal. Al ménos, la dramática del porvenir correjirá á la del dia.

ANDRES

La belleza ideal está esencialmente en la moral; y un borracho de la clase que pinto en la tragedia, merece un muy castigo. . .

MAGDALENA

Ah! esas no son tus doctrinas, Andres: mas bello es el perdon que el castigo!

ANDRES

Es cierto! ¡mi buena Magdalena!

MAGDALENA

Dentro de una hora se firman los contratos; en la noche de mañana nos velamos; á la noche siguiente vas á darme una serenata al pié de mis balcones, te tiro la escala, y el esposo trovador asciende. . . .

ANDRES

Al cielo! . . .

MAGDALENA

Pero ántes reformaremos el desenlace de la tragedia, en honor al Dios paternal del Calvario y al dulce himeneo del bien y de la poesía.

ANDRES

¡Divina criatura!

MAGDALENA

Queda convenido; y miéntras llegan los convidados, hablemos de nuestro amor; aquí á mis piés (*Lo ejecutan*) ¡qué apacible y grata soledad, mi tierno dramaturgo!.

ANDRES

Para quien no sabe leer los signos misteriosos del porvenir, dulce y apacible es la calma que precede á la tempestad.

MAGDALENA

¡Volvemos á las sombras!. . . En el alma serena de un poeta, el espíritu divino brilla sin nubes.

ANDRES

Esa luz divina eres tú! ¡te amo y te bendigo! ¡Ah! el marques!. . . .

MAGDALENA

¡Esa es la nube de tu frente! ¡ay! cree en la sancion de una lei inexorable, que rige las acciones. ¿Pero no me has dicho, Andres mio, que esquivarias ese duelo, que sin pensar en mí provocastes?

ANDRES

¿Qué hacer despues de oirle?.

MAGDALENA

¿Qué?. . . despreciar la calumnia!

ANDRES

¿¡Y el mundo, Magdalena!? ¡Y mi nombre, que en breve será tuyo!?

MAGDALENA
(Inspirada)

Ántes que el mundo está Dios; ántes que la vanidad mezquina, los grandes afectos del alma! Aunque la sociedad aplauda el homicidio disfrazado ¿qué responderás al juez supremo, en la hora que te llame á su presencia?

ANDRES

Bien sabes, Magdalena, que mi espada no logrará rosar siquiera el volado de la camisa de ese hombre.

MAGDALENA

¡Oh! harto lo sé! Pero ¿cómo es posible que un falso honor, un orgullo insensato y carnicero, sofoquen en tu alma pura los gritos de la moral y de la naturaleza, que es la voz de Dios? ¡¿y tus juramentos de amante?! ¿y tus juramentos de esposo!?

ANDRES

¡Dame valor!

MAGDALENA

No me amas; nunca me amaste, cuando prefieres ese fantasma ensangretado del duelo, á la horrible angustia de tu pobre Magdalena!

ANDRES

¡Perdóname!

MAGDALENA
(Besándole en los cabellos, anegada en lágrimas)

¡Qué regalo de bodas!! Dios mio! ¡tu cadáver! ¡oh ¿Pero á dónde ha batido sus alas ese genio, que te habitaba? . . . Aun dentro de la tumba sentiríamos una voz acusadora y angustiosa, llamarnos: ¡parricidas! ¡parricidas!

ANDRES
(Con heróico esfuerzo)

¡Magdalena! . . . no me batiré!

MAGDALENA

[Lo besa en la frente con alegría infinita]

¡Gracias! ¡gracias!....

ESCENA SEGUNDA

DICHOS y el MARQUES, visible entre las cortinas de la puerta izquierda.

MARQUES

(*Ap.*—De todos modos ¡le mataré!)

ANDRES

[Levatándose]

Pero, abandonemos este sitio.... (*Ap.*—Tengo vergüenza!..) el aire del jardin refrescará mi frente..... aun arde bajo el candente oprobio!...

MAGDALENA

¡Calla! Calmaos!... La comedia se fingió bien. No tendrá consecuencia. Salgamos. (*ap.*—Sus pasos seguiré, como una sombra!...) En breve bajaremos de allí ya esposos, y el paraíso nos abrirá sus puertas!

(Ha aludido á la tarima.)

ANDRES

¡Pluguiera á Dios!

Salen por la derecha—El Marques adelanta un paso, siempre asido de las cortinas, y con odio sangriento comtempla alejarse los amantes.)

ESCENA TERCERA

MARQUES—luego MAUVAI

MARQUES

¡De donde en breve bajaremos ya esposos! así se lo ha dicho ella! . . ¡ cándidos vicionarios! . . . Otra cosa ha dispuesto el infierno que me inspira! . . . El escozor del ultraje, la sed de la venganza, el volcan de un amor que atormenta mis sentidos . . . . la fiebre de la codicia . . . levantan un enfurecido oleaje dentro mi pecho. . ¡ desgraciados. . va á derramarse sobre vuestros azahares !. . La sangre es poco. . . pero la sangre correrá primero . . . . sí! matarás, Saint-Maurice, sin conmoverte, con zaña fiera! . . el afortunado trovador caerá al pié de los balcones de su amada, al preludiar su cancion de bodas . . . solo un cadáver va á subir al tálamo nupcial! . . . ¡ Oh! Magdalena, la rica y hermosa Magdalena será tuya, Saint-Maurice? . . . ¡ su misma castidad aumenta el fuego en que te abrasas! . . ¿ Será tuya? . . . si! ¡ tuya! . . . (*Pausa*) ¡ imprudente doncel enamorado ! arrojaste los girones de tu guante al rostro del Marques de Saint- Maurice! . . . Mi acero que no ha errado nunca el pecho de un rival, ya ha de cretado el sepulcro para tí! . . . ¡ Morir tan jóven . . . cuando la aurora alumbraba en tu frente los primeros capullos! . . . inteligencia soñadora, corazon sensible, lira melodiosa . . . . ¡ irrision ! el desenlace de tu tragedia de esta noche yo la escribiré !

MAUVAI

(Con recato)

Señor Marques.

MARQUES

Has tardado. . . .

MAUVAI

Me hicisteis el honor de encargarme. . . .

MARQUES

¿Bebe? . . .

MAUVAI

Bebe. . . . . poco, pero sigue. . . .

MARQUES

¿Y la escala? . . .

MAUVAI

Todo listo para esta madrugada. Don Estevan ya conoce las voces que convenia hiciera cundir; pero no las cree. . . .

MARQUES

¡Las creerá, vive Dios! . . . Vete, excelente Mauvai, que acaso se nos observe. . . . el momento te lo avisaré. . . . Entrando por el fondo de la quinta, la primera ventana del segundo patio. . . .

MAUVAI

Exacto: allí me hallareis; y os respondo de todo.

MARQUES

Eres digno de servir á un rey.

MAUVAI

El plan es seguro: El salon enlutado, que comunica con el Departamento de la señorita Magdalena no se abre sino para ir á orar á la capilla de la finada esposa de don Estevan, lo cual sucede solo anualmente. . . El paraje es, pues, solitario; la noche, negra como las alas de un cuervo. . . . nuestros brazos firmes, armados. . . . aquí, la audacia.

(Tocándose el corazon.)

MARQUES

(*Ap.*—El plan está garantido; y, dejando á la espalda la frontera de España, un falso ó verdadero matrimonio me pondrá en posesion de Magdalena y sus millones.) Bien; no perdais tiempo, futuro señor Baron de la Florida. . . .

MAUVAI

[Besando la mano del Marques]

¡Oh, munificente señor! Beso la mano generosa. . . .
[Mauvai se va.]

MARQUES

(*Ap.*—Que sellará el silencio en tus labios, ántes de cruzar los Pirineos. . . . El dado está ya tirado sobre este oscuro tapete. . . ¿triunfaré? . . Saint-Maurice. . . triunfarás!)

[Se va por la izquierda.]

ESCENA CUARTA

Don Estevan. Por la derecha y frotándose las manos en signo de satisfaccion íntima

DON ESTEVAN

La concurrencia se aumenta . . . qué rejuvenecido me encuentro: mi corazon parece un pájaro escapado de la jaula! . . . ¡cuánta sorpresa! . . . ignora Magdalena que yo hago el barba en la tragedia de Andres. . . El mismo don Bernardo ignoraba hasta hace un momento la existencia de esta bella produccion de su hi-

jo . . . . Magdalena encuentra excesivamente severo el castigo impuesto al borracho; pero! demonio! despues de lo que pasa, despues del inaudito bochorno que toda una familia sufre por su vicio. . . . . Sí; pero el suicidio es una cobardía, una inmoralidad: Magdalena tiene razon: concibe y siente la verdadera belleza: Andres ha olvidado la historia de Juan Servin. Si ese desgraciado se hubiese estrangulado, no labra la felicidad de su hijo, no da el pan á tantos obreros, no salva del naufragio á mi buena compañera; por consiguiente, no tuviera existencia Magdalena, benefactora de los menesterosos de Madrid, inspiracion y vida de un poeta, de una alma como Andres, jugo de mis canas, ramas secas por el sol abrasante del mundo. Ahí está, pues, la prueba práctica contra el suicidio. ¡He de impedir que Andres imprima su drama con ese defecto insubsanable! Juan Servin fué un borracho, pero se corrigió y se hizo un ejemplo sublime! (*Se oyen carcajadas en el interior, percibiéndose mas clara la de don Bernardo.*) Distingo la voz de don Bernardo entre esas carcajadas . . . . la emocion! . . . Pero, mal me suenan esas espansiones. . . ¡Dónde está Saint Maurice! . . . Infame! juraria que es él quien ha esparcido las voces de que don Bernardo bebe! ¡qué disparate! . . . bien es verdad que, á ser eso cierto, le arrojára de mi casa! . . .

ESCENA QUINTA

Don Estevan y Magdalena, por la izquierda

MAGDALENA

Padre mio. . . . se os busca; la concurrencia llena los salones.

DON ESTEVAN

Necesitaba un momento de soledad, para serenarme ¿Concíbes una noche mas bella, Magdalena? . . .

MAGDALENA

¡Ah, padre! no se puede describir!

DON ESTEVAN

¿Están todos mis muchachos los literatuelos?

MAGDALENA

Los diez, sin faltar uno. . . . loco lo tienen á Andres con improvisaciones oportunas, sonetos, quintillas. . . .

DON ESTEVAN

[Riendo]

Y epitalamios. . . .

MAGDALENA

Andres parece un arcángel en medio de un coro celeste. . . .

DON ESTEVAN

Romancesca vision de enamorada. ¿Y el notario?. . .

MAGDALENA

Está.

DON ESTEVAN

Tú y Andrés presidan la concurrencia. . . . tengo que coordinar las pocas palabras inaugurales del acto.... no se me ocurre nada. . . . la felicidad me ofusca, me ahoga.

MAGDALENA

(Presentando la frente para recibir el beso de su padre]

¡Padre adorado!

DON ESTEVAN

Anda, querida, anda! (*Magdalena se va.*) ¡Ah! si hubiera alguno que destruyera tu felicidad! . . . ¡pero

quién seria capaz de semejante crímen! . . . . Ah, la puerta se abre. . . .

Se abre la puerta del fondo, y por ella penetra la concurrencia.

ESCENA SEXTA

Don Estevan—Andres y Magdalena—El notario—Damas—Caballeros—Diez literatos jóvenes, de largos cabellos; con ramos de flores en el ojal del pobre traje que vìsten; y con composiciones escritas en la mano. El Notario sube hasta la mesa con los contratos. Le sigue D. Estevan, que se coloca al lado de Andres y Magdalena, al pié de la gradería—Una orquesta preludia en el interior un canto melodioso, alegremente tierno y suave.

DON ESTEVAN

(Miéntras saluda á la concurrencia)

(*Ap.*—Falta D. Bernardo. . . . Ah! comprendo. . . . la emocion. . . . yo mismo tiemblo como un niño ante sus examinadores. . . .)

[Sube á la tarima.]

CORO DE VOCES

(En el interior, al son de la melodía)

Que cubra el benigno Dios
las frentes de los esposos,
para que siempre fulgure
en ellas un santo amor.

[Cesa el canto y la música]

DON ESTEVAN

[Muy emocionado]

Amigos mios: He recurrido á vuestra induljencia'

para que seais honorables testigos de un acto, el mas solemne de la vida; la union de dos existencias. . . . alianza no ménos indisoluble por el sello de la religion, que por el voto espontáneo de dos voluntades. Mis lágrimas os testimoniarán lo que para los padres significa la felicidad de los hijos, cuando esa felicidad y ese cariño buscan su base de eterna duracion, en lo único que puede concederla: el afecto puro y la moral austera. (*Suaves murmullos de aprobacion y tierno respeto*). En nombre de mis canas, que el aliento del mundo no manchó jamas, os garanto, que el cielo bendice esta union. Sus arras no serán el oro y el diamante, cuyos reflejos ofenden la pupila de los ángeles. Vais á conocerlas.

NOTARIO

[Leyendo el contenido de una de las cajistas]

Magdalena de Montalvan, hija única del Conde Estevan de la Torre. . . .

TODOS

[Sorprendidos]

¡ Conde!. . . .

NOTARIO

[Contínuando]

Lega á los menesterosos de Madrid nueve décimas partes de su herencia, importando esta quinientos mil fuertes.

TODOS

[Arrebatados]

¡ Sublime !

NOTARIO

[Tomando el libro de la otra cajita y leyendo en la primera hoja]

Andres Lacroix ofrece á Magdalena de Montalvan su primera novela « La Vírgen de los bosques ».

TODOS

[Con admiracion]

¡ Su autor !

DON ESTEVAN

¡Hijo mio! genio, que superarás á Lope! que venga tu padre á llorar de satisfaccion en el seno de tu gloria!

(Preludia la orquesta el mismo canto anterior—D. Estevan con la pluma que le ha entregado el Escribano, principia á descender la gradería, deteniéndose al presentarse D. Bernardo; oprimido por una sospecha cruel).

ESCENA SÉPTIMA

Dichos y Don Bernardo, completamente ébrio, sostenido por el Marques. Este lo conduce hasta el centro de la escena, y allí disimuladamente lo abandona, apartandose unos pasos y contemplándolo con infernal satisfaccion, que apénas disfraza—Bernardo entra sosteniendo una lucha moral tremenda para no caer, pues comprende la situacion, siente el escozor de la vergüenza, entreve las consecuencias fatales que van á sobrevenir, y sinembargo, su impotencia es completa. Quiere pulverizar con una mirada al Marques; da unos traspies, y se desploma, arrojando una estridente carcajada de loco.

DON BERNARDO

¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

TODOS

[Con terror y compasion]

¡¡¡Cielos!!! *(Magdalena se desmaya en brazos de Andres; don Estevan cae de rodillas anonadado; Andres avergonzado y como herido de muerte oculta el rostro sobre la cabeza de Magdalena; la atonía es general pero el Marques, de pié, ergido y con la concentrada alegría de Satan al agarrar la presa, esclama:)* (*ap.*—Saint-Maurice! ¡triunfaste! . . .)

CORO INTERNO

(Canta)

Que cubra el benigno Dios
las frentes de los esposos,
para que siempre fulgure
en ellas un santo amor.

(Telon lento)

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Dormitorio de don Bernardo, con puerta al fondo y á la izquierda; el ajuar de la pieza es modesto, pero decente, mui limpio y ordenado. En el velador la biblia, un vaso de agua, casi agotado, y una campanilla—Libros y escribanía sobre otra mesita con cajones. Del techo pende una lamparilla encendida, y sobre el pupitre un candelabro de cinco luces, apagado—Es la continuacion de la misma noche en que pasa el acto segundo.

ESCENA PRIMERA

Don Bernardo, dentro del lecho, cuyas cortinas, ámplias y pesadas, lo ocultan completamente. Viste como en el acto anterior, pero en desórden el traje y cubierto de polvo—Jacobo, con un vaso de agua, que cambia por el del velador. La escena aparece sola un breve instante.

JACOBO

(Cambiando el vaso y contemplando el lecho)

¡Pobre mi buen amo! su sueño es inquieto; su respiracion, afanosa. . . . ¡maldito caballo, que le derribó!. . . . ¿Pero á quién se le ocurre montar con semejante noche, oscura como boca de lobo. . . . y luego, en la que debia formarse el contrato matrimonial?. . . . pues! castigodel cielo! ¡oh! cuando hacemos una co-

sa, que no está en órden, el castigo viene, tarde ó temprano!. . . . Felizmente no está estropeado. . . . Ah! olvidaba que debo introducir el Marques al gabinete del señorito. . . . *(volviendo á observar á D. Bernardo)* Parece que lo agitara una pesadilla cruelísima!. . . . ¡Ah! ¡qué tiempos aquellos de Bayona, en que mil obreros de la fábrica de tejidos recibian el pan de su mano, y mil familias, el distrito entero le bendecia como á una providencia!. . . . Se le ocurrió irse á la Coruña donde la crianza de su hijo estaba confiada á una tia. . . Sinembargo. . . . en la vida de este excelente D. Bernardo hay algun espeso misterio que nunca quice penetrar. . . .

(Se va por el fondo, pensativo.)

ESCENA SEGUNDA

Don Bernardo, dentro del lecho, luchando con una pesadilla

DON BERNARDO

¡Detente, Saint-Maurice! ¡detente! . . . *(Abandona el lecho con pavor, como acudiendo en auxilio de su hijo, y tocando la campanilla al saltar del lecho—corre hasta el centro de la escena, donde se detiene como ante el cadáver de Andres.)* ¡Oh! . . ¡Infame Marques. . . . ¡le has asesinado! . . . *(Cae de rodillas; despierta; se pone de pié, aturdido, se examina, coordina sus ideas. . . .)* Sí. . . . . dormia. . . . . este es mi cuarto. . . . . allí mi sillon de baqueta. . . . mibiblia en el velador. . . . pero. . . . ¿cómo es que estoy vestido? . . . este traje de fiesta . . .

er desórden. . . *(se examina la camisa)* mi camisa. . . ¡una mancha de rom en la pechera! ¡Cielos! ¡no! ¡¡infierno!! *(Se desploma en el sillon—y despues de un momento en que murmura contradictoriamente cierto diálogo con su conciencia, se levanta delirando.)* ¿Borracho yo? . . . ¡miente Saint-Maurice! . . . Yo os probaré, augusto jurado de la opinion pública, que el criminal es él y no yo. . . . Las pruebas! ¡Ah! ¿qué pruebas puede ofreceros la lucha sorda de la conciencia! ¿Cómo os probaré mi eterno dolor, mi regeneracion por las lágrimas, por el fuego, por el remordimiento, por la virtud, si todo ha pasado silencioso, profundo? . . . pero el ojo de Dios llega hasta el fondo del abismo, y si me condenais, subiré al patíbulo entre vuestras maldiciones; mas, luego apelaré ante Dios; no de mi inocencia, porque fuí criminal, sino de mi pasificacion! . . . ¿Borracho yo? . . . ja! ja! ja! ja! . . . ¡mentira! yo no estaba borracho; no podia estarlo en aquel solemne instante. . . . ja! ja! ja! ja!. . . .

(Vuelve á caer, aturdido.)

ESCENA TERCERA

Don Bernardo y Jacobo

JACOBO

Llamarme con tanta violencia. . . . *(Tocándole en el hombro.)* Aquí estoy, don Bernardo. . . .

DON BERNARDO

(Levantándose sorprendido, y con amargo disgusto)

¿Quién eres? ¡á espiar mis pensamientos! ¿pero con qué derecho? ¡sociedad compuesta de miserias y tiranías! Por ventura os estorbo en vuestro destino?... Contestadme! ¿Quién os ha mandado aquí? . . .

JACOBO

Habeis tocado la campanilla. . . .

DON BERNARDO

¡Mientes! . . . Ah! tú eres Jacobo. . . mi amigo de veinte años. . . . Perdóname. . . . sí, te llamé . . . . *(Confuso, avergonzado, pero deseando averiguar si aquél conoce la escena en casa de don Estevan.)* Dime. . . . efectivamente. . . . estaba rendido. . . . creí encontrarte aquí, para que me desnudaras. . . . ¿Qué decias?. . . .

JACOBO

El señorito Andres no quizo que entrara; él solo os bajó del coche y os condujo. . . .

BERNARDO

Es cierto; él queria hablarme de sus asuntos. . . qué carruaje tan desmantelado. . . . debo tener sucio el traje. . . . *(Jacobo, tomando una escobilla y cepillando á* don *Bernardo. . . .)* y un traqueo diabólico. . . . he roto los suspensores del pantalon. . . . .

JACOBO

[Sepillando]

No, sucio, no. . . . Felizmente, segun me dijo el señorito Andres, no os ha estropiado la caida del caballo. .

BERNARDO

Sí. . . . la caida. . . .

JACOBO

No hay que fiarse. . . . en la juventud se domina el caballo: pero ya cuando uno va para viejo. . . .

BERNARDO

(*Ap.*—¡El caballo!. . . . Andres me ha salvado !. . . .)

JACOBO

Es lo mas peligroso una caida. . . . Fué singular capricho el vuestro. . . .

BERNARDO

Era necesario, Jacobo. . . . un asunto urjente. . . . Mira : saca del armario mi bata. . . . toma el frac. . . . (*Jacobo ejecuta*). . . . y prende ese candelabro, todas sus luces. . . . (*ap.*—Las sombras me dan miedo. . . . .) tengo que escribir. . . .

JACOBO

(Prendiendo el candelabro)

¿ Os traigo el chocolate ?

BERNARDO

No. . . . te lo pediré. . . . ahora necesito soledad. . . . es que se trata de un amigo. . . . asunto grave. . . . en fin, no puedo esplicártelo. . . . no me pertenece el secreto. . . .

JACOBO

Os prevengo que aun tenemos cuatro horas de noche. . . .

BERNARDO

(*Ap.*—¡ Nada mas que cuatro horas !. . . Lo sé. . . . por lo mismo. . . . Mira. . . . dejame solo. . . .

JACOBO

(*Ap.*—Por eso es que el señorito vela, y espera al Marques. . . . Ya voy comprendiendo.)

(Se va—Don Bernardo se ha sentado en el sillon.

BERNARDO

(*Ap.*—¡ Qué fatiga ! . . .)

———

ESCENA CUARTA

BERNARDO y MAGDALENA—Jacobo vuelve con Magdalena hasta la puerta, y desde ésta le señala á don Bernardo—y se va—Magdalena viste de negro—Avanza un paso y se echa el velo á la espalda.

MAGDALENA

(*Ap.*—¡Padre infeliz! . . . Debo cumplir mi dolorosa mision! . . . (*Dan doce campanadas en el relój. Magdalena se contrae.*) Las doce. . . . Jacobo me dice que aun no ha salido Andres.

BERNARDO

(*Ap.*—La fiebre me invade por momentos. . . . parece que voy á volverme loco ¡y este torcedor agudo en el alma! . . . (*Se levanta agitado y se detiene estupefacto al ver á Magdalena.*) ¡Magdalena! . . . .

MAGDALENA

Señor. . . .

(Las lágrimas no la dejan continuar)

BERNARDO

Vienes á demandarme cuentas!. . . . ¡Oh! ¡basta con la sombra de mi propia conciencia, que me ahoga! . . . Vosotros estais allí. . . . jóvenes, hermosos, la aureola de la inteligencia fulgurando en vuestras sienes, la felicidad brillando en vuestros labios, que nunca se mancharon! . . . ¡Dios mio! ¡qué es lo que he hecho! . . . No debo huir, para que vuestra justa cólera se descargue sobre mí con todo el peso de la vergüenza y del oprobio! Sinembargo, no podreis

imaginaros lo agudo de este dolor, que como una serpiente me muerde las entrañas. . . .

(Llora á sollosos.)

MAGDALENA

(*Ap.*—¡ Y yo me creia la mas desgraciada! . .)

BERNARDO

Andres vendrá. . . . ¡ Oh! el valor me falta; no podré soportar su mirada; necesito huir; quiero huir; adios ¡ bésale en mi nombre!

(Va á alejarse; y Magdalena se prende de él, forcejeando por detenerle.)

MAGDALENA

¡ Deteneos! ¡ sería este un crímen! ¡ por piedad! ¡ ved que va á matarle el infame!

(Bernardo sufre una eléctrica conmocion. Toma con fuerza la mano de Magdalena y baja con ella como arrastrándola.)

BERNARDO

¿ Quién? ¡ decidme quién! ¿ un infame has dicho? ¡ Ah! ¡ es el Marques!

MAGDALENA

(Con precipitacion)

Se han desafiado. . . .

BERNARDO

(Con precipitacion)

¡ Con Andres! . . .

MAGDALENA

(Con precipitacion)

Sí; esta madrugada, dentro de breves momentos se batirán, lo adivino, lo sé.

BERNARDO

Pero ¿ por qué ese duelo? ¡ Ah! ¡ callad! callad! ¡ bien lo adivino ¡ y un rayo no bajó á calcinarme!. . .

MAGDALENA

La escena de esta mañana no era la ejecucion de la tragedia de Andres, sino una accion real. . . .

BERNARDO

¡Providencia! ¡Andres me castiga en esa tragedia! ¡qué infinitas amarguras he devorado cuando me la leia! . . . La escena de esta mañana era efectivamente el desenlace del primer acto de la tragedia; y, sinembargo, me heló la sangre un presentimiento fatídico! . .

MAGDALENA

Una mano misteriosa ha convertido en realidades las ficciones: como en la tragedia, Andres escuchó el final de una escena entre el Marques y yo. . . . Rechazado Saint-Maurice en sus indignas proposiciones, amenazaba á Andres con una calumnia, que os heria á vos de muerte. . . .

BERNARDO

(Ap.—¡Cielos!)

MAGDALENA

Andres la oyó! ¡qué inaudita calumnia! *(Don Bernardo enmudecido, intenta parar la lengua de Magdalena y no escucharla.)* Amenazaba á Andres revelando á todo Madrid una impostura, asegurando que vos erais el borracho de Marsella, Juan Servin! . .

BERNARDO

(Apartándose con el horror de la vergüenza)

(*Ap.*—¡Dios! . . .) (*Vuelve con resolucion, propia mas bien del delirio.*) ¿Dijo que yo era . . .

MAGDALENA

Calmaos, señor! . . .

BERNARDO

Juan Servin era rico, feliz, muy feliz, Magdalena, al calor de una esposa amante y virtuosa. Pero. . . ¡Maldi-

cion! . . . Juan Servin, Magdalena, bebió . . . . se embriagó: una vez por francachela en la mesa del Marques de Saint-Maurice, hermano de este otro libertino.... Siguió bebiendo. . . . ya no en su mesa y en las de la aristocracia. . . . sino en el café. . . . del café pasó á la taberna. . . . ¡á las calles, Magdalena! . . .

MAGDALENA

¡Oh!

BERNARDO

Era honrado; pero, al hacerse borracho, se hizo infame. . . . Lleno de lodo y desgarrado el trage, desgreñado el cabello, los ojos vidriosos, en sucia y hedionda espuma embardunado el labio, presentábase á su esposa, delicada como una azucena, pura, sensible, ideal como una vírgen, y ya podeis imaginaros, Magdalena, lo que esa alma inmaculada sufriria con los escándalos del esposo degradado! . . .

MAGDALENA

¡Callad! . . .

BERNARDO

Vos sabeis lo demas. . . . Juan Servin fué el ludibrio de Marsella: le despreciaron los amigos y luego le despreciaron tambien hasta los mismos borrachos! Ya lo sabeis. . . . huyó como un maldito, empujado por el dedo de Dios! . . .

MAGDALENA

Pero vos, señor don Bernardo, no sois aquel desgraciado; es una calumnia infernal de Saint-Maurice! . . .

BERNARDO

El Borracho, mi buena Magdalena, va de abismo en abismo; no tiene pudor, no tiene vergüenza. . . El que hizo apurar á su esposa el cáliz de todas las amarguras, y al ser madre, la mató con el último escándalo, *(enjuga sus lágrimas)* acaba de herir ahora el inocente corazon del hijo *(cayendo de rodillas* y *tomando*

suplicante las manos de Magdalena.) ¡Perdóname Magdalena! ¡Yo . . . . yo soy . . . . ¡yo soy Juan Servin!

MAGDALENA

(Anonadada)

(Ap.—¡¡Era él!!) *(Pausa)* Levantad..... No hay tiempo que perder; . . . . Saint-Maurice matará á Andres, nuestro mas bello lazo con la tierra y con Dios!

BERNARDO

(Levantándose enérgico)

¡Ira de Dios!

MAGDALENA

So pretesto de orar en la capilla, he podido abandonar la casa paterna para venir á preveniros. Andres no ha salido aun de su cuarto, acaba de decírmelo Jacobo. ¡Salvemos á Andres, señor! ¡me moriria sin él! ¡me moriria!

BERNARDO

No desesperes, angustiada criatura; me siento fuerte. . . . Vuelve. . . . dile á tu padre que esta misma noche partiré de Madrid; me iré á América; nadie sabrá de mí. . . .!

MAGDALENA

¡Eso jamas lo consentiré!

(Don Bernardo iluminado por una idea venturosa.)

BERNARDO

¡Oh, cielo! . . .

MAGDALENA

¿Qué os pasa? . . .

BERNARDO

Te espero; anda, habla con don Estevan y vuelve á avisarme el resultado. . . . No te demores.

MAGDALENA

(Echándose el velo)

Volveré, señor.

(Parte—Don Bernardo toca la campanilla.)

ESCENA CUARTA

BERNARDO—En seguida JACOBO

BERNARDO

Dios desvie de nuestras cabezas su tremenda ley de justicia!

JACOBO

(Presentándose)

Señor. . . .

BERNARDO

Escucha, Jacobo. . . . Andres no ha salido de su cuarto. . . . espera al Marques. . . . ¿Qué? ¿dices que no es cierto?

JACOBO

No, don Bernardo; si yo debo conducirlo. . . .

BERNARDO

(Ap.—Respiro! . . .) Antes de verse con Andres es muy necesario que, sin que él lo sospeche, traigas al Marques aquí, á mi presencia. . . .

JACOBO

Es que el señorito Andres. . . .

BERNARDO
(Violentado)

¡ Ah ! el señorito Andres os ha dicho alguna vez, que cumplas primero sus órdenes que las de su padre !

JACOBO

Al contrario ! ¡ Vaya ! Nunca os habeis enojado conmigo como esta noche. . . .

BERNARDO
(Le tiende la mano)

¿ Pero no ves que cuento con que me quieres como á un hermano ? . . .

JACOBO
(Enternecido y arrebatado)

¡ Al fin te voy á hacer el gusto en tutearte !

BERNARDO
(Lo abraza)

¡ Bien ! . . . Oye : á la señora que acaba de salir, cuando vuelva no demorarla, que éntre hasta aquí. Anda, Jacobo, anda, mi viejo amigo. . . . sírveme bien esta noche, y se doblará mi gratitud.

JACOBO

Como un perro te serviré. *(ap.*—Es singular. . . . . tanto misterio. . . todo por una caida de acaballo ! . . .)

(Se va—Don Bernardo abre un cajon de la mesa, observa el interior y lo deja abierto.)

ESCENA QUINTA

BERNARDO—Despues ANDRES, éste por la izquierda.

BERNARDO

¡Qué ansiedad! ¡negra incertidumbre! . . . ¿Debo esperar? . . . Esa inspiracion del precioso documento ¿no es un resorte invisible, para lanzarme á una desesperacion mas horrible aun? . . . ¡Es tan inflexible sobre este punto aquel noble anciano!. . . ¡Pero, Dios mio! ¡cómo he podido cometer tantas desgracias! ¡se me despedazan las entrañas de dolor, y aun debo bendecir la piedad divina! *(Cae en el sillon abrumado.)* ¡Ni me es permitido morir! . . . ¡Oh, dorada juventud, hogar tranquilo! ¡Yo tambien era poeta, soñaba en las delicias del amor celeste: mi alma inmaculada se cernía en una felicidad sin nubes! . . (*Llora desesperadamente. . . .*) ¡Amor! hogar! amigos! . . todo ha naufragado en este mar tenebroso del vicio! . . . ¡Ahora he perdido tambien á mi hijo. . . . la última felicidad!

(Se cubre el rostro con las manos, y queda sumido en un profundo marasmo—Breve pausa.)

ANDRES

(Como continuando sus pensamientos)

¿Morir? . . . La espada de Saint-Maurice no ha errado nunca: no es el Marques, sin duda, quien va á morir. . . . ¡Pobre Magdalena! acaso en estos momentos, fiada en mis promesas de no batirme, aun le sonrie la esperanza! . . . Imposible, ángel mio! debo morir, ó alejarme para siempre de la córte! . . . Te dejo mi humilde novela la «Virgen de los Bosques», inspirada

por los dulces ensueños, por los castos delirios de nuestro amor! Llora sobre sus páginas: el llanto y el dolor serán el lazo de nuestro himeneo de ultra-tumba! (*Pequeña pausa: Se enjuga los ojos.*) Apuremos este cálix de infinita agonía, que va á llegar la hora postrera!

(Don Bernardo, levantándose y huyendo, como acosado por un espectro, que ve dentro de sí mismo.)

BERNARDO

¡Espectro infernal!

ANDRES

(Corriendo hácia él)

¡Padre! . . .

BERNARDO

(Al fantasma)

¡No me maldigas! . . .

ANDRES

(Tendiéndole los brazos)

¡Padre mio! . . .

BERNARDO

(Refugiándose en ellos)

¡Hijo del alma!

ANDRES

¡Padre mio!

(Durante un momento de silencio lloran juntos, así estrechados.)

BERNARDO

(Desprendiéndose con vergüenza)

Andres: yo merezco tu maldicion! te he muerto el alma! ¡maldi. . . . *(cayendo de rodillas y abrazando suplicante las manos de Andres, que besa con efusion.)* ¡No! no me maldigas! ¡no me maldigas!

ANDRES

(Alzándole)

¡Oh! aumentais mi martirio! Solo vengo á pediros que partamos!

BERNARDO

(Con alegría y gratitud, abrazando á Andres)

¿Partir? ¿tú, partir conmigo?

ANDRES

(Con tierna gravedad)

Sí, señor. . . . es necesario.

BERNARDO

(Perdiendo de súbito la alegría y separándose de su hijo con vergüenza—como hablando consigo mismo)

¿Es necesario? . . . ¡tiene razon! . . . debemos huir al desierto ¡No! el desierto es horrible cuando se está á solas con el remordimiento! . . . ¿Pero existe otro puerto hospitalario para el borracho? . . . ¡Ah! las vírgenes selvas, las tranquilas orillas del Rio de la Plata, tierra del trabajo, de la regeneracion y de la libertad! . . . ¡Qué dicha cuando volviera digno de tu respeto!

ANDRES

¡No digais eso! no quiero separarme de vos, padre adorado!

BERNARDO

¡Corazon de poeta! ¡espíritu inmaculado! Pero, comprende bien. . . . soy yo solo. . . no es el inocente el que debe ser castigado! . . . No te apesadumbres, Andres. Escucha: tú podrás imaginarte la felicidad que me espera; no es natural que tu concibas otra que la satisfaccion de la virtud, serena, inalterable, sin nubes. . . . pero, es mas grata, mas íntima, inconcebiblemente mas dulce esa felicidad de luchar, de sufrir y de vencer por la virtud! *(Andres besa en silencio y con veneracion la mano de su padre.)* Léjos de ti, léjos de la patria, en un trabajo rudo, inclemente, entre las soledades del alma y los dolores inauditos del recuerdo ¡qué infierno tan bello, qué paraíso tan infernal! . . . y despues de veinte años, con la cabellera

completamente cana, pero limpia como mi conciencia, llegaré á tu santo hogar sin recelos; golpearé á la puerta. . . . y tú y Magdalena, y tus hijos ¡un coro de ángeles! me abrirán la puerta. . . . y entraré al incomparable cielo del respeto y del amor de la familia!

ANDRES

¡Padre sublime! . . . Pero. . . . no! donde el padre está de mas, debe estarlo tambien el hijo: Disponed nuestra partida para el rayar el alba.

BERNARDO

Comprendo. . . . (*ap.*—El sol no debe alumbrar al hijo del borracho! ¡Hasta el sol arrebatamos á nuestros hijos! ¡¡maldicion!!)

ANDRES

Hasta entónces os suplico que me dejeis solo en mi habitacion.

BERNARDO

(*Ap.*—Sí; va á batirse.) Bien, hijo; todo lo que quieras. . . . (*ap.*—¡Mataré al Marques! ¡le mataré!)

ANDRES

Padre! . . . hasta el alba!

(Se dan un prolongado, triste y solemne abrazo—Se desprenden, se separan, y al dar unos pasos vuelven á abrazarse, llorando enternecidos.)

ANDRES

(Al salir)

(*Ap.*—¡Quizás el último abrazo!)

ESCENA SEXTA

BERNARDO—Luego JACOBO, y en seguida el MARQUES de SAINT-MAURICE

BERNARDO

¡Se despide como para un viaje eterno! . . Los padres deben ser la Providencia constante de los hijos, el limpio espejo de su nombre. ¡Desgraciado y execrable mil veces el padre que tiene algo de qué avergonzarse ante los hijos! . . . Cumplamos con nuestro deber, y Dios proverá.

(Agita la campanilla y se pone á escribir—Se presenta Jacobo.)

JACOBO

Señor. . . .

BERNARDO
(Sin dejar de escribir)

Cuando la señora de luto vuelva, dile que es suyo el documento que encontrará bajo de este tintero. Vete; no, espera. . . *(Se levanta y se despoja de la bata y se cambia los botines por unas zapatillas.)* Dame un traje ménos embarazoso. . . . la chaqueta de terciopelo . . y mi casquete. . . para que el cabello no me ciegue. Escucha: el Marques y la señora de luto, nadie mas entra esta noche á mi casa. . . . y salir? . . . nadie absolutamente! . . . Vete. *(Jacobo se va. Don Bernardo, respirando con sangrienta alegria.)* Ahora puede venir cuando quiera el señor de Saint-Maurice!.... *(Siente pasos y pone el oido con avidez. Dan las dos en el reloj.)* Se me quiere saltar el corazon. . . . *(Se retira rápidamente en puntillas, hasta el pupitre,*

tendiendo una mirada al cajon abierto, y *frotándose las manos.*) ¡Es seguro! . . . ¡Él!

MARQUES

(Entra con petulancia y retrocede un paso, confuso.)

¡Vos aquí?! . . .

BERNARDO

(*Ap.*—La vileza del crímen enfrena su osadía!) Y bien, señor Marques de Saint-Maurice ¿qué significa vuestra presencia en mi casa? á horas tan avanzadas?...

MARQUES

Yo. . . .

BERNARDO

(Contenido)

¿Es que veníais á que continuáramos las libaciones en honor del dios de los infames? . . .

MARQUES

No os comprendo, caro amigo. . . . Mi delicadeza no me permite confiaros la causa que, á mi pesar, ¡oh, si, creedlo, á mi pesar! me conduce hasta aquí.

BERNARDO

(Glacial)

Asunto que os traiga á mi casa, y que á mí no podais revelar, no puede ser sino una infamia. . . .

MARQUES

¡Don Bernardo! . . .

BERNARDO

Y una infamia de tal estofa, que os hace enrojecer ¡á vos, Marques de Saint-Maurice!

MARQUES

Ved lo que decis! . . .

BERNARDO

(Temblando de cólera, pero siempre glacial)

Por ejemplo: Que bajo del volado de una camisa de batista, se ocultara un corazon rastrero; que bajo el guante aristocrático, se contrajera la mano de un pérfido asesino. . . .

MARQUES

¡Oh! . . .

BERNARDO

En fin: que dentro del encumbrado Marques de Saint-Maurice se ocultara el villano ruin. . . .

MARQUES

¡Yo asesino y villano!

BERNARDO

¡Villano despreciable! ¡asesino vil!

(El Marques le arroja el guante.)

MARQUES

¡Guante por guante, ¡á los dos!

BERNARDO

Guante por guante! Mas con esta diferencia: que el guante de Andres Lacroix fué lanzado al rostro de un malsin; y que el vuestro, Saint-Maurice, está bajo las plantas de un hombre honrado!

(Pisando con violencia y desprecio el guante.)

MARQUES

(*Ap.*—Prudencia. . . .) Os perdono por ahora tanto insulto; dentro de dos horas. . . .

BERNARDO

(Estallando)

¡Ah! despues de matar al hijo, vendreis por el padre! No! (*Con sordo furor.*) Nos batiremos ahora mismo, aqui, sin demora, Saint-Maurice!

MARQUES

(Temeroso y turbado)

Ahora mismo no es posible: debo ántes arreglarme con vuestro hijo. . . .

(Don Bernardo, en puntillas de pié, pero impetuoso, extrae del cajon del pupitre dos puñales, uno de ellos muy pequeño, y ofrece el mas ventajoso al Marques, quien lo rehusa con cobarde estremecimiento.)

BERNARDO

En un instante despacharemos. . . . ¡Ah! lo dije! sois un cobarde asesino! . . .

MARQUES

No soy un bandido, para batirme á puñal. . . . una espada. . . .

BERNARDO

¡Ah! quereis matarme cómodamente, como á Andres, para allanaros el camino hasta Magdalena, que os desprecia como mereceis. ¡Malvado! habeis herido en el alma á Andres; calculadamente y esplotando la santa alegría del padre ante la felicidad del hijo, me habeis embriagado y puesto en afrentoso ridículo; y ahora pretendeis hacerme la víctima de vuestra destreza en las armas! . . ¡Qué refinada vileza la de estos caballeros del honor y de la susceptibilidad! ¡Basta, por el cielo! Yo, vistiendo de chaqueta, valgo mas que toda esa vuestra raza de frac y de guantes amarillos!

MARQUES

¡Juan Servin. . . . el fugado de Marsella! . .

BERNARDO

Sí, pero rehabilitado por una dolorosísima espiacion, por una existencia de labor constante y de virtud austera! ¡Y vos, el que tuvo bastante cinismo para refregar sus manchas doradas en los hombres honrados, en un instante me arroja del seno de la sociedad, á donde volvia digno y útil el borracho regenerado! . . . ¡Oh!

pero vuestras negras arterias están descubiertas; Magdalena no será vuestra, y su mano misma arrancará la máscara al villano!

MARQUES

Don Bernardo: os hallais bajo una extraordinaria escitacion, de la cual no debo abusar: os perdono, y en prueba de ello, os prometo no batirme con Andres. (*Ap.*—Necesito dos horas. . . .)

BERNARDO

(Con indecisa alegría)

¿Qué? ¿no os batireis con Andres? ¡Ah! entónces, idos. . . .

MARQUES

(Sin poder ocultar su secreta alegría)

(*Ap.*—Escapé: la victoria es mia!)

BERNARDO

[Que lo ha observado, se arrepiente, y detiene con violencia al Marques, que iba ya á salir]

¡No! el fuego que ha brillado en vuestros ojos me ha hecho ver el fondo infernal de vuestra promesa insidiosa! ¿Creísteis que yo dudaba del valor de mi hijo ante la punta de vuestra espada? Es que nunca ha tomado una arma homicida, y con vuestro arte para matar en nombre, no del honor, sino de la cobardía, le heriríais como á un niño que duerme en la cuna; es que el ya la amargura y la venganza rebosan y se derraman en mi alma! (*Le tira el puñal á los piés.*) Tomad!.. defendeos!

MARQUES

[Temblando de miedo]

Mañana . . . . cuando os sereneis . . . . no quiero abusar. . . . justificaria el título de asesino, con que me habeis injuriado. . . .

BERNARDO

[Asiéndose de él é insistiendo en darle el puñal, que ha recojido del suelo, y que el Marques aparta de sí con horror]

Defendeos! . . . ¡Ved que os voy á matar como á un perro!. . . .

MARQUES

[Dando voces]

¡Dejadme! ¡dejadme!

BERNARDO

¡Callad! se me acaba la paciencia! . . .

MARQUES

¡Dejadme! . . .

BERNARDO

¡Cobarde! ¡qué vendrá Andres!

[Alza el puñal sobre el pecho del Marques.]

MARQUES

(Con pavor cayendo de rodillas)

¡Perdon!

BERNARDO

¡Encomendad vuestra alma al infierno! . . .

[Va á descargarle la puñalada]

ESCENA SÉPTIMA

Dichos—y Magdalena, por el foro; y Andres, por la izquierda, aparecen y se precipitan simultáneamente—Como la lucha ha llegado hasta cerca de la puerta del foro, Magdalena, de un solo paso ha podido llegar hasta don Bernardo y detener con su mano el brazo armado de este—Los tres, con el Marques, forman un grupo—Andres se ha detenido á algunos pasos de la puerta, y ocultando el rostro entre las manos con horror.

MAGDALENA

[Al entrar, arrojando un grito]

¡¡Ah!!

ANDRES

[Al aparecer, arrojando tambien un grito]

¡¡Padre!! . . .

[Telon rápido]

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Casa de Don Estevan: Salon totalmente entapizado de negro, hasta el pavimento: Balcon á la derecha; pequeña puerta á la izquierda y una gran puerta de capilla al fondo, un poco entrada en el muro. Una mesa de arrimo en el ángulo del fondo, opuesto al balcon, y sobre la mesa un candelabro de tres luces.

ESCENA PRIMERA

Despues de un momento de soledad en la escena, Magdalena, aparece por la capilla, cuya puerta vuelve á cerrar. Oculta el velo de la cara y el manto, arrojándolo por la hendija que ha dejado la puerta. Trae una carta abierta.

MAGDALENA

Nadie me ha sentido, ni fray Ambrosio. Ignorando los sucesos de esta noche, esperará ancioso en su gabinete del jardin, para celebrar el desposorio. ¡Mis bodas! ¡Dios mio! ¡mis bodas! ¡Infeliz Magdalena! todo ha cambiado! en vez de la corona de azahares, ciñe tu cabeza el fúnebre ciprés, y las dulces alegrías del himeneo no resonarán en tu alma; mas, sí, los gritos de dolor proferidos por el mas adorado de los amantes! ¡Cuánta amargura en esta carta! *(Contempla la*

carta con tristeza; luego lee) « Rotas las cuerdas, « cuelgo en el mustio sauce la enlutada lira, bañada con « acerbas lágrimas! Pobre lira!. . ayer, Magdalena, tan « sonora, cuando, juntos los dos bajo la tranquila enra- « mada del Manzanares, venía la alondra mensajera á « cantar sobre nuestras cabezas! ». . . . *(Despues de un silencio tormentoso, prorrumpe en esta exclamacion desesperada, besando con frenesí la carta)* ¡Oh, mi angustiado poeta! . . . . . ¡Yo te daria toda mi sangre por borrar tus lágrimas! . . . . . *(Guarda la carta—Se apodera de ella la fiebre del dolor sin consuelo)* ¡Partir!. . . . esta madrugada! ¡Andres! ¡Andres! Eso es imposible. . . . ¡cómo, pues, partirás sin mí!. . . . ¡Oh! á donde quieras, pero juntos los dos, como dos aves, como dos eslabones indestructibles! á donde quieras, pero léjos de la sociedad que nos ahoga, que nos mata!. . . . ¡Partir solo! ¡tú, solo!. . . . ¡jamas!. . . . sin amigos, sin los bellos placeres del arte, sin hogar, sin padres! . . . ¿Y para qué me quedaria á mí todo esto sin tí, que eres mi alma, que eres el universo!. . . . huiremos los dos, ahora mismo... y no sentiré huir del hogar, y no sentiré abandonar á mi padre. . . te disputaré á todos, al Marques, á Madrid, al mundo entero! ¡Partir solo!. . . . ¡jamas! ¡jamas!. . . . ¡mira. . . . el cielo abre sus puertas y espera al espíritu de los amantes!. . . . *(Queda por unos momentos sumida en un éxtasis celeste, sonriendo, como si aspirara realmente los inefables y castos deleites del eden que mira—Luego vuelve en sí, pero siente como el sopor del sueño que ha pasado)* Tenebroso silencio!. . . . aquí no ha penetrado sino el ataud de mi madre!. . . . es un sepulcro venerando . . . . . lleno del perfume de lo eterno. . . . . ¡Cielos! pero la eternidad sola, sin tí, Andres! *(Cae de rodillas)* ¡Oh, madre! ¡madre del alma! Tú, que desde el seno de Dios bendices mis castos amores no me abandones en esta hora terrible de la prueba!

(Permanece arrodillada.)

ESCENA SEGUNDA

MAGDALENA y DON ESTEVAN. Este entra abatido y meditabundo. Derrepente ve á Magdalena y detiene sus pasos, sin ser apercibido de ella.

ESTEVAN

La fatalidad nos reune en este sagrado recinto de familia, para que al pié de los altares mezclemos lágrimas y oraciones!. . . .

MAGDALENA

(Levantándose)

(Ap.—Debo revelárselo todo; y si por este medio nada alcanzo de mi padre, acaso el misterioso documento que me ha entregado D. Bernardo. . . .)

(Da unos pasos para salir.)

ESTEVAN

(Ap.—¡Tanta desgracia por ese vicio maldito!. . . .)

MAGDALENA

(Encontrándose con su padre)

¡Padre!. . . .

ESTEVAN

¡Hija mia!

(Se abrazan, y el padre besa llorando á la hija. Esta no encontrando frases, y abrumada por el dolor, esclama):

MAGDALENA

¡Padre mio!. . . . La angustia me desgarra el corazon y agota mis fuerzas! *(Cayendo de rodillas)* ¡Ten piedad de tu Magdalena!

ESTEVAN
(Levantándola)

¡ Oh, mi hija adorada !. . . . Me encuentro con fuerza para todos los sacrificios, por devolverte la felicidad ! ¿¡ acaso tengo yo otra felicidad que la tuya ! ?. . . pero. . . . ¡ oh ! cómo descubrirte el abismo, mi buena Magdalena !. . . .

MAGDALENA

Padre mio ! el dolor y la angustia agotan mis fuerzas ! me siento morir ! ten piedad de tu Magdalena !

ESTEVAN

¡ Adorada hija mia ! Escucha. . . . No sé de dónde sacar valor para hablarte. . . . tu matrimonio con el hijo de D. Bernardo es imposible. . . .

MAGDALENA

¡ Dios !. . . .

ESTEVAN

Acabo de saber por el criado la escena de esta mañana, entre Andres y Saint-Maurice.

MAGDALENA

Saint-Maurice, padre, es un infame !

ESTEVAN

Lo sé, un malvado ; le odio instintivamente ; pero D. Bernardo no es por eso ménos despreciable. Tú lo ignoras, pues, hija mia : Bernardo de Lacroix es el borracho de Marsella, Juan Servin.

MAGDALENA

(*Ap.*— ¡ Lo sabe todo !)

ESTEVAN

Perdóname esta revelacion, tan tremenda para tu corazon.

MAGDALENA

Don Bernardo es un hombre honrado y laborioso obrero; su hijo, un ángel.

ESTEVAN

Y ese ángel no tiene hoy cielo que le reciba; y ese obrero honrado y laborioso repetirá una y mil veces la escena oprobiosa de esta noche; y á tus hijos, Magdalena, todas las gentes les llamarian descendientes del borracho de Marsella, Juan Servin.

(Se aleja y Magdalena le sigue.)

MAGDALENA

Escuchadme, mi buen padre: Acabo de venir de casa de D. Bernardo. . . .

ESTEVAN

¡ Magdalena !. . . .

MAGDALENA

Yo sabia que el Marques habia provocado á duelo á Andres, y un deber de conciencia y un deber de corazon me llevaron cerca del padre de la víctima. Vos lo ignorais, padre: el Marques ha sido rechazado por mí mas de una vez: quiere vuestra fortuna, y ejerce una vil venganza contra el que se la disputa.

ESTEVAN

¡ El infame !

MAGDALENA

Penetro á la habitacion de D. Bernardo, cuando ya éste levantaba su puñal sobre el pecho del Marques. Le he, pues, salvado la vida, prometiéndome desistir del duelo con Andres. Pero, padre. . . .

ESTEVAN

¿ Hay mas desgracias aun ?. . . .

MAGDALENA

Don Bernardo partirá á Indias esta misma noche. . .

ESTEVAN

No le resta otro camino, Magdalena.

MAGDALENA

(Llorando)

¡Y Andres le acompaña!

ESTEVAN

(Conmovido)

¿Tambien Andres? ¡Y le quiero! ¡le quiero como á un hijo!. . . . *(Reprimiéndose)* Sujetémonos, Magdalena, á la voluntad de Dios.

MAGDALENA

(Dandole un pliego)

(Ap.—¡¡Oh!!). . . . D. Bernardo me ha dado este pliego para vos.

ESTEVAN

(Leyendo, estupefacto)

(Ap.—¡Cielos! qué leo!. . . .) Magdalena, sígueme al gabinete del padre Ambrosio.

MAGDALENA

¿Por qué esa turbacion, padre mio?

ESTEVAN

Vamos á ejecutar la voluntad divina! En breves instantes lo sabrás todo.

(Se van por la izquierda.)

ESCENA TERCERA

MAUVAI, entrando por la capilla

MAUVAI

En vez de escalar el balcon, aprovecho la puerta de este oratorio, que la misma señorita Magdalena me ha dejado franca; lástima que el Marques no pueda entrar por ella, pues si le sintieran!. . . . Al fin se han recojido. Toda la noche he tenido fiebre, y en estos momentos se me abrasa el cerebro. Me alegro que se hayan marchado; de otro modo!. . . . era mucho eso de matar al viejo Conde. Han olvidado apagar las luces; mejor, no tropezaremos con un mueble. Mas, volemos de una vez en busca de Saint-Maurice, cuya certera espada ya habrá concluido con el poetilla Andres. Tambien el carruaje estará listo con dos buenos troncos de caballos. *(Saca la escala)* La madrugada está tenebrosa y toda la casa yace en profundo silencio. Nada ha dejado de salirle á pedir de boca á ese maldito Marques. *(Asegura la escala en el balcon)* La escala es de buena seda. Señorita Magdalena, lo que es sin marido no quedareis.

(Se va por el balcon.)

ESCENA CUARTA

ESTEVAN, por la izquierda

ESTEVAN

¡ Abismos del porvenir ! Debia yo creer que Magdalena ! ?. . . . ¡ oh ! me mortifica ceder al destino lo que mi conciencia rechaza ; sin embargo, qué hacer ? es el cielo, es Dios mismo quien entra en estas estrañas y desgarradoras combinaciones. Sí ; sobre este punto debo siquiera ser inexorable ; él debe partir, y parirá, por cierto ; se reformará, lo espero ; y el dolor y la soledad del alma harán su purificacion : el dolor purga y rehabilita al hombre. El no tardará en venir. . . convendremos ; en fin, de algun modo es preciso remetdiar esta embarazosa situacion! Ah! él es.

ESCENA QUINTA

DON ESTEVAN y DON BERNARDO. Este por la izquierda : abochornado y dolorido

ESTEVAN

[Tendiendo á aquél la mano y besándola]

¡ Amigo mio! vuestra mano!

BERNARDO

[Confuso]

¿ Qué haceis, noble Conde ?

ESTEVAN

Beso la mano del intrépido y generoso salvador de mi esposa, la cual nos contempla desde el cielo, y bendice al marido que respeta y cumple su última voluntad.

BERNARDO

¡ Ah ! es que habeis tenido la bondad de leer !. . . . Ya veis : no os pido indulgencia para mí, síno para mi hijo, en estos momentos entregado á la desesperacion : él es puro é inocente !

ESTEVAN

(*Ap.*—El padre Ambrosio ha cumplido mi encargo) Esta noche, D. Bernardo, pesa como un vértigo sobre todos nosotros : Si grande es la desesperacion de Andres, comprendereis que no es ménos la de mi cara Magdalena.

BERNARDO

Habeis leido mi carta. . . .

ESTEVAN

Acabo de recibirla por Magdalena : es digna de vos, mi buen amigo : Pero, escuchadme : pocas palabras bastan entre dos hombres honrados y que se comprenden. Reconozco vuestra rara virtud : ella ha sido, sinembargo, ofuscada por un vicio, que abomino sobre todos los vicios. . . . creo que pienso con rectitud : Ahora bien : pues sois padre como yo, y no podeis dudar del cariño y respeto que os profeso, ayudadme á conciliar los deberes de mi conciencia con los deseos de mi corazon!

BERNARDO

Haciéndome exactamente cargo de la situacion de

vuestro espíritu, y anticipándome á resolver vuestras penosas vacilaciones, os decia en mi carta: « el sol de mañana no me encontrará en este teatro de mi deshonra ». Pero, Andres, señor Conde, por la sola culpa de su padre no debe ser condenado á la eterna desdicha.

ESTEVAN

(*Ap.*—Hombre infeliz!)

BERNARDO

Me confino á los desiertos americanos, desde donde no vendrá un eco á turbar las alegrías de vuestra casa. Este sacrificio es asimismo pequeño, comparado con el bien que reporta á Andres y á vuestra noble hija. Quiero deciros que al encerrarme vivo en la tumba, no debeis nunca pensar que sea el mas infortunado de los hombres. Borraré allí el paréntesis del escándalo de esta noche, y continuaré practicando el bien, para que el ángel de la gloria celeste cierre mis ojos al morir.

ESTEVAN

(*Ap.*—¡ Qué sublime hombre!)

BERNARDO

Por mí nada temais. Conozco las serenas alturas de la conciencia honrada. . . . el vértigo me precipitó un momento de ellas, no me explico cómo ha sucedido, . . . pero, he vuelto á subir, y aun me será dado cubrir la frente de mi hijo con la aureola de la espiacion. En el vireinato del Plata hay una tierra encantadora, la Provincia de Entre-Rios: en la tranquila márgen de sus rios formaré mi pajizo techo, y desde el seno profundo de la naturaleza tenderé los ojos á España. Ahora, pues; habeis leido el documento de vuestra santa esposa, sepa la suerte que le deparais á Andres!

ESTEVAN

Esperad; vais á saberlo en breve.

(Se va por la izquierda.)

ESCENA SEXTA

BERNARDO—Despues MAUVAI

BERNARDO

(Dando rienda suelta á su angustia)

¡Dios mio! ¡Dios mio! Debo separarme de Andres para siempre! Es entónces un gran crímen por el que me castiga la justicia divina! *(cayendo de rodillas y llorando con delirio)* yo he faltado á tu ley, sí, lo sé: he arrojado un borron sobre el nombre de mi hijo, y he llevado la turbacion y la desgracia al alma inmaculada de tres seres tan virtuosos como inocentes! . . Grande es mi crímen, lo comprendo, y nunca seré castigado lo bastante; pero ¡Dios bondadoso! al separarme de mi hijo idolatrado, para no volverle á ver jamas, llevo el consuelo de que no le dejo entregado al cruel destino que he provocado contra él! Bien veis los dolores infinitos que me desgarran! . . . . ¡ten compasion de mi! . . . *(Queda anonadado bajo el peso de sus desesperadas lágrimas—Se pone de pié y escucha.)* Ruido en ese balcon. . . . .

(Se oculta en las cortinas de la puerta de la capilla.)

MAUVAI

(Apareciendo en el balcon)

El silencio y la soledad protejen la empresa: la tórtola caerá en las garras del gavilan. . . Ah! la puerta de la capilla está entreabierta ¡magnífico! . . . es que el avecilla ha entrado en la trampa.

BERNARDO

(*Ap.*—¿Qué escucho?. . . .)

MAUVAI

(A Saint-Maurice, que se supone al pié del balcon)

Subid, señor Marques. . . .

BERNARDO

(*Ap.*—¡Lo comprendo todo! ¡El dedo de Dios les empuja!)

MARQUES

(Apareciendo)

Dos veces he estado á punto de caer. . . !

MAUVAI

Chist! . . . creo que la señorita se encuentra en la capilla. . . . allí.

MARQUES

¡Bien! el procedimiento se simplifica. *(Saca una carta, que tira al suelo.)* La carta indicará al Conde don Estevan el medio de recobrar á su hija: el matrimonio. Esta jornada será la última que libro al destino. A la obra, pues, y caiga el que caiga! . . .

(El Marques adelanta unos pasos con resolucion; pero es detenido por don Bernardo, quien, habiendo tomado la carta, pues cayó á sus piés, se presenta silencioso al paso del Marques, rompiéndola en pequeños pedazos, que guarda en su bolsillo—El Marques, al verle, retrocede, crispado de furor y despecho, exclamando, como un rugido:)

MARQUES

¡¡Infierno!! . . .

BERNARDO

(Con acento de severa compasion y de ruego)

¿¡No hay pues, esperanza de regeneracion para vos, Saint-Maurice?!. . . .

MARQUES

¡Por este infame me habeis tendido una celada! ¡Moriré matando!

[Intenta sacar una arma.]

BERNARDO

[Con suprema angustia]

¡Desgraciado! ¡oye esos pasos! ¡huid!

MARQUES

¡¡Cielos!! . . .

(Al ver que un brazo aparta las colgaduras de la izquierda.)

BERNARDO

(Deteniendo con violencia al Marques, que ha intentado huir—con acento concentrado)

¡Ya no es tiempo!

MARQUES

(A don Bernardo)

¡Tómarán solo mi cadáver!

BERNARDO

(Al Marques, muy despacio)

¡Os salvaré! . . .

ESCENA SÉPTIMA

Dichos y don Estevan con algunos Caballeros y Literatos, por la izquierda. Don Estevan penetra el primero, dando la espalda á don Bernardo y al Marques, fingiendo no haber oído las últimas palabras cambiadas entre éstos, y ocupándose de introducir á sus convidados.

ESTEVAN

(Al traspasar el dintel de la puerta; y despues dando entrada á los convidados)

(*Ap.*— ¡He oído lo bastante!. . . .) Adelante, amigos mios. . . . (*ap.*—¡Otro crímen frustrado!)

CONVIDADOS

(Algunos de ellos interrogándose con la vista, sorprendidos y confusos)

(Ap.— ¡El Marques!. . . .

BERNARDO

(Al Marques, despacio)

¡Firmeza!. . . .

ESTEVAN

(A los convidados y aun sin fijar la vista en el Marques)

La virtud es la fuerza del mundo, amigos mios: todos los cálculos del hombre se estrellan, al fin, en esa lógica divina: vais á conocer cómo es que ella lucha, cómo es que ella triunfa, y cuan bella é inmarcesible es la corona del vencedor!. . . .

MARQUES

(Ap.— ¡¡La afrenta!! ¡¡maldicion!!. . . .)

BERNARDO

(Presentando al Marques, con naturalidad, y yendo ambos hacia Don Estevan)

Ya veis, señor Duque, mi buen amigo el Marques de Saint-Maurice ha sido exacto.

ESTEVAN

(Recibiendo ceremoniosamente el saludo del Marques, pero sin darse las manos—El Marques saluda tambien á los convidados, pero con embarazo)

Celebro la presencia del señor Marques en estos momentos. . . .*(A D. Bernardo despacio)* ¿¡Qué haceis?!. . . .

BERNARDO

(Despacio con súplica)

¡Quiero para otro, D. Estevan, lo que he querido para mí!

(Don Estevan estrecha furtivamente y con enternecimiento y veneracion la mano de don Bernardo, que no suelta miéntras pronuncia las siguientes palabras al Marques.)

Resuelto como estais á abandonar la corte para siempre, hubiera estrañado que no participaseis de nuestra felicidad. Esperaré aquí en Madrid, en mi tranquilo retiro del Manzanares, noticias de vuestra nueva existencia. . . . Pero, supongo que no nos abandonareis tan pronto? . . .

MARQUES

Disculpadme. . . . No es posible. . . . Debo partir al rayar el alba!

BERNARDO

(Tomándole las manos)

¡Dios os guie, y él os devuelva á este hogar!. . . . . (*Ap.*—Quien hace el mal, no deja de ser hermano!)

(Don Estevan ha tocado una campanilla, abriéndose la puerta del fondo, por la que se descubre el altar, ricamente engalanado y con profusion de luces, á la vez que resuenan religiosas armonías en el órgano.)

ESCENA OCTAVA

Dichos—y Andres y Magdalena, vestidos de novios, arrodillados, de perfil, y enlazadas las manos, en la segunda grada del altar El Padre Ambrosio, vestido con la solemne pompa, propia del acto, bendiciendo á los novios—Don Estevan y don Bernardo ocupan los flancos de la puerta de la capilla como presidiendo á los convidados, que se colocan en dos alas bien abiertas, de modo que con toda claridad se perciban los desposados. Todos se han arrodillado, profundamente conmovidos—El Marques, tras del ala izquierda, retrocediendo un paso, que lo coloca cerca de la puerta de salida, sin arrodillarse, se cubre el rostro, como cegado á su pesar por la luz del cielo, á la vez que sintiendo en sus entrañas el diente del remordimiento y de la humillacion de la soberbia: lucha desesperado é indeciso.

BERNARDO

(Llorando de enternecimiento al contemplar la felicidad de su hijo; como arrojando un grito del alma, y con las manos alzadas al cielo.)

¡Oh, mi inolvidable esposa! ¡Cubridlos con vuestras alas! *(cayendo lentamente de rodillas.)* Perdonadme tambien vos!

MARQUES

(Anonadado)

¡Basta!. . . .

(Desaparece por la puerta de la izquierda.)

FRAY AMBROSIO

(Tendiendo las manos sobre las cabezas de todos, con sublime uncion)

¡Almas generosas de la tierra! ¡seais por siempre felices!

(Telon lento)

FIN DEL DRAMA

SOLANÉ

DRAMA HISTORICO, CONTEMPORANEO

EN 3 ACTOS Y 4 CUADROS

PERSONAJES

GERÓNIMO SOLANÉ *(histórico)*	40	AÑOS
SARGENTO RODRIGUEZ «	50	«
BURGOS . . . . . «	40	«
EL NEGRO . . . . . «	25	«
DOMINGO LASALLE . . . «	40	«
ESTEVAN BIDARTE . . «	56	«
COMANDANTE JOSÉ GOMEZ. «	30	«
GENOVEVA *(hija de Bidarte)*	16	«
LELIA *(hija de Genoveva)*	16	«
LA MICA *(desinencia de Micaela)* . .	19	«
LA CHINA *(personaje mudo)*	50	«
UN SACERDOTE		
GAUCHOS—FAMILIAS DEL CAMPO . . .		
SOLDADOS DEL COMANDANTE GOMEZ . .		

(Entre los gauchos se ve alguna jente de pacífico aspecto y y acomodada, vistiendo bombacha y bota granadera.)

—

La accion pasa en las inmediaciones del Tandil, distrito de la Provincia de Buenos Aires (República Argentina) desde Diciembre de 1871 hasta el 1° de Enero de 1872.

El Tandil, pueblo situado en la sierra de este nombre, á 75 leguas de la ciudad de Buenos Aires, con

cerca de dos mil almas. Es célebre por el misterioso fenómeno de la *piedra movediza del Tandil*, de que se hablará en la nota de la acotacion del SEGUNDO CUADRO.

SOLANÉ viste calzon-bombacha; camiseta de brin plomo; sobre esta un pañuelo en cabrestillo; bota granadera plegada; poncho pampa; sombrero fieltro de anchas alas, cuyas puntas caen hácia abajo; una imágen de la vírgen Maria sobre el pecho; al costado y pendiente del cuello por una cinta de cuero de potro, un bolsillo de piel de zorro, dentro del cual aparece un libro; al frente, aprisionado por una faja pampa, y sobresaliendo el cabo de asta de ciervo por entre la botonadura de la blusa, un puñal. Solané usaba barba poblada; su rostro era moreno pálido; pero simpático y con rasgos de viril y casi salvaje hermosura; el cabello lo trae á lo Jesucristo.

La MICA usa vestido sencillo, pañuelo de algodon al cuello, y todo su peinado consiste en dos trenzas á la espalda.

RODRIGUEZ, BURGOS, el NEGRO y demas gauchos visten variedades de trajes de su clase, desde el chiripá, bota de potro y sombrero, roto de usado, hasta la bombacha, el paletó y la bota granadera.

El COMANDANTE GOMEZ viste con lujo su hábito militar de Gefe de Caballería.

BIDARTE, LASALLE, GENOVEVA y LELIA visten con sencillez, pero con decencia, casi con riqueza; no mostrarán, sin embargo, que las preocupa el tocado.

La CHINA es una india de la pampa, que recuerda en su traje simplísimo no haber olvidado por completo las costumbres de las tolderías; su vestido es una especie de túnica, sin amplitud, y sus cabellos los trae cortados á la mitad del cuello

ACTO PRIMERO

(CUADRO PRIMERO)

Las ámplias sabanas de la pampa, envueltas en las brumas de la noche, apénas iluminadas por la luna—La naturaleza es desnuda, no alimentando sino enanos matorrales, no leñosos. En un flanco la fondo, una pequeña roca—De tiempo en tiempo traen las brisas las vagas notas de algunos aires nacionales, en una guitarra, suponiéndose pulsada por la mano de un gaucho.

ESCENA PRIMERA

El Sargento Rodriguez y Burgos, por la derecha, entrando y deteniéndose al aproximarse á la piedra.

RODRIGUEZ

¡ Caramba !. . . . casi *topamos* con la piedra ; si hubiera *sio* víbora, nos pica . . . .

BURGOS

¡ Y realmente !. . . .

RODRIGUEZ

La piedra : es el sitio ; el Adivino Solané no *haé* tardar: estará *tuavia* en la cueva, preparando el *menjunje*

de la llama, con que va á aparecerse á esos de las carretas, que traen enfermos. . . . *¿Sabés* que parece *güen* guitarrero el que toca ese *estilito* ?

BURGOS

No le pude ver bien la cara detrás de los *yuyos;* pero se me hace que es Liberato el rengo.

RODRIGUEZ

Yo iba á ir en la comision; pero Tata Dios (1) Solané mandó al negro, y las viene siguiendo *dende* aquí dos leguas *pá* hacerles *desembuchar* las enfermedades, que traen á que se las cure el profeta Solané.

BURGOS

Es hombre *ladino* y diablo este Tata Dios Solané.

RODRIGUEZ

Como yeguada le sigue el gauchaje *puande* pisa. . . . y es el paño de lágrimas del *pobrerío.*

BURGOS

Pero tambien nosotros y el Negro le ayudamos como gurupí á las adivinaciones. . . .

RODRIGUEZ

Sí, pero, ché, muy bien que al que tiene fe en la vírgen que lleva al cuello, lo cura de cualquier mal y lo cura con cualquier *yuyo* ó *brujería, anque lo haiga desauciao* un *Dotor* de *Güenos* Aires.

BURGOS

¡Ya lo creo!. . . . Se me pone que cuando está ansí, *callao* con la cabeza doblada sobre el pecho, como mirando algo en el centro de la tierra, habla entónces con alguna *ánima* bendita.

(1) Suponiéndole adivino, tal era el epíteto que daban á nuestro protagonista aquellas gentes ignorantes, que, á éste y á otros títulos, él habia logrado fanatizar.

RODRIGUEZ

¿Y con quién mas va á hablar? Con las *ánimas* del purgatorio le he oido conversar en el Cementerio del Tandil, una noche. . . . te lo *asiguro*. . . . ¡oh! yo sé mas cosas!. . . .

BURGOS

Y yo tambien.

RODRIGUEZ

Mirá, Burgos: En la estancia *é* Silva *aonde* vivia ántes, yo le oí platicar con un *Dotor* en leyes de *Güenos* Aires, que despues le dijo á Silva. . . . no sé qué términos; pero como diciendo que Tata Dios parecia un grande hombre, que era una lástima que no hubiera *estao* en Colegios y anduviera entre los gauchos, causa *é* las persecuciones que le han hecho los hombres y el *Estao*.

BURGOS

Si estos *Dotorcitos* se creen mejores que uno; ¿de qué les sirven los libros, si cuando se ven apurados por los indios ó las guerras, se ganan entre las polleras de las mujeres, y es uno el que tiene que salir á defenderlos, para que no lloren! Yo estuve en la ciudad, cuando me arriaron para unas *eliciones*. ¡Si viera!. . . . discursos de muerte y *rivolucion*, y despues . . . . puro ruido de nueces! ¡Qué gente *indina!* Los compadres vendian diez veces el voto por un peso papel! ¡haga vd. patria, amigo, con los decentes que compran á los compadres, que al fin son argentinos, y con los compadres que se venden como negros de Guinea!

RODRIGUEZ

Así son unos y otros; pero una vez á un procurador que me *pialó* en el *enriedo* de un pleito, cuando lo *topé desgaritao* por mi *pago*, le pegué mas rebencazos que besos le dió su madre *dende* que mamaba! ¡Ah cara fiera puso el *cagetilla*, amigo!. . . . me llevaron *pa* la

frontera, pero yo salí con mi gusto; ellos nos atacan con el engaño porque son mas *leidos* y *escribidos* que nosotros, y nosotros nos defendemos con el rebenque. El adivino no ha *estudiao* en colegios; pero *fijate* que siempre lleva un libro en el bolsillo é cuero, y que se gana la sierra y pasa los dias enteros mano á mano con las *gacetas;* yo *mesmo* he ido al pueblo á traerle libros con un papel *pa* el librero y *pa* unos *curitas* muy buenos y suaves como aceite, que tiene de amigos allá por *Güenos* Aires. Y si vieras que *ladina* es la mujercita que tiene Solané. Él le enseña en los libros ¡linda y *guapa* la entreriana! No son *casaos* por la iglesia, pero se quieren mas que á la niña de sus ojos. Se llama Micaela ó Mica, como le dicen. La tiene escondida de aquí 16 leguas.

BURGOS

Y es hombre guapo y *corajudo* el amigo Solané.

RODRIGUEZ

¡Como las armas! Cuando causa de un *gringo* mason, ese Estévan Bidarte, *ricacho*, padre de esa viuda *señorona* de *Güenos* Aires. . . ¿pero que no te acordas, che? . . . aquella que viene todos los veranos al campo? . . . .

BURGOS

Ah! sí; la madre de la niña Lelia, la que llaman la vírgen del Tandil, y que anoche mandó robar Solané Tata Dios. . . .

RODRIGUEZ

¡La *mesma!* no sé qué historia *haiga* en esto; pero el Adivino no se turba y sabe lo que hace; y á mas que la madre, esa Genoveva, *anque* dicen que es la muger mas generosa que ha *venio*, pero la han *engatuzao* y se está por casar en segundo matrimonio con el socio de Bidarte, con otro *gringo* mason, enemigo de los frailes, hombre *pudiente tamien.*

BURGOS

Sí, ya sé quién ha de ser. . . . .

RODRIGUEZ

Güeno; como le iba diciendo: cuando me *arriaron* por un chisme á la frontera, lo *vide* al Profeta Tata Dios pelear mano á mano contra diez indios, miéntras yo me defendia de tres, que me habian *encorralao.* Pues, se mató cinco y los hizo *juir* á los otros. . . . parecia un leon, amigo!

BURGOS

¡Ya lo creo! es como un toro! Y sabe, Sargento Rodriguez, que ha de tener vara alta con algun *copetudo* de Buenos Aires? . . . . porque hace años que Solané anduvo en unas *eliciones,* y se las ganó al Juez de Paz, que trabajaba por órden del Gobierno; yo tambien anduve.

RODRIGUEZ

Y por eso fué mas grande la *tirria* que le tomaron á Tata Dios, y á mas, que la Mica le dió un bofeton á un oficial, porque la queria hacer su querida. Así es que todo se ha *juntao.*

BURGOS

(Tratando de descubrir algo en el fondo de la niebla.)

Ha de ser aquel bulto; vendrá á saber si ya ha vueto el capataz de Santa María con la muchacha Lelia, la Vírgen del Tandil.

RODRIGUEZ

¡ *Caramba!* no ha *llegao tuavía.* . . . cuando menos han *errao* el tiro; aunque era *siguro,* porque la china iba á abrirles la puerta. . . . *Andá* á esperarlo, Burgos, con eso *venis* á avisarle; yo me quedaré á ver si Solané quiere algo. . . . voy á ponerme *retiraito,* que él me hable primero. . . .

BURGOS

Vea á ver si lo agarra bien, y pídale de la pomada del tarrito, de esa que es para no morir.

RODRIGUEZ

No *tengás cuidao.*

(Burgos se aleja por la izquierda; Rodriguez se retira al fondo, y Solané aparece por la derecha, embozado hasta la barba con el poncho, paso lento, aspecto hosco y meditabundo.)

ESCENA SEGUNDA

RODRIGUEZ y SOLANÉ. Éste al llegar al centro de la escena se detiene.

SOLANÉ

¡La Vírgen del Tandil! ¡Y bien! *(Se desemboza y se echa el poncho al hombro con bravura impetuosa)* ¿No es al cielo mismo que he declarado la guerra en nombre del infierno de mi existencia? El dado se revuelve dentro del negro cubilete. *(Oprimiéndose el pecho con ambas manos y luego la frente.)* Pero, hasta cuándo me devorará las entrañas esta víbora insaciable? . . . . Y aquí, el volcan de un grandioso pensamiento; . . . . y por todas partes cerrándome el paso el imposible! ¡Regeneracion social! amor! venganza! . . . . Todo se confunde y se entrechoca dentro del cráneo y del corazon de Solané! ¡Ellos lo han querido! . . . . Tú tambien, Genoveva, conspirastes en union del fatídico destino, que marcó mi huella! . . . . ¿y cómo podia resistirte, Genoveva, si vivias ya por

siempre dentro del pecho del jóven gaucho curandero; si eras su alma misma! Te amé, sí, y bajo el funesto vértigo de este amor insensato, sentíme como abrumado por horrible pesadumbre! ¡Oh! pero yo te amo ahora con el envenenado despecho, con la rabia letal de la venganza, torbellino maldito que, desata la jauría de mis pasiones heridas! Te amo, Genoveva, con desesperacion, como Luzbel amó la gloria de donde le arrojaron!.... te amo con todos mis ódios y con todos mis amores!.... ódio á tu padre, ódio á tu hija, que dentro de breves momentos será mi primera revancha; y si tu jóven esposo no se hubiera consumido en las orgías impuras de la capital, yo habria sepultado en su cuerpo mi cuchillo, como lo haré con el que ahora pretende sucederle en tu lecho de flores! ¡Irrision!.... Genoveva: tú ya no serás sino de la tumba ó de Solané!....

ESCENA TERCERA

Dichos y la Mica. La Mica llega por el fondo. Trae un rebenque en la mano; un puñal á la cintura, rodeada ésta por un poncho de vicuña. Representa á la mujer de los campos argentinos: viril, franca, ingénua, sencilla, modesta, leal, ardientemente apasionada, tierna y solícita, voluntariamente dócil á la vez que independiente é inflexible; capaz de todos los heroismos, de todos los martirios, y en el fondo de este carácter, ese idealismo melancólico, silencioso y concentrado, que infunde la naturaleza á las almas sensibles—La Mica, al encontrar á Solané, muestra una infantil y amorosa alegría, así como no oculta luego la profunda tristeza que extienden en su alma los presentimientos y las dudas—Corre á él, se cuelga de su cuello y lo besa en la mejilla.

MICA

¡Ah! ¡Solané!.... ¡Mi querido! ¡vives!

SOLANÉ

Disimulando apénas su disgusto.

Pero. . . . ¿cómo has andado dieziseis leguas?. . . hace solo siete horas á que te dejé en nuestro rancho; luego, allí no habia ningun caballo atado á soga, ni tenias tu recado, que se lo prestastes al Negro. . . . ¿Y qué me quieres, Mica? no me dejarás disponer libremente de una sola noche?

MICA

No te enojes, Gerónimo! . . . . Apénas te separastes de mí, gané la cama; pero, como te habia visto tan preocupado y sombrío, en vez de conciliar el sueño, aciagos presentimientos se sebaron en mi corazon. . . lloré mucho, y el llanto no me consoló. . . . Me levanto desesperada, camino una legua á pié en busca de los caballos. . . . corro me fatigo y logro, al fin, agarrar el rosillo que me regalastes, amansado por tí, mi dueño; lo enfreno, monto en pelo, y como las carretas de esos enfermos, segun me dijeron el Negro y Rodriguez, traerian el camino del Tandil, presumí encontrarte en estas sierras. ¡Dios lo ha querido!

SOLANÉ

¡Mi buena Mica! me confundes con tus sacrificios dieziseis leguas á caballo, sin montura y en solo siete horas!

MICA

¡Para que mi felicidad fuera mayor, quisiera morir muchas veces por tí! ¡Ah, mi infortunado amante! La fatalidad desencadenada no ha conseguido, al menos, borrar de tu frente ese sello de grandeza que la ciñe como una aureola inmortal!

SOLANÉ

Pero, á qué has venido, Mica?. . . .

MICA

¡A contemplarte! á sentirte! . . en un momento te ví

caer ensangrentado, bajo los sables de la Policía, ó de las bayonetas de los soldados de línea! ¡Ah, mi Gerónimo! ¿Qué cosa extraordinaria te sostiene en esta lucha, tan desigual como tremenda, con los poderosos?

SOLANÉ

(*Ap.*—¡Infeliz criatura! si adivinara todo el secreto de mi existencia!) Tú s bes por qué lucho, explotando la ignorancia y el fanatismo: A la sociedad egoista, al Gobierno autocrático, á la fatalidad misma devolveré la náusea que arrojaron sobre mi rostro, cuando yo busqué en ellos lo que Dios ha dado á todos: amor de hermanos, respeto y libertad. Sí, me encubro con la ignorancia y exterioridad grosera del gaucho, á fin de poderme armar con sus instintos, sin el freno de esa educacion hipócrita, de ese saber artero de la clase que se ha apoderado del gobierno social. La inteligencia es un título para gobernar, pero es cuando se emplea para el bien y la felicidad de todos, aun de los mismos ignorantes; pero cuando no, la ignorancia virtuosa adquiere mayores títulos al gobierno, para arrojar á las cárceles á los corrompidos de levita. Tú conoces la historia de mis dolores; esa es la historia del pueblo, la historia del gaucho, del *compadrito*, lanzados por eso al crímen y á la degradacion del siervo! Ah, pobre ángel! te he arrastrado en mi torbellino, y en cambio de tu amor, solo te devuelvo palabras duras é irritadas, casi nunca una caricia! ¡Y, sinembargo, eres tú tambien una víctima; para tí la deshonra no encontraria otra justicia contra el orgulloso lascivo de capital, que la punta de mi cuchillo, á costa de un grillete eterno! ¡Qué has hecho tú, desgraciada, para participar de mis funestos azares!

MICA

¡Te amo así. . . . en el crímen como en la virtud! Cruzabas por los campos de Entre-Rios, mi patria natal, te comprendí y te amé. . . . dí un adios, un pos-

trero adios al hogar de mis padres; tu nobleza me quizo volver á él; pero, te veía desgraciado, y te he seguido á todas partes, mezclándome contigo en los combates y compartiendo todos tus infortunios, devorando todas tus lágrimas! ¡Mira cuánta felicidad te debo, querido! ¡Oh, si yo pudiera anonadar de una puñalada á todos tus injustos perseguidores! . . . .

SOLANÉ

¡Calla! . . . .

MICA

Acaso tú no me amas. . . . me atormenta la duda; pero, es una sombra que pasa, y de cualquier modo, te adoro, eres mi vida, mi Dios! . . . . Pero, deja esta senda espinosa en que has entrado. . . . consagráme los últimos años de tu vida! Tengo miedo por tí. . . . te matarán, al fin, dueño adorado! . . . .

(Se oyen los preludios de un triste en la guitarra.)

SOLANÉ

Escucha: el gaucho, con resignacion inaudita, va á cantar sobre sus cadenas á un recóndito amor, su único consuelo; pero ¡ay! de ese amor pueden tambien disponer los tiranos que se alimentan de su sangre!

DOS VOCES

(En el corro de gauchos, que se supone oculto en el fondo de la escena, cantan en la guitarra las dos primeras estrofas del siguiente triste)

Anque la ausencia me lleve
derecho á la sepultura,
has de encontrar que no muere
quien bien ama con finura:
y *ansi* verás que á tu acento
renace otra vez la vida,
volviéndose puro fuego
mis despojos y cenizas; . . . .
¡porque tambien tiene el Negro
dentro el cuerpo un alma activa!

En vano fatal destino
me persigue sin cansarse! . . . .
Luchando contra mí mismo,
tirana, con fe he de amarte:
juera mas fácil que el cielo
se juntára con la tierra,
que estínguirse intenso el fuego,
que á mi triste pecho incendia. . . .
¡no es posible, *anque*, de celos,
el mismo amor no lo quiera!

Sabe, ingrata, que el amigo
que mas quise, fué mi Moro,
en paz ó en guerra mi alivio:
pues mas que á ese fiel te adoro!
y si al cruzar por el llano,
recordándote. . . . suspiro
bañado mi rostro en llanto,
el moro arroja un quejido,
porque comprende que te amo
mas que á él, mi tierno amigo

Yo en mi martirio me gozo
ocultándome en la selva,
porque es mi dicha tan solo
entregarme á la tristeza;
y *ansí* verás que la vida
se aumenta por cada pena,
y que, muerto, el alma activa
te adora con doble fuerza,
pues este amor que me anima,
es la ley de mi existencia.

SOLANÉ
(Continuando.)

Ahí tienes al gaucho! . . . . pero yo levantaré á ese Lázaro de la huesa de miseria en que yace, para que ejecute á la vez los secretos designios que fermentan en su alma y en la mia!

MICA

La obra de su redencion es tambien digna de la mujer, cuando ésta quiere emanciparse por las virtudes sociales y políticas, ya que las virtudes del hogar no bastan. Te acompañaré, Gerónimo. ¡Ah! pero, empeñado tú solo en esta lucha! . . . .

SOLANÉ

No debo, no quiero pensar en el peligro: pensar en el peligro de una obra generosa es el principio de la cobardía y de la claudicacion.

DOS VOCES

(Vuelven á cantar en la guitarra dos estrofas mas; y una vez terminadas, Solané continúa):

SOLANÉ

¡El gaucho! Á pocos pasos de aquí me busca esa turba de infelices hijos de los campos. ¡Ay! al rítmico compas de la guitarra, que con el sufrido caballo constituyen toda su herencia de pária, el gaucho canta el olvido de su servidumbre, al recuerdo desolado de sus amores ausentes, al pálido fulgor de sus guerreras glorias ó romancescas aventuras! Engañan y explotan su inocencia ó su ignorancia; rien de su simplicidad; le conducen brutalmente á la cárcel, á la matanza; le entregan á las ogerizas de los capataces con escarapela oficial!

MICA

¡Calmaos, querido!

SOLANÉ

¡Ah! me olvido de mis propios dolores cuando pienso en los de esa gran porcion del pueblo argentino! Les llaman compadritos! les llaman gauchos! ¡Oh! les obligan á formar sus propias cadenas! Al compadrito le compran su derecho por un peso papel; á los gauchos los arrojan de la ciudad. . . . ¡la ciudad! . . . ! caburé funesto, que fascina con su mirada brillante,

boa que envenena con su aliento! ¡Gauchos! ¿Qué es, al fin, el gaucho, para vosotros, hombres que os llamais cultos? . . . . el ombú solitario, la sombra muda del desierto social, en cuya copa anida el águila centinela de la ley, pero en cuyo tronco se oculta la pérfida serpiente, que sois vosotros! ¡Bien! despues del combate, orgulloso con mis heridas que me habrán hecho superior á los orgullosos con sus tesoros robados á los cadáveres, yo iré bajo tu ramaje, ombú maldito, ya para devorar el pedazo de entraña que os haya arrebatado, hombres feroces, ya á cerrar mis ojos para siempre!

MICA

¡Ah, Gerónimo!

SOLANÉ

Sería necesario que un hombre con la cultura de los de ciudad, con el sentimiento del gaucho, un Cristo, un hombre como yo, escalara el poder, para aplicar al bien á todas esas ilustraciones, esclavas de su propio egoísmo, de su propia miseria! ¡Es mi sueño! ¡Sueño imposible, mi buena compañera; pero que debo sellarlo con mi sangre, y si es necesario, con el escándalo!

MICA

Al ménos. . . . te acompañaré al pié de la Cruz, recojeré tu último aliento y caeré sobre tu cadáver.

SOLANÉ

¡Mi querida! . . . . Pero, no temas nada aun. . . . Vuélvete al rancho; tengo necesidad de esta noche; te lo suplico.

MICA

(Dirigiéndose á Rodriguez.)

No te separes de él, Rodriguez, viejo amigo. Tú sabes lo que le adoro! . . . .

RODRIGUEZ

(Enjugándose los ojos)

Descuidá, Mica: le he de acompañar hasta en el *banquillo*.

MICA

Mañana comeremos el *locro* juntos ¿entiendes, mi chino? y me darás la leccion de geografía. . . . ¿quién dirá que en el misterio me enseñas á ser señora de ciudad? la civilizacion! ¡qué hermosa es la civilizacion! ¿pero qué queda de una civilizacion sin libertad y sin virtudes? Me voy. . . . no faltes mañana! Recuerda que es el aniversario de aquella plácida tarde, en que bajo un ñandubay añoso, la amante Entreriana te dijo: « la misma bala que hiera á Solané, cortará dos existencias.»

SOLANÉ

(Cambiando un abrazo y un beso con .)la Mica

¡Mi noble y valiente Entreriana!

MICA

(Al partir.)

¡Adios! (*Ap.*—No me iré!)

(Se pierde en las sombras—Solané la ve alejarse.)

SOLANÉ

(*Ap.*—¡Ah! si pudiera amarte! . . . . ¡Genoveva ha dejado secas mis fuentes! la vanidad de la dama de ciudad siembra sal sobre los mas fecundos corazones!)

ESCENA SEGUNDA

DICHOS y BURGOS, apareciendo.

BURGOS

(Dando vueltas al sombrero entre las manos, en signo de respeto.)

Venía á avisarle que acaban de traerla. . . .

SOLANÉ

¿ Salió bien el *golpe* ?

BURGOS

Los sintieron al sacarla. . . . por los gritos que pegó la muchacha; *ansí* es que han *tenío* que dar algunos rodeos. . . . Y como el *comendante* Gomez cruzó unos momentos ántes *puallí* y acampó á seis cuadras de la casa. . . .

SOLANÉ

(*Ap.*—¡Oh!) El espíritu divino que me proteje, estraviará los pasos de nuestros perseguidores. . . . Lleven la muchacha á la gruta. (*Rodriguez* y *Burgos parten.*) ¡Oh! ¡me van á conocer ahora! Perseguido con incansable encono, he tomado la única salida que me dejan! el águila no tiene mas que la garra, el diente venenoso la víbora. . . . el tigre acosado por la jauria en su último matorral, siente el vértigo sangriento, desata su rabia y ataca, aun sin otra esperanza que la muerte! ¡Ah! me han rechazado los hombres, y hasta ella, que pudo ser mi regeneracion y mi paraíso! ¡Coriolano: tuvísteis justificacion al humillar á Roma! (*Se*

cubre el rostro con el poncho y llora; pero luego reacciona con energía.) ¡No! ¡juro que son mis postreras lágrimas!

(Se retira al fondo y se emboza, permaneciendo inmóvil, impasible, como estatua.)

ESCENA TERCERA

SOLANÉ, LELIA, seguida de RODRIGUEZ y de BURGOS; éstos se detienen al aparecer. LELIA vestida con un rico peinador blanco, suelto el pelo, penetra lentamente, abrumada bajo el peso de su situacion. A una señal de SOLANÉ, aquéllos desaparecen.

LELIA

¡Oh, madre del alma! voy entónces á perderte para siempre! ¡Dios mio! ¡Si fuera yo sola en la tierra apuraria en silencio este amargo cáliz, que ha venido á sorprenderme en medio de la felicidad! pero cuánta hiel contiene para ella, la mas buena, la mas tierna de las madres! ¡y para él! tambien, para mi Rafael!. . . . ¡Este hombre! *(La sobrecoge un instintivo terror al notar en Solané; intenta ir á suplicarle y retrocede sin esperanzas.)* ¡Es de los mismos! *(Pero saca fuerzas de la propia desesperacion, y lo ejecuta tendiéndole las manos.)* ¡Señor! señor! ¡cómo he podido incurrir en su desagrado de vd., para que esos hombres crueles me arrebaten del hogar ¡de mi tranquilo hogar!. . . .

SOLANÉ

Sigue tu camino, inocente criatura; no puedo escucharte.

LELIA

Sí, soy inocente, señor! Por piedad! ¡Ah! si esos tuvieran hogar, ¡si tuvieran hijos!. . . .

SOLANÉ

(Siempre frio.)

Tuvieron hogar, y les fué arrebatado por las leyes al servicio de sus privilegiados. Tuvieron hijos: los varones les fueron arrebatados, para llevarlos á morir como perros en las tropas de línea, como instrumentos de opresion de la libertad de sus hermanos; al propio tiempo que las mujeres pasaron á prostituirse en la carpa de los defensores del honor Argentino, segun los llaman. Sigue tu camino, inocente criatura; no puedo escucharte.

LELIA

¿Pero qué quieren conmigo? ¡Señor! que esos hombres no consumen sus bárbaros designios!

SOLANÉ

(Con despechada ironía.)

¡Temes á la muerte! ¡eres, pues, feliz!. . . .

LELIA

¡Oh, sí! cómo no ser feliz en el regazo de la madre! Se lo diré todo, señor: sobre ese regazo yo soñaba en el amor venturoso, que en la forma de un ángel, alzaba mi alma y se cernía con ella en las regiones azuladas.

SOLANÉ

¡Desgraciada! que estás diciendo!

LELIA

La verdad, señor: lo juro por la cruz del Redentor! Se lo declaro á vd., para que considere el crímen de esos hombres y me vuelva á los brazos de mi madre, la mas generosa, la mas compasiva con los desgraciados!. . . .

SOLANÉ

¡Mientes!. . . .

LELIA

No, no es mentira, no: Mi Rafael es un hombre digno de ser amado; un hombre? no! es mas que un hombre, señor: es un poeta! Píntese vd. qué sombras van á envolver á ese espíritu, nacarado y diáfano como el trémulo rayo de la luna; píntese vd. mi situacion: él me adora con ciego frenesí, con el candor purísimo de su alma; su lira se templa al suave calor de mis amores, y, él me lo ha dicho, mi recuerdo, como la vara de Moises, tiene el poder de arrancarla raudales de armonías! ¡Oh! sin mí se morirá Rafael; me moriré yo tambien al considerar las angustias de su desierto corazon!

SOLANÉ

¡Ah! y miéntras tanto, quien se acuerda de mí en el mundo! quién me ha abierto una puerta? ¡Salvages! me han negado hasta las del templo de Jesucristo! Yo tambien he amado! ¡Amor! ¡Sublime amor! ¡misterio incomparable! ¡Ah! tú no conoces sino los preludios reminiscentes de esa arpa encantadora; tú no has visto sino, como á travez de indefinibles y flotantes gasas las esmaltadas alas de ese arcángel; solo así, semejante á las fajas de luz del último horizonte, es que le has columbrado cernirse sobre tu frente de azucenas, remontarse luego á las regiones del ideal, dejando en tus labios, sin estremecimientos ni languideces, el ósculo sagrado de las vagas y dulces promesas. . . .

LELIA

Sí, sí! ¡eso es!

SOLANÉ

Yo tambien he amado así! ¡oh!. . . . Pero, llega un momento, en que ese ideal, que se diluia en el prisma de nuestra imaginacion, cual la niebla de oro de la pampa sobre las ondas de las lagunas al despuntar la

aurora, adquiere las formas tangibles del ser real, atrayente, incontrastable. . . . Cierto es que el amor no pierde entónces su esencia divina, que la silueta del mundo no empaña la nítida blancura de su cástica frente; pero, se erige en nuestra ley única, esclusiva, tiránica; se convierte en nuestras palpitaciones continuas, en nuestros instintos escitados; él es la fiebre de nuestra sangre, el vértigo de nuestro cerebro, la llama inapagable de nuestros ojos, el fuego inestinguible de nuestras entrañas. Entónces, no ser amado es peor que morir, que consumirse en una lenta y tormentosa agonía; conocer el cielo y no alcanzarle; no ser amado es, pues, mas horrible que el infierno!

LELIA

¡Qué dice vd.! ¡Déjeme volver á los brazos de mi madre! ¡tengo miedo! ¡tengo horror!

SOLANÉ

Ah! te horripilas! Escucha: hace mucho que yo me revuelvo en ese caos de eterna condenacion! Acabo de oirte los cánticos inocentes del amor correspondido, como si escuchara del destino el mas insultante sarcasmo; te he escuchado murmurar las delicias de un amor satisfecho, como el réprobo del averno escucha desde su lecho de espinas los seductores murmullos de la gloria infinita!

LELIA

¡Oh! yo nunca he pensado en eso; no quiero pensarlo! ¡vuélvame al hogar, que allí en los labios de mis padres no resuenan sino palabras de esperanza. ¿Por qué no he de encontrar en vd. la misma caridad?

SOLANÉ

¿Soy un gaucho? no lo sé; pero el gaucho siente como los demas, como siente tu Rafael, que viste frac; el alma del gaucho tambien se abre al aliento de otra alma, como las silvestres margaritas á la primera caricia de la primavera; el gaucho es tambien poeta, porque ha sido

tambien creado para las místicas confidencias con su Dios en el templo solemne de la naturaleza; y sin embargo, los hombres de tu clase, los que por la fortuna, el talento, ó el crímen, han logrado apoderarse del gobierno de la sociedad, miran al gaucho como á un fruto de maldicion y de barbarie; como á una escrecencia, que es necesario destruir ¡civilizar dicen ellos! á hierro, á fuego, de cualquier modo; pero yo, tan culto y civilizado como ellos, voy á presentarme sobre el escenario de la época, así, como la imágen viviente de todo lo inícuo que contra el gaucho, esa infatuada sociedad esconde hipócrita, bajo su antifaz de seda y entre el ruido de sus banales oropeles!

(Lelia se aturde, se espanta, desea huir.)

LELIA

¡No se irrite contra mí, señor! yo no he odiado nunca, no pertenezco á esa gente. . . . al contrario, desde que he amado me siento mas buena, mas grande. . . .

SOLANÉ

Un dia me declararon rebelde, porque hice la revoucion para el pueblo y no para los que gobernaban; me persiguieron á muerte hasta en el destierro; y cuando pedí perdon digno, y cuando quise ser elemento de órden, me negaron el perdon, miéntras por iguales faltas lo habian acordado á otros. Y el amor me arrojó de sus aras de flores, cuando le imploré que descendiera hasta mi espíritu, desierto, silencioso y triste, á saturarle con su verbo; y los hombres cultos me negaron el bien, que es comun á todos los seres, y me hicieron el instrumento de sus iniquidades, cuando recurrí á ellos, para engrandecerme por el trabajo y por el culto práctico de los principios regeneradores. ¡Yo buscaba la plenitud de mi personalidad, perfeccionada por la civilizacion que ellos decantan, y me ofrecieron el envilecimiento en nombre de la dignidad del hombre, ó este abismo de sangre y de horrores en que me encuentro!

LELIA

¡Oh!

SOLANÉ

Me envenenaron el aire y me interceptaron el sol de mi tierra natal. En estas sábanas inmensas de la pampa, donde viven y cumplen su mision hasta los mas inmundos insectos, me negaron un palmo de tierra donde morir tranquilo, repitiendo las oraciones de mi madre. . . . cuyos ojos no me permitieron tampoco cerrar, cuyo cadáver marchó solo sobre una carreta de bueyes á la última morada!

LELIA

¡Dios mio! ¡no me separe usted de mi madre! ¡mi madre regará sus manos con lágrimas de gratitud, le amará á usted! . . . .

SOLANÉ

¡Desventurada! Tu madre se llama Genoveva, su padre es Bidarte! ¡Oh! tú eres prenda de venganza para Solané!

LELIA

¡Solané! no le calumnie usted; es un hombre de Dios!

SOLANÉ

No; yo soy, sí, el Adivino del Tandil, el Profeta: yo miento, yo fanatizo, esploto la ignorancia. ¡No soy el hombre de Dios, sino el inspirado del infierno de la tierra!

LELIA

Jesus!

SOLANÉ

El sacerdote tambien me rechazó, no levantó su voz en el púlpito contra mi inocencia escarnecida; no acompañó el cadáver de mi madre, no le llevó entre sus oraciones hasta el trono del Altísimo, porque el anatema

del Gobierno pesaba sobre la cabeza del hijo, y el Gobierno pagaba al sacerdote, el Gobierno era entónces el aliado del clero, puesto que era el protector asíduo del altar; miéntras que en otro tiempo, la palabra del sacerdote penetraba como un reptil en la conciencia de Solané, para en nombre de los derechos inviolables de la iglesia, lanzarlo como una furia sobre las urnas electorales. Ahora yo tambien invoco la religion, como la invoca el sacerdote; invoco la libertad, como el Gobierno, la ínvoco como la invocan los sicofantas del periodismo y de los clubs. ¡Es la farsa humana, en cuya orgía yo penetro escalando el muro, así como los convidados entran por la puerta disfrazados con el guante!

LELIA

¡Oh, madre mia!

SOLANÉ

¡Genoveva!. . . . yo bañaría en lágrimas tus plantas; sería tu mas sumiso esclavo, si tú pudieras ser una esperanza para mí; pero, imposible, no quiero pensarlo siquiera; me mataria un nuevo desengaño!

ESCENA CUARTA

DICHOS—RODRIGUEZ y BURGOS—Despues la MICA

RODRIGUEZ

Entre la *nieblina* se columbran tres bultos á caballo

SOLANÉ

Los conozco. (*Ap.*— ¡Acabemos!)

(Con un ademan indica que se apoderen de Lelia y la lleven por la derecha.)

LELIA

¡Por piedad, señor! ¡señor! . . . .

(Solané se ha cruzado de brazos, impasible, sombrío, rígido.)

SOLANÉ

¡He dejado de ser un hombre!

(Rodriguez y Burgos se adelantan para ejecutar las órdenes de Solané. Lelia se retuerce de desesperacion; cae de rodillas, abraza las de Solané, quien se mantiene imóvil, glacial y sombrío.)

LELIA

¡Oh, Dios mio! ¡madre de mi corazon! ¡déjenme! ¡favor! ¡piedad! ¡piedad!

(En el corro invisible de gauchos, cantan otra estrofa, al propio tiempo que Burgos y Rodriguez luchan por ahogar con los ponchos los gritos de Lelia, que ha caido de rodillas.)

SOLANÉ

¡Infierno! ¡he recogido tu guante!

(Va á partir, pero al salir, se presenta la Mica; lo arrastra alguno pasos con violencia, y, entónces, con un acento de súplica, que no carece de energía, le dice)

MICA

¿Qué vas á hacer?. . . .

SOLANÉ

(Tirándola de rodillas)

¡Calla, infeliz! dentro de una hora ella será acaso la única garantía de mi cabeza!

MICA

¡¡Ah!!. . . .

(Rodriguez y Burgos se detienen, pidiendo al rostro de Solané nuevas órdenes.)

(Telon rápido)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

ACTO PRIMERO

(CUADRO SEGUNDO)

Se alza en el fondo la sierra del Tandil. En el centro de la misma y á un metro del nivel del antro, se abre en la roca un ancho tajo, cuyo vano es lóbrego y sobre el cual amenaza desplomarse, balanceándose y girando la piedra movediza. A travez del tajo, en los intervalos que marca el giratorio vaiven de la piedra, vése á la estrella Venus ascender difusa y rutilante. (La piedra movediza del Tandil se apoya sobre un cerro con solo dos puntas de su base, como por dos ejes invisibles, bastando la fuerza de un hombre ó del viento para imprimirla un movimiento de oscilacion, el cual nunca es sino de Este á Oeste. Dicho cerro está formado por otras gigantescas masas graníticas, creciendo de sus grietas algunos cardos, en cuyos vástagos caracolean enredaderas de anchas y aplomadas hojas. El cerro se recorta sobre un abismo de 140 piés de profundidad, y al Oeste se balancea la piedra sobre el precipicio, como engranándose en el tajo al hundirse en parte dentro de la oscura concavidad, de donde vuelve á levantarse acompasada y magestuosa, produciendo su movimiento oscilatorio. Las dimensiones de esta roca singular miden 8 varas de altura ; 13 de longitud y 6 de latitud, sumando un volúmen de 216 varas cúbicas con el peso aproximado de 46.440 arrobas. Su figura es cónica, irregular, y la base, tambien cónica, sobre la cual descansa, es de solo 10 pulgadas de diámetro. Cuando sopla el viento sudoeste, la piedra se balancea semejante á la copa de un árbol No se ha encontrado aun la fuerza que sea capaz de romper el misterioso eslabon que la sostiene. Como se ve, este cuadro puede figurar, si se quiere, como una simple Mutacion de acto, y continuar, por consiguiente, la accion del cuadro anterior.)

ESCENA PRIMERA

A pocas varas del pié de la sierra, y entre las piedras desprendidas de la cima, se ve una veintena de FAMILIAS, compuestas en parte de enfermos, que sobre cueros de vaca, yacen á la derecha delante de las carretas que las han conducido. A la izquierda, cerca de un fogon deescaso fuego y en el cual se calienta una caldera y se ve un asador con restos de carne, un CORRO DE GAUCHOS atendiendo, como los mismos enfermos, los trinados de una guitarra pulsada por el Negro Un muchacho hace circular el mate; y el guitarrero sorbe un sendo trago de la botella, que el gaucho del lado pone en sus labios, sin que se imterrumpa por consiguiente la música.

GAUCHO 1°

¡ Ah, Negro lindo! si la hace hablar á la *pescuezuda* ¿Y *ande* diablos, Negrito, fuiste á atar tu caballo, que te has *demorao* tanto? ¿ó fuiste á los ranchos? Ah, negro, amigo, *enamorao* como él solo.

NEGRO

Es cierto. . . . como varon, claro que *é* tener mi *quebraderos* de cabeza. . . . Cantá, pues, ché! Y estoy haciendo una décima que principia *ansí* el prime pié:

Anque la ausencia me lleve
derecho á la sepultura,
has de encontrar que no muere
quien bien ama con finura,
y *ansí* verás queá tu acento
renace otra vez la vida,
volviéndose puro fuego
mis despojos y cenizas. . . .
porque tambien tiene el Negro
dentro el cuerpo una alma viva.

GUITARRERO

Ah, negrito de *Güenos* Aires, si le hablan los *güesos!*

NEGRO

Compuesto lindo es el que le está haciendo el Payador al Profeta Solané ¡dá las doce en punto! ¿Se acuerda *compae* Juancho, de aquella vez que en la estancia *é* don Silva curó á mas de cuatrocientas personas? *tamien* eso sale en el *compuesto*.... Pero cómo no *hae* curar, amigo, si es casi como Dios? Y no recibe paga, sino *pa* la virgencita que lleva en el pescuezo ¿quien no se hace matar por él, si uno sabe que va derecho al cielo?..... ¡El Adivino!

TODOS

¡Tata Dios!

ESCENA SEGUNDA

DICHOS y SOLANÉ, sin poncho y sin sombrero, como surgiendo de la piedra que sirve de dintel al tejo; trae en la mano un pliego de papel escrito. A su espalda se alza una gran llama de azufre; la PIEDRA MOVEDIZA comienza á girar sobre al abismo, cual si viniera intencionalmente á aplastar á Solané, y que, al tocar sus cabellos, retrocediese respetuosamente. A todo este aparato de su aparicion se mezcla por algunos segundos un ruido siniestro, producido en el fondo del abismo. A la aparicion de Solané, cual si fuera á la de un mensajero del cielo, el resorte de la supersticion y del fanatismo, ponen de pié á los gauchos, y aun á los mismos enfermos, cayendo luego de rodillas con las manos alzadas hácia el Profeta. Los enfermos rebujados en sábanas y ponchos, como en sudarios, forman un grupo fantástico. Sucede un silencio religioso, que dura unos segundos, empleados por el Profeta, para dominar los grupos con su actitud y su mirada.

SOLANÉ

En nombre de Dios, tienen ustedes fe?

TODOS

¡Sí! ¡Sí!

SOLANÉ

Creen que ese Dios infinito, oculto en el fondo estrellado de los cielos, me envia con esta escritura sagrada *(presentando el pliego)*, para curar las dolencias del cuerpo y salvar las almas religiosas, que los herejes masones contaminan, amparados por sus cómplices de frac y de entorchados?

TODOS

¡Sí! ¡Sí!

SOLANÉ

Dentro de cuatro soles, el 1.° de Enero de 1872, los cito á la plaza del Tandil, donde recibirán por mi boca las revelaciones del Altísimo. Dios los destina á ustedes á esterminar aquí á los herejes masones, y á sus cómplices, como en un tiempo los ángeles con sus espadas de fuego á los opresores del pueblo Israelita. Así es como los Papas han convertido en cenizas á los que negaron la infalibilidad de su palabra y de la Santa Biblia. En nombre de Dios, en nombre de la Iglesia, en nombre del Papa vengo á salvar al gaucho de las garras de la tiranía y de la corrupcion de la fe religiosa. Dios se ha condolido de la miserable condicion de los hijos del campo, infelices desheredados de esta Patria, emancipados con el sacrificio de sus padres y constituida con la sangre de sus hijos! La Patria! tierra bendita, en cuya vasta extension no ha conquistado aun el gaucho un pedazo de tierra, donde reclinar la cabeza en la hora del sepulcro!

TODOS

(Con un murmullo de aprobacion, y principiando á sobrexcitarse).

¡Ah! ¡ah!.....

SOLANÉ

Miéntras en esta República de siervos, el extranje-

ro y los señores de capital gozan de todas las comodidades en la enervacion de la antigua fibra; y miéntras su lujo vano crece á la par de su irritante orgullo, ustedes, despreciados gauchos, vástagos de los héroes de la tradicion, se ven forzados al inclemente servicio de frontera y de los cuerpos de línea. Os condenan á domar al salvaje del desierto; crueldad sobrehumana, porque la corona de la victoria la obtienen así á costa de la desnudez y del hambre del soldado, en la cruda intemperie del desierto.

TODOS

(Con murmullos de un principio de cólera.)

¡Oh! ¡oh!....

SOLANÉ

Por sobre el haz de esta gran República, grande, sin duda, por su historia, por sus leyes escritas; señalado cada palmo de tierra por un combate, por una gloria, tambien por lágrimas y sangre en nombre de la libertad y del derecho; sí, por sobre el territorio de esta gran República, la fuerza y el abuso pasean su pendon de oprobio entre los sepulcros silenciosos del martirio! Para el pueblo, para el gaucho, hijo tambien del Autor Supremo de los mundos, regenerado tambien por él en la Cruz del Gólgota, no hay, no, una sola migaja de justicia; respecto de los pueblos, la Constitucion solo existe para Buenos Aires; respecto de los ciudadanos, las garantías no se acuerdan sino á la casta de los cortezanos de la civilizacion: un gaucho vive fuera de la comunidad: para él no se invoca la misma ley; y sin embargo, la Constitucion fué elaborada por el heroísmo del pueblo, del gaucho; el gaucho queda igualado por la moral, cuyo legislador, que es Dios mismo, se alza por sobre todos los potentados de la tierra, por sobre todas sus avasalladoras pasiones, por sobre todas sus debilidades y miserias!

TODOS

¡Sí! ¡es verdad!!

SOLANÉ

Hipócritas de la moral, corrompidos del saber, invocan á Dios, para ultrajarle; se ciñen la laureola de una ilustracion artificial, para patentar su soberbia; coronan de flores la libertad del hombre, para inmolarla! Cuando el gaucho, el cuerpo acribillado de cicatrices, con el cabello emblanquecido y arrugado el rostro, regresa de los campos de batalla, no encuentra ya la hacienda ni el trigo, que le ofrecian el pan de la familia; ni el hogar, bajo cuyo alero trabajó la lanza del combate, para defender la libertad! la familia se ha disperso, y mucho es que el déspota no haya deshonrado á las hijas, no haya deshonrado á la esposa!

TODOS

(Con rujido de rabia.)

¡¡Oh!! ¡¡oh!!

SOLANÉ

Civilizacion de bayonetas y cadenas! civilizacion liberticida y corruptora, amasada con injusticias impunes, encomiadas por periódicos versátiles y cínicos, vendidos al oro manchado del mercenario inconciente ó sin pudor; civilizacion fatal, trampa artificiosa, cuyas piezas maestras son gobernantes arbitrarios con los débiles, cobardes con los fuertes, sin noble carácter, sin elevada política; gobernantes cuyo único afan es prepararse un lecho de rosas, desde donde sin zozobras ni peligros puedan contemplar despues, entre olas de sangre, á la sociedad que han precipitado en los horrores de la anarquía! Pero yo encarnaré la revancha: yo me armaré ahora del látigo y les azotaré como ellos han azotado! (*Del fondo de la gruta le han alcanzado una bandera, de fajas blancas y rojas colocadas en sentido horizontal, enastada en una lanza*) He aquí nuestra bandera! será nuestra divisa; la religion nuestra ley; demandaremos diente por diente, ojo por ojo, á los he-

rejes y á los opresores! Dios alumbrará nuestro paso el 1.° de Enero, terrible dia de la espiacion!

ESCENA TERCERA

DICHOS; BIDARTE y LASALLE, por la derecha. Visten traje decente, pero en desórden y cubierto del polvo del camino; calzan bota fina y traen látigo de montar; Lasalle muestra mas esmero en el traje; Bidarte ha olvidado el yaqué, el chaleco y la corbata, y su camisa viene desprendida, percibiéndose bajo de ella una camiseta de seda. Los dichos personajes reconocen á Solané, cuyas últimas palabras han podido oir, y se quedan estupefactos, operándose luego en ellos una enérgica reaccion, al verse objetos de injuriosos apóstrofes.

BIDARTE

¡Solané!

SOLANÉ

¡Ah! ¡es vd. Bidarte.....! el padre de Genoveva! Vd. Lasalle, el que se unirá el 1.° de Enero á esa hermosa viuda en la iglesia del Tandil! ¡Dos enemigos de los jesuitas..... son pues, dos masones, enemigos de la Iglesia, enemigos de Dios!..... ¡Protejidos por autoridades arbitrarias, son, pues, enemigos de los gauchos! ¡El cielo les pone, al fin, en mi camino! ¡Me buscaban! Sí: el instinto de la conciencia le ha guiado á vd., Bidarte, á travez de las tinieblas, empujándolo hasta el asilo de la antigua víctima de sus persecuciones! ¡Bien ha comprendido vd., que esta noche principian mis venganzas!

BIDARTE

¡Ah! tu eres, impostor, el que acaba de perpetrar el

inaudito crímen de arrancar una hija del lado de la madre ! Si vieras á ésta, á dos pasos de aquí, en llanto anegados los ojos, cubierta el alma por el mas angustioso dolor.

SOLANÉ

(*Ap.* Genoveva aquí !.....)

BIDARTE

¿ Qué me importa de mí ? ¿ Lo ves ? No tiembla el anciano, y se mira en tus garras ! ¿ Para qué vivir, si has desolado mi hogar y le has cubierto de luto, tan bullicioso y alegre esta mañana ? Falso Profeta, que explotando la sencilla condicion de esta gente honrada, la arrastras brutalmente en pos de tus groseras imposturas !

SOLANÉ

¡ Extranjero hereje ! ¡ mason altanero, agente de artes misteriosas ! ¿ no te basta haber labrado tu fortuna, bajo la bandera de nuestros sacrificios ?

BIDARTE

¡ Sí ! nos acojemos á su sombra hospitalaria y gloriosa con nuestras costumbres de trabajo, con los perfeccionamientos de nuestras industrias. ¿ Pero, puede ser responsable el extranjero de los abusos y de los errores de los mismos hombres y gobierno del país, si tratan como á extraños á sus propios hermanos ? Conozco tu propaganda, Solané ! ¡ Masones ! del elevado misterio, con que se rodea tan augusta institucion, inspirada en la santa caridad del apóstol, forjan la calumnia todos aquellos, que en el austero recinto de la conciencia, verdadero templo de Dios y verdadero código de sus dogmas, no le aman, por cierto, con mas fervorosa y mística adoracion ! Si somos hombres ¿ por qué los despechados hipócritas nos escluyen de la divina eucaristia cuyo verbo palpita en todo el universo, como dentro de nuestro organismo palpita el alma ?

SOLANÉ

En nombre de la religion, mando que les acuchillen!.

(Los gauchos han sacado á esta intimacion sus facones.—Genoveva llega en esos momentos, habiendo podido escuchar la órden sangrienta del Adivino.—Al ver las intenciones amenazantes de los gauchos, se intorpone entre éstos y las víctimas designadas.)

ESCENA CUARTA

DICHOS y GENOVEVA. (La actitud de esta, al presentarse, será llena de virilidad; la desesperacion y el furor contraen sus hermosas facciones; chispean sus ojos y críspanse sus puños: semeja á una leona que defiende su presa; en sus pupilas se han secado las lágrimas; pero muestran su turbio rastro.)

BIDARTE

(Mirando á la derecha.)

¡ Genoveva! ¡Infeliz!

GENOVEVA

(Presentándose.)

¡¡Padre!!..... ¡Genio funesto! ¡Adivino maldito! Tú debias ser, no otro, solo tú quien acaba de arrebatarme á mi Lelia, á ella, luz de mis ojos, pedazo de mis entrañas! ¡Oh! dónde está, dime, dónde! devuélvela á mi seno, no tardes, soy su madre! ella es el objeto de mis ansias, no puedo respirar sin ella! ¡Oh! y callas, corazon duro, duro como estas rocas, que no se hunden bajo tus piés, que no se desploman sobre tu cabeza! (*A postrofando á los gauchos.*) Pero ustedes!..... ¿qué hacen? por qué se prestan á las pasiones de este hombre vengativo? por qué no emplean esos puñales en

rescatar á mi Lelia, en vez de hacerse cómplices de los mas bárbaros atentados? Me la ha robado! ¿¡No lo están oyendo!? ¡era mi amor, es mi hija, es mi vida! ¿Pero que no se encuentra aquí una sola mujer, que sienta lo que es ese entrañable, ese incomparable amor de madre? ¡Solané! ¡Solané! ¡Devuélvemela, por Dios! ¡quiero verla, quiero cubrirla de besos! Todos callan! ninguno me tiene compasion! ¿pero hasta qué punto el fanatismo ha podido ahogar el grito de la naturaleza, que repercute hasta en las fieras! (*llamándola*) ¡Lelia! ¡Lelia!

LELIA

¡Madre!..... ¡Madre!..... ¡Madre!

(Estos gritos de angustia los arroja Lelia desde el fondo del tajo, revelando una sorda y desesperada lucha por desasirse de las manos que la sujetan; el tercer grito, es lánguido y ahogado; al escuchar Genoveva el primero, se ha lanzado hácia el tajo, y no pudiendo escalar la entrada por su elevacion, pretende derribar la roca con frenéticos esfuerzos, la araña, se mece los cabellos, loca, convulsa, en una suprema agonía.)

GENOVEVA

¡Me llama! ¡Hija mia! ¡hija de mi corazon!

SOLANÉ

Concluyan, pues, con esos masones y cómplices de nuestros verdugos!

BIDARTE

¡Malvados!

(Genoveva reacciona poderosamente, corre veloz y arranca un puñal de manos de un gaucho y vuelve hácia Solané pretendiendo herirle—Al mismo tiempo los gauchos levantan los facones, los dirijen á Bidarte y Lassalle, pero se detienen al ver á Gomez, que se presenta con soldados.)

ESCENA QUINTA

Dichos y el comandante Gomez, con Soldados de línea y Gauchos milicianos de Policía, armados éstos á sable y aquéllos á fusil. Al aparecer Gomez, la Mica, escalando la roca, se coloca de un salto y puñal en mano al lado de Solané, como la tigra que defiende sus cachorros.

GOMEZ

(A los soldados)

¡Apunten!

(Las armas se dirijen á Solané y la Mica; pero éstos no se turban; por el contrario, nunca Solané se manifestó mas dueño de sí mismo, mas firme, ni su aspecto fué nunca mas impávido y altivo; tampoco la rabia brilló en ojo alguno con una expresion mas siniestra y aterradora. A la órden de mando de Gomez, rápidamente ha alzado á Lelia del fondo de la gruta, la cual desmayada cae á los piés de Solané, doblando éste una rodilla para sostener la cabeza de la jóven. Solané arrebata el puñal de la Mica y lo levanta sobre la garganta de Lelia.

SOLANÉ

(Con sangriento y glacial sarcasmo)

¡Hagan fuego!....

(Genoveva lanza un grito de angustia, que solo puede proferirlo una madre. Este grito supremo sobrecoje á todos é infunde doloroso espanto. Un instante despues prorrumpe en dos estridentes carcajadas de loca, cuyo esfuerzo le ocasiona un fulminante desmayo.)

GENOVEVA

¡¡¡Ah!!! ¡¡Já! ¡Já! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

(Cae desmayada)

TODOS

¡¡¡Oh!!!....

(La Mica ha caido de rodillas, abrazándo suplicante las rodillas de Solané. Éste, impasible y magestuoso como la roca en medio del Océano, domina la escena.)

FIN DEL PRIMER ACTO Y CUADRO SEGUNDO

ACTO SEGUNDO

(CUADRO TERCERO)

Casa de Bidarte:—Dormitorio de Lelia ricamente amueblado: el lecho sin destender, ni aun descorridos los blancos cortinados; sobre el almohadon una corona de flores, ya marchitadas, casi secas, pues se supone que fueran arrancadas desde cuatro dias atras; una pila de agua bendita al lado. El resto del ajuar se encuentra en completo desórden. . . . algun mueble derribado. Sobre el velador arde una lámpara, al lado de un libro. Puerta al fondo y laterales; en el plano que chaflana el ángulo de la derecha, un balcon bajo, entreabierto. Son las dos de la mañana del 1º. de Enero de 1872. Al alzarse el telon, un reloj de campana anuncia esta hora.

ESCENA PRIMERA

La China entra por la derecha, de puntillas conduciendo un pocillo de chocolate, qne coloca sobre una mesita á cuyo efecto la pone de pié, pues se halla derribada, y hace lo propio con los otros muebles derribados. Despues va á observar á la misma puerta de la izquierda, pasa á la del fondo, descorre cautelosamente los pasadores, entra á la pieza de la izquierda, vuelve á salir y desaparece por la derecha. En seguida Genoveva penetra lentamente por la izquierda; muestra en su rostro y en sus ojos los efectos de la fiebre y del insomnio; en sus miembros manifiesta una intensa lasitud—Despues Bidarte.

GENOVEVA

Inútil! el sueño huye de mis ojos; arde mi cerebro

como la lámpara de los sepulcros! ¿Por qué no perdí para siempre la razon? ¿por qué no morí entónces? ¡Mi Lelia! la desolacion y la tristeza reinan en el alma de tu madre! (*Se acerca al lecho, descorre las cortinas y lo contempla con melancólica ternura*): Aun no te habias acostado, querida, cuando, hace cuatro noches, esos bárbaros te arrebataron á tu nido, avecilla inocente. (*Tomando la corona y besándola*) La corona está marchita: último emblema de los amores de la madre!.... (*Se inclina sobre el almohadon y lo cubre de besos desesperados*) ¡Tú, hija mia, formabas mi única dicha! ¡Cuánto te amaba, ángel del hogar! ¡oh, qué horrible vacío!.....

ESCENA SEGUNDA

GENOVEVA y BIDARTE, éste por la derecha, quien contempla con profundo dolor á su hija caido los brazos y enlazadas las manos en signo de abatimiento—Genoveva ha sepultado su rostro en las almohadas, derramándose sobre ellas sus cabellos en desórden, presa de la mayor angustia.

BIDARTE

(*Ap.*—¡Cómo en un instante puede acibararse el mas almibarado cáliz? Ah! Genoveva! resignada criatura, esposa mártir, madre infeliz! No sé qué voz severa, desde lo mas recóndito del pecho me lanza un reproche en tu nombre, y, sin embargo, no han osado tus labios murmurar una queja. ¡Ah! la experiencia ¿qué enseña la experiencia? ¡es una ciencia negativa!.... el cariño de padres nos ofusca, no nos deja leer el fondo del alma humana en nuestros hijos, ni prever el por-

venir de otro modo, que por la faz grosera del bienestar sensible. Dsposa de un gaucho, ¿no hubieras sido mas feliz, Genoveva? quién sabe! ¿con qué derecho te condené á arrastrar dentro de tu propio corazon la cadena del deber de esposa? ¡por qué te condené al vacío eterno del alma! ¡Na basta, no, para la dicha la hastiadora comodidad del lujo!.... Genoveva?.... no me oye.... su alma debe ser en estos momentos un abismo de horrores!.... Genoveva?....

GENOVEVA

(En esos momentos se habrá incorporado)

¿Quién me llama?.... Ah!.... padre!

BIDARTE

(Turbado y ansioso)

Queria besarte, mi Genoveva *(La abraza y besa en la frente)* Eres la verde yedra de este trondo, ya herido por el rayo.... En esta noche.... que sé yo.... nunca he pensado que el padre necesitara del perdon de la hija.... ¿qué mas castigo?

GENOVEVA

¡Oh! que dice vd! *(lo besa).*

BIDARTE

Nunca tus filiales besos me calentaron con mas dulce friccion que ahora! tu alma es magnánima y bondadosa, hija mia! En mi inquieto espíritu, en mi atribulado corazon están pasando cosas singulares; ha sido bastante un solo relámpago en mi conciencia para adquirir toda la filosofía celeste del corazon humano y la clave de la felicidad en la tierra....

GENOVEVA

Pero qué voy á perdonar al mas bueno de los padres? ¡si nunca un padre hace mal al hijo!

BIDARTE

Te engañas.... el padre, aunque sin mala fe, suele convertirse en instrumento de fatales preocupaciones,

religiosas ó sociales, y sacrifica á esos fantasmas lo único que de real y verdadero existe: el amor, el hogar, la dicha del alma.

GENOVEVA

Destierre vd. esas cavilaciones, padre adorado!

BIDARTE

Es que yo quisiera compensarte... entiéndeme Genoveva.... ya no tengo orgullo de clase, ni de riqueza, ni de eso que llaman el puntillo de honor.... te amo ahora con todo el puro amor de la naturaleza, con todo el amor que conservo á tu madre, la cual me escucha desde la mansion de los bienaventurados.... Mis riquezas, mi saber mal dirijo, mi presuncion aristocrática ¿de qué te han servido?.... crei prepararte un lecho de rosas, ¡cándido de mí! y fué de espinas! ¡La última está desgarrando tus entrañas de madre!

GENOVEVA

¡Oh!

BIDARTE

Te ofrezco mi sangre; vengo á renunciar ante las ruinas de tus altares mis locas ideas, mi fatuidad altiva; quiero ser el instrumento servil de tu felicidad....

GENOVEVA

¡Padre, calle vd.!

BIDARTE

Escucha: Lasalle se encuentra aquí es nuestro hués, ped, es mi socio; ha sido y es mi amigo, casi mi hermano.... tú le has aceptado para esposo... pero tambien aceptastes al primero libremente, nada me digas, no supongo nada, si lo aceptas, por solo obedecerme ó no.... pero sabe, Genoveva que el dedo de Dios me ha tocado cuando iba á dormirme; salto del lecho, y creyendo vencidos los párpados por el dolor y la debilidad, venía á decirte en un beso todo esto, que te lo repitiría

mañana; no, nunca es mentira lo que la conciencia nos dice en los momentos solemnes, en que el ruido de las pasiones é intereses de la vida se apagan ante la voz augusta de lo eterno. Yo le diré á Lasalle: Hermano: yo quiero ser en adelante un padre para mi Genoveva... tengo.... sí, tengo remordimiento!....

GENOVEVA

¡Señor!

BIDARTE

Claro.... al fin lo siento y lo quiero: « El padre, continuaré diciéndole á Lasalle, debe ser todo amor para los hijos; debe ser un permanente sacrificio, y yo mas bien he sido el verdugo de Genoveva.... »

GENOVEVA

¡Calle vd.!

(Besa con efusion sus manos.)

BIDARTE

Le diré tambien: « Yo no quiero ya que se case... no te ama, Lasalle... y me he propuesto que si ama... porque.... es natural.... llegarás á amar.... realice libremente su aspiracion.... anhelo la infinita ventura de bendecir al objeto de su dicha.... aunque sea... un gaucho.... ¿qué importa, si ella le ama?.... Yo serviria de hinojos, á ese gaucho.... me levantaria temprano para oir la campanilla, servirle el mate en el lecho, yo en persona de pié y sin pestañear, pendiente de su sonrisa ó de su ceño, como el esclavo ante su señor.

GENOVEVA

¡No siga vd., padre, el mas bueno, el mas solícito de los corazones! ¡Dios le abre ya su eterna gracia!

BIDARTE

¡Ah, tu me has comprendido y me perdonaras! Por fuerza: eres madre! sabes bien lo que uno es capaz de

hacer por los hijos, cuando logra desasirse de esa transitoria fantasmagoría, que se llama el mundo de fuera del hogar, de fuera de los íntimos afectos. Bueno! te debo la última felicidad; ¡qué felicidad y en qué momentos! No temas por Lelia, Genoveva: el comandante Gomez me aseguró que Solané no se atreverá á tocarla en un cabello, porque sería atraerse la persecucion á muerte: la vida de Lelia es la garantía de su reconciliacion con la autoridad Se le harán proposiciones, se le dará todo lo que quiera por Lelia: el juez mismo sobreserá en las causas criminales que le han promovido los deudos de sus víctimas: á mayores criminales de la ciudad se les ha absuelto: todo es cuestion de formas y considerandos....

GENOVEVA

¡Oh! pero cuánto tardan esos hombres!

BIDARTE

En ello se anda, hija mia: hace unas horas que Gomez ha llegado á esta sierra; dejó allí acampada su gente y pasó al pueblo á conferenciar con el Juez de Paz..... ya sabes que una palabra de los Jueces de Paz es obedecida en toda la campaña, como si fuese un okase del czar de Rusia..... Pero acuéstate; ayer se pudo recien cortar la fiebre delirante que te ha postrado..... por si estabas despierta, te mandé un pocillo de chocolate..... no lo has tomado acuéstate, Genoveva! yo espero solo el dia, para ir al Tandil á conferenciar con el Juez de Paz y con el comandante Gomez. Te dejo ¿vas á acostarte, mi buena Genoveva?.....

GENOVEVA

Lo haré, padre mio..... pero vd. tambien necesita restaurar sus fuerzas.

BIDARTE

(Riendo con pueril satisfaccion.)

De qué peso me he aligerado! soy un jóven! Ora

tengo seguridad que Lelia volverá á su casa ántes de dos dias; y entónces..... ya se, ya se cómo ha de principiar nuestra nueva existencia: tú serás una reina en esta casa de vasallos..... no me quites el gusto de ser tu mayordomo. (*Se han abrazado en la puerta: Genoveva besa la cabeza encanecida de su padre; éste ha salido, pero vuelve, y con voz confidencial, llena de solicitud y fe, llorando de alegría, pero un tanto medroso, le dice:*) Sí..... amas á Solané.....

GENOVEVA

¡Padre!

BIDARTE

Digo.....

GENOVEVA

¡Ha querido matar á vd. ese mónstruo y á mi Lelia! ¡Oh!

BIDARTE

No, es que á él tambien le amenazaban con la muerte..... Te decia por si..... ya sabes..... aunque sea un negro.

(Se va precipitadamente. Genoveva se desploma en un sillon, llorando amargamente.)

ESCENA TERCERA

GENOVEVA y SOLANÉ. (Trae el poncho envuelto en el brazo, y el sombrero ostenta una divisa de fajas coloradas y blancas, horizontales. Abre la puerta exterior y observa. El respaldo del sillon y la actitud encojida que ha tomado aquélla no le permiten verla; se dirije de puntillas hasta el dintel de la puerta de la izquierda, que se supone da al dormitorio de Genoveva; pero la exclamacion de ésta

lo detiene, lo enclava en el sitio; vuelve el cuerpo hácia Genoveva y exhala un ! Ah ! de sorpresa, ahogado, como proferido dentro de su pecho, y con acento de sangrienta satisfaccion. Si se me permite la frase, esa exclamacion será semejante al rujido prolongado y recóndito del oleaje, al chocar en las rocas de playas distantes y solitarias.)

GENOVEVA

(Con ahogada angustia.)

¡ Mi Lelia ! ¡ Mi Lelia !

SOLANÉ

(Exhalando el mencionado ¡ah!)

(*Ap.*—¡ Ah !..... ¡ ella !..... Entro á mi última jornada !..... ¡ Cuan digno del hombre es luchar contra el destino !)

(Genoveva se levanta dirijiéndose á su dormitorio.)

GENOVEVA

Habrá huido con ella el carnicero, para devorar su presa en el desierto !..... (*Al llegar á Solané, y retrocediendo espantada*) ¡ ¡ Jesus ! !

SOLANÉ

(Siguiéndola.)

¡ Silencio !..... mi presa eres tú ! Yo no puedo huir de donde vive Genoveva. Tu me pueblas de flores el desierto, embalsamas el aire que respiro, te esculpes á mis ojos en el lienzo de este infinito solemne de la pampa; y hasta desde el abismo de mis horrores, escucho como una dulce música, tus acentos !

GENOVEVA

¡ Háblame de mi Lelia !

SOLANÉ

¡ Tu Lelia ! símbolo viviente de un recuerdo impio! ¡ Lelia ! mortal objeto de mis celos, de mi rabiosa desesperacion !

GENOVEVA

¿Pero por qué tanta barbarie, Solané?

SOLANÉ

¡Tiende la vista al pasado! Yo contaba apénas veintitres años: tengo ya cuarenta, han trascurrido diecisiete años! Aquel gaucho era capaz de descifrar la clave de las bellezas del espacio, las de ese otro mundo, mas sublime que ninguno: el alma de la mujer!

GENOVEVA

¡Tú!.....

SOLANÉ

¡Ah! ¡cómo no pudistes adivinarlo, si leistes mi amor! Recien parece que despiertas á la luz de la filosofía! Lo comprendo: su santuario solo se abre al rico por la ruda mano de un infortunio! ¡Tú no habias experimentado aun ningun dolor!

GENOVEVA

Mi edad.....

SOLANÉ

¡Te ví!..... era en esta misma alcoba..... veraneaban los que gastan coche y tienen fastuosas quintas, al lado del rancho pajizo del gaucho. Guillermo, tu esposo, tres meses despues, te servia de caballero. Tu sabes quién era ese Narciso de la moda!

GENOVEVA

No insultes su memoria.

SOLANÉ

¡Oh! has de escucharme; y en esta noche tremenda he de tambien encontrarte dispuesta á la verdad, Genoveva: tú no podrás mentirme: la mentira es glacial y calculadora. Óyeme: Guillermo era el prototipo de esa juventud afeminada de las capitales; vestia por el patron de la última moda, trasmitida desde Paris por telégrafo;

se pegaba el cabello sobre la frente, formando las ondas artificiales de las mujeres vacías. Ese corazon sin jugo para el mejoramiento social, se gastaba en los banquetes y las orgías, donde se devoran los millones, que la chalanería al servicio del egoísmo adquiere, miéntras las artes, las letras argentinas, en los teatros y en las calles, mendigan inútilmente un mendrugo de consideracion! Guillermo era opulento, pero cobarde; incapaz de tomar un fusil en las horas de conflicto para la libertad: Guillermo era la degradacion de la raza de San Martin! Cuando un pueblo hermano lanzaba desde un punto á otro de la República su grito de agonía bajo la garra del poder, Guillermo corria á acabar de enervar su espíritu y empalidecer su alma indiferente entre las arias de «Traviata». Yo ignoraba los proyectos de tu padre con Guillermo; no los hubiera tratado de inquirir!..... Yo no era un grosero ignorante; habia leido, tenia la intuicion de la personalidad humana, enaltecida por la inteligencia en armonía con el sentimiento de la dignidad: luchaba sobre los libros, para arrancarme á mi oscura condicion, por el triple esfuerzo del trabajo, del saber y del sacrificio.....

GENOVEVA

¡Y tú eras ese!.....

SOLANÉ

Sí, aquel gaucho! y tó encarnabas para mí la civilizacion por el amor! Escucha toda la verdad: Una noche fuí llamado precipitadamente á la cabecera de tu lecho, donde agonizabas. Tu padre se dijo, sin duda: «el curandero sirve de algo en la desesperacion de la ciencia.» La pampa me habia dejado sorprender el secreto medicinal de sus vegetales, al lado de mi esperimentado padre, un gaucho tambien, sinembargo. Eran las tres de la mañana, como ahora: los rojizos resplandores de una lámpara encerrada en su globo de cristal se mezclaban á los internos reflejos, mas suaves y mas fantásticos, desprendidos de la misteriosa lámpara de tu

alma. ¡Qué hermosa te esculpistes en mi retina, bajo la mórbida languidez de tu desmayo !..... Desde tu frente, blanca como la nieve, donde la inocencia y la gracia habian depositado su beso esquisito, descendian mil bucles por tu cuello de cisne, y se derramaban por la almohada de batista..... ¡sus ondas respiraban amor! ¡Oh! yo te amé, Genoveva, mi vírgen soñada! yo sentí por vez primera las inmaculadas dichas de un amor sublime!

GENOVEVA

(Con fuego amoroso, pero con cierta severidad manifestada.)

¡Ah! no lo negaré, no: en los dias que siguieron, yo veia en la frente espléndida y magnífica del jóven gaucho fulgurar una laureola celeste..... el genio reververaba en tus ojos; el fuego del corazon se estendia como una llama por tu rostro, Solané. Me sentia otra mujer: una vaguedad indefinible, pero dulce, caracterizaba mis pensamientos, que como el primer culto al hombre, se levantaban tenazmente hasta lo divino!

SOLANÉ

¡Y sinembargo! Tu padre leyó, adivinó el oculto hechizo que se habia apoderado de mi alma!.....

GENOVEVA

Adivinó tambien el secreto de mi corazon, página aun cerrada para mí misma, porque yo ignoraba el sentido de esa palabra que es un poema: ¡amor! ¡incomparable amor!

SOLANÉ

¡Tu padre me despidió con inaudita crueldad!

GENOVEVA

¡Si lo hubieras escuchado hace un momento!....

SOLANÉ

Me persiguió..... los Jueces de Paz, los Jefes militares me declararon su presa; tuve que expatriarme, huí,

como un paria, como un maldito! Con todo; el recuerdo de Genoveva era bastante para alimentar la llama de mi cerebro, para sostener mi voluntad: tú eras mi genio, mi ley, mi esperanza, mi regeneracion! ¿Por qué te casastes, Genoveva?

GENOVEVA

(Con fe, ternura, amor profundo y remordimiento.)

¡Ah! yo hubiera sido todo para tí! yo sé ahora cuánto hubiera podido conquistar aquel gaucho, alzado por la sociedad hasta sus altares! Pero, yo no habia cumplido aun diecisiete años! la falsa vanidad del saber y el torpe orgullo de la fortuna luchaban débilmente con las preocupaciones del mundo; y mi padre, sano corazon, pero débil, tampoco pudo romper la dictadura de las costumbres, para conceder al gaucho las prerogativas, que á todo ser humano acuerda la naturaleza.

SOLANÉ

Me arrojaron del seno de la sociedad, como á una fiera salvaje!.....

GENOVEVA

Sí, lo creo, no te volví á ver. Me hicieron avergonzar y hasta horrorizarme del chiripá..... el aturdimiento del mundo acabó de borrar las enérgicas líneas de tu rostro en el flotante lienzo de mi imaginacion juvenil! ¡Qué aberracion!

SOLANÉ

¡Ah! pero tú conocistes el banal superficialismo de ese mundo sin elevadas ideas, que así destruye las alianzas naturales de los mas nobles afectos!

GENOVEVA

¡Sí! demasiado tarde! ¡Ah! si te hubiera encontrado cuando fuí libre, cuando me llegó la hora de la esperiencia!..... Alguna vez, te lo declaro, mi pensamiento, como una lágrima al calor de un beso, se ha diluido en

fajas de luz sobre los horizontes de la pampa, y entónces, tu recuerdo, dulce, melancólico.....

SOLANÉ.

¡Habla, Genoveva! ¡Háblame así, vida mia!

GENOVEVA.

Pero. . . ¡Oh Dios! . . . reapareces, Solané ¿qué veo entónces de ese ideal de mis diecisiete años? ¡Un monstruo!

SOLANÉ.

(Desesperado, irritado.)

¡Vuelves á irritarte! ¡Dios mio! ¿Pero cómo no ser un monstruo? . . Me han cerrado todas las puertas, Genoveva! Corrí desesperado á Buenos Aires en demanda de justicia, y me esplotaron los procuradores y los escribanos; me desoyeron los Jueces. . . las influencias de tu padre concitadas sobre mí cabeza me envolvieron, me ahogaron! . . Sin recursos ya, durmiendo sobre los establos inmundos de las caballerizas, pretendí apelar á la opinion pública, y en vez de apóstoles, en la prensa encontré mercaderes! . . Apelé á otros potentados, y despues de gastar seis meses la silla del portero me despidieron, con glacial laconismo. Salí de la ciudad. Desde la última altura en que se divisaban las cúpulas católicas, no derramé, no, las cobardes lágrimas de Boadil: en nombre de la raza argentina, lancé mi maldicion y mi venganza á ese hervidero de gusanos, que dejaba á mi espalda, devorándose unos con otros en su propio fango! El gaucho ya no poseia hogar, ni familia, ni nombre, ni honra. . . ni sepultura, en la tierra de sus abuelos! Huí á Entre Rios, á Santa-Fé, á todas las Provincias, en todas partes el gaucho era ciervo de la clase vencedora. ¡En qué abismo de sombras se sumergió mi conciencia! Sinembargo, aun me sentí grande, Genoveva: como Jesucristo llevaba resignado la cruz de mi infortunio al hombro; el Satanas de esta civilizacion cruel no me habia deslumbrado, el vértigo del crí-

men no se habia apoderado aun de mi cabeza..... Soñé en ser un reformador social, ensanchando mis lecturas, prolongando mis meditaciones, retemplando mi corazon y mi espíritu en la austeridad y el dolor. Con el entusiasmo de la revelacion pongo en manos de un político mi secreto, y el político me explota para sus miras electorales: al subir sobre mis hombros, no me deja caer siquiera una mirada desde el último escalon de su encumbramiento.

GENOVEVA

¡Infeliz!

SOLANÉ

Los pueblos continuaron siempre oprimidos, degradado siempre el hombre, el sacerdocio sin austeras prácticas, lleno de odios y venganzas hácia los apóstoles del libre pensamiento, disputando al mundo profano el mando y el poder de los antiguos Césares. . . por doquiera la cínica ó hipócrita chalanería en la feria de las ambiciones ¡Ya ves! todas las puertas cerradas para el verdadero apóstol! ¡y por segunda vez y para siempre cerráronme el cielo de Genoveva, hácia donde intentaba levantar su vuelo el desheredado de la tierra. Una mujer, un ángel, me seguia á todas partes, y no podia amarla! ¡Desgraciada! ¡Desgraciado yo, que le miento amor! La fiebre, el delirio se apoderaron de todo mi ser; entónces me quise alzar caudillo, de cualquier modo; imponerme por cualquier medio á esa sociedad que repudiaba en mí los títulos de la verdad y de la virtud. Mi amor para tí, Genoveva, creció tanto como mi odio á la sociedad, y como mi excepticismo en religion. . . ¡Te horrorizas! . . . Corrí á la campaña: el ser que yo habia querido regenerar y cuya historia era mi historia, el gaucho, se encontraba, como siempre, humillado, embrutecido por el fanatismo y la ignorancia: cobarde como clase contra los prepotentes de las altas esferas. Me disfracé entónces con todas las máscaras sociales; eché mano de todos los vicios de la aris-

tocracia, y de todos los errores del gaucho, para dominar primero al gaucho, y con el gaucho á la aristocracia; para con sangre lavar mi rostro de todas las injurias recibidas!

GENOVEVA

¡Te compadezco y me espantas! Decias haber vencido al Luzbel de las vanidades, que á la sociedad seduce; y que, como Jesucristo, el sublime mártir, habias llevado con resignacion la cruz del infortunio! llegastes á conmoverme hace un momento!

SOLANÉ

¡Genoveva!

GENOVEVA

¡Y es así, convertido en un grosero explotador de la sencillez del hombre de los campos, que pretendias hacerme recordar al soñado ideal de mis primeros sueños!

SOLANÉ

¿Era, pues, verdad que me amabas? ¡Habla por el cielo! ¡Dímelo!

GENOVEVA

¿No te lo he dicho? En tu ausencia, ya esposa, comprendí que te habia amado con la fantasía de la adolescencia, con los primeros latidos del alma de la vírgen, y que nunca volveria á amar á otro hombre de esa manera!

SOLANÉ

¡Perdóname, por Dios!

GENOVEVA

Pero te vuelvo á encontrar; hé aquí lo que veo: un falso adivino, un sacrílego impostor! ¡Ah! el ángel se me ha presentado sin su celestial corona, cubiertas las alas con el fango del camino!

SOLANÉ

(Retorciéndose desesperado.)

¡Qué debia hacer, Genoveva!

GENOVEVA

¡Luchar! el hombre que no lucha contra lo adverso de su suerte, es un infusorio; el hombre que entrega la bandera de su personalidad en la batalla, es un miserable!

SOLANÉ

¡Por qué no te he escuchado en la hora de mi primer estravío! ántes de apurar la última gota del amargo cáliz!

GENOVEVA

¡Ah! Solané! te has perdido! escucha, alma sin grandeza: cuando la sociedad nos calumnia, nos injuria, nos rechaza, queda un refujio inviolable, de donde nuestras pasiones no pueden arrojarnos: la conciencia!

SOLANÉ

¡Sí! ¡sí! y aun es tiempo, Genoveva .....

GENOVEVA

Te haces ilusiones, Solané! como Sisifo, no llevarás el peso de tu desgracia á la cumbre de la montaña. Pero dime: ¿te sientes cen fuerzas para abandonar este teatro de tu degradacion, y con esa mujer que te adora, huir muy léjos de mí, donde solo recibas de Genoveva una palabra de secreto aliento y de cariño? ¡Ah! yo no tendré celos, pues tu alma es mia, y nadie me la podrá disputar.

SOLANÉ

¡Dejarte! ¿qué sobrehumano sacrificio me impones?

GENOVEVA

¿Has perdido, pues, tu cetro, hombre fuerte? No hay,

no, mas caminos de regeneracion ante Dios, ya que ante los hombres es imposible rehabilitarte !

SOLANÉ

[Con impotente desesperacion]

¡ Pero, solo ! ¡ solo ! Acompáñame, Genoveva, amor mio; fuente de mi salvacion !

GENOVEVA

¡ Imposible ! ¡ Huir contigo, Solané, que has hecho sufrir á mi Lelia, á la mas celestial de las criaturas !

SOLANÉ

¡ Lelia ! ¡ condenacion !

GENOVEVA

¡ He tenido miedo de volverte á interrogar sobre su destino !

SOLANÉ

¡ Tiene tambien tu sangre !

GENOVEVA

¡ Habla !

SOLANÉ

¡ Vive !

(Genoveva, frenética de alegría, cubre de besos delirantes las manos de Solané.)

GENOVEVA

(Ejecutando.)

¡ Lelia vive ! ¡ Oh ! Solané, hombre bendito : ¡ gracias !..... esta mano teñida en sangre es digna de mis besos ! esta frente circundada aun por la fúnebre laureola del genio en sus estravíos, es digna del arcángel ! ¡ Devuélveme á mi Lelia, Solané ! en este instante te amo con pasion, Solané ¡ eres mi hombre soñado ! ya me lo confieso, lo siento ¡ te amo, Solané, concibo claramente la felicidad en tu recuerdo ! Mira : nunca he

amado, jamas, sino á Solané, y en este momento recibo de tí la revelacion de las mas bellas delicias, de las mas dulces frucciones del alma! Dame á mi Lelia, Solané, hombre divino!

SOLANÉ

¡Genoveva! luz del cielo descendida sobre la densa oscuridad de mi cerebro; acompáñame, mujer incomparable!

GENOVEVA

¡No; eso no puede ser! Pero te amo¡ No me arrebates esta dicha de amarte! ¡Sí, reconcíliate con tu Genoveva; dame, pues, á mi Lelia! ¡Quiero amarte Solané; no te conviertas de nuevo en un criminal, como aquella noche horrible!

SOLANÉ

¡Oh!

GENOVEVA

¡Sé grande! huye, déjame y amame! Las brisas confundirán nuestras recónditas palpitaciones al travez del desierto de las pampas, y.... un dia, allá en el trono de Dios, purificado Solané de sus errores, se darán nuestras almas el beso infinito y eterno!

SOLANÉ

¡Quisiera tener el valor bastante para matarme ahora! Pero, soy, sin duda, un cobarde, puesto que no me despojo con mi puñal de esta existencia, que tu maldicion levanta como una barrera entre los dos! Pero dentro de mis venas bulle la sangre en tumultuoso oleaje.... me faltan fuerzas para renunciar á tí.... ¡me seguirás, Genoveva! ¡me seguirás!

GENOVEVA

¡Oh, Dios mio! alúmbrale! ¡Ahogando con tu obsecacion este dulce sentimiento, que has vuelto á despertar en mi seno, me conviertes en la mas desgracia-

da delas mujeres! ¡Sería tu última barbarie, tu crueldad mas refinada y satánica!

SOLANÉ

¡No!

GENOVEVA

(Cayendo de rodillas)

¡Te pido la dicha de rodillas!

SOLANÉ

¡Me exijes que viva en el infierno! ¡No! no, sigueme: no concibo sino tu amor ó la muerte!

GENOVEVA

(Levantándose)

¡Ah! no eres capas de regenerarte, y la regeneracion la encontrarias, sinembargo, en tu propia voluntad! ¡has vencido al mundo, y te muestras impotente contra tí mismo: de un hombre te has convertido en un insecto! Bien, mátame! Pero, Lelia! ¡Oh! respeta á mi hija!

SOLANÉ

¡Mira!....

(Solané se precipita á la puerta del fondo y la abre de par en par; Genoveva le sigue y hunde sus ojos en las tinieblas del exterior.)

GENOVEVA

¡Ella es!

(Quiere lanzarse fuera y Solané la ase de un brazo y la vuelve al centro de la habitacion.)

SOLANÉ

¡Su existencia me pertenece!

GENOVEVA

¡Mónstruo! si es inverosímil tanta crueldad!

SOLANÉ

Soy el fruto maldito de esa civilizacion, que ha seducido tu propio corazon, Genoveva!

GENOVEVA

¡Hombre mísero! has podido no caer; y si caias, has podido levantarte con la frente inmaculada y el corazon sin odios, porque para la victoria Dios te concedió un rayo de su divinidad!

SOLANÉ

¡Cómo he de creer en tu Dios!

GENOVEVA

¡Sacrílego!

SOLANÉ

¡Huyamos y creeré en él!

GENOVEVA

¡Oh! no! ¡Compadécete! *(Solané da un silbido en la puerta)* ¡¿qué haces?! Solané!! ¡Solané!!

(Al silbido han contestado rumores siniestros de gente armada, que se entrega con sorda vocería al pillaje, alejándose gradualmente hácia el fondo: mézclanse detonaciones de revólver y carabinas. Solané se torna siniestro y sombrío.)

SOLANÉ

Escucha: ¡Es la madrugada del 12 de Enero; es la hora tremenda de mi destino! Ese rumor es de las turbas inconcientes que me siguen: la sociedad las ha dejado brutales torrentes á disposicion de todas las aventuras, y yo me apodero de ellas y las derramo sobre la sociedad como una náucea! El incendio, el saqueo, la matanza serán mi botin. Esto es lo que los gobiernos hacen contra la libertad, esclavizando á las turbas: eso tambien haré yo contra el gobierno! Mira!

(Á poca distancia, en el fondo se levanta un incendio, á cuya rojiza luz, á lo léjos, se percibe confuso el pueblo del Tandil, y gente armada que se entrega al saqueo. Cerca de la puerta se ve á Lelia, de rodillas, armada, entre un grupo de gauchos con divisas, como las de Solané.)

GENOVEVA

¡Dios! ¡Lelia allí! ¡horror!

Penetran en la habitacion el Negro, Burgos y Rodriguez, seguidos de dos bandidos mas, armados de facones Al mismo tiempo, por la puerta de la derecha, Bidarte y Lassalle.)

ESCENA CUARTA

DICHOS y BIDARTE, LASALLE, el NEGRO RODRIGUEZ, BURGOS y dos gauchos—Despues el COMANDANTE GOMEZ, con SOLDADOS armados.

BIDARTE

¡Solané! ¡qué haces!

SOLANÉ

(A los bandidos.)

¡Que no escapen esta vez!

(Bidarte y Lasalle huyen seguidos de los asesinos, desapareciendo por la izquierda.)

GENOVEVA

¡Padre mio! ¡Solané! ¡que se detengan! ¡te seguiré!

SOLANÉ

(Gritando para detener á los sicarios)

¡Negro! Burgos!

(Se oyen dos gritos de agonía, que parten del interior.)

GENOVEVA

¡¡Los han asesinado!!

(Cae de rodillas cubriéndose el rostro con horror)

GOMEZ

(Fuera)

¡ Soldados, aquí!

SOLANÉ

(Frio)

(*Ap.*—¡ No quiero escapar: he llegado al Gólgota!)

GOMEZ

(Entrando, á los soldados)

GENOVEVA

(Irguiéndose irritada é imponente)

¡ ¡ Justicia del cielo!!

FIN DEL ACTO SEGUNDO, Y CUADRO TERCERO

ACTO TERCERO

(CUADRO CUARTO)

Prision en el pueblo del Tandil: Ventana con reja al fondo, comunicando con el exterior, y puertas laterales.—Un banco sucio de pino: sobre el banco un jarro de lata con agua, y en un plato del mismo metal un pedazo de carne cocida, que no se ha tocado. Al lado de la ventana y á la altura de un hombre, pende de la pared un crucifijo. A guisa de cama, se ve un cuero de vaca tendido en el suelo. Una vela de sebo, colocada en una botella, alumbra escasamente un ángulo de la habitacion.—Es media noche.

ESCENA PRIMERA

Rodriguez, Burgos y el Negro.—Los dos primeros traen sobre los hombros recados de montar, pobres é incompletos, no faltando el cuero de carnero;—el tercero, una guitarra á la espalda. Las ropas están desgarradas y cubiertas de sangre. Su aspecto revela aquella resignacion tranquila y satisfecha, que proviene de haber hecho todo lo humanamente posible por vencer á un ser superior, que se llama «Destino» entre la gente ignorante.

RODRIGUEZ

(Entrando con los demas y señalando la prision de la izquierda.)

En esa otra prision nos *dijeron* que entráramos.

BURGOS

Al fin nos tapó la batea (1).

EL NEGRO

Cuando nos traian *amarraos* sobre los *mancarrones* compuse este *pié* de décima:

Dende el vientre de la madre
es el sino del varon
sufrir las penalidades,
que le impuso el mismo Dios;
y *ansí* es en vano que el hombre
se oponga al rudo destino
con ciega temeridad,
pues, como dicen los curas:
en la tierra no obra el hombre
sin divina voluntad.

RODRIGUEZ

¡*Hablás* lindo, Negrito! Y sino, vea, amigo, cómo no ha caido Solané en manos de la justicia; y si cayera, lo que Dios no permita, la Mica tiene vara alta con el oficial, aquel á quien le dió una cachetada, porque le proponia que lo dejara á Solané *pa* ser su querida.

BURGOS

Asegun, amigo Rodriguez; porque quizá el oficial ese sea el peor cuchillo para Solané, á fin de que viéndose sola la Mica, caiga en sus garras.

EL NEGRO

Güeno; si á Solané lo toman, su destino lo habrá *querío.* Dejemos correr la bola y vamos á desechar penas en la guitarra, ántes que nos fusilen, lo cual no *hae* pasar de mañana.

(Se encaminan á la prision de la izquierda, y se detienen, para ver entrar á la Mica.)

(1) Es decir: Al fin caimos á los golpes del destino.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS y la MICA—Finalmente un SOLDADO.

MICA

(Entra desesperada, con los vestidos en desórden.)

¡Amigos! han tomado á Gerónimo!

TODOS

¡Oh!

RODRIGUEZ

¡Que el diablo me lleve, si no se ha *entregao* él mismo!

EL NEGRO

¡*Segurito!* lo van á matar.

MICA

Hace tres dias que lo apresaron, y ya no me cabe duda que le reservan el banquillo. Su mas encarnizado enemigo es el oficial, cuyo libertinaje castigué en el rostro. ¡Oh! he tenido que ofrecer á ese infame, que esta noche sería suya, á condicion de que me permitiera reunirme á ustedes, para averiguarles el sitio donde guardaron un supuesto dinero.

RODRIGUEZ

(Alegre.)

¡De lo lindo!

BURGOS y EL NEGRO

¡Ya lo creo!

MICA

Escuchen: Esta es la prision que va á servir de capilla á Solané, y esa otra es la pieza donde permanecerán ustedes, miéntras levantan el farsáico sumario, que los conducirá tambien á la muerte.....

RODRIGUEZ

Bien lo sabemos; pero queríamos que se salvase Solané.

MICA

Se salvará, si obramos con prudencia. Pongan atencion: el cuerpo de guardia, mandado por el oficial, se encuentra en esa puerta de la derecha, cuya entrada tengo libre. La prision de ustedes no tiene ninguna comunicacion al exterior; pero, en estos momentos, un soldado amigo trabaja una abertura en el embarrado; apénas esté concluida, irá á traer tres puñales.... Cuando ustedes los tengan, el Negro cantará una décima en la guitarra, no solo para avisármelo, sino tambien para alejar toda sospecha. Yo me encontraré entónces aquí, con Solané; abriré la puerta con la llave, que habré extraido con tal objeto del bolsillo del oficial; entónces ustedes se precipitan á este cuarto, y todos acometemos á la guardia, puñal en mano.

RODRIGUEZ

¡Vale un Perú la Entreriana!

BURGOS

¿Y no sería posible alejar al oficial en ese momento?

MICA

(Con ironía terrible.)

Media hora ántes debo ir á su habitacion: estaremos solos, las cortinas del lecho nos cubrirán..... ¡Que Dios tenga piedad del libertino!

EL NEGRO

¡Mujer linda!

MICA

La guardia me cree ya la querida del oficial, y no tendré obstáculos en mi proyecto. Tengo listos los caballos para huir: el destinado á Solané es un rayo. No intenten hablar con Gerónimo; yo misma no lo veré hasta el último momento. El comandante Gomez debe venir esta noche á interrogarle; y sobre todo, conviene alejar toda sospecha. Adios: serenidad y valor: la noche es tempestuosa y favorece el golpe.

BURGOS

(Con fe fanática.)

Dende que Dios lo quiere asi, hemos de salvarnos, matando á cuantos se opongan á nuestro paso! (*La Mica se va.*)

RODRIGUEZ

Es tambien por defender la religion contra los masones, que nos vemos en este trance. Ya verán esos herejes, que hablan contra los sacerdotes y ni van á confesarse!

(Entran á la prision de la izquierda. Se ven algunos relámpagos á travez de la ventana, y se oye un trueno lejano.—Un SOLDADO atraviesa el cuarto, cierra la puerta de la prision de aquéllos y vuelve á desaparecer por la derecha.)

ESCENA TERCERA

SOLANÉ, con grillos en los piés y conducido por dos SOLDADOS. Entra por la derecha y se tiende indiferente sobre el cuero. Los soldados se van. Solané apoya indolentemente la cabeza sobre la mano y se entrega á una sombrìa y profunda meditacion; su semblante es hosco y siniestro, surcado por algunas arrugas; sus cabellos han encanecido casi completamente, campea en la fisonomia de este extra-

ño personaje la soberana energía que le caracteriza, solo que, en la situacion que atraviesa, su magestad á la vez que fiera y espantable, no inspira odio ni repugnancia: admira y conmueve. El Comandante Gomez y un Sacerdote penetran en la prision.

GOMEZ

(Al sacerdote.)

Con no poco trabajo he logrado contener á los parientes y amigos de las víctimas, que intentaban asaltar esta prision. ¡Pobre madre! cumplamos sus legítimos deseos de saber el fin, que el falso Tata Dios ha impuesto á su hija: me espera en la otra pieza entregada á todos los horrores de la angustia. ¡Magnánima mujer! era la única que se oponia á tomar venganza sangrienta del malvado impostor. ¿Dormirá? Desde la terrible madrugada en que le prendí, hace ocho dia, este hombre de fierro no ha pegado los ojos..... su rostro se ha llenado de arrugas, y sus cabellos han encanecido ¡tremendo fenómeno de la naturaleza humana! Sinembargo, su espíritu de acero conserva todo su temple y energía! Solané.....

SOLANÉ

Estoy pronto.

GOMEZ

No, no venimos en busca de tu vida, al contrario, el sacerdote y el funcionario te brindan un medio de salvacion.

SOLANÉ

No la necesito ya; por eso me he dejado prender.

GOMEZ

Dícese que tienes cómplices de alta gerarquía.

SOLANÉ

¡La delacion, jamas!.... Bien sé yo que esta debilidad de las almas miserables es hoy justificada y aun esti-

mulada y pagada oficialmente, como una industria cualquiera de trabajo: lo sé: la cabeza de los argentinos se pone hoy á precio, como en la época del feudalismo la de los bandoleros, y la recompensa sale de las arcas del gobierno; un espía, un delator hace su fortuna con solo un poco de infamia, y la mano que entrega la vida de un hombre, de un padre de numerosa familia adquiere el derecho de estrechar sin guante la mano de las autoridades. Conozco esa moral; pero no he descendido aun hasta el fango: el crímen ha respetado todavía en el gaucho el pudor, que la cobardía rastrera borra en la frente de los sicofantas civilizados.

GOMEZ

Por inclinado que naturalmente me encuentre al perdon, no soportaré ese lenguaje injurioso.

SOLANÉ

Vd. tambien ha venido á injuriarme, no teniendo el derecho sobre mi alma, sino sobre mi organismo; aquí le tiene usted.

GOMEZ

¿Es decir que no revelarás?

SOLANÉ

No se canse en tal propósito, Comandante. Si yo he sido víctima del clero y de los políticos de ciudad, y si he arrastrado á otros en mi camino, no se pretenda que sea tan ruin como para entregarles á la deshonra, á la venganza por evitar cobardemente responsabilidades ante las formas sociales..... formas que son la múltiple careta de los legistas y de los políticos, bajo las cuales palpita el pus de un alma mas negra, que la de esos gauchos forajidos, segun les llaman.

GOMEZ

De modo que nada tienes que alegar en tu abono, ante el Juez ni ante el sacerdote?

SOLANÉ

Ante Dios, ni una disculpa: debe castigarme; pero ante los hombres, diria que soy un efecto lógico de los vicios de la época, que contaminan todo el cuerpo social, desde la conciencia del individuo hasta la iglesia y la política. La iglesia y la política de hoy son en las altas esferas, exactamente lo que el Adivino del Tandil en las bajas. Estoy profundamente convencido de esto á las puertas del sepulcro, donde la razon se aclara y la conciencia no miente, ante las primeras visiones de otra vida.

GOMEZ

Me revelarás al ménos cual es la suerte de Lelia?

SOLANÉ

El destino de Lelia es un secreto, que ha caido en el abismo insondable de mi alma, donde solo el ojo de Dios es capaz de penetrar.

GOMEZ

¡Obsecado criminal! te entrego á tus remordimientos.

SOLANÉ

No me muerden aun.

SACERDOTE

¡Oh! es infalible la hora, en que su diente envenenado se clava en las entrañas del culpable! ¡Si! de una manera formidable pesarán en tu corazon los escándalos del Tandil.

SOLANÉ

Pesará sobre la iglesia y sobre la civilizacion sin decoro, de que vds. se envanecen. Yo soy la negacion de esos decantados principios liberales, y á la vez su protesta: soy una profunda síntesis, una condensacion Providencial de todas vuestras aberraciones, operadas en la atmósfera social, como el granizo se forma en la at-

mósfera física, cae por la gravedad y destruye en la tierra las obras del trabajo honrado y de la inteligencia justa. Esto fué la Comuna de Paris al servicio del patriotismo; esto es el Adivino del Tandil al servicio de la democracia, de la razon religiosa y de la justicia humana. Mis escándalos son las escrecencias del vicio, como las de la piel cubriendo un organismo que se ha dejado enfermar; es el soplo, que la boca de la cloaca arroja del pulmon dañado de la ciudad. Un hombre aparece de siglo en siglo, personificando la síntesis de las verdades del pasado y abriendo nuevos rumbos á la razon y á la conciencia: tal es Jesucristo. ¿Por qué no aparecerán tambien encarnaciones sumarios de los estravíos, con el fin de enseñar de esa manera á cuanta desviacion de nuestro legítimo destino puede conducir la ignorancia, el fanatismo y la iniquidad?

GOMEZ

¡Si pudieras arrepentirte! ¡arrepiéntete Solané!

SOLANÉ

Quién sabe. . . puede que el cielo. . .

GOMEZ

¿De Lelia no me dices nada?.....

[Solané solo contesta con un movimiento desapacible de fastidio Gomez y el Sacerdote parten abismados.]

SACERDOTE

[A Gomez, despacio]

Vendré un momento ántes de que sea conducido al patíbulo.....

ESCENA CUARTA

SOLANÉ se incorpora con energía apesar de sus cadenas, y da pasos firmes hasta el crucifijo, lo contempla un instante impasible, ó mas bien con sarcasmo, y va á sentarse al banco. Dos rostros aparecen tras de la reja, como en acecho, y se ocultan cinco minutos despues.

SOLANÉ

No quisiera preguntarme á solas, qué es lo que hay en este instante de espesa penumbra!... ¿Qué soy?... un filamento de la yerbecilla microscópica en la escala de los seres; una burbuja de agua entregada al aliento de la tempestad; un grano de polvo en el universo.... ¡Y soy un hombre! Dios me puso como un rey en el banquete de la creacion, bajo el esplendente palio de los cielos; pero, me puso allí no como la fiera en los bosques, sino como un ángel humano, para que le adivinara, le amase y me gozara en él! Dios me ha permitido penetrar en su santuario magnífico, seguir allí el movimiento de los astros, en cuyos cerebros inmensos parece que arde la fiebre de las concepciones eternas ante el ojo fantástico del infinito! Dios ha dado al hombre el corazon para sentir, el instinto del bien, que es Dios mio; la razon, para que en su maravilloso desarrollo reflexivo, lo comprenda; la libertad, para que lo elija.... y el último insecto, que agita sordamente sus anillos en la estrecha cavidad del taco de mi bota, es, sinembargo, mas hombre que el hombre!.... ¿Pero, Dios existe? ¿no somos los humanos otra cosa que un simple desenvolvimiento de la materia bajo una ley sin autor, y Dios uno, no es sino la simple invencion del loco orgullo del hombre, quien para mover sus alas nece-

sita llenar el vacío con el aire de sus quimeras?..... ¿Existe algo mas allá del sepulcro? se cambia allí por una de flores la corona de espinas, que hemos soportado en el mundo?.... en ese paraiso misterioso del poeta cristiano ¿se continúa el poema de amor, cuyo primer canto escuchó en la tierra? ¡Pero á mí nadie me ama? ¡Dios no existe! ¡el paraíso es una mentira!

ESCENA QUINTA

SOLANÉ y GENOVEVA de luto. Aparece ésta al proferir Solané su última blasfemia, y en los momentos de tener lugar en el espacio una descarga de truenos, cuyos relémpagos penetran por la ventana, obligando á Solané á ponerse súbitamente de pié, aturdido, erizado el cabello de espanto.

GENOVEVA

¡Blásfemo! ¡Dios existe!

SOLANÉ

[Con fe maquinal]

¡Dios existe!

[Solané procura reaccionar á medida que habla Genoveva; sobre todo cuando ésta le dice ¡malvado! iergue la cabeza y da dos pasos hácia ella con resolucion.

GENOVEVA

¡Condenado altivo! ¡inclinas al fin la frente, bajo el anatema de tu propia conciencia herida por el rayo celeste!

SOLANÉ

¡Genoveva! eres tú! ¿qué quieres, inocente instrumento de mi horroroso sino?

GENOVEVA

¡Malvado! ¡el crímen lucha aun contra el ángel, dentro de tu alma! Eres el símbolo, sí, del eterno combate de la moral contra los malos instintos, pero el triunfo no ha sido, ni será nunca de los réprobos: aunque un momento les sonria la victoria, Dios justiciero precipitará en las sombras á los que desatan sus pasiones contando con la impunidad de la fuerza! ¡Oh! y sinembargo, hay perdon para el culpable! yo vengo á perdonarte, Solané: dime ¿qué has hecho de mi hija?

(Una ráfaga de viento apaga la vela.)

SOLANÉ

¡Oh!

GENOVEVA

¡Habla por el cielo!

SOLANÉ

¡Ha muerto!

GENOVEVA

¡Señor! ¡ten piedad de mí! (*pausa-transicion á la indignacion*) ¡Infame! Dios ha querido en este instante envolverte en la sombra tenebrosa del infierno, sin duda para que no me horrorice en tu rostro la última expresion de la fealdad humana!

(Desde este momento, entre la tiniebla que se estiende por la habitacion, principia á adquirir sus mas horribles tintes la sorda lucha que se traba entre ambos personajes, como un resultado lógico del contraste de sus respectivas situaciones: Genoveva concentra y ejercita todas las iras, las sublimes iras de la madre y de la justicia celeste. Solané incarna: primero el despecho de la impotencia luchando contra un ser fantástico, que le rodea, que desciende del cielo y está dentro de él, ya bajo la forma de Genoveva, ya de la tiniebla misma, que intenta ahogar con sus crispadas manos; en seguida se siente acosar gradualmente por los terrores del remordimiento, que tambien lo ve personificado en Genoveva, de modo que, á cada paso que ésta avanza hácia él parécele que es un boa, que paulatinamente sube y le envuelve como para ahogarle; en estos momentos de desesperacion sombría, Solané se cree abandonado sobre

la ola desierta del mar embravecido. Miéntras Genoveva avanza, él retrocede, se ampara de lo pri nero que encuentra, hasta de la sombra, semejante al náufrago prendiéndose con su última esperanza de la ola misma que lo asfixia. Así, en los últimos momentos de la lucha, toma el jarro de lata y lo presenta á guisa de escudo, y, como el agua se vuelca por el temblor de sus nervios, produciendo un ruido al caer el líquido, tapa con la otra mano el jarro, que luego arroja distante de sí, porque continúa volcándose; se detiene, para no ser descubierto por el ruido de los grillos, hasta que, no pudiendo detenerse por el violento temblor de sus piernas, y como tropieza con la pared, se apoya en ésta, arañándola, porque parece que se le escapa. Un relámpago le permite ver el crucifijo, lo toma entónces con ánsia ardiente y cae de rodillas, besando con frenesí sagrado la efigie y esclamando: ¡¡Dios mio!! ¡¡Dios mio!! ¡¡me has perdonado!!—Es recien en estos momentos que Solané se humilla rendido por completo. Tal situacion se produce en sus detalles durante el siguiente diálogo.)

SOLANÉ

¡Calla!..... tu acento me hace daño.....

GENOVEVA

Es la voz del cielo que te grita, al fin, con inexorable acento! Eres esa tempestad que ruje en el espacio, sé desata sobre tu cabeza, y cuyos huracanes repercuten el último estertor de tus víctimas, bárbaramente sacrificadas! ¡Huyes!..... ¿Dónde encontrará un refujio tu conciencia culpable en las horas de las tribulaciones? ¡No te percibo y comprendo que tiemblas! cada trueno retumba en tu alma, como la maldicion divina lanzada á los antros del infierno! ¡Te abandona el valor! ¡Si! porque eres ahora un miserable: el valor moral es solo propio de los magnánimos corazones!

SOLANÉ

¡Déjame, Genoveva! Te columbro apénas, como una sombra evocada que me persigue, se desvanece y me acosa de nuevo; me infundes pavor, Genoveva!

GENOVEVA

¡Ah! es que estoy dentro de tí! En vano tratas de detener el ruido de tus cadenas, yo te encontraré en la espesa tiniebla que te envuelve, como el sudario de la

conciencia manchada!..... ¡Quiero agarrarte, Solané, adivino impostor, sacrílego falsario! Quiero que sientas mis manos atenacear, clavarse en tu pecho, para que el fuego de mi alma te calcine!

SOLANÉ

¡Genoveva! perdon, Genoveva!

GENOVEVA

¡Yo te he perdonado, monstruo! Siempre se debe perdonar. Pero no es á mí á quien has ofendido: tú te has vengado de las injurias de la tierra contra tu Dios; es á él pues que debes elevarle tu plegaria! Si impetras perdon ¿por qué no lo otorgastes á los que te ofendieron? La venganza á hierro, la venganza fria, devolviendo dolor por dolor, diente por diente, es un crímen cuyo castigo pertenece al cielo! Yo no vengo por tu existencia, sino á preguntarte en nombre del Autor Supremo, lo que has hecho de tu alma en la tierra! esa alma hermosa que recibistes en la cuna, coronada con la cástica laureola del ángel, cuyas alas, mas blancas que el arminio, has debido mantener puras, para que no las quebrantara el cieno al agitar el vuelo á las regiones inmortales! No es para tu cabeza que la tempestad me ha entregado su rayo: es la lógica divina, es la moral, es Dios quien me confia en este momento su voz para anonadar tu conciencia!!

[Es este el momento en que, á la luz del relámpago y de un trueno Solané ve el crucifijo y se ase de él, etc., segun dijimos.]

SOLANÉ

¡¡Dios mio!! ¡¡Dios mio!! ¡¡perdóname que estoy arrepentido!!

[Un pistoletazo partido de la ventana, le hiere mortalmente; cae por completo hácia adelante, asido con ambas manos de la cruz, y los labios puestos sobre la efigie del crucificado. Un nuevo relámpago le ha permitido á Genoveva verle en tal actitud, y cae de rodillas, exclamando.]

GENOVEVA

¡¡Oh!! Por qué te matan, si, al fin, Dios toca el corazon humano!!

ESCENA SEXTA

Dichos y la Mica, que penetra por la derecha, azorada con el presentimiento de lo acaecido. Al entrar ve el cadáver, se lanza desesperada sobre él y lo cubre de besos—El Sacerdote y Guardias.

MICA

(Al entrar)

¡Gerónimo!.... ¡Bien mio!....Terminaremos el camino!

(Saca su puñal y se hiere sobre el cadáver, cambiándose un beso con Solané, quien al darle el suyo expira. Entran en esos momentos el sacerdote y algunos de los guardias, quedando enclavados de penosa sorpresa—En el cuarto inmediato cantan la décima del primer acto con la letra que en este acto ha declamado el Negro—La Mica alza la cabeza y dice):

MICA

¡La décima! ¡ya es tarde, amigos mios!

(Muere.)

GENOVEVA

¡¡Horror!!

(La décima continúa hasta la caida del telon, que será lenta.)

FIN DEL DRAMA

EL GENIO DE AMÉRICA

TRAGEDIA ALEGÓRICA EN 3 CUADROS.

DEDICADA Á

LOS LIBRES PENSADORES.

Traducido al italiano por el poeta

CARLOS FRANCISCO SCOTTI.

El Maestro Argentino SATURNINO F. BERON, en una bella partitura, ha interpretado un libreto en 5 cuadros, basado sobre el «Genio de América» y escrito por el mismo autor de esta Alegoría.

PERSONAJES ALEGÓRICOS

El Genio de América.
La Conquista.
El Papado.
El Jesuitismo.
El Inca.
La Ñusta (su hija legítima.)
Un Heraldo de la Conquista.
Un patriota americano.
Satan (personaje mudo.)

Reyes—Misioneros—Clero—Nobles—Indios de ambos sexos y de todas edades—Soldados de la Conquista—Milicianos americanos—Coros de Fantasmas, de Huries, de Genios y de Vírgenes.

TRAJES CARACTERÍSTICOS

Inca—El pelo cortado, de modo que las hebras no pasen de dos dedos de largo—En derredor de la cabeza, en cuatro ó cinco envueltas, una trenza de lana vicuña, de varios colores y del ancho de un dedo; á manera de diadema y sustentando dos plumas de ave. Unida á la trenza y de sien á sien sobre la frente, una venda encarnada, con borlitas del mismo color, á manera de

ropacejo—Una camisa, especie de jubon sin mangas, hasta llegar á la rodilla, un calzon corto y un gran manto, todo de riquísima lana de vicuña, de colores vivos y ornamentados y guarnecidos de oro, esmeraldas y diamantes—Una sandalia, especie de borceguí - Las orejas oradadas y pendiendo de ellas aros de oro, tan pesados, que el cartílago se dilata hasta casi tocar el hombro—Un magnífico collar de esmeraldas sobre el pecho—Brazaletes de oro y ajorcas del mismo metal bajo la pantorrilla—Una faja de oro, flexible, de pulgada y media de ancho y vara y media de largo, ciñendo el jubon.

La Ñusta—El mismo traje que, como va á verse, usan las mujeres del pueblo; sólo que, el de la Ñusta, como hija legítima del Inca, vestirá con el lujo imperial—El color del traje debe ser blanco.

Nobleza—Los nobles vestirán como el Inca, pero ménos ricamente, y sin traer el manto, la borla roja, el cinturon de oro ni aros tan pesados, pues eran insignias reales. En cuanto al color del traje, debe preferirse el azul.

Pueblo Indio-El color del traje del pueblo era amarillo, y, mas generalmente oscuro. Dicho traje consistia en las siguientes piezas:—Para los hombres: Camisa sin mangas y sin cuello, de lana de *llama* ó algodon. Una manta cuadrada, de dos piernas, que reemplazaba al calzon. Faja de lana ó cáñamo. Calzado abierto ó sandalia de cuero. Una especie de birrete con la trenza, de que hemos hablado, y tres plumas en el centro; variando el color de la trenza, segun la nacion ó tribu que la usaba. Un collar. En vez de aros, unos palitos ó bellotas de lana en las orejas, sobresaliendo muy poco en el cartílago de la oreja. El cabello cortado.—Para las mujeres: Sobre la camisa indicada, una especie de túnica, que ataban á la cintura con una faja. Manto prendido por delante con una espina ó alfiler de cobre. Collares en el cuello. El cabello largo y negro

como el azabache, partido en dos trenzas echadas hácia atras; y una cinta rodeando la cabeza. Aros pequeños en las orejas.

VÍRGENES—El mismo traje, pero de color blanco, como la nieve, y sin aros ni adornos. El pelo suelto, compartido en dos matas sobre el seno.

Los directores de escena deben consultar á Prescott (*Historia de la conquista del Perú*) y á Garcilazo de la Vega (*Comentarios Reales)*, etc.

Pero siendo impersonal esta «FANTASÍA», no habria verdaderamente impropiedad en que se vistiera con el traje mas adecuado al carácter de la obra, con tal que fuera traje americano, de las épocas propias.

GENIO DE AMÉRICA—El GENIO posee como atributos esenciales y poéticos, la juventud eterna, la *inspiracion* sublime y la *nobleza* de los antiguos dioses: De aquí el atributo comun de la *idealidad* divina y de la *virilidad* majestuosa y concienzuda, á la vez que tranquila de los héroes sobrehumanos. Y como por la índole alegórica de la composicion, la ilusion dramática exige la estrecha armonía entre el traje y los caractéres morales é históricos de aquella encarnacion, opino que debe vestirse de la manera siguiente:

Los cabellos muy negros y largos, echados sin aliño hácia atras; y en medio de la cabeza una estrella fulgurante. (En la antigua Grecia los adolescentes llevaban largo el cabello hasta la edad de 17 años, época en que se lo cortaban, para ofrecerlo á una divinidad ó á un ser querido. Así tambien lo usaban los Dioses y Genios)—El cuerpo medio cubierto por una amplia manta, blanquísima y sencilla, artísticamente envuelta, de modo que deje descubierto la mitad del cuerpo y el brazo derecho.—Los piés calzados por una sandalia (crépida), cuyas correas se envuelven en la pierna, hasta bajo de la rodilla.

En el acto III, esc. III, viste una ancha clámide blan-

ca, sin mangas, y cuya orla azul llegará hasta las rodillas.—Un sol figurado en el pecho.—Un tahalí de cuero le ciñe muy flojamente la cintura.— Sobre la clámide, cubriéndola completamente, un gran manto sin orla.—La orla azul es para los Argentinos y Orientales emblemática de su nacionalidad, porque con ese color, el blanco y el sol forman su bandera. Así aconsejaria que, cada República representara su bandera en la orla de la clámide; y si es americana, que no suprima el sol, porque simboliza la cuna de todas las razas del Nuevo Mundo, que yo he sintetizado y representado en los Incas, por ser la mas noble y civilizada de aquéllas.

Instrumentos músicos para canto—La flauta pastoril antigua, y el siguiente, segun lo describe Garcilazo de la Vega, Inca «Instrumento hecho de cañutos de caña, cuatro ó cinco cañutos, atados á la par: cado cañuto tenía un punto mas alto que el otro, á manera de órganos.»

CUADRO PRIMERO

LA CONQUISTA—SIGLO XVI.

La accion de este Cuadro se desenvuelve en un ameno valle del antiguo imperio de los INCAS, al pié de los Andes—Á la derecha, en el fondo, álzase un granítico cerro superado por una fortaleza india, cubiertas do cadáveres las triples murallas circulares, en anfiteatro, que rodean el palacio imperial de la cúspide del cerro. Mas abajo de la muralla exterior y sobre una meseta del mismo cerro, la CONQUISTA ha clavado su amplia y fastuosa tienda, desde cuya puerta, abierta al frente, desciende hasta el valle una escalinata, labrada en la roca—En la misma línea de la fortaleza, pero á la izquierda y á traves de algunos pocos árboles del valle, percíbense las ruinas, desiertas y aun humeantes por el incendio, de la ciudad inca del CUZCO, destacándose, mas á la derecha, la casa de las vírgenes del SOL y el rico templo de este dios indígena, cuya imágen en oro bruñido se ve fulgurar en su altar, al fondo—Entre la fortaleza y la ciudad, y mas allá, arde imponente un volcan—A entrambos lados de la escalinata que conduce á la tienda, y como en pabellon, se ostentan los atributos de la CONQUISTA y del PAPADO, sobre los atributos y trofeos ensangrentados, que acaban de conquistarse á la raza inca, consistiendo éstos en trajes, cimeros, escudos, flechas, masas, imágenes del dios Sol, piedras y objetos de oro y plata, sartas de esmeraldas, y plantas con frutos, imitados con metales y chispas de diamantes, artísticamente cincelados, producto admirable de la adelantada civilizacion de la raza primitiva.—Por entre la ciudad y espaldas de la tienda serpentea un arroyo, con un puente de piedra al centro de la escena, y otro colgante delante de la fortaleza, construido éste por filamentos de árboles y arbustos, torcidos como cordel—Sobre el templo del Sol, cual un último atalaya de la raza conquistada, vela un CÓNDOR, con las alas abiertas y la mirada sangrienta, pronto á precipitarse sobre la tienda de la Conquista—En el valle se ven algunas palmeras y árboles de la nutritiva coca, desgajados ó ennegrecidos por las llamas—La fisonomía general de este paisaje refleja los tintes que un rostro jóven y bello, cuando por él

han pasado las ardientes y amargas lágrimas de un profundo infortunio sin remedio—En el flanco izquierdo de la tienda y vanguardia algunas piezas de artillería, con su dotacion de soldados, y prendida la mecha.

ESCENA PRIMERA

En la tienda tiene lugar el suntuoso banquete de la CONQUISTA y del PAPADO, victoriosos por el hierro y por el fuego, sobre una raza inocente como inerme, sorprendida en su profundo sueño de tranquila felicidad, en el seno de sus vírgenes selvas y próspera civilizacion. El banquete está servido por NIÑOS INDIOS de ambos sexos. Al alzarse el telon, y durante algunos instantes, resuenan á lo léjos las bélicas dianas de la victoria, en atambores, clarines y pífanos, mezcladas á algunas detonaciones de arcabuz. Las puertas de la tienda no aparecen completamente cerradas; y por ellas entran, salen y se pierden tras la tienda los niños indios conduciendo los manjares y frutas del banquete—Se supone que asisten á éste: LA CONQUISTA y el PAPADO, con sus respectivos SÉQUITOS de REYES, NOBLES, CARDENALES, OBISPOS, MISIONEROS, etc.—Fuera de la tienda, en el valle, á la izquierda y á orillas del arroyo, en la parte que avanza sobre la línea de la tienda, la ÑUSTA, sentada en un tronco de palmera derribada, se destaca de un grupo de INDIAS y NIÑOS INDIOS, sus hijos. La Ñusta recorre vaga y melancólicamente las cuerdas de un instrumento indígena— El JESUITISMO, rebujado en su manto y ancho sombrero negro, y colocado cautelosamente entre el ramaje, mas al centro y mas al fondo, observa un momento el grupo de indias; en seguida se despoja del manto y de sombrero. Este personaje revela con franqueza en su fisonomía y actitud, el orgullo y la ambicion que lo posee, como tambien el desprecio que le inspira el Género humano. Luego se pone á escribir en un pergamino, que rubrica y cierra, desapareciendo por la derecha como un fantasma de la traicion sangrienta que acecha á su víctima; al cruzar se detiene, para dirigir al banquete una mirada de venganza y de triunfo—Por las puertas del templo del Dios-Sol salen SOLDADOS de la Conquista, abrumados por el peso de las planchas de oro, que acaban de arrancar á los santuarios; á la vez que algunas VÍRGENES del Sol, armadas de flechas y espadas rotas, presas del espanto y de la indignacion, escapan de su convento y se defienden de los NOBLES y SOLDADOS, que las persiguen—SOLDADOS ARTILLEROS en las piezas de la meseta de la tienda.

CONQUISTA

(Al cesar las dianas, brindando.)

En Méjico, Perú, Brasil y el Plata
de la Conquista á la inmortal victoria!

CONVIDADOS

¡Viva!

PAPADO

(Brindando.)

Del infalible augusto Papa
á las eternas soberanas glorias!

CONVIDADOS

¡Viva!

UN REY

Al oro y al diamante de las Indias,
y á sus modestas vírgenes!.....

UN NOBLE

¡Sí!

CONVIDADOS

¡Vivan!

(Continúan las libaciones y sordo rumor del banquete. La Ñusta preludia en su instrumento una melancólica música, que espresa el dolor de la servidumbre sin esperanzas, y canta:)

LA ÑUSTA

Ya se acabaron las alegrías
para los Incas ¡ay! qué dolor!.....
perdió ya el indio su toldería.....
¡lloran las aves, muere la flor!.....
de nuestros templos sobre las aras
rotas y humeantes, la iniquidad
consumó la obra ¡quién lo pensára!
de arrebatarnos la libertad!
Ya se acabaron las alegrías

para los siervos ¡ay! qué dolor!.....
perdió ya el indio su toldería.....
¡lloran las aves, muere la flor!

ESCENA SEGUNDA

Dichos y el Inca, con el cetro (una segur de oro) y armado de una masa de plata. Con vestiduras imperiales, viene en su trono (unas andas de oro), por la izquierda del fondo, conducido sobre los hombros de Doce indios. Le preceden dos Incas (hermanos del Inca emperador), el uno con un estandarte azul y blanco con la imágen del sol en el medio; y el otro con la bandera de los Incas, que consistia en un lienzo de siete fajas horizontales representando los colores del arco íris. (Presento el anacronismo del estandarte azul y blanco con el objeto de hacer mas vasto é impersonal el sentido de la alegoría). Siguen al Inca emperador Guerreros, Nobles y Soldados indios, armados de flechas, masas y espadas cortas de cobre. —Despues de avanzar algunos pasos, apercibiéndose de que es su hija la que canta, arrebatado de enojo, salta de las andas, se precipita sobre el instrumento y apaga sus cuerdas poniendo la mano sobre ellas.

INCA

(Con ira trágica y fiero despecho.)

Basta de llanto!..... y en vez de lágrimas
propias de la hembra del invasor,
en estas ruinas de nuestra patria
la sangre mia truene en tu voz!
Las plañideras cuerdas se rompan
¡rómpanse al punto! no mas temor!
(Ha roto las cuerdas,)
¡Indios! al arco! la tierra es nuestra,
róbala infame el Conquistador!
Nobles Tolstecas, Muiscas y Quiches,

bravos Araucos y Guaranís!
¡ardan hogueras! ¡blandid la masa!
¡ántes que esclavos, morir! ¡morir!

INDIOS é INDIAS

(Con sordo y sangriento rugido de venganza.)

¡¡Ah!! ¡¡ah!!

LA ÑUSTA

(Arrojando al suelo el instrumento con olímpico desprecio.)

¡Vil instrumento!

INCA

(Abrazándose con su hija.)

¡Hija!

LA ÑUSTA

(Dirigiéndose á los guerreros, con bélico entusiasmo.)

!Que ardan hogueras!
Las negras alas del mal espíritu
cubran la orgía del invasor!
¡Indios! ¡venganza! libres nacisteis,
¡vivir, pues, libres os manda el Sol!

(Al declamar estos dos últimos versos, ha arrebatado la bandera y presentádola á los indios, quienes, poseidos de guerrero entusiasmo, se disponen á lanzarse hostilmente sobre el banquete de la Conquista. Las mismas mujeres, contagiadas del patriótico entusiasmo, se arman con sus largos alfileres de espina y de metal; y hasta los niños, separándose de sus madres y reuniéndose á los guerreros toman flechas del carcaj de los soldados.—Esta insurreccion ha sido tambien producida, al ver un grupo de Vírgenes del Sol, que vienen huyendo de los mencionados Nobles y Soldados, que se detienen en el puente al notar la actitud de los indios, y huyen, trepando la mesera de la tienda. Las Vírgenes han llegado al concluir de recitar los últimos versos la Ñusta, se han arrodillado delante de ella, y ésta ha extendido protectoramente la bandera sobre sus cabezas, como una egida.)

ESCENA TERCERA

Dichos; los dos Nobles y Soldados, que entran al banquete, por la retaguardia de la tienda; grupo de Vírgenes; y el Genio de América, quien aparece de entre unas palmeras y sobre una nube iluminada por resplandor celeste, y detiene á los indios.

GENIO DE AMÉRICA

¡Raza, detente! la prudencia calme
el ímpetu sagrado de tus iras:
de América yo os traigo fecundante
generador el verbo de la vida,
que á la conciencia universal inspira.
En el santuario de mi fe mantengo
de libertad la inextinguible chispa;
y el sacerdocio de esa fe cumpliendo,
al hombre infundo su mision divina,
del hombre ahogo la pasion maldita.
Aquél, que es foco de la eterna llama,
que hasta al insecto imperceptible anima,
será quien rompa la pesada loza
y de la América á los huesos diga:
« Alzate, raza, vencedora, altiva! .....
« Sangrienta ofrenda á vuestros manes disteis
« ayer en nombre de celestes iras,
« cuando el puñal del invasor aleve,
« bajo la sombra de villana intriga,
« en las entrañas se clavó del Inca. »

(Siempre que se diga Aquél, refiriéndose á Dios, los indios alzan las manos y las cruzan sobre la cabeza, inclinando ésta, signo de la mas alta y profunda adoracion. Al terminar el Genio su peroracion, el Inca se siente arrebatado de bélico y religioso entusiasmo.)

INCA

¡Hijo de Aquél! No mas uncidos, Genio,
yazcan los indios á esa gente odiosa
Que el mismo hierro de la vil cadena,
por nuestro brazo con furor trozado,
la frente azote de la cruel Europa!
El mar revuelto vomitó la turba,
que á la dormida venturosa América
la hirió traidora en el tostado rostro:
pues bien, ¡oh Genio! de la turba aleve
que al mar escupa el funeral despojo!

GENIO DE AMÉRICA

Bien hicísteis ayer fulminea flecha
del arco disparar, con rabia fiera,
al pecho del ladron que os conquistaba,
pues libertad ni porvenir clarean
sobre los pueblos que al dogal se entregan.
Pero si nunca la virtud abona
la indiferencia del servil marasmo
del que, abatido, su coyunda acepta,
tampoco impone sacrificio absurdo
bajo el cuchillo del brutal verdugo.
Yo justifico vuestro digno anhelo;
mas, de la lucha no espereis suceso:
contra el poder desconocido y rudo
del arcabuz y del templado acero,
¿qué harán, decidme, las inermes leyes,
ni del patriota el reaccionario esfuerzo?
Mas, aquel Dios, que en las alturas rige
y por la herencia de los pueblos vela,
dijo á la América al caer:—« Espera,
« que al fin triunfante se alzará la sierva!

INCA

¡Es Pachacámac quien tu labio inspira!

GENIO DE AMÉRICA

No cual los Incas paternales, Roma

en sus legiones la virtud cifrando,
llevó á los pueblos destructora guerra:
y, cruel, altiva los ató á su carro.
Mas, fuéle inútil! de Israel el Cristo,
sin mas poder que su palabra austera,
á Roma hirió en el corazon: vergüenza
sólo ha quedado de su vil grandeza!
Tal de los pueblos sin principios nobles
el fin funesto reveló la historia:
su ley se cumple inexorable, y nunca
falaz prestigio de manchada gloria
contra el el derecho alcanzará victoria.
Cual el volcan, que en apariencia duerme,
el fuego patrio reconcentra mi alma,
para en un dia, sobre el Ande enhiesto
fundir de Europa el orgulloso cetro
alzar del polvo á mi doliente raza!

INCA

¿Quién sois, oh Genio, que en helado pecho
prendeis la chispa contra el vil tirano,
y refrenais con la esperanza el odio?
¿Quién sois ¡oh, Genio celestial!?....

GENIO DE AMÉRICA

Encarno:
el gran destino y el derecho patrios.

(El Genio desaparece en medio de un relámpago; y, durante algunos instantes, se oye en los aires una melodía consoladora y viril Los indios han caido de rodillas y en místico éxtasis se absorven en la contemplacion del Génio.)

ESCENA CUARTA

Dichos, ménos el Genio de América. Al cesar la melodía, desciende por el flanco izquierdo de la tienda, un Heraldo de la Conquista con Soldados armado de lanza y arcabuz. Éstos se posesionan de las avenidas, miéntras el Heraldo, con imperio y desprecio se dirige á los indios, quienes se han puesto de pié y adoptado una actitud de repugnancia hácia el Heraldo.

HERALDO

Despejad, aunque no os cuadre,
que ya el banquete termina
y aquí el Señor se encamina
con el Santísimo Padre.

(El Inca va á hablar; el Heraldo desnuda la espada.)

¡Silencio! que al yanacona
no le es dado discutir:
¡sí! ni el aire compartir
podeis ya con la corona!
Sierva la América está:
ni el sol que la alumbra tiene,
y si á esta ley no se aviene,
el látigo la avendrá!

INCA

Y ¡espera! ¡espera! nos dice el Genio!
Así nos tratan los opresores!....
¡Sol de los Incas! ¡Dios de la luz!
deja que el indio levante altivo
sobre el inicuo la frente, y... ¡trizas
haga este yugo de esclavitud!

(Sube violentamente y con magestad á su trono, y rodeado de su pueblo desaparece por la izquierda.)

HERALDO

(Envainando la espada y viendo con supremo desprecio alejarse los indios.)

Por arrancarte rico el tesoro,
que oculta un mundo dentro de tu arca,
por eso vives!.... luego, monarca,....
¡será pavezas tu trono de oro!....

ESCENA QUINTA

Dichos, y la Conquista—el Papado—el Jesuitismo, éste disfrazado de Misionero franciscano, pero leyéndose en su hábito, en letras rojas, la palabra «Jesuitismo»—Cardenales—Obispos—Misioneros—Jesuitas—Reyes—Nobles y Guardias—Precedidos de la Conquista y del Papado, y al compas de una marcha de triunfo, la comitiva desciende de la tienda, por la escalinata del frente, abierta en dos filas . el séquito de la Conquista forma la derecha, y el séquito del Papado forma la izquierda; ostentando cada gremio sus armas, símbolos y atributos propios—A vanguardia de la Conquista y del Papado, un tanto al flanco, dos formidables Atletas conducen en alto los respectivos estandartes de aquéllos; los sigue el Jusuitismo, al medio, un escalon á retaguardia, asido con la mano izquierda del cordon del estandarte del Papado, lo propio que, con la mano derecha, hace con el de la Conquista—Una vez que han descendido, permanecen separados, en dos pelotones, sólo que los Atletas con los estandartes ocuparán la penúltima grada de la escalinata; miéntras el Jesuitismo se habrá ido á ocultar en el grupo del clero—La marcha triunfal cesa al ocupar todos sus puestos.

CONQUISTA

En la tierra de los Incas,
despues de lucha sangrienta,
triunfante el trono se asienta.

JESUITISMO

(Presentándose.)

¡ Victoria por la Conquista !

AMBOS SÉQUITOS

(Alzando las espadas, cruces, etc.)

¡ Victoria !

CONQUISTA

De mis hazañas
el premio es justo: la guerra
os concede aquestas tierras,
de oro y plata sus montañas.
Galardon á mi proeza,
la natura aquí os invita
á gozar dicha infinita
en brazos de la pereza.
De la América los dueños,
las minas oro os darán,
las indias arrullaron
con amores vuestros sueños.
De sangre ha sido el bautismo
del bárbaro; mas el cielo.
(Mirando al Papado)

PAPADO

(Echando una bendicion á la Conquista.)

Santifica vuestro anhelo.

JESUITISMO

¡ Honor al catolicismo !

SÉQUITOS

¡ Honor !

PAPADO

El pontificado
bendice, sí, á la corona,
y sus conquistas abona,

por ellas vela afanado ;
mas, si es divina razon
que el rey por Dios avasalla,
sabed que el Papa es su valla,
que ántes que el rey, está Dios !

CONQUISTA

(Ap.— ¡Farzante!.... Prudencia....) Es ley
y justicia evidenciada,
que en la tierra conquistada
mande el Papa y mande el Rey.
Son, pues, distintos los fueros :
el espíritu es del Papa....

PAPADO
(Interrumpiendo.)

¡ Nada al pontífice escapa !
Con todo, vuestro sea el suelo,
no apetezco fueros vanos.
(Ap.— ¿ Qué importa, si la conciencia
es la ley de la existencia,
y en ella manda el Papado ?!....)

CONQUISTA

Por el don mi fe yo os juro.
(Ap.—¿ Qué importa, si la cabeza
se inclina humilde á la fuerza,
y soy la fuerza del mundo ?!....)

(La Conquista, el Papado y sus respectivos séquitos, se confunden, se estrechan las manos y se besan. El Jesuitismo, dejando el estandarte en manos de un Misionero, ha venido á arrodillarse servilmente á los piés del Papado y la Conquista, quienes lo levantan simultáneamente en sus brazos, lo besan y colocan en medio; pero él se retira modestamente un paso á retaguardia.)

ESCENA SEXTA

Dichos é Indios, conduciendo presentes de oro, plata y esmeraldas—Sin borrar del rostro la energía y la dignidad, los indios expresan el abatimiento de la impotencia; al paso que los Conquistadores y el Clero revelan con desnudez el orgullo despreciativo del amo absoluto. Al ir los indios á rendir sus tributos, se detienen por la entrada del Heraldo y sus Soldados, conduciendo á empellones al Inca encadenado, con una corona de espinas en la frente, corriendo la sangre por el rostro; sin que por esto se note doblegada la imperial altivez del monarca indio. Los indios han doblado una rodilla al entrar su soberano, volviendo á incorporarse, conteniendo apénas su vengativa indignacion. A la presencia del Inca se levantan generales y sordos murmullos—Al fin de la escena, la Ñusta.

HERALDO

(A la Conquista)

Es el Inca rebelado;
por eso....

INCA

(Interrumpiendo—con noble magestad y sangrienta fiereza, imponiendo sepulcral silencio con su apóstrofe, y dominando con su actitud altiva.)

¡Calumniador!—*(Pausa.)*
Por su honra y su religion
despues de haberme jurado,
lleno de oro les he dado
un cuarto.... ¡y me hacen traicion!....

CONQUISTA

¡Oh! ¡que muera, vive Dios!
ahora mismo arcabuceado!

PAPADO

Reciba el agua bendita

del católico bautismo.
Asístanle....

(El Jesuitismo, disfrazado de Misionero, se une al Inca, y con sombría expresion de triunfo.)

JESUITISMO

(*Ap.*—Jesuitismo:
¡principia hoy vuestra conquista!)

(El Inca contiene un arranque de resistencia, calma con un ademan á los indios, y se interna en el bosque, acompañado del Jesuitismo y seguido de soldados—Se presenta la Ñusta por la izquierda; y comprendiéndolo todo, lanza un grito desgarrador, cae de rodillas anonadada, se incorpora y se precipita en pos de su padre.)

ESCENA SÉPTIMA

DICHOS, ménos los dichos—Despues el JESUITISMO.

PAPADO

Ya veis, indios, lo que da
la rebelion y altiveza:
al rey rendid la cabeza,
á Dios en mí respetad.
Al rey por conquista acata
el conquistado....es la ley;
y Dios, que en el Orbe es rey,
da sus poderes al Papa.
El Papa y el Rey, potentes
por divina voluntad,
al mundo rigen: cuidad
de servirles reverentes.

CONQUISTA

¡Guay del osado! la cuerda
espere sin mi clemencia!

PAPADO

Y ante Dios, en la conciencia
aguarde tortura eterna!

[El Jesuitismo, humilde y meditabundo, atraviesa, de regreso, lentamente el teatro y ocupa su puesto.]

ESCENA OCTAVA

DICHOS y el GENIO DE AMÉRICA, que aparece en medio de la gradería de le tienda, sin aparato celeste, infundiendo una religiosa alegría en el pueblo indio, á la vez que un vago y mal disimulado espanto en los Conquistadores y el Clero.

GENIO DE AMÉRICA

¡Engañosa doctrina y cuan funesta!....

CONQUISTA

¡Audaz! ¿quién eres?....

GENIO DE AMÉRICA

La verdad austera:
El Genio soy de la oprimida América;
el Genio soy de la ultrajada Europa.
En nombre de ellas á deciros vengo,
que la Conquista y el Papado violan
de las conciencias el principio eterno.

CONQUISTA

¡Matad al brujo!....

PAPADO

¡ Que en las llamas muera !. . . .

GENIO DE AMÉRICA

¡ No así gasteis vuestro furor ! En vano
prendeis la hoguera y desnudais la espada:
si la justicia y la verdad encarno
¿ puede imponerme la brutal venganza ?
¡ Oh ! renunciad á esa ambicion sin límites,
que con la Biblia y la implacable espada,
cual otro Mahoma, destruyendo viene
la miez robusta de la estirpe humana.
Ved á este Imperio convertido en ruinas,
(Ha señalado las ruinas de la ciudad.)
ayer dichoso, floreciente y suave;
entre las ruinas, la voraz codicia
robando el oro salpicado en sangre !

CONQUISTA

¡ Matad al brujo !. . . .

(Han desenvainado las espadas y enarbolado las cruces, con hostiles intenciones de precipitarse sobre el Genio. Los indios se disponen á defender al Genio, y éste los contiene á todos con un soberano y dulce ademan.)

GENIO DE AMÉRICA

¿ Persistis ?. . . . Eterna
la forma soy en cuyo seno hierve
viril fermento de inmortal idea !
Mi ira celeste al impostor calcina
bajo el docel de su grandeza vana;
y con el llanto de sus propias víctimas,
ahogo en oleaje embravecido su alma.
Sincero apóstol, pensador severo
exalto al siervo y al verdugo humillo,
aliento al mártir y corono al héroe.
Mas de una vez en vuestra real alcoba,
y á vos tambien en el sagrado templo,
en todas partes, inspirado nuncio

de la igualdad, os penetró mi acento.
Decid si un hora enmudeció mi labio,
decid si un hora os apagué la antorcha,
abandonando vuestras almas ciegas
en el camino á las espesas sombras.
Ya entre el incienso, que las preces lleva
de los cristianos á la azul esfera;
ya en el fragor de la feral batalla;
sobre la argolla que envilece al siervo;
cuando la frente de la casta vírgen
enrojeciais con impuro beso;
ó si el espía confesor rasgaba
de la conciencia el inviolable pliegue,
que Dios á él solo reservado tiene....
en todas partes, por mision sagrada,
os recordé las naturales leyes....

PAPADO

Mi espada sigue la razon católica;
indefectible es la razon del Papa!

GENIO DE AMÉRICA

¡Mentis sabiendo! la conciencia nunca
calla ni miente ante su Dios que le habla!
¡Reyes y Papas! elevad al cielo
con fé sincera el vigoroso espíritu,
y el Dios que alumbra y que perdona al hombre,
en la razon os grabará su Credo.
¡Volved al bien! De corregir errores
tiempo es aun, si á la conquista armada,
al fanatismo, á la cadena, al fraude
se sostituye la moral cristiana:
esta es la justa y eternal conquista,
que en vez de uncir á las Naciones, salva
su soberana libertad perdida.
¿Por quién tomais á la infelice turba,
que á vuestro paso esclavizais inícuos?....
aun en la vírgen que nació Africana
de vuestra mesa embrutecida sierva,

arde fecunda la sublime llama,
que á Dios alumbra en la mansion eterna.
¡No hay clases, no! bajo el inmenso palio,
que por miriadas los planetas bordan,
sobre el altar del universo vario
el hombre un rito y sacerdocio adora:
Dios en la altura, de verdad sagrada
la ley dictando á la razon humana!

PAPADO

¡Tu torpe lengua en la impiedad se inspira,
cuando se atreve á discutir la creencia!
Dios á los Reyes y á los Papas une,
cual de alma y cuerpos inseparable alianza:
Del gran banquete de la vida nadie,
tan solo el clero y la nobleza gozan:
son dirigentes; los demas mortales
sirven la mesa. Voluntad divina
así lo quizo y decretó.....

GENIO DE AMÉRICA

¡Mentira!.....
No fué Jesus el pordiosero aliado
del craso error y esclavitud antiguas:
undió del César el brutal imperio
y el libre exámen le sirvió de lábaro.
Las gerarquías del pagano mundo
echaron bases en la corte Olímpica;
mas cuando el Sábio proclamó un Dios solo,
la libertad y la igualdad nacieron,
cual brotan flores de las negras ruinas.
Vino la espada de la Roma fuerte,
al paganismo se adhirió en el triunfo;
y para, fénix, levantar al hombre
sobre la tumba del pagano Olimpo,
fué necesario que naciera el Cristo!
¿Y cómo luego le imitó el Papado?
Allí en la austera, en la inmortal basílica,
sobre el altar la cortesana orgía,

y en la embriaguez de la ambicion espúrea,
negando al Cristo, el contubernio extraño
del Dios celeste con el Dios pagano!
¡Cuán grande fué vuestra mision primera!
Sin mas enseña que la cruz del Mártir,
sin otra fuerza que moral cristiana,
la Iglesia un mundo reconstruye fuerte,
civilizando á las naciones bárbaras!
Mas ¡ay! despues, aquella cruz bendita,
que dió á la Iglesia universal influjo,
por cetro de oro la olvidó egoísta!.....

PAPADO

¡Cuánta impostura!.....

CONQUISTA

¡Y mala fe profieres!.....

GENIO DE AMÉRICA

¡No! ved la historia: bajo forma hipócrita
Los Carlovingios, en union al clero,
sobre el altar el paganismo alzaron,
y á un doble César amarrado el hombre,
dobló la frente y apagó el espíritu.
¡Entónces el ángel del cristiano austero,
que en la alta esfera de su Dios flotaba,
plegó sus vuelos, y la cruz del templo
bañó en copiosas doloridas lágrimas!

CONQUISTA

Salvé á la Iglesia.....

GENIO DE AMÉRICA

La perdísteis, ciego!....

PAPADO

Yo paz buscaba.....

GENIO DE AMÉRICA

¡Del sepulcro eterno!.....

PAPADO

Yo soy verdad del pensamiento humano . . . .

GENIO DE AMÉRICA

¡ Es ese orgullo el que os perdió, Papado!
No nace el hombre pensador y libre,
para servir á la ambicion insana:
si no es divina la razon en todos
por la virtud de levantar sus alas
hasta el santuario de verdad suprema,
¿ por qué la tiara excomulgó á los Reyes,
y, en rebelion los absolutos reyes,
encadenaron á su ley la tiara ? . . . . .

CONQUISTA

Ante la Iglesia quebraré mi cetro . . . .

GENIO DE AMÉRICA

Para afianzarlo en fanatismo absurdo.

PAPADO

Yo herí á los Reyes por salvar al pueblo.

GENIO DE AMÉRICA

Reyes ó Papas, es un mismo yugo!

PAPADO

¿ Debí dejar que levantara el vulgo
contra el Papado la reforma hereje,
con sus blasfemias desquiciando al mundo?

GENIO DE AMÉRICA

¿ Qué fué Lutero? un instrumento humano
que la verdad á su servicio puso.
Infiel, la Iglesia, desvirtuó los dogmas,
que al extrechar y emancipar los hombres,
al porvenir los encamina unido,
ya solidarios de un comun destino.
Si, pues, la Iglesia autorizó al tirano
divino haciendo su derecho infando.

¿Quereis que el hombre bendijera humilde
la vil cadena á que vivió amarrado?

PAPADO

Fué el mundo antiguo que oprimió el espíritu,
por la materia y el error. Y luego,
para el Calvario redimir al siervo
alzó tan sólo la verdad de enseña,
sin mas recursos de poder, ni apoyo.

GENIO DE AMÉRICA

Si en el Calvario ridimióse el hombre
¿por qué la influencia del Calvario dísteis
en comandita al opresivo trono?.....
Un tiempo el alma acarició el influjo,
que sobre el goce material efímero,
le prometia la inmortal delicia
de la virtud en el amor del cielo.
Fué de este modo que la ley cristiana
en las conciencias prestigió su yugo;
fué así que, entónces, levantó la Iglesia
de los errores ridimido al mundo.
Despues! ¡oh, Dios! las temporales pompas
torció en el clero la mision divina,
y con los reyes, olvidando al hombre,
se aletargaron en mundana orgía!
Con alma grande dió Jesus ejemplo
de resistir á la infernal caricia;
y si los Papas en su red cayeron,
traidores fueron á la cruz bendita,
y con su tizne los marcó el infierno!

PAPADO

¡Oh, cuan maligna es la moderna ciencia
¡ay! cuyo ariete, sin fundar,..... en horas
derrumba siglos de verdad! Decidme
¿quién ha dictado vuestra ley y abona?

GENIO DE AMÉRICA

Dios es la fuente do Razon la bebe.

para con ella fecundar la historia!
¿Cuál fué el secreto de Jesus?—la Ciencia
que democracia y libertad enseña.
Ella le dijo á la pagana Grecia
y á Roma dijo esta verdad severa:
que ante un Dios todos los demas mentian;
que era el progreso condicion humana;
y que el trabajo y la moral tan solo
fundan de Dios la religion divina.
Guiad, pues, al hombre á la gloriosa cumbre,
donde fulgura la divina ciencia;
y si sus vuelos abatis, Dios mismo
humillará vuestra obsecada Iglesia!
Yo no pretendo corromper la sávia
de la moral, que el corazon fecunda,
con el veneno de la estéril duda.
Lo que pretendo es que la misma iglesia,
santificada en el amor, reemplace
El despotismo de su ley errónea
por la verdad y por el libre exámen.
Decid sí, la ciencia, que en el alma brilla
y que hasta el mundo corporal refleja:
tome la Iglesia ya en su cuna al hombre;
dele su amor, para que el hombre viva,
y libertad, para que el hombre crezca
bajo la ley que á su razon inspira.
y que al bajar á su sepulcro el hombre
la religion sobre ligeras alas
lleve del hombre hasta su Dios el alma.
Romped, Papado, con el trono inicuo,
pues que, caduco, morirá en la inania.
Reboza el verbo fecundante América,
que da al progreso juventud eterna
y á lo inmortal su aspiracion espande;
sólo su chispa animará tu cuerpo,
inventando en las exhaustas venas
del porvenir la vigorosa sangre!

[En la selva repercuten tres detonaciones de arcabuz.]

ESCENA NOVENA

Dichos y un Heraldo—Despues la Ñusta;—y finalmente, Coro de Indios y de Vírgenes del Sol. La Ñusta se presenta con un pedazo de flecha en la mano, y viene perseguida por Soldados armados de cuerdas de cáñamo.

CONQUISTA

(*Ap.*—¡Es la Ñusta!)

PAPADO

(*Ap.*—¡La herética!)

ÑUSTA

¡Oh, qué mengua!.....
Un noble, al voto de su fe perjuro
y á la moral que predicais al indio,
sobre mi frente deshojar las flores
quizo de mi honra su brutal designio.
Por vil perfidia, de morir acaba
el Inca iluso, mi adorado padre!
¡Ay! sólo el Cóndor, de la raza emblema,
bajó á cubrir el imperial cadáver!
Vuelo á la escena del nefando crímen,
el alma herida de irritado duelo.....
¡Era mi padre, y en su yerto labío
quice esculpir mis postrimeros besos!
¡Mas, ay! el noble me asaltó villano,
y del cadáver me arrastró lascívo,
sin conmoverle mis solemnes lágrimas,
escarnio haciendo del furor divino!
Luché; y ya cuando mis robustos brazos
su temeraria pretension burlaron,

á sus acentos acudieron... ... éstos,
dignos por cierto de tan torpes amos!

(Ha señalado con majestuoso y profundo desprecio á sus perseguidores.)

Huí..... mas, ántes á la indiana raza
viril vengando de tan ruin ultraje,
toda su sangre se agolpó á mi mano.....
¡y en la mejilla castigué al infame!

(En esta frase ha mostrado toda su épica fiereza.—Gran agitacion de furor en los Conquistadores, y de arrogante satisfaccion en los indios.)

TODOS

¡¡Oh!!.....

LA ÑUSTA

¡Sí! sí! mil veces de la misma suerte
sabrá mi raza castigar la ofensa,
de aquel que intente mancillar la honra
y soberana majestad de América!

PAPADO

¡Tened la lengua, por el Dios y el trono!

LA ÑUSTA

Por Dios jurando y por el Rey, al Inca
la gran traicion ejecutó la turba;
pero, escuchad: en el profundo seno
del porvenir se nutrirá el soldado,
que la diadema usurpadora rompa,
bajo los cascos del corcel indiano!

CONQUISTA

¡Es la princesa, la heredera ¡es Ñusta!
¡Al mas ruin de mi escuadron la entrego:
que sacie en ella su lujuria, y muera
despues al diente de voraces perros!

INDIOS

(Con rabia.)

¡Oh!.....

LA ÑUSTA

(Cayendo de rodillas desesperada.)

¡Oh, Dios, qué afrenta! tan horrible copa
gran Pachacámac de mi labio aparta!!

UN NOBLE

(Abochornado.)

(*Ap.*—¡Infando crímen!)

UN MISIONERO

(*Ap*—¡Oh, mi Dios! detenle!
que va á marcarnos con carbon la historia!)

(Los soldados van á apoderarse de la Ñusta; los indios se resuelven á defenderla; pero, aquélla detiene á todos alzándose imponente y magnífica.)

LA ÑUSTA

(Con melancólica amargura.)

Jamas á un indio le cegó el delirio
de ofender á su Dios groseramente!
Seducciones empleando, ni el martirio,
ningun indio jamas el blanco lirio
de casta vírgen marchitó en la frente.
Por sus Incas los pueblos bendecidos,
sabia ley acatando justiciera,
satisfechos y ricos..... sus oidos
del látigo no oyeron los chasquidos,
ni el baldon conocieron, ni la hoguera.
¡Adoraban á un Dios! su santa creencia
no formó con la tiara vil consorcio,
pues, brillaba absoluta en la conciencia;
y si oscuras aun eran las ciencias,
aclararlas buscaba el sacerdocio.
En su amahaca la vírgen sonreia
á su amado escuchando dulce historia;
ó en las cuerdas del arpa él recibia
ya de amor la celestó melodía,
ya los cantos viriles de la gloria.
Mas, las naves un hora aquí arribaron.....
el indio las miró desde la sierra.....

y metrallas las naves vomitaron.....
¡y el hogar los cristianos arrasaron,
bajo el rojo turbion de inicuas guerras!

(Se enjuga las lágrimas, y pasa á los rudos acentos de la indignacion.)

Mas ¡oh! se engaña, sí, quien torpe crea
domar de un pueblo la viril pujanza,
que á la social y redentora idea,
que dentro el alma luminosa ondea,
de los tiranos el dogal no alcanza!

CONQUISTA

(Con sangriento y vengativo despecho.)

¡Habla, habla Ñusta! Cuánta insolencia
he permitido que tu hiel desfogue!.....
¡Mísera esclava! tu pueril demencia
ha ya agotado mi real paciencia.....
¡habla, pues, ántes que el dogal te ahogue!

LA ÑUSTA

(Señalando al Genio de América y con sagrado entusiasmo.)

¡Genio! ya veis! en su brutal delirio
en mí á la América su soberbia ultraja!
¡Y bien! por ella me daré el martirio!
Ese volcan me servirá de cirio,
su ardiente lava me dará mortaja!
Pero ¡oh, gran Genio! llegará, sí, un dia,
en que justicia pedirás sin taza
á estos ladrones de la Patria mia!
Con fe la América en tí solo fia:
¡alza del polvo á la afrentada raza!

(Se clava la flecha en el seno, y cae cadáver. Los indios exhalan un irritado y angustioso alarido, que repercute en las selvas.)

INDIOS

¡¡¡Ah!!!

GENIO DE AMÉRICA

¡Sí! lo juro! llegará ese dia,
en que á la luz del pensamiento humano
brille glorioso el estandarte Incano!

(Desaparece en una nube de sangre, iluminada.)

CONQUISTA

(Con aturdimiento.)

(*Ap.*—Ahora orgía y fortuna!
¡dulce y dorado deseo!.....)

PAPADO

(Sombrío y meditabundo.)

(*Ap.*—Porvenir! si ese es tu Genio,
yo le he de ahogar en la cuna!.....)

(Se encaminan los Conquistadores y clero á la tienda.—Los indios arrojan con rabia los presentes, y con sordos alaridos y amotinados se alejan por la izquierda. La Conquista hace una señal á los soldados, quienes, se precipitan sobre ellos, descargándoles los arcabuces: se ejecuta una San Bartolomé, llegando en confusion hasta la escena sordos gritos de desesperacion y agonía. En seguida reina un sepulcral silencio. El Jesuitismo vuelve del lado de la matanza; contempla el cadáver de la Ñusta, y al ver aparecer el cortejo fúnebre del Inca, toma á aquél en brazos, y echándose la capucha á la espalda exclama):

JESUITISMO

Con esta prenda, mi ley
será la ley de esta tierra.....
¡guerra á la América! ¡guerra
al Papado! ¡guerra al Rey!

(Toma una piadosa actitud.—Cuando el Jesuitismo regresa de la matanza, se ha oido una marcha fúnebre indiana, á cuyo compas sale de entre las ruinas del templo del Sol un cortejo de indios, conduciendo en unas parrillas el cadáver del Inca, al lado de otras parrillas vacías. Se dirigen á la escena, y á unos pasos de la Ñusta, se ponen de rodillas los indios, anegados en lágrimas, miéntras cuatro de ellos acercan á la Ñusta las parrillas vacías. La marcha ha cesado; y en su lugar se oye en las ruinas del templo este):

CORO DE VÍRGENES DEL SOL

(Con melódica y tristísima música.)

Las grandezas de la tierra,

las ciudades, los imperios.....
polvo fueron..... polvo son.....
¡Pachacámac, sí, es eterno;
y el espíritu, no el cuerpo,
vuela al seno de su Dios!

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO

(LOS PRIMEROS TERRORES)

Gran salon abierto á una espaciosa galería en un fastuoso palacio Inca—Al fondo un jardin, cuyas flores están artísticamente imitadas con oro, plata, esmeraldas y diamantes, cuyo polvo de esta piedra sirve para imitar el rocío : no debe faltar entre las imitaciones, la planta del maíz con su dorada mazorca—En el salon : á la izquierda la capilla de palacio, en cuyo altar, en vez del Dios Sol se levanta el Cristo, de oro : esta capilla aparecerá cerrada hasta el momento en que la abre el Papado; á la derecha una Cámara, tambien cerrada, donde se supone una bacanal, cuyo ruido llega apagado hasta el salon—En un testero de éste, dos sitiales imperiales, sin docel—Es de noche, y el recinto no aparece iluminado sino por una débil lámpara, pendiente del techo—Al alzarse el telon, se percibe lejano como en el fondo del jardin, el mismo coro de Vírgenes del Sol, final del primer Cuadro. La bacanal no se hace oir sino recien cuando entra á ella la Conquista.

ESCENA PRIMERA

Coro de Vírgenes--Al terminarse, aparece la Conquista, entrando del jardin, dirigiéndose á la bacanal y deteniéndose agitada por vagos terrores, al escuchar los ecos del coro de Vírgenes—Despues, el Jesuitismo, con el traje de la Orden.

CORO DE VÍRGENES DEL SOL

Las grandezas de la tierra,
las ciudades, los imperios....
polvo fueron.... polvo son....
Pochacámac, sí, es eterno;
y el espíritu, no el cuerpo,
vuela al seno de su Dios !

CONQUISTA

No sé qué presentimiento,
vago, punzante, de mi alma
turba esta noche la calma
y envenena mi contento....
Siu duda es sombra liviana
del altivo pensamiento,
postrera, que arroja el viento
de mi triunfo en la mañana.
Mas, si fueran mis terrores
anuncios de independencia....
¡ vive Dios ! que la conciencia
he de ahogar de los traidores !
La cruz á la espada ungiendo,
la espada á la cruz se unió;
y oro y poder y grandeza
América les brindó.
Columpie la indiana vírgen
en su amahaca al vencedor,
la dulce copa apurando
del deleite embriagador.
Ya no hay quien á mí se atreva:
¿qué es el Papa ante mi fuero ?
¡caña pintada de acero !
¿ Y América ?.... ¡ mi manceba !....
« Del espíritu es el mundo, »
arguyen !—mas, ya el Papado
lo perdió, pues, deshonrado,
su desprestigio es profundo.
¿ Y el pueblo ?... ¡ el pueblo !... ¡ ya es tarde !...

Despues que le he corrompido,
mi desprecio le he escupido....
¡ y se ha callado el cobarde!!....
¡ El pueblo! nube dispersa
en las tardes de verano....
titan de polvo.... ¡ gusano
bajo el taco de la fuerza!
No turbe, no, mi alegría
el temor: con ánsia loca
mi labio apure la copa
del amor y de la orgía!....

[Penetra en la bacanal, donde principia una armonía apropiada. El Jesuitismo cruza la escena y se detiene ante la puerta, por donde acaba de desaparecer la Conquista.]

JESUITISMO

No es nube, no, de verano
lo que te agita.... ¡ insensato!
tú, sí, que bajo el zapato
del Jesuita, eres gusano!
¡ Duerme, corona, tranquila
en brazos de la impureza,
que yo al Sanson de tu fuerza
le preparo otra Dalila!

CANTOS EN LA BACANAL

La cruz á la espada ungiendo,
la espada á la cruz se unió;
y oro, y poder, y grandeza
América les brindd.
Columpie la indiana vírgen
en su amahaca al vencedor,
la dulce copa apurando
del deleite embriagador.

JESUITISMO

Duerme, corona, tranquila
en brazos de la impureza,

que yo al Sanson de la fuerza
le preparo otra Dalila!
[Al ver salir al Papado, desaparece.]

ESCENA SEGUNDA

El Papado, Cardenales y Soldados pontificios. Salen de la bacanal y se dirigen á la capilla. El Papado sube á ésta y se arrodilla delante del altar; miéntras su séquito, en dos alas, ocupa la gradería, y los soldados guardan las afueras—La gran puerta de la capilla queda abierta. Se encuentra alumbrada á giorno y adornada con suma riqueza.

PAPADO

(Ántes de entrar, diriginédose á los Cardenales)

Fe, Esperanza y Caridad
la enseña del mundo fué:
América viva siempre
bajo católica fe.
La espada vele á la puerta
del santuario; y si el infiel
idólatra pueblo se alza,
caiga la espada sebre él!

(Bendice á los Cardenales, y entra á arrodillarse delante del altar, en oracion.)

CANTOS ECLESIÁSTICOS

(En el órgano de la capilla.)

Fe, Esperanza y Caridad
enseña del mundo fué:
América viva siempre
bajo católica fe.

La espada vele á la puerta
del santuario; y si el infiel
idólatra pueblo se alza,
caiga la espada sobre él.

CANTOS ALTERNATIVOS Y Á DUO

Bacanal—La dulce copa apurando
del deleite embriagador.
En la capilla—La hoguera purificando
va al rebelde pecador.

(Se repiten á duo, cada coro los suyos. El Papado abandona la capilla, como perseguido por un fantasma. Espanto religioso en los Cardenales, quienes van dejando solo al Papado.)

ESCENA TERCERA

El Papado, solo.—Despues la Conquista y Séquito.

PAPADO

¡ Oh, espectro fatal ! ¡ Genio de América !
¡ y no quice escucharte !.... por doquiera
me persiguen tus gritos infernales,
aun postrado á los pies de los altares !
¡ Oh, imágen del Inca! ¡oh raza inerme !
Yo excomulgo á mi clero y á los crueles,
que exterminio causaron en mi nombre!
¡ mas, tu sangre ¡ piedad ! que no me ahogue!

(Cae desplomado sobre un sitial—La Conquista y Séquito salen de la bacanal y suben á la Capilla.)

PAPADO

(Al subir la Conquista á la Capilla-)

(Ap.— ¡La Conquista triunfó! mas si del Inca
ya los templos y pueblos sucumbieron,
rebosante la copa de la orgía
ha enervado al coloso en la lascivia!
¡Bien comprendo por qué las ricas joyas
de Pedro y Sixto quinto se desprenden
una á una cayendo con mis lágrimas!
apesar, santo Dios, de mis plegarias!

(Se cubre el rostro con las manos. Antes de entrar en la capilla todo el Séquito de la Conquista, se ha alzado rápidamente un muro, cubriendo el fondo, esto es, la cámara de la bacanal, el jardin y la capilla—La música de los cantos se percibe muy lejana, apagándose gradualmente por completo. Pausa.)

ESCENA CUARTA

El Papado y el Jesuitismo. Éste ha aparecido como rebujado en la sombra de un ángulo del muro que se ha alzado; y sin apercibir al Papado, avanza lentamente, meditabundo y sombrío.

JESUITISMO

(Deteniéndose, y con voz recóndita, sarcástica; avanzando en seguida, como devorado por un fuego sangriento, que apénas puede contener.)

Proscripcion al Jesuita le lanzaron,
¡oh! los Papas y Reyes temerosos....
¡es inútil, pardiez, porque esta púrpura
del Jesuita el poder y astucia oculta.
Cardenal, misionero, aquí en América,
consejero de Reyes en Europa,
rebelion contra el Rey proclamo Santa,

la conciencia sublevo contra el Papa.
General soy de la Órden: mis dominios,
sin fronteras, se extienden por el mundo;
mi insaciable ambicion activa inmola
á Naciones, á Papas y á Coronas.
Proscripcion al Jesuíta le lanzaron
temerosos los Papas y los Reyes....
¡ceguedad fué su audacia! los pigmeos
de la historia olvidaron los recuerdos!....
¡Proscripcion al Jesuíta! ¡qué insensatos!
¡ignoran, sin duda, que en los pechos
de la humana familia se alimenta
del Jesuíta la sórdida culebra!
El Jesuíta—ellos dicen—no proyecta
sombra alguna en las regias potestades,
ni sus cautas pisadas ya resuenan
en el vasto sepulcro de la tierra....
¡Oh, qué ilusos monarcas!.... aun en medio
del furioso huracan, mi voz retumba....
¡no habrá un alma jamas, que ante el Jesuíta
no se postre, temblando, de rodillas!

(Notando recien en el Papado, y contemplándolo con lástima y despecho.)

¡Es la tiara!..... ¡irrision!..... ¡y quién la lleva!
Soberano del mundo, sobre el polvo
de su propia miseria..... es un cadáver
rebujado en harapos imperiales!

(El Papado se siente agitado por una pesadilla.)

¿Qué te agita, por Dios?..... duerme tranquilo
en tu ambárico cieno, vil insecto,
apurando lo dicha hasta sus heces,
que yo voy á aplastarte ¡¡y para siempre!!

PAPADO

(Despertando al sacudimiento eléctrico de una idea; poniéndose de pié y con el último resto de energía.)

¡Á la hoguera el Jesuíta!.....

JESUITISMO

(*Ap.*—Es ya muy tarde!)

(El Papado vuelve á caer en el sitial; se restrega los ojos; trata de ahuyentar la pesadilla; miéntras el Jesuitismo da unos pasos cautelosos hácia aquél, semejante á un demonio que aprovecha la oportunidad de apoderarse de su presa, cuyos movimientos espía con ahinco. Al llegar al Papado dobla una rodilla é inclina humildemente la cabeza con refinada hipocresía.)

JESUITISMO

¡Oh, tú, excelso Vicario!.....

PAPADO

¡Ah!..... te soñaba!
¡Tu lugar son mis brazos!

JESUITISMO

¡Oh, no! me humillo
ante vuestro poder.....

(Besa los piés del Papado, permaneciendo en tal actitud. Éste lo bendice, lo alza y abraza; el Jesuitismo besa al Papado en los cabellos.)

PAPADO

¡Yo te bendigo!
¡Pesadilla cruel! y, sinembargo,
la vigilia es mas negra que ese sueño!
¡Oh! ya ves contra mí cual se levantan
hoy gobiernos negándome su alianza.
De tu Iglesia ¡Oh, mi Dios! de dia en dia
el prestigio y poder se desconoce:
en Europa y América los genios
del santuario han rasgado el sacro velo!

(Se vuelve á poner de pié, para caer de nuevo agotado, al dejar la palabra.)

¡Infusorios! pretenden rebelarse
contra la única ciencia, que es la Biblia!
fuera de ella, el espíritu es la nada,
su mision ha concluido y su esperanza!
No hay mas ley que la Biblia y el Papado:

la Creacion concluyó; ya Dios reposa,
y la humana razon está sujeta
á vivir vejetando cual la yerba!
¡Oh, mi buen Cardenal, mi caro amigo!
¡que la hoguera termine la querella!

JESUITISMO

¡Sí! el veneno, el puñal; mas, que ellos hieran
sin que nadie lo sepa..... interna llama,
que la vida endulzando..... abrase el alma!

PAPADO

¡Oh,! ¿qué dices?..... ¡no entiendo!.....

JESUITISMO

Sobre el dogma,
que la iglesia defiende, y sus recursos
en la lucha tenaz con las ideas,
explicarnos debemos sin mentirnos,
del futuro sondeando los abismos.
Escuchad, santo Padre: no es la Biblia
el extrecho santuario del espíritu;
ni al reposo entregado el Dios eterno
puede estarlo, si es Dios del Universo.
El reposo es la nada: en la vigilia
ó en el sueño no cesa, no, la vida.
Sin la ley del constante movimiento,
nuestro Dios fuera entónces imperfecto.
Es el hombre celeste levadura,
que fermenta en las formas de la idea:
si la Iglesia pretende ser su molde,
que la Iglesia se ensanche con el hombre.

PAPADO

¡No comprendo!.....

JESUITISMO

Escuchad: el solo dueño
de sí mismo es el hombre; pero es vano:

confesadle que es Rey, y de un cabello
le tendreis amarrado como á un perro.

PAPADO

Es que el Genio de América me asusta.....

JESUITISMO

¡ No temais, santo Padre, de ese niño !

PAPADO

¡ Tres centurias de edad !... .. ¡ Acaso un dia !.....

JESUITISMO

¡ Yo preparo al Sanson una Dalila !

PAPADO

Mas, oid, Cardenal : hace un momento.
en sudarios de sangre rebujadas,
unas sombras, ahogando la armonía,
me lanzaron sus voces vengativas !.....

JESUITISMO

(*Ap.*—Ya lo sé, Papa ruin !.....) Palma de triunfo
he venido á ofreceros.....

PAPADO

¡ Dios te inspire !

JESUITISMO

Una alianza.....

PAPADO

¿ Con quién ?..... ¿ Cuál la Dalila
del Sanson, pues, será, mi caro amigo ?
¿ Ese númen cuál es ?

JESUITISMO

(Observando al Papado con interes mas sombrío.)

El Jesuitismo.....

PAPADO

(Bajando del sitial.)

¡Los Jesuítas! ¡horror!

JESUITISMO

(*Ap:*—¡Hipócrita vil!)
Tambien es cierto,
que veneno, impureza, sangre, incendio,
autorizan los Papas contra aquellos
que á los Papas ofenden ó á su clero!

PAPADO

(Mirándole con desconfianza.)

(*Ap.* —¿Será?.....)

JESUITISMO

El Papa ¿qué quiere pretencioso?
Lo que quiere es fundar su monarquía,
absorviendo á los Reyes y á los pueblos,
amarrando á su solio el Universo!

PAPADO

¡Cardenal! ¿y el Jesuíta qué pretende?
¡Lo sabeis!.....

JESUITISMO

Ser granítica base
de la Iglesia.....

PAPADO

¡No! no! tenerla esclava,
dominar á los pueblos con la tiara!

JESUITISMO

¡Oh! y así os engañais!

PAPADO

¡Á Dios pluguiera!
Les dió vida la Iglesia con su seno,
y su entraña comieron esos cuervos!

¡ Ah! los Papas soñaron, cuando apoyo
fiel creyeron hallar en los Jesuítas !
¡ Qué ambicion insaciable ! Sí, con ellos
hasta Dios sobra ya en el Universo !

JESUITISMO

(*Ap.*—¡ Basta, pues, y las naves incendiemos !)
(Sacudiendo del brazo al Papado.)
Va á caer en América el monarca ;
y el derecho amparando de los indios ,
se alzará prepotente el Jesuitismo
¿ Y su alianza rehusais ?

PAPADO

¡ Callad, impío !

JESUITISMO

Mi ultimatum es este : hecho cadáver
os veré descender del Vaticano,
si á él los dos no subimos como aliados !
(Se aparta y da la espalda al Papado con orgullo.)

PAPADO
(Espantado.)

¡ Oh ! ¿ quién eres ? ¡ Ay, Dios ! ¿ qué misterioso
el terror se difunde por mi cuerpo ?
¿ Quién eres ?

JESUITISMO

(Acercándose lentamente, con aire de triunfo y con acento bajo y de terrible amenaza, descubriendo bajo de la sotana la banda de General de la Órden.)

¡ General de los Jesuítas !

PAPADO

(*Ap.*—¡ Jesus ! amparadme !) ¡ Soy ya vuestro ! !
(Huye horrorizado.—El Jesuitismo, con el entusiasmo diabólico de la victoria, exclama :)

JESUITISMO

¡ América ! temblad ! ! ¡ ¡ mio es el cetro ! !

MUTACION

El teatro se convierte en vastas y desoladas ruinas de una necrópolis india. En segundo término y al medio, una hoguera con otros instrumentos de martirios inquisitoriales, y al lado un patíbulo.—Flotante sobre la hoguera, una tiara pontificia, y una corona imperial sobre el patíbulo, unidas ambas por una cadena de oro.—En el fondo se alza una armonía extraña, como de ultra-tumba; y, segun las situaciones dramáticas, será: ya desolada y llorosa, mezclándose gritos de agonía, ya severa y tremenda, como la justicia ó como una maldicion del infierno, en cuyo momento cruzará Satanas por el fondo; ya, en fin, una melodía celestial, semejante á una plegaria por el bien de almas extraviadas.—Este cuadro se presenta envuelto en la oscuridad, iluminándose, y con luz adecuada, á medida que se van exhibiendo los grupos de fantasmas.

ESCENA TERCERA

El Jesuitismo—un Inquisidor, al lado de la hoguera, y un Verdugo al lado del patíbulo.—Despues Satanas; en seguida y sucesivamente en el órden que se indicará, surgen de las tumbas los siguientes grupos de fantasmas: Reyes y Papas; Valdenses, Albigenses y Hugonotes.—Inca, Indios y Vírgenes del Sol.—Al escuchar el Jesuitismo las primeras armonías y reconocerse en un lugar de la muerte, siéntese sobrecogido por vagos terrores; pero pugnando por dominarlos, y consiguiéndolo al ver á Satanas cruzar por el fondo.—Desde que aparecen los primeros grupos de fantasma, vuelve á trabarse en él una lucha sorda y tremenda: ya contempla á los fantasmas como seres vivientes, pero sin poderlos arrojar de su presencia; ya los siente dentro de su conciencia, y pretende arrancárselos á pedazos.—Satanas se ha colocado á una distancia, como para, con su presencia, infundir valor al Jesuitismo; pero, desaparece, apesar suyo, al escuchar el Coro de ultra-tumba.

CORO MÍSTICO DE ULTRA-TUMBA.

(Recitado por varias voces, en tono de salmodía)

En vano la altiva grey
pretende alzar la cabeza:
¡es Dios la sola grandeza;
del hombre el único Rey!

JESUITISMO

(Con provocativo despecho; y luego precipitándose al fondo con hostil resolucion; pero retrocediendo amedrentado.)

Como al Papa, me alucina
tambien la aficion y aterra?.....
¡Vive Dios! ¿quién á la guerra
me provoca?!..... ¡Cielos! ¡ruinas!

(Se oculta tras de un escombro, como quien busca sus armas para el combate.)

CORO MÍSTICO DE ULTRA-TUMBA

(Acompañado por el órgano.)

En vano la altiva grey
pretende alzar la cabeza:
¡es Dios la sola grandeza;
del hombre el único Rey!

(Continúa la música, pero debilitada, á punto de no interrumpir la declamacion, acompañándola, sinembargo—Al terminar el coro anterior, y como buscando á un enemigo, vuelve á aparecer el Jesuitismo, en su verdadero traje, no ya en el disfraz de Cardenal, solamente que sin sombrero: la cabeza enhiesta y pintada la altivez en el rostro—Es en este momento que se presenta el primer grupo de fantasmas, esto es: Reyes y Papas con sus Cortes y vestidos con sus insignias oficiales. Surgen de una roca del fondo, que ha cerrado la entrada á un abismo; y se colocan los Reyes, al flanco del patíbulo; y los Papas, al de la hoguera—Miéntras aparecen y toman sus puestos ambos grupos, la música toca una marcha infernal—Satanas vuelve á aparecer, mas confiado y satisfecho, tras del Jesuitismo, reanimándolo Entónces éste recobra todo su corage, y afronta impasible, sarcástico, provocativo, la presencia de los fantasmas. De modo que, se cruza de brazos, y así espera, cual si fuera una roca en medio de la tempestad. Satanas entónces, se aleja lentamente, satisfecho de que el neófito supere á sus esperanzas.)

UN PAPA

(Adelantándose del grupo)

Fuí la Iglesia espiritual

del Cristo el mas fiel espejo;
hoy, por tu inicuo consejo,
convertida en bacanal.
Del porvenir ella fué
la miel, que al hombre nutría;
hoy es la roca sombría,
que al hombre amarra sin fé!
Mansa culebra en redor
de la Iglesia, derrepente
clavastes en ella el diente
envenenado y traidor;
y apagando así la luz
divina en humana creencia,
tú ofuscaste en la conciencia
los principios de Jesus!

JESUITISMO

¡Cínicos! de todo el mal
que hoy á la Iglesia desola,
no echeis la culpa á Loyola
sino al poder temporal.
Infiel de Cristo á las leyes
por ambicion y codicia,
violasteis toda justicia
en alianza con los Reyes.
¿Por qué en Loyola surgió
el pensamiento profundo
de atar á sus piés el mundo?
¿en qué seno se incubó?....
Loyola un producto fué
de la Iglesia, que olvidada
de su mision, y gastada,
perdió la pristina fé.
Del Rey, la fuerza brutal,
sí, los Papas bendijeron,
y á los Jesuitas se unieron
en consorcio terrenal.
Ardió la hoguera! la fé
se extinguió ya por completo....

¡ y aun no te dejó repleto,
Papa la San Bartolomé!
Llamáisme envenenador
y sicario!.... ¡que cinismo!
y aun buscais al Jesuitismo
como á un genio salvador!
¡ Acusarme de inmoral!....
¿qué hicísteis vos del santuario?....
escandaloso escenario
de impúdica bacanal!
¡ Papas!.... la misma traicion
nos une en mundana orgía....
no agregueis la cobardía,
gusanos de la ambicion!

UN REY

(Trae un puñal clavado en el pecho: la herida se desangra. Música de venganza, de remordimiento y de acusacion. Ha adelantado hácia el Jesuitismo.)

¡ Jesuíta! vengo á acusar
tus crímenes... aun caliente
(Se arranca el puñal de la herida)
ved el puñal de Clemente,
de Damiens y Ravaillac!
¡ Jesuíta! tu dogma fué
siempre la negra perfidia:
con artera hipocresía
vendistes al Papa, al Rey!

JESUITISMO

(Música de desprecio y de rabia.)

¡ Tambien el trono! ¡oh pudor!
cual un Juez, su voz me lanza!....
¡ mi cómplice! En la balanza
no pesas ménos que yo!....

REY

Con tu consejo falaz
al Rey y al Papa has perdido....

JESUITISMO

¡Y bien! si fuí fementido
vengué así á la humanidad!

REY

Por insaciable ambicion
todo lo has atropellado....

JESUITISMO

¡Y vosotros! anegado
el mundo en sangre y dolor!
¡Papas y Reyes! jamas
hicísteis bien á los hombres:
lágrimas siempre esos nombres
sembraron en el hogar!
¡Farsantes! ¡eh! basta ya!
He sido, sí, vuestro aliado;
y, aunque os pese, os he amarrado
á mi astuta habilidad!
Insultando al mismo Dios
alzásteis la monarquía,
y eterno beso en la orgía,
del escándalo os unió....
Yo entónces ambicioné
arrancar para mi frente
esa corona, impotente
en medio de la embriaguez!...
¡Ah! yo era un cuerpo viril,
con un volcan en la mente...
¿¡vosotros!?... un cuerpo inerte,
próximo ya á morir!....
Y mi sangre trasvasé
en vuestra existencia helada....
¡mas iba ya emponzoñada
y ¡muerte! os hice beber!
¡Es tarde! el vaso letal
podeis romper.... en buen hora:
ya la cicuta traidora
en vuestras venas está.

Es inútil pretender
destruirme.... ¿Quién lo pensara!
¡Papas y Reyes.... la tiara
y el cetro tengo á mis piés!

(Señalando á la tiara de la hoguera y á la corona del patíbulo)

¡Miradles! están allí
vuestras insignias amadas!....
idos, pues, momias burladas;
ya no es vuestro el porvenir:
La hoguera á la una afianzó;
á la otra el verdugo abona....
¡Es inútil! la corona
y la tiara ciño yo!!

PAPA Y REY

¡Sois íncubo de maldad!....

JESUITISMO

¡Del infierno sois las teas!

PAPA Y REY

¡Jesuíta! ¡maldito seas!
por toda la eternidad!

(Los fantasmas desfilan y se hunden en el abismo de donde surgieron. La hoguera se apaga.)

ESCENA CUARTA

JESUITISMO—Grupos de fantasmas, en cuyos sudarios se lee: en el grupo que se coloca á la derecha—HUGONOTES; en el de la izquierda: VALDENSES y ALBIGENSES; en medio: el INCA, la ÑUSTA, INDIOS y VÍRGENES del SOL—LOS HUGONOTES, ALBIGENSES y VALDENSES cubiertos de sangre, como tambien los Indios. Las vírgenes con sus

blancos sudarios desgarrados y el pelo vuelto sobre el seno. En el rostro y actitud de todos campea la expresion severa de la víctima y la del bienaventurado que perdona. La Ñusta con el gorro frigio y una antorcha, representa la LIBERTAD y la RELIGION Música propia del dolor, del llanto y del perdon. Desde que se presentan estos fantasmas, comienzan á aparecer en el JESUITISMO los primeros terrores de la conciencia, con las cuales lucha obteniendo alternativos triunfos: unas veces se encontrará dominado por ellos; otras, álzase altivo, cínico, escéptico, glacial y orgulloso Ya siente los fantasmas dentro de sí y quiere arrancárselos, aun con pedazos del pecho; ya acomete á los que mira delante y retrocede fatalmente, como rechazado por una fuerza mágica. En algunos momentos arroja ahullidos cavernosos de rabia y de impotencia. La escena se ha llenado de azulados resplandores.

JESUITISMO

(Retrocediendo lentamente y á pesar suyo.)

(Ap.— ¡¡ Oh!!.... ¡infierno! me dan horror!....
aun las tengo en mi retina,
y, cual acerada espina,
me punzan el corazon!!....
Las siento en mi pecho hervir
formando nido! sus dientes
me muerden como serpientes!.....
¡ Huyamos!..... ¡¡no quiero huir!!

(Encarándose, entre altivo y medroso, á la imágen simbólica de la Religion y la Libertad.)

¿Quién eres, sombra inmortal?.....
¿ tambien os trae la venganza?

RELIGION Y LIBERTAD

Soy Religion de esperanza,
soy Justicia y Libertad!

JESUITISMO

Vuestro camino seguid
entónces con rumbo al cielo:
No es vuestro reino este suelo....
Dejadme: yo reino aquí!

RELIGION Y LIBERTAD

¡Oh, ciego! volved en vos:
Escuchad: los Albigenses,
Hugonotes y Valdenses
os traen del cielo el perdon.
(Señalando el patíbulo y la hoguera.)
Sangrienta el hacha cruel
y la hoguera, entre el espanto,
sembraron ruinas y llanto
con salvaje impavidez.
¡Bien os pudieran ahogar
tantas lágrimas de duelo!
Arrepentíos, y al cielo
redimido os alzarán.

(Un resplandor suave descendido de lo alto baña la figura del Jesuitismo, quien pretende inútilmente sustraerse á la luz, cual si ésta surgiera de su propia conciencia.)

Intenso un rayo de luz
os envuelve: Ved, Jesuíta,
cuan mas bella es la infinita
corona de la virtud.
¡No mas errores, no mas!
Decid á Papas y á Reyes,
que Dios no abona las leyes
que niegan la libertad.
¿Qué religion concebis,
mas santa, templo mas grande
que el alma humana, do espande
sus alas el porvenir?
No existe, no, la moral,
si rompe en la humana frente
esa diadema esplendente
que le ciñe Libertad.
No existe la Religion,
si ella es aquella alma muerta
del pasado, y no despierta
al soplo vital de Dios!

JESUITISMO

¡¡Mentira! la ley de Dios
nos manda, que á sangre y fuego
sometamos al que, ciego,
no acepte su religion.
¡La hoguera arderá sin fin!
¡no se cansará el verdugo!
¡sirva el pasado de yugo
al rebelde porvenir!!

RELIGION Y LIBERTAD

¿No quieren volver en sí,
estando ya perdonados?
Mas, sabed· ¡los obsecados
van sin remedio á morir!

(Las visiones se retiran al compas de una música triste, que expresa el llanto y la compasion El Jesuitismo quedó envuelto en sombras profundas —La hoguera arde.—Música infernal, aterradora.)

ESCENA QUINTA

JESUITISMO y SATANAS—Despues JESUCRISTO, el GENIO DE AMÉRICA y la ALEGORÍA DEL TRABAJO. El Jesuitismo sudoroso, fatigado permanece altivo, indomable y como glorificado. Satanas lo llena de sombras, cubriéndolo con sus alas.

JESUITISMO

(A los fantasmas, que se alejan.)

¡Idos, espectros, con Dios!.....
En mí solo el triunfo fundo:
tiara y corona en el mundo

de mi astucia siervos son.

(Los fantasmas han desaparecido, y cesa la música)

¡Ya se han marchado!..... mi ley
en las tinieblas se ostenta.....
¡guerra! ¡sí, guerra sangrienta
contra el Papa y contra el Rey!

(Contemplando embriagado la tiara y la corona.)

¡Tiara y corona!..... ilusion
que ha devorado mi mente!.....
¿¡al fin ceñireis mi frente!?
¡¡mias sois ya, vive Dios!!
¿Qué significan Jesus,
y el Genio, sino quimera?
¡Vamos! ¿quién osa á la hoguera?.....

(Se precipita á apoderarse de la corona y de la tiara. Estos símbolos desaparecen de súbito, sostituyéndose al patíbulo, el Genio de América, presentando un libro abierto en cuyas páginas se lee en caractéres de fuego: CIENCIA;—á la hoguera, JESUS presentando la cruz, en la que se lee: VIRTUD,—y en el centro la imágen alegórica del trabajo; leyéndose en sus atributos: TRABAJO. Antes éstas apariciones, Luzbel y el Jesuitismo se espantan, caen humillados y rabiosos, envueltos ambos en las negras alas de Luzbel El Genio de América al presentarse y contestando á las interrogaciones del Jesuitismo.)

¡Ciencia!

EL TRABAJO
(id.)

¡Trabajo!.....

JESUS
(id.)

¡Y virtud!

(Estas visiones se evaporan convirtiéndose en tres nubes blancas. Luzbel se incorpora reaccionando de su espanto, para mostrarse triunfante; arroja una carcajada diabólica, que repercute en un coro de carcajadas partido del fondo del infierno, que en este instante abre un horno inmenso en el fondo de las rocas, iluminando á entrambos personajes. Las carcajadas las estallarán con un golpe de música apropiada. El Jesuitismo entónces se alza mas altivo que nunca, como bajo un soplo poderoso; cayendo en brazos de Satanas, alza un puño y dirige una mirada vengativa al cielo. Entretanto, y á travez de

las llamas del infierno se ven confundidos los grupos de Reyes y Papas, tendiendo las manos al Jesuitismo, como llamándolo; y esto lo verifican á la vez que, al compas de la música, cantan este)

CORO DE PAPAS Y REYES EN EL INFIERNO

¡Ven, oh, réprobo, á gozar
de tus triunfos! El infierno
abre alegre sus abismos
á las almas sin moral.

(*Telon lento.*)

FIN DEL SEGUNDO CUADRO.

CUADRO TERCERO

LA INDEPENDENCIA.—SIGLOS XVIII Y XIX.

El fondo del teatro representa las ruinas de un templo de Pachacámac, en la selva y á orillas del Océano Pacífico, en cuyas aguas se balancea un navío empavezado—Bajo las frondosas arboledas, fastuosamente adornadas, tiene lugar una gran orgía imperial. Suspendida de lo alto de dos árboles y superada por una cruz, de oro, una faja de seda con este lema: ¡Gloria al amor y á la fuerza! miéntras que, en la falda de un cerro cercano y en un cartelon levantado en una asta, á la entrada de una mina, este anuncio: ¡Minas de oro!

ESCENA PRIMERA

En la orgía: La Conquista, envegecida y enervada. Reyes y Nobles. Indias vestidas de Odaliscas; Niños indios; y, á lo léjos, Soldados de la Conquista—Despues, la aparicion de la Ñusta—La Conquista aparece muellemente reclinada sobre blandos cojines, recamados de oro y orlados de esmeraldas, como sus imperiales vestidos; rodea con su brazo la cintura de la bella favorita, la cual, reclinada tambien sobre los cojines, tañe con voluptuosa languidez un instrumento de cuerdas, como el que usó la Ñusta en el primer Cuadro, acompañado por los de otras jóvenes que la rodean; miéntras dos Niños indios, de rodillas á los piés de la Conquista sirven vino en la copa de oro guarnecida de diamantes, que á tal objeto la Conquista presenta con mano temblorosa y emblanquecida; miéntras otros

Niños tienden sus quitasoles de pluma sobre la cabeza de ambos amantes—Los Reyes y Nobles se agrupan á los flancos, de pié, con la copa en una mano en actitud de brindar, y rodeando con el brazo la cintura de otras Indias—Indios adultos, en trajes miserables de trabajo, casi desnudos, salen de la boca-mina cargados de piedras de oro, que van á depositar en el navío, custodiados por Soldados, con látigos.

LA FAVORITA

(Recitando.)

Llenos de suave esplendor
están los bosques; y el cielo
diáfano, azul y sereno
inspira secreto amor!....
De flores hoy nuestra sien
coronan los bosques bellos....
¡ del amor el beso eterno
nos aduerma en este Eden!....

CORO DE INDIAS

[Cantando en sus instrumentos.]

Llenos de suave esplendor
están los bosques; y el cielo
diáfano, azul y sereno
inspira secreto amor!....
De flores hoy nuestra sien
coronan los bosques bellos....
¡ del amor el beso eterno
nos aduerma en este Eden!....

[La Ñusta aparece en la orgía, en paraje espectable, envuelta en un sudario y la cabeza coronada de azules flores de los bosques—Su presencia infunde general sorpresa, vergüenza en los Indios y despecho en los Conquistadores.]

LA ÑUSTA

¿Indias! ¿qué escucho?.... al amor
del amo estais entregadas?
¿han muerto en el alma indiana
los recuerdos y el pudor?

No hace dos siglos, aquí
entre estas ruinas sagradas
del templo de Pachacámac
vuestros votos recibí!....
¿De la Patria y dé la fé
do el Genio tendió sus alas?
¡embrutecidas sultanas,
de un dueño os contemplo al pié!
[Con severa ironía y amargo reproche.]
« Llenos de suave esplendor
« están los bosques; y el cielo
« diáfano, azul y sereno
« inspira secreto amor!....
« Con flores hoy vuestra sien
« coronan los bosques bellos....
« y de amor el beso eterno
« os aduerme en este Eden! »

[Estallando de indignacion, y señalando á los Indios, que cruzan cargados de piedras metalúrgicas.]

Y entre tanto la virtud
vais perdiendo en las orgías,
y al Indio la tiranía
lo mata en la esclavitud!
¡Del cielo el blanco esplendor
ruborizado se apaga
en las frentes mancilladas
por el beso del señor!
El bosque brinda solaz
tan sólo á las almas castas,
que á Dios sus votos levantan
sin rubores en la faz.
En esa copa de amor,
que apurais, Indias esclavas,
hierven candentes las lágrimas
de América sin honor!
Esas cadenas soltad!
cese la impúdica orgía!

que amor sin honor humilla,
ni hay honor sin libertad!

(Los Indios han caido de rodillas y doblado la frente bajo el peso del arrepentimiento y la vergüenza. La Ñusta se convierte en un vapor azul y desaparece en la atmósfera, acompañada de una melodía celeste—Se alza un muro, ocultando la escena.)

MUTACION

El teatro queda convertido en un salon desmantelado, en cuyo fondo se alza un fastuoso trono imperial, sin gradería—Al lado una gran urna donde claramente se lee: «Raza indiana»—Reina un profundo silencio, interrumpido al principio por el ferreo ruido de gente armada, que cruza al exterior tras de las ventanas del fondo. Es de noche, y sólo una opaca lámpara alumbra un ángulo del salon. Cesado el ruido de armas, se percibe por el claro de las ventanas el resplandor de lejanos relámpagos y algun trueno muy débil.

ESCENA SEGUNDA

El Papado; el Jesuitismo y la Conquista, cruzando los tres la escena—La Conquista viene envuelta en una gran capa negra de invierno y aprestada al combate. El Jesuitismo trae una pequeña cruz en la mano; y el Papado un báculo de oro, cubierto de pedrería. Despues, el Jesuitismo, solo.

JESUITISMO

No hay otro medio.... al rebelde!....

CONQUISTA

¡Que se alcen, si, por mi fé!

PAPADO

¡Que donde la cruz no alcance!....

CONQUISTA

¡Ha de alcanzar mi cordel!

JESUITISMO

(Alzando la cruz.)

Tus huestes á la victoria
este lábaro va á guiar.

PAPADO

Triunfa, Conquista, y la Iglesia
tu triunfo bendecirá.

CONQUISTA

A mares la sangre indiana
va á correr hoy, sin piedad,
apagando de la América
el derramado volcan!

[La Conquista y el Papado se van. El Jesuitismo los contempla con sarcástico y concentrado rencor.]

JESUITISMO

Anda, corona de espumas,
corona de fierro ayer!.....
la cruz ya es mia!..... y la cuerda.....
¿¡la cuerda?! ¡es mia tambien!!

[Va á partir, pero en un ángulo del fondo aparece el Genio de América, obligando al Jesuitismo á retroceder, ofuscado, pero sin miedo. Se repone en seguida y contempla al Genio con rabia ó impavidez provocativa.]

ESCENA TERCERA

El Jesuitismo y el Genio de América.

GENIO DE AMÉRICA

(Con dulce reconvencion.)

¿ Dónde va ? ¿ dónde va tu paso incierto ?

JESUITISMO

Inflexible y tenaz, Genio de América,
atrevido doncel ! Con ciego alarde
me provocas á duelo en todas partes !

GENIO DE AMÉRICA

Una fuerza celeste, misteriosa
de los hombres dirige la carrera
á travez del espacio y de la historia.....

JESUITISMO

¡ No ! que el hombre nació de tierra vana,
y es su fuerza y su ley la de la planta.
¡ Siempre el hombre !..... En su orgullo temerario
contra el mismo Creador alza la frente.
¡ Es la historia el padron de sus hazañas !
¿ y qué ha sido en la historia ese monarca ? !

GENIO DE AMÉRICA

¡ Insensato ! ¿ No ves que despreciando
á los hombres, tú mismo te desprecias ?
Si ensalzar al Cria !or quiere tu intento,
no rebajes su hechura hasta el insecto.
Sí ; la historia es su campo de batalla :
al error combatir con noble arrojo

es la ley que dirige su destino
¿y una planta posee tanto heroísmo?
Díjole la razon: — « Llevas el soplo
« de tu Dios; y con él va la victoria.
« ¡Oh, Titan soberano! eres tan grande,
« que á Dios mismo alzaras altivo el guante! »
Así habló la razon. Tú eres la prueba
de la audacia y poder que anima al hombre,
pues pretendes burlarte, en tu delirio,
vencedor colosal, contra Dios mismo!
¡Bien conozco tu Credo!..... siempre esclavos
vivirán de los grandes los pequeños,
ya cruzando el desierto, como párias,
ya la argolla regando con sus lágrimas!
¡Qué calumnia á Jesus! Si solo un cambio
de conyunda esclavócrata nos trajo,
sin rasgar del espíritu la sombra
¿dónde está lo divino de sus dogmas?
Si era el hijo de Dios, y redentora
la mision que su Padre le confiara
¿do los frutos están, si el hombre siempre
en el polvo ha de hundir su hermosa frente?

JESUITISMO

(Con desprecio mordaz.)

¡Escolástica argucia! Si es el hombre
luminoso un espíritu..... no vuela.

GENIO DE AMÉRICA

¡No! que él trae de su orígen la corona:
y las alas del ángel poderosas!
No es la aurora fugaz de una quimera
esa lámpara inmensa de su espíritu,
no es la líquida gota en la mañana,
que el incendio evapora entre sus llamas
de una fuente divina ha descendido;
sigue arroyo sereno en el misterio,
fecundando arenales con su riego;
va creciendo el raudal: á las montañas

correntoso se trepa, atropellando
las graníticas moles de su paso;
escalada la cumbre, gigantescó,
en cascadas de luz, se precipita
ese espíritu humano en el inmenso
Océano sin fin del Universo!
¡Ah! es en valde que intenten oponerse
de la ciencia á la i trépida corriente,
los milagros, la Biblia, el dogma absurdo
y hasta el hacha afilada del verdugo!

JESUITISMO

Si rebelde se muestra á la doctrina
de su Dios, que proclamo con la Iglesia
¿qué camino tomar, pues, con esa alma
que así niega su amor á aquel que la ama?

GENIO DE AMÉRICA

Si del alma tú niegas el orígen,
si su fuerza avasallas; si la afrentas
¿cómo quieres que te ame esa cautiva,
y se postre á tus plantas de rodillas?
¿No te ha hablado aquel Dios, que en el Calvario,
con su sangre el desierto fecundando
de aquel mundo caduco que moría,
otro mundo creó de eterna vida?.....

JESUITISMO

¡Bien! sabedlo, por fin! Luzbel me inspira!
El veneno, el puñal, la intriga, el dolo,
confesion, sacrilegio, fanatismo
son de mi trama indestructibles hilos!
¿A América me sigues? ¡Bien! me place!
Has de, incauto, servirme de instrumento:
contigo he de vencer á la realeza
¡pobre niño! y despues..... ¡te haré pavezas!

GENIO DE AMÉRICA

(Sin ira, y conservando su dulce magestad.

Doblegar he de, al fin, tu ciega audacia

con la noble verdad de mis principios.
Te hablé siempre, Jesuíta, de esta tierra,
siempre sorda encontrando tu conciencia.
Tres centurias de bárbaro dominio
¡ay! del Inca la tierra ensangrentaron:
á piedad pretendí mover los Reyes.....
tampoco corazon los reyes tienen!

JESUITISMO

Pues, trancemos, oh Genio: ¡nuestra alianza
será fuerza del Orbe! Tu evangelio
juraré contra el rey; pero en la América
dí que á Dios sólo el Papa representa.....

GENIO DE AMÉRICA

¡Porque vuestro es el Papa!

JESUITISMO

(*Ap.*—¡Oh!.....) Yo gobierno
con la cruz en la mano al Nuevo Mundo:
será siempre la América una esclava
de los Reyes y Frailes, sin mi alianza.
(Muy persuasivo y melífluo.)
No de falso espejismo tú alimentes
su cerebro, de suyo ya liviano.
Embriagada en un éxtasis divino
á la márgen sombreada de sus rios,
cree tangible la América su utopía,
y, mañana, al tocarla, fiebre ardiente
del insomnio corriendo por sus venas,
el vacío hallará de la quimera.
¡Libertad! la serpiente emponzoñada,
que en el cuello se enrosca de los pueblos,
y deslumbra los ojos de la América
con el brillo fatal de la licencia!
¡Oh, tú, Genio feliz! ¡Ah! quien no sueña
tu belleza inmortal! Eres el lampo
que en América luce, cual la aurora
de los dulces trasportes de la gloria!

Eres tierno y viril: el blando ritmo
de tu lira conmueve hasta á las rocas:
y á la luz y al aroma de tus alas,
de embriaguez y de amor se aduerme el alma!
¿Por qué qu eres entónces que el combate
de tu América turbe los idilios,
y en sus sienes de vírgen se deshoje
la aromosa azucena de los bosques?
En el blando deliquio de la vida,
tú esa blanca azucena le ceñiste,
cual el beso sagrado del mancebo
en la noche callada de himeneo.
¡Oh, tú, Genio celeste! Sí; descansa
de la hamaca del bosque á los columpios;
miéntras velo solícito tu sueño,
la regencia aceptando de tu imperio

MUTACION

Aparece SATAN en un ángulo, y desapareciendo el muro del fondo se convierte en un Paraíso. En éste, sobre una hamaca indiana, formada con floridas enredaderas y sostenida por dos ángeles, se columpia suave é indolentemente la ÑUSTA, representando la belleza del amor, casto á la vez que gracioso y ardiente de las mujeres de América; pulsa con elegancia artística una lira, á la que arranca, con languidez y como entre sueños, una voluptuosa melodía. El arte satánico, (figuradamente hablando), apura en este cuadro todas las seducciones de la casta vírgen en sus primeros deseos. La vírgen indiana, la Ñusta, no rompe el broche de su alma por el grosero sentimiento de la vanidad y del lujo, como en la Margarita del Fausto, porque este resorte lo creo indigno é inverosímil tratándose del ideal, y aun de la realidad de la mujer; sino, por el contrario, el móvil de la Ñusta es la intuicion, sensible, si se quiere, pero pura, de la «belleza» en el amor, móvil de seduccion ciertamente mas poderoso é incontrastable para la mujer, respecto de sí misma, y para el hombre

respecto de la mujer. Al ménos, tal es lo que he pretendido pintar en esta escena del Paraíso, como se lo expresé al maestro BERON, cuando componía este pasaje de su bella partitura —El GENIO DE AMÉRICA contempla á la Ñusta con la pureza tranquila de un ángel, sin otro entusiasmo que el del éxtasis del amor platónico Pero, derrepente se siente gradualmente invadir por la llama del amor terrestre: lucha entónces para apagarlo; vacila; va á caer vencido; pero, al fin, triunfa el cielo sobre esa seduccion de Satanas.

ESCENA CUARTA

El JESUITISMO—GENIO DE AMÉRICA—SATAN—ÑUSTA.

JESUITISMO

(Continuando al compas de la melodía de la Ñusta, despues de unos ¡nstantes de su aparicion.)

¡ Es la Ñusta, tu vírgen de las Indias !
Piensa en tí y languidece !..... tibia brisa
de su labio se escapa..... ¡ es aun mas bella
que una hurí musulmana y que una Eva !
¿ Quién, al verla, de amor no desfallece ?.....
¡ qué celeste misterio ! El Paraíso
de las dulces fruiciones la rodea,
y en su lira divaga una promesa !.....
¡ Otra vez mírala ! ¿ No oyes tu nombre
en su labio vibrar ?..... Anda y desata
los encajes del seno, que palpita
ruboroso al soñar en tus caricias !.....
¡ Oh, sublime deidad ! Cántale, oh, Genio !
Dios ha abierto á tu sed entre sus brazos
la dulcísima fuente inagotable
de los blandos deleites inmortales !.....

No te oprima el arnes; las ambiciones
del poder no acibaren tu existencia.
Para tí, juventud, amor, poesía;
para mí, la vejez y las espinas.
Miéntras yo me consumo en el insomnio
de la ingrata tarea del gobierno,
soportando el insulto miserable,
recibiendo la herida del combate,
liba tú de esa vírgen en los labios
el sabroso panal de los encantos,
y el eterno deli ¡uio con sus alas
velará para siempre vuestras almas!

(El Genio vuelve en sí, rompe el iman mágico de la deidad; sale del éxtasis voluptuoso en que yacía embargado, y, apartando el rostro de ella, enérgico y con cierta vergüenza y remordimiento por haber vacilado ante la indigna seduccion, dirige la palabra al Jesuitismo, en tanto éste y Satanas se contraen de rabia al ver burladas sus esperanzas.)

GENIO DE AMÉRICA
(A la Ñusta.)

¡Cual, mi vírgen indiana, te calumnian!
(Al Jesuitismo.)
¡La serpiente eres tú! Yo me horrorizo
ante el nuevo resorte, que el infierno
ha inspirado á tu mente en sus abismos!
¡Seduccion ó terror! circo ó verdugo
en la turba ignorante!..... en la ilustrada
la enervante molicie de los goces,
apagando en las dos la luz del alma!
Tal l táctica fué de los tiranos,
del espurio Pontífice de Cristo,
de tu secta sin fe!..... Ciegos y locos,
¡ah! no veis que luchais con el destino!
Si esta América ofrece al Rey y al Papa
juventud rebosante, luz pristina
¿por qué entónces no cambian previsores
del pasado la sangre envejecida?
Libertad á la América le ofreces;
mas, primero, anulando su conciencia!

¡ la dorada librea de los libres
ocultando el crujir de las cadenas !

JESUITISMO

Contra el pueblo la fuerza es un derecho,
que ejercitan paternos los monarcas.

GENIO DE AMÉRICA

Y si el pueblo se ampara de la fuerza
el monarca le inmola á su venganza !
¡ Tiene orgia ! ¿qué mas para la sierva ?.....
cual á víctima antigua, hasta las aras
conducirla entre cantos, y clavarle
el cuchillo en el seno, al coronarla !
¡ Sí ! ¡ yo adoro á la América ! ¡ es mi vírgen !
mas te engañas si crees que sus delirios
de amor y libertad no infunden nunca
el ensueño viril del heroismo !

JESUITISMO

¡ Oh, mancebo ! to obcecas ! ¿ no comprendes
que has nacido al amor ? ..... largo cabello
flota riso á tu espalda; y fuera corto
si el destino que traes fuese guerrero.
Ya la Ñusta lo dice : el Paraíso
musulman es su lecho de himeneo ;
heredera de Inca.... sinembargo,
te convida al placer su dulce seno.

GENIO DE AMÉRICA

¡ No es mi Ñusta, no, no ! pues que su llama
es la fiebre voraz de insano fuego.
Yo reniego su amor, si el lazo rompe
que ha ligado al Creador y al Universo !
Si esa bella deidad no es un engaño,
si es mi amante real, y la heredera
de la raza de América ultrajada,

el recuerdo simbólico de América
volverála al deber ¡oh, cara Patria!

(Abre enérgicamente la urna, saca de ella la espada corta de los indios, la contempla con sagrado respeto, y luego se troncha con ella los cabellos.)

¡Noble espada infeliz! Van ya tres siglos,
que, vencida, en la tumba tú descansas!.....
¡los cabellos del niño troncha! Ahora:
represento, tiranos, á mi raza!!!

(Al decir «ahora», arroja los cabellos á la urna; se despoja así mismo del manto; y tomando del fondo de la urna la bandera indiana, y desplegándola con bélico entusiasmo, declama el último verso: «represento, tiranos, etc.»—Satanas desaparece en una nube negra, con estridente ruido, semejante á una explosion de rabia. La nube se ensancha, tomando el color de la sangre, y, envolviendo al Paraíso, lo arrastra consigo y desaparece, quedando el teatro casi en completa tiniebla.—El Jesuitismo ha exhalado de despecho un colérico rugido, pero se domina aun.)

JESUITISMO

¡Pertinacia fatal! ¡Bien! yo la ofrezco
contra el rey libertad, y aun contra Roma;
la riqueza, la paz activa y dicha,
si se ajusta la América á mi norma.
Vengará de la Europa las injurias,
que orgullosa la infiere.....,

GENIO DE AMÉRICA

¡Jesuitismo!
En tu frase de almíbar se derrama.
el veneno sutil de tu egoismo.
¿Engañar á la América imaginas,
como al Papa recien? ¡cual en tu rostro
se refleja el veneno!.....

JESUITISMO

¡Oh!...

GENIO DE AMÉRICA

¡Te conozco!
¿Tú brindarle á la América la dicha?
del derecho la fúlgida diadema

¿ tú ceñirla á su frente ? ! ¡ Inicua farsa !
libertad singular en la cadena !
¿ Qué progreso es aquel que se elabora
en el seno de piedra de tu secta,
si al espíritu humano en un cadáver
lo conviertes, Jesuíta, con la regla?
Ni riqueza, ni industria ¿ cuándo nunca
recibieron los pueblos del tirano,
si su fuerza consiste en la ignorancia
y abyeccion en que sume á sus esclavos ?
Con el signo del Gólgota severo,
con el hacha en la sangre enrojecida,
ya vistiendo la púrpura del César
ó la negra sotana del Jesuíta,
tú, y los Papas y Reyes á los pueblos
explotando malignos, apagaron
¡ ay ! la vívida antorcha, que los guia
á un trabajo comun y á un fin supremo.
Pero, el hombre al nacer estrecha alianza
con el hombre formó, con su destino,
y romperla jamas podrán los reyes,
ni torcerla jamas el fanatismo !

JESUITISMO

¡ Son utopías ! ¡ utopías ! son fantasmas,
que ignorante te forjas ¡ ¿ Se cree América
de su propio destino soberana,
porque rompa en la frente de los Reyes
con espada de fuego la cadena ?
¡ Pobre niño ! A los jóvenes y ancianos
amarrados tendré siempre á mi regla;
y, labrando su propia servidumbre,
me darán esos cándidos su influencia.
Los colegios serán mis instrumentos;
el poder oficial mi fuerte egida,
cooperando las leyes del Congreso.
Dejarán los avaros que perezcan,
por el hambre los pueblos de su patria,
mas si quema mis templos el incendio,

vaciarán el tesoro de sus arcas.
¡ Oh ! bien sé que alumbra ya la victoria
la atrevida carrera del apóstol;
mas, le sigo de cerca, y, derrepente
le ahogará la tormenta de mis odios!
Lanzaré los gobiernos sobre el pueblo,
como lobos hambrientos á un rebaño,
asestando despues á los gobiernos
la venganza del pueblo sojuzgado.
Y una vez terminada la batalla,
por un manto de lágrimas cubierto,
el cadáver husmeando, por la noche
haré yo mi botin ¡ botin sangriento !
¡ Y bien, niño ! ¿ persistes ? ¡ temerario !
¡ he lanzado mi reto al mismo cielo !
¡ Imprudentes ! no veis que el Orbe es mio,
pues es mia la Iglesia con su clero !
Mi poder se sustenta sobre siglos;
soy el aire sutil que tú respiras;
y en el seno secreto de tu alcoba,
confesion es el ojo que te espía !
La fanática esposa por la Iglesia
á su esposo herirá con fe tranquila;
y, temiendo pecar, hasta las madres
que me inmolan verás sus propias hijas ! !

GENIO DE AMÉRICA

¡ Oh, qué víbora horrenda ! ¡ Oh, negro abismo,
que á los cielos escupe negra náucea !
¡ negro abismo, do el ángel ha grabado :
« ¡ no aquí busquen piedad las buenas almas ! »
¡ Mas, deliras !.... El limo restaurante
que el progreso en su química elabore,
mezclaráse á la sangre de la América;
y, por cada patriota que se inmole,
nacerá al porvenir fecunda idea !

(Principia la tempestad —El Jesuitismo, sacando el puñal y disponiéndose á acometer al Genio.)

JESUITISMO

Bien, pues, ¡mira el puñal: muere, rebelde!
Hoy del Papa y los Reyes el azote....

[Se lanza sobre el Genio, y éste, impasible, señalando con severa magestad el docel del trono.]

GENIO DE AMÉRICA

Ha llegado, por fin: «¡la última noche!»

(Estalla un trueno, que detiene sobrecogido al Jesuitismo, al hundir su puñal en el Genio. Al mismo tiempo, en el docel del trono aparece en letras de fuego esta sentencia: «¡La última noche!». Al verla el Jesuitismo, retrocede y profiere un rugido, semejante al que se supone lanzaria el infierno contra el cielo, á ser cierta esta fábula católica Pero, el Jesuitismo reacciona, y su altivez y fiereza se acentuan bajo el desencadenamiento de sus humillados odios. Suceden lejanos sones de guerra, producidos por clarines, cajas y detonaciones de arcabuz)

JESUITISMO

¡La batalla sonó! ¡guerra implacable
á la América dan hoy las coronas!
El Papado y los Reyes se han unido!
¡que, pues, rompa la América su argolla!

GENIO DE AMÉRICA

(Volviendo á señalar la inscripcion de fuego del docel.)

Vuelve, fraile, los ojos: la sentencia
fulgurante está allí contra el tirano!
es locura intentar de la conciencia
con la sangre borrar la santa creencia,
que Dios ha escrito con divina mano!
Libertad se retempla en la derrota,
se fecunda en el llanto del cristiano;
y es demencia pensar, sí, que tu boca
amortigüe jamas en el patriota
la fe que enciende el evangelio humano!

JESUITISMO

Aunque extirpe la América potente
á los Reyes, veréisla subyugada

á los Papas y al clero ciegamente....
(La inscripcion se apaga.)

GENIO DE AMÉRICA

¡ Oh, te engañas, Jesuíta ! el siglo veinte
va glorioso á acabar esta jornada !

ESCENA CUARTA

DICHOS; la CONQUISTA y el PAPADO con sus respectivos SÉQUITOS; INDIOS y patriotas prisioneros, cubiertos de cadenas y heridas; MUJERES enlutadas y llorosas. La Conquista, el Papado y el Jesuitismo se colocarán en un grupo destacado, la Conquista ocupando el centro. La tempestad y el fragor del combate continuan. Los prisioneros muestran la magestad del dolor por la Patria y la serenidad de una resignacion grande y heróica.

CONQUISTA

¡ Oh ! doquiera este Genio ante mis ojos,
de apóstol ó guerrero siempre altivo !
Doblareis la cerviz, puesto de hinojos !
(El Genio contempla con lástima á los indios.)
¡ Sí, miradles, oh Genio ! los despojos
ellos son de mi encono vengativo !
Contemplad á tus neófitos hermanos;
libertad hoy les brinda dulce copa !
¡ Irrision !.... nos llamaban sus tiranos,
y rebeldes se alzaron soberanos
contra los pueblos de la ilustre Europa !

GENIO DE AMÉRICA

¡ Intrigante, mentis ! fraternos lazos
con Europa romper jamas quisimos;

¡ al contrario, impostor ! estrecho abrazo
con Europa anhelamos; y ya el plazo
de esa alianza marcó nuestro heroísmo :
Mantenernos de Europa separados,
fué la ley que dictara tu codicia,
pero, libres, al fin, lo declaramos:
¡ marcharemos unidos como hermanos,
por el libre trabajo y la justicia !

(El Jesuitismo dice con reserva algunas palabras á la Conquista.)

CONQUISTA

(Al Jesuitismo.)

Bien decis, fiel amigo. Mis banderas,
que en el mundo dominan, Genio, pisas !
¡ Escarmienta, sí, en ellos ! las hogueras
aleccionen las Indias altaneras,
Y se esparzan al viento sus cenizas !

GENIO DE AMÉRICA

¡ La venganza cumplid, turba famélica,
manejando la cruz y la cuchilla !
Mas, la sombra se fué : la edad pretérita,
ha concluido tambien ! para la América
un grandioso destino, al fin, ya brilla !

(Se oyen dianas lejanas de cajas y clarines ; y últimos fragores de la lucha.)

CONQUISTA

(Señalando con triunfante orgullo el trono.)

¡ Son las dianas, pardiez ! ¡ victoria es mia !
¡ mi poder y venganza en ella fundo !

GENIO DE AMÉRICA

¡ Rencoroso extertor de tu agonía !
Nuevo trono á alumbrar se acerca el dia :
libertad de conciencia para un Mundo !

(Desaparece el Genio. Arrecia lentamente la tempestad.)

ESCENA QUINTA

Dichos ménos el Genio.

JESUITISMO

(Con sarcasmo.)

¡ Representa á este siglo de la idea !
Juventud de la América : en la tumba
vé tranquila á dormir con tus quimeras !

CONQUISTA

¡ Sin piedad, sin piedad, que todas mueran
con su torpe ilusion que se derrumba !

UN NOBLE DEL SÉQUITO

Aquí el paso dirige un mensajero,
el triunfo anunciándose en su frente.

CONQUISTA

¡ Oh, victoria ! mi cetro allí te espera !....

(La Conquista, el Papado, y el Jesuitismo se dirigen al trono. Al poner los tres el pié en la primera grada, desciende un rayo que mata á la Conquista y obliga al Papado, al Jesuitismo y sus respectivos séquitos á caer de rodillas, ofuscados y presos de religioso pavor, miéntras que en los prisioneros, cuyas cadenas caen trozadas, resplandecerá la noble y austera alegría de la gloria patria)

ESCENA SEXTA

Dichos y Patriotas é Indios trayendo gajos de palma y de olivo en las manos. En seguida, el Genio de América; la Ñusta y Coros de Genios secundarios.

UN PATRIOTA

Desplegando al aire una bandera blanca con un sol, un gorro frigio y dos manos estrechadas; y avanzando al centro de la escena, bien destacado de los grupos, exclama:

¡ Ved, oh, pueblos del Orbe, la bandera !
¡ América os abraza independiente !

Un rayo pulveriza el trono y los muros del fondo. Aparece en su lugar, alzándose magestuosamente de entre las ondas del océano un mundo, y con él al fondo el sol. Sobre el mundo aparece el Genio de América, representando la alegoría de la Libertad y de la Justicia. Á ambos lados de éste, un poco al fondo, Coros de Genios en blancas nubes, representando las Ciencias, las Artes y la Industria. Al pié del Genio, sobre uno de los círculos del mundo y con letras de fuego, los nombres de Washington, Bolívar y San Martin. Como un sér ideal, la Ñusta, en una nube azul, rodeada ésta por una cinta, donde se lee : « Educacion : Porvenir ». Un coro de Genios infantiles rodean á la Ñusta y arrojan flores al Genio de América. Al ascender el mundo, puede tocarse el himno del país donde se represente esta Fantasía, si se prefiere, por el efecto, al himno americano compuesto expresamente. Á lo léjos una salva de cañonazos, y sobre la escena una lluvia de oro; todo esto hasta que cae el telon, lo que se ejecutará muy lentamente. Al aparecer el Genio, el séquito del Papado, de la Conquista y del Jesuitismo, permanecen en su misma actitud de humillacion y amedrentamiento, miéntras las indias y patriotas, hincando una rodilla con digno respeto, alzan hácia el Genio sus ramos de olivo y palmas, en accion de gracias y en actitud de adoracion espontánea y profunda.

FIN DE LA TRAGEDIA.

NOTA

—

El autor recomienda al Director de escena, no permita que, con espíritu hostil, se aluda en los trajes, decoraciones, etc., á ninguna nacion. Esta « Fantasía » defiende ó ataca á aquellas ideas que, desde las primeras edades históricas, han venido disputándose, en la conciencia humana, el imperio del porvenir.

LA ÚLTIMA PÁGINA

Estos ensayos dramáticos fueron escritos en el campamento y en la proscripcion. Me han prestado oportunos consuelos, y señalan, cada uno de ellos, una época acentuada de mi vida.— Antiguos compañeros de infortunios, tendrán siempre un puesto en mi corazon.

Sólo á estos títulos se atreven á esperar indulgencia.

FRANCISCO F. FERNANDEZ.

Buenos Aires, Marzo de 1881.

FE DE ERRATAS

PÁG.	LÍNEA	DICE	LÉASE
20	31	casas-matas	Casas-Matas
31	24	inquisidion	inquisicion
32	25	preciso;	necesito;
39	27	é	él
»	14	aborchonados	abochornados
51	20	deternerle	detenerle
52	8	a cielo	al cielo.
58	23	con todo	con toda
63	27	La rabia de Marquez	La rabia del marques
65	10	en algunas	en algunos
71	17	asta	hasta
82	12	inca	hinca
83	28	incando	hincando
88	12	fechas	flechas
89	14	Elores...	Flóres...
90	20	á ido	ha ido
»	28	fechas	flechas
»	15	engolgolfándose	engolfándose
»	24	Instruciones	Instrucciones
97	16	rencóndito	recóndito
»	18	indepéndencio	independencia
100	5	dicidida	decidida
»	17	ilurtre	ilustre
101	3	en seguido	en seguida
102	26	perseguido	perseguida
111	3	Andre	Andrea
129	6	intentsáteis	intentásteis
130	4-5	disolnerse	disolverse
139	9	¡Déspostas!	¡Déspotas!
143	13	inecrustables	inescrutables
145	2	bastireis	batireis
150	6	á salo	á sólo
169	6	que baje	que ella baje
173	2	omor!	amor!
174	6	guardadosa	guardadora
176	16	brillares	brillarás

PÁG.	LÍNEA	DICE	LÉASE
184	6	Eceptuarse	Exceptúase
191	3	estiletti.)	stiletto.)
»	25	odáliscas	odaliscas
»	»	éli	él!
195	14	fiseta	fiesta
197	31	. . . Ola!	. . . ¡Hola!
207	14	Pobreiello. . .	Pobrecillo. . .
»	16	quí	que
208	25	Tendinédole	Tendiéndole
209	28	. . . este amor! . . .	. . . es este amor! . . .
210	3	mítica	mística
221	18	era de diáfana,	era diáfana,
222	13	*enótnces*	*entónces*
243	23	adviinar	adivinar
246	30	una tan sola! . . .	una tan sólo! . . .
260	36	certémen	certámen
264	33	coturdo	coturno
279	25	prostergarme	postergarme
280	14	piás	piés
282	16	éntes	ántes
286	19	un muy castigo. . .	un castigo muy. . .
288	21	ensangretado	ensangrentado
»	28	dúnde	dónde
300	4	*volvinedo*	*volviendo*
319	25	es que el ya	es que ya
336	20	Duque,	Conde,
343	3	la fondo	al fondo
347	23	vueto	vuelto
354	35	caburé	*caburé*
381	24	friccion	fruicion
382	13	dirijo	dirigido
384	últ.	Ora	Ahora
396	3	frucciones	fruiciones
433	18	arrullaron	arrullarán
»	21	mas el cielo.	mas el cielo. . . .
444	21	Decid, sí, la ciencia,	Decid la ciencia,
»	36	inventando	inoculando
447	34	celestó	celeste
454	12	diriginédose	dirigiéndose
466	23	Ravaillac	Cavaillac

ÍNDICE

Págs.

MONTEAGUDO—Drama americano historico, en tres actos.
Acto primero 3
« segundo 30
« tercero 53
EL SOL DE MAYO—Drama alegórico, en cuatro actos.
Acto primero 87
« segundo 107
« tercero 119
« cuarto. 141
CLORINDA—Drama veneciano, en cinco actos.
Acto primero *(Prólogo)* 165
« segundo 187
« tercero 207
« cuarto. 213
« quinto. 239
EL BORRACHO—Drama en cuatro actos.
Acto primero 259
« segundo 285
« tercero 399
« cuarto. 323
SOLANÉ—Drama histórico, contemporáneo, en tres actos y cuatro cuadros.
Acto primero 343
« segundo 379
« tercero 401
EL GENIO DE AMÉRICA—Tragedia alegórica, en tres cuadros.
Cuadro primero 423
« segundo 451
« tercero. 475

SEP 27 1983

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 05 10 12 023 2